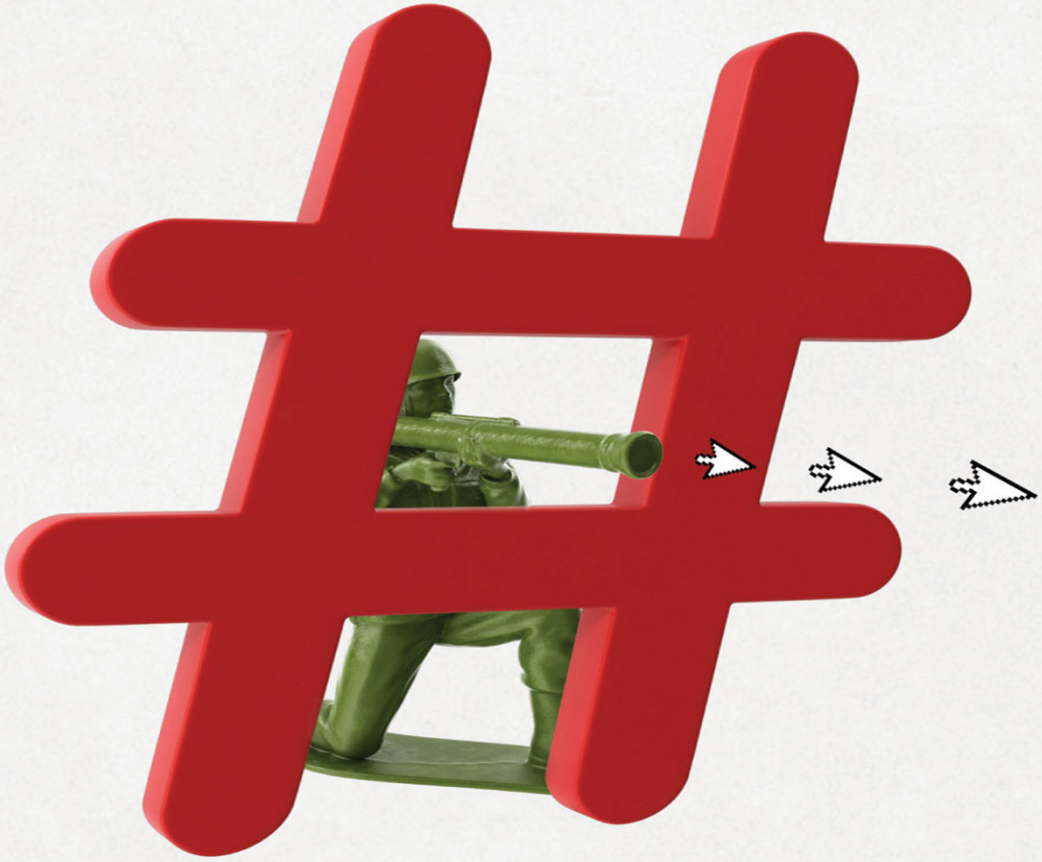
RICHARD STENGEL

GUERRAS DE LA INFORMACIÓN

CÓMO PERDIMOS LA BATALLA GLOBAL CONTRA LA DESINFORMACIÓN Y QUÉ PODEMOS HACER EN EL FUTURO



rocaeditorial

Guerras de la información

Cómo perdimos la batalla global contra la desinformación y qué podemos hacer en el futuro

Richard Stengel

Traducción de
Ana Momplet Chico

Rocaeditorial

GUERRAS DE LA INFORMACIÓN

CÓMO PERDIMOS LA BATALLA GLOBAL CONTRA LA DESINFORMACIÓN Y QUÉ PODEMOS HACER EN EL FUTURO

Richard Stengel

EL CONOCIMIENTO ES PODER.
ÁRMESE USTED MISMO.

Durante los tres últimos años de la administración Obama, Richard Stengel, exeditor de la revista *Time* y subsecretario de Estado, estuvo en la primera línea de la nueva guerra de información global. En aquel momento, fue la única persona del Gobierno encargada de deshacer, negar y combatir tanto los mensajes de Estado Islámico como la desinformación rusa. Después, en el año 2016, con las elecciones presidenciales en marcha, Stengel observó cómo Donald Trump utilizó la desinformación a su favor aprovechándose de las quejas de los ciudadanos estadounidenses que se sentían excluidos por el sistema actual. De hecho, Stengel enseguida se dio cuenta de que las tres partes estaban utilizando la misma estrategia: Estado Islámico buscaba devolver al islam su grandeza; Putin intentaba que Rusia volviera a ser grande; y todos conocemos a Donald Trump.

Narrado como si de un *thriller* se tratara, Stengel se mueve por Rusia, Ucrania, Arabia Saudí e Irak e introduce personajes como Putin, Hillary Clinton, John Kerry o Mohamed bin Salmán para

demostrar cómo la desinformación impacta en nuestra sociedad global.

Un libro necesario para nuestros tiempos, que demuestra que debemos encontrar el camino para combatir las crecientes amenazas contra la democracia.

ACERCA DEL AUTOR

Richard Stengel (2 de mayo de 1955) es exeditor de la revista *Time* y escritor. Fue también director del National Constitution Center y trabajó como subsecretario de Estado durante la administración Obama de 2014 a 2016. Ha escrito varios libros, entre los que destaca su colaboración con Nelson Mandela en su autobiografía. *Guerras de la información* es su último ensayo.

ACERCA DE LA OBRA

«Stengel nos entrega el primer reportaje desde la primera línea de las guerras de la desinformación libradas por Rusia y Estado Islámico. En el corazón del conflicto estuvo cómo las redes sociales permitieron a la gente exponer sus agravios, tal y como Donald Trump lo hizo en su campaña presidencial. Contar estos hechos es el reto más crucial para nuestra democracia. Stengel nos muestra cómo hemos fallado y qué podemos hacer en el futuro.»
WALTER ISAACSON

«Stengel nos entrega un libro convincente y revelador al más alto nivel en la lucha contra la desinformación. Una lectura esencial.»
JON MEACHAM

«Un relato fascinante para entender y combatir la nueva generación de amenazas a través de internet.»
MADELEINE K. ALBRIGHT

Para Mary, Gabriel y Anton

Glosario de acrónimos

(POR SU NOMBRE EN INGLÉS)

BBG:	Consejo Superior de Radiodifusión
CDA:	Ley de Decencia en las Comunicaciones
CN:	Notificación congresual
CSCC:	Centro de Comunicaciones Estratégicas Antiterroristas
CVE:	Combatir el extremismo violento
DC:	Comité de diputados
DRL:	Democracia, derechos humanos y trabajo
EAP:	Asuntos de Asia Oriental y Pacífico
ECA:	Asuntos Educativos y Culturales
EUR:	Asuntos Europeos y Eurasiáticos
Flex:	Intercambio de Futuros Líderes
GEC:	Global Engagement Center (Centro de Combate Global)
H:	Oficina de Asuntos Congresuales
IVLP:	Programa de Liderazgo para Visitantes internacionales
J:	Seguridad ciudadana, democracia y derechos humanos
L:	Departamento legal
NCTC:	Centro Nacional de Antiterrorismo
NEA:	Asuntos de Oriente Próximo
NSC:	Consejo de Seguridad Nacional
PA:	Asuntos Públicos

PC: Comité de directores
PDP: Sesión informativa diaria con el presidente
P: Subsecretario de Asuntos Políticos
R: Subsecretario para la Diplomacia Pública y Asuntos Públicos
SCA: Asuntos Sur y Centroasiáticos
S: Secretario de Estado

Introducción

Lo primero que se advierte al entrar en la Sala de Crisis de la Casa Blanca es su ambiente sofocante y claustrofóbico. Hay tan poco espacio que, si la gente ya está sentada a una mesa, tendrás que abrirte paso entre ellos como si buscaras tu sitio en medio de una fila dentro de un cine a rebosar. Perdón... Disculpe... Lo siento. Y procura no tropezar con el asesor de Seguridad Nacional. Por algún motivo, el aire acondicionado no funciona bien, así que la atmósfera puede estar bastante «perfumada». Y, a no ser que seas el presidente de Estados Unidos, todo el mundo se deja la chaqueta puesta y el nudo de la corbata apretado.

Corrían los comienzos de 2014 y era la primera vez que estaba en esa sala con el presidente, Barack Obama. Yo era el nuevo subsecretario de Estado para Diplomacia Pública. Obama iba en mangas de camisa y entró sin detenerse a saludar a nadie: concentrado, intenso, serio. Le conocía de mi época como periodista, cuando guardábamos esa relación cordial y bromista que cultivan prensa y políticos. Pero aquella era una faceta que nunca había visto.

La reunión giraba en torno al papel de la radiodifusión internacional, lo cual formaba parte de mis competencias en el Departamento de Estado. La radiodifusión internacional abarcaba organizaciones bastante conocidas durante la Guerra Fría: Voice of

America, Radio Free Europe, Radio Liberty. Puede que ya no les prestemos atención, pero aún cuentan con un presupuesto colectivo de setecientos cincuenta millones de dólares, una cantidad nada baladí, incluso para el Gobierno federal. Ben Rhodes, viceasesor de Seguridad Nacional del presidente, esbozó el tema que trataríamos y luego me pasó la palabra. Yo empecé a exponer todo lo que estas entidades hacían tradicionalmente, y noté que el presidente se impacientaba. «Lo he pillado, Rick», dijo sin sonreír. *Mmm*. En un nanosegundo, di un paso atrás gigantesco y me dije, a ver, el verdadero problema es que estamos en medio de una guerra global de información que se libra cada minuto del día, en todo el mundo, y la estamos perdiendo.

En ese momento, oí una respuesta distinta del presidente: «Vale. ¿Qué hacemos al respecto?».

Esa es la cuestión. En efecto, hay una guerra informativa librándose en todo el mundo y que se desarrolla a la velocidad de la luz. Gobiernos y actores e individuos no gubernamentales crean y difunden narrativas que nada tienen que ver con la realidad. Esas historias falsas y engañosas socavan la democracia y la capacidad de las personas libres para tomar decisiones inteligentes. El público objetivo es cualquiera que tenga acceso a un ordenador o a un *smartphone*, es decir, unos cuatro mil millones de personas. Los actores de este conflicto cuentan con la ayuda de grandes plataformas de redes sociales, que sacan el mismo provecho al compartir contenido falso o verdadero. Para ellas, la medida que importa es la popularidad, no la exactitud ni la veracidad. Varios estudios demuestran que la mayoría de los estadounidenses recuerdan haber visto al menos una noticia falsa en los

prolegómenos de las elecciones de 2016.[1] Este aumento de desinformación, a menudo acompañada de severas medidas contra la libertad de expresión en Estados autoritarios, es una amenaza para la democracia tanto en nuestro país como fuera de él. Las democracias dependen más que cualquier otro sistema del libre flujo de información y del debate abierto. Así es como tomamos decisiones. Como dijo Thomas Jefferson, la información es el pilar de la democracia.[2] Se refería a la información factual.

La desinformación es tan antigua como la humanidad. Ya en el Jardín del Edén, cuando la serpiente le dijo a Eva que no le pasaría nada por morder la manzana, estábamos ante un episodio de desinformación. En los medios sociales, no hay barreras de acceso y tampoco guardianes. No se comprueban los datos, ni hay correctores ni editores: uno mismo es su propio editor. Cualquiera puede registrarse en Facebook o Twitter y crear cuantos personajes quiera, que es lo que hacen los ejércitos de *troles*. Utilizan las mismas herramientas informativas y conductuales que ofrecen Facebook, Google o Twitter para instilar veneno en esas plataformas y llegar a un público receptivo que se han fijado como objetivo. Y es igual de sencillo compartir información falsa que lo factual.

Algo que explica el aumento de la desinformación es que librar una batalla de información resulta mucho más barato que comprar tanques y Tridents, y los beneficios de la inversión son aún mayores. El selfi es más poderoso que la espada. Es un arma asimétrica que solo requiere ordenadores, *smartphones* y un ejército de troles y *bots*. Ni siquiera hace falta «ganar»: el éxito radica simplemente en enturbiar las aguas. Es mucho más fácil generar confusión que hacer política. En una guerra informativa, no hay un dominio sobre la

información. No existe una superpotencia unipolar de la información. Hoy en día, las tecnologías ofensivas son más baratas y eficaces que las defensivas. La guerra informativa sirve a las potencias menores para enfrentarse a las grandes, y a las grandes potencias para enfrentarse a las menores; funciona para Estados y para actores no estatales: es la gran niveladora. No todo el mundo puede permitirse un F-35, pero cualquiera puede publicar un tuit.

¿Y por qué funciona la desinformación? La desinformación casi siempre alcanza su objetivo porque este (vosotros, yo, todo el mundo) la recibe gustoso. La estamos pidiendo. Es lo que los sociólogos llaman «sesgo de confirmación». Buscamos información que confirme nuestras creencias. La desinformación permanece porque encaja en nuestro mapa mental de cómo funciona el mundo. Internet es el mayor sistema de entrega de sesgo de confirmación en la historia. Las herramientas analíticas y conductuales de la red son diseñadas para darnos información con la que estamos de acuerdo. Si Google o Facebook advierten que te gustan los Golden State Warriors, te darán más sobre Steph Curry. Si compras crema antiarrugas, te ofrecerán mucha más información sobre productos hidratantes. Si te gustan Rachel Maddow o Tucker Carlson, el algoritmo te ofrecerá más contenidos que reflejen tus convicciones políticas. Lo que no hará es darte contenidos que cuestionen tus creencias.[3]

Entonces, ¿qué podemos hacer al respecto?

Para empezar, asumirlo: a las democracias no se les da demasiado bien combatir la desinformación. Yo lo descubrí de primera mano en el Departamento de Estado, donde las únicas entidades de cara al público en el Gobierno que luchaban contra las narrativas del Estado

Islámico y la desinformación rusa me rendían cuentas. Mientras las autocracias exigen un punto de vista único, las democracias prosperan gracias al mercado de las ideas. Nos gusta discutir. Nos encanta la diversidad de opiniones. Estamos abiertos a distintas convicciones y teorías, y eso incluye las que son malas y falsas. De hecho, las protegemos. En unas célebres palabras, el juez Oliver Wendell Holmes dijo que la Primera Enmienda ampara «el pensamiento que odiamos».[4] Y, sinceramente, esto es un *handicap* a la hora de responder ante la desinformación. Censurar aquello con lo que no estamos de acuerdo no forma parte del ADN del estadounidense. Como decía Learned Hand: «El espíritu de la libertad es aquel que no está seguro de tener razón».[5]

Combatir la desinformación resulta especialmente difícil porque los adversarios utilizan nuestras fortalezas contra nosotros, es decir, nuestra apertura, nuestra libertad de prensa y nuestro compromiso con la libertad de expresión. Nuestros enemigos emplean los medios de comunicación libres igual que los candidatos políticos. Saben que nuestra prensa tiende instintivamente hacia el equilibrio y la «justicia», y que eso les permite introducir sus ideas destructivas en nuestro ecosistema de información. Vladimir Putin sabe que si dice que el Sol gira alrededor de la Tierra, la CNN emitirá sus declaraciones y buscará a un experto que exprese su desacuerdo al respecto, y probablemente a otra persona para completar el debate. Esta búsqueda del equilibrio es una trampa periodística que Putin, el Estado Islámico y los desinformadores explotan. Básicamente, ganan cuando un hecho aceptado se abre a debate. Tratar ambas partes de una discusión como iguales cuando se puede demostrar la falsedad de una de ellas no es justo ni equilibrado: sencillamente, está mal.

Como solía decirles a los funcionarios de Exteriores que trabajaban contra la desinformación: «No hay dos caras de una mentira».

Probablemente, lo más inquietante es que la desinformación erosiona nuestra confianza en el discurso público y el proceso democrático. Ya sea el señor Putin, el Estado Islámico, China o Donald Trump, su propósito es que cuestionemos no solo la información que recibimos, sino también los medios a través de los cuales nos llega. Les entusiasma ver noticias en los medios occidentales sobre el exceso de información y el venenoso efecto de las redes sociales en las mentes de los jóvenes. ¿Por qué? Porque ven que cuestionamos la fiabilidad de la información que recibimos, y eso socava la democracia. Quieren que la gente vea los hechos como una conspiración elitista. Las redes sociales han sido una bendición para sus esfuerzos desinformativos. En Facebook, Twitter o Instagram, la información llega a través de terceras partes (amigos, familia, famosos), y esas compañías no ofrecen ninguna garantía sobre la veracidad de lo que recibes. No pueden: es su modelo económico. Y tus amigos no son el mejor juez para decir qué es un hecho y qué no lo es. Según la ley, estas compañías no se consideran editoras, y por tanto no son responsables de la veracidad o falsedad del contenido que te hacen llegar. Y eso es un error. Son los mayores editores de la historia.

Hace no tanto tiempo, Internet y las redes sociales se consideraban democratizadoras y emancipadoras. Se creía que el acceso universal a la información debilitaría a los líderes y a Estados autoritarios. Y así ha sido, en muchos casos. Sin embargo, los déspotas y los Gobiernos autoritarios se han adaptado. Han pasado de temer el flujo de información a explotarlo. Son conscientes de que las mismas

herramientas que extendieron la democracia pueden orquestar su destrucción. Los déspotas son capaces de propagar desinformación al mismo tiempo que limitan el flujo de información exacta. Y esa es una mezcla peligrosa para el futuro de la democracia.

Este desafío es distinto a todos los que nos hemos enfrentado hasta ahora. No se trata de una amenaza militar convencional contra nuestra supervivencia como nación, sino de una amenaza inusual a nuestro sistema de creencias y a cómo nos definimos. ¿Cómo defendernos sin cambiar quiénes somos?

Como veréis, no creo que la respuesta sea el Gobierno. En una democracia, el Gobierno es sumamente ineficaz a la hora de combatir la desinformación. Esto se debe, en parte, a que la mayoría de las personas a las que intentamos convencer ya desconfían de él.[6] Pero tampoco se le da bien crear contenidos que importen a la gente. En realidad, ese no es el cometido de un Gobierno. Al principio de mi paso por el Departamento de Estado, le comenté a un viejo amigo de los medios: «A la gente simplemente no le gusta el contenido gubernamental». Él se rio y contestó: «No, lo que no le gusta son los malos contenidos».

Este no es un libro de política, aunque en él haya política. Tampoco es una autobiografía al uso, a pesar de que esté escrito en primera persona. No se trata de periodismo, aunque sí he intentado aprovechar todas las cosas que aprendí a lo largo de mi carrera como periodista. ¿Es historia? Bueno, está en algún lugar entre la vorágine del periodismo de investigación actual y lo que un día llamamos «historia». Sin embargo, teniendo en cuenta lo acelerado que es ciclo de las noticias hoy en día, donde aparecen autobiografías a los pocos

meses de producirse las acciones que describen, este libro más bien sería historia como la entendían los griegos: un relato sobre el pasado reciente que ofrece perspectiva sobre el presente. Es la historia del agravamiento de la guerra mundial de información que amenaza a la democracia y a Estados Unidos, una historia que cuento a través de mis ojos y de mis experiencias en el Departamento de Estado.

Estuve poco menos de tres años en el Gobierno, durante el segundo mandato del presidente Obama, desde comienzos de 2014 hasta final de 2016. Llegaba tras siete años como editor de la revista *Time* y una vida entera dedicada al periodismo. Cuando trabajaba en *Time*, solía decir que mi labor consistía en explicar Estados Unidos al mundo, y el mundo a Estados Unidos. Y tampoco sería una mala definición de mi trabajo en el Departamento de Estado. Además, traía conmigo otro tipo de experiencia. Estuve tres años trabajando con Nelson Mandela en su autobiografía y fui director ejecutivo del National Constitution Center de Filadelfia. La descripción oficial de mi trabajo en el Departamento de Estado era promover los objetivos políticos de Estados Unidos en el extranjero, informando e influyendo sobre públicos internacionales.[7] Algunos lo definían como ser «jefe de propaganda»; yo prefiero decir que era el director general de *marketing* de la marca Estados Unidos.

Esta historia no es una visión desde las alturas. A pesar de aquella primera anécdota, yo no me pasaba el día en el Despacho Oval deliberando con Obama sobre decisiones clave. Ahora bien, tampoco es una vista desde abajo: ocupaba el quinto cargo más alto en el Departamento de Estado. Visto en conjunto, ser subsecretario de Diplomacia Pública tampoco es gran cosa, pero el puesto ofrece un

punto de vista bastante privilegiado para contar esta historia concreta. No, yo no podía ver todo lo que veían el presidente o el secretario de Estado. Pero, en el Gobierno, cuesta más ver lo que hay por debajo de uno que por encima. Yo me perdí mucho de lo que advertían quienes trabajaban en puestos inferiores, pero vi muchas cosas que se perdieron los que estaban más arriba.

El libro habla mucho del funcionamiento del Gobierno y el Departamento de Estado. A mí, personalmente, el Gobierno me parecía demasiado grande, demasiado lento, demasiado burocrático. Está estorbándose constantemente. Y, a veces, eso no es malo. Como ocurre actualmente. Yo solía bromear con mis amigos conservadores diciéndoles que deberían estar a favor de un Gobierno grande, porque los Gobiernos grandes no hacen nada. Sin embargo, también acabé comprendiendo que los únicos capaces de enderezar realmente el Gobierno son aquellos que lo conocen mejor. El sueño de que alguien de fuera del poder gubernamental entre en él para reformarlo es solo eso, un sueño. Y merece la pena insistir en ello: aprendí que la gran mayoría de las personas en el Gobierno están ahí por buenas razones: para intentar mejorar las cosas, para trabajar para el pueblo estadounidense, para proteger y defender la Constitución. Son verdaderos servidores públicos. Hasta en mis momentos de frustración, nunca lo puse en duda.

De mí solía decirse durante mi paso por el Gobierno que consideraba todo un problema de comunicación. Tampoco diría que es del todo cierto, pero sí creía que la comunicación era parte fundamental de todos los problemas. Y que no considerar ni planear cómo comunicar algo solía empeorar el problema. ¿Y sabéis quién más lo veía así? Estado Islámico, Vladimir Putin y Donald Trump.

Para ellos, la comunicación (lo que en el Gobierno también conocemos como «narrativas») no era una táctica, sino una estrategia fundamental. Todos ellos comprendían que el ciclo mediático se mueve mucho más rápido que el ciclo político, y que las políticas siempre estarían tratando de ponerse al día. Eran conscientes de que casi siempre es mejor ser primero y falso, que segundo y veraz. Un problema del Gobierno estadounidense es que no lo entendimos: creíamos que las narrativas eran simplemente un complemento.

A pesar de que mi cargo tenía un enorme alcance, abarcando intercambios educativos y culturales además de asuntos públicos, acabé centrándome en dos cosas: combatir los mensajes del Estado Islámico y la desinformación rusa. Antes de entrar en el Gobierno, varias personas sagaces me dijeron que buscara diversas cosas en las que concentrarme y que no me preocupara del resto. Y, al final, la sensación que tenía era que estos dos temas me encontraron a mí. La historia estaba pasando, yo me lancé a ella, dedicándome a ambos de manera prácticamente exclusiva. Los dos asuntos estaban relacionados con una tendencia mundial: la transformación de la comunicación y las protestas en armas. Estado Islámico perfeccionó un tipo guerra informativa que convertía en armas las protestas de millones de musulmanes suníes que se sentían rechazados por Occidente y por sus propios líderes. Rusia estuvo varias décadas desarrollando un sistema de armamento informativo que ha ayudado a Putin a transformar en armas las quejas de rusos con un sentimiento de pérdida por la caída de la Unión Soviética.[8] De hecho, nuestro término «desinformación» proviene del ruso *dezinformatsiya*, supuestamente acuñado por Stalin.[9] Tanto Rusia

como el Estado Islámico veían y retrataban a Estados Unidos como un lugar destruido por la hipocresía, el racismo y los prejuicios, así como el origen principal de la injusticia en el mundo. El discurso narrativo de este libro es cronológico, y la historia va rotando entre Rusia y el Estado Islámico, en una estructura que refleja la realidad de mi trabajo. Cuento la historia en tiempo real, con los conocimientos que tenía en ese momento.

Cuando llevaba dos tercios de mi tiempo de combate en estas dos batallas, Donald Trump se unió a la carrera presidencial estadounidense. Y, de repente, fue como si de pronto todo cobraba sentido. De súbito, las guerras de información que librábamos muy lejos estaban en casa. Trump empleaba las mismas técnicas de desinformación que los rusos, y tácticas muy similares a las del Estado Islámico para meter miedo. Los propagandistas rusos llevaban mucho tiempo tachando de *fake news* a los medios occidentales antes de que Donald Trump utilizara la expresión. Las técnicas de desinformación rusas que vimos en torno a la anexión de Crimea y a la invasión de Ucrania se trasladaron al espacio electoral estadounidense. Solo que, esta vez, no eran en ruso, sino en inglés (bastante mediocre, por lo general). Para el Estado Islámico, la candidatura de Trump confirmó todo lo que habían estado diciendo sobre la islamofobia de Estados Unidos y Occidente. Su «veto musulmán» llegó como propaganda de oro para ellos. Los tres (Estado Islámico, Putin y Trump) convirtieron las quejas de gente que se sentía excluida por la modernidad y la globalización en armas. De hecho, empleaban el mismo manual de estrategia: el Estado Islámico pretendía «hacer el islam grande otra vez»; Putin ansiaba «hacer Rusia grande otra vez», y ya sabemos todos lo que quería

Trump. La transformación de las protestas en arma es la teoría de campo unificado que subyace al auge del nacionalismo y de los hombres fuertes de derechas.

Descubrí que entre los tres había una maligna cadena de causa-efecto. Al luchar contra Al-Assad y asediar el territorio sirio, el Estado Islámico contribuyó a provocar un éxodo de refugiados sirios, millones de los cuales se fueron a Europa. Los bombardeos indiscriminados de Putin sobre Siria aceleraron ese desplazamiento masivo. Y luego Rusia ayudó a convertir la idea de la inmigración en un arma, azuzando el miedo a los refugiados y al terrorismo a través de la desinformación. Y a todo eso se unió Donald Trump, que hizo del miedo a la inmigración una pieza clave de su campaña.

Ahora lo veo muy claro, pero ¿lo veía entonces? La verdad es que no. ¿Lo vio alguien en el Gobierno de Estados Unidos? No estoy seguro. Si la gente lo veía, no hablaba de ello, y tampoco se hizo mucho al respecto. De cualquier modo, no sé cuánto podríamos haber hecho.

Cada escena de este libro pretende demostrar que tanto Rusia como el Estado Islámico transformaban la información y las protestas en armas; que la desinformación rusa se infiltró en las elecciones presidenciales estadounidenses; que Donald Trump convirtió la protesta en arma y utilizó técnicas y estrategias muy similares a las de Rusia y a las del Estado Islámico, y que el Gobierno es ineficaz a la hora de responder a una amenaza así. En muchos sentidos, la lucha contra las narrativas del Estado Islámico parece haber sido un éxito. Es cierto que hicimos bastante, y que el Estado Islámico pasó de estar omnipresente en las redes sociales a quedar

confinada a la red oscura. Sin embargo, no sé si lo que hicimos cambió algo, sinceramente. Aplastar al Estado Islámico en lo militar tuvo un efecto mucho mayor que batirnos a tuits. Como solía decir a mis compañeros militares, perder una ciudad a manos del Estado Islámico manda un mensaje terrible, pero ganar una ciudad es el mejor mensaje de todos. A fin de cuentas, no se trata de una lucha militar, sino de una batalla de ideas entre extremistas islámicos y el gran público de los musulmanes *mainstream*. El Estado Islámico ha sido siempre una idea más que un Estado, y esa idea no está muerta. En absoluto.

La lucha contra la desinformación rusa era más turbia. Nos costó arrancar, tampoco ganó demasiada tracción, y prácticamente se desdibujó. En parte, combatir la desinformación rusa era más complicado que luchar contra el Estado Islámico porque todo el mundo estaba de acuerdo en que estos era el enemigo irredimible, mientras que mucha gente en el Gobierno y en la Casa Blanca tenía sentimientos encontrados ante la idea de contraatacar a Rusia. Parte de esa indecisión provenía de personas que no creían que fuera asunto del Gobierno contrarrestar ninguna clase de desinformación, lo cual tiene sentido. Esa indecisión también venía de quienes pensaban que luchar contra el mensaje ruso solo empeoraba las cosas, y otra parte de gente que creía más efectivo tratar a Rusia como superpotencia (aunque no lo fuera) en vez de como un jugador regional en decadencia.

Ahora bien, la magnitud de la desinformación rusa era superior a nuestra capacidad de respuesta. Ellos tenían los grandes batallones; nosotros, una guerrilla dispar y reticente. También contaban con el factor sorpresa. Puede que algún veterano de la Guerra Fría lo

anticipara, pero la mayoría no lo vimos venir. No hacía mucho de las elecciones de 2012, cuando la gente se burló de Mitt Romney por decir que nuestro principal enemigo geopolítico era la Rusia revanchista. Francamente, no fue tanto por la sofisticación de los rusos como porque nosotros fuimos tremendamente inocentes. El Global Engagement Center, creado durante mi último año y diseñado para ser un núcleo centralizado para combatir todo tipo de desinformación puede ser un arma poderosa en esta lucha.

Finalmente, cuando tuvimos que combatir la desinformación de Trump, nos quedamos casi paralizados. Nadie quería. Corrijo: muchos querían hacerlo, pero casi nadie creía que fuera práctico, correcto ni legal. Es más, todo el mundo en la Casa Blanca y en el Departamento de Estado pensaba que iba a ganar Hillary, y la Casa Blanca no quería dar la impresión de que estábamos intentando decantar la balanza. Al fin y al cabo, los rusos y Trump se estaban preparando para cuestionar la validez de las elecciones en cuanto este saliera derrotado. Nadie quería darles pruebas que luego pudieran usar para denunciar que las elecciones habían sido manipuladas, lo cual es exactamente lo que habrían hecho.

Durante las primeras seis semanas desde que Donald Trump se uniera a la carrera electoral en junio de 2015, Rusia no hizo casi nada para apoyarle. Parecían tan pasmados como el resto de nosotros ante lo que estaba haciendo. Los rusos siempre habían sido decididamente anti-Hillary, pero tardaron en hacerse pro-Trump. Además, estaban pendientes de las encuestas. Cuando por fin decidieron apoyarle, era bastante evidente que no confiaban en su victoria. Lo que querían era que perdiera por poco, y una derrota lo suficientemente apurada como para poder cuestionar la legitimidad

de la victoria de Clinton. La victoria de Trump les sorprendió, tanto como al mismo Trump.

Cuando vi que la desinformación rusa entraba en la campaña presidencial estadounidense, me asusté. Sin embargo, actualmente, no estoy seguro de qué impacto tuvo sobre ella. Los mensajes rusos tenían mucho alcance, pero poca profundidad. En efecto, los anuncios y las publicaciones rusas en Facebook llegaban a ciento veintiséis millones de personas, pero esos ciento veintiséis millones de usuarios veían muchísimo más contenido que un puñado de la publicidad rusa.[10] Es más, tal y como sugieren los datos actuales, los anuncios en sí no tuvieron demasiado éxito. La gente no los recordaba ni se guiaba por ellos. Lo que sí tuvo un efecto más significativo fueron los contenidos falsos y engañosos que sembraron en todas las plataformas, no solo los anuncios que compraron en Facebook. Pero, en el fondo, la desinformación suele confirmar creencias preexistentes: en realidad, no pretende hacer que la gente cambie de idea. La desinformación no crea divisiones, las magnifica.

Así pues, ¿inclinó la desinformación rusa la balanza de las elecciones a favor de Donald Trump? No lo sé. La CNN hizo mucho más para que saliera elegido (televisando cientos de horas de discursos de su campaña) que Russia Today. Emitir sus mítines mandó un mensaje a los votantes: esto es importante, prestad atención. Al fin y al cabo, lo hacemos. Y la profunda antipatía que millones de votantes sentían por Hillary Clinton contribuyó mucho más a su derrota que unos pocos centenares de troles rusos en San Petersburgo. Los rusos intentaron sembrar dudas sobre las elecciones, hacer daño a Hillary y ayudar a Trump, pero sin ninguna expectativa de que eso decantara la balanza.

La experiencia en el Gobierno cambió mi forma de ver la información y la industria de los medios de un modo fundamental. Como periodista, yo siempre había visto la información como el alma de la democracia. Así lo veían también los padres de la Constitución.[11] Como tantos otros, contemplaba el auge de Internet como una bendición para la libertad y la democracia mundiales: cuanto más conocimiento tuviera la gente, mejor sabría elegir cómo gobernarse y vivir su propia vida. Sin embargo, estas nuevas herramientas y plataformas son neutrales. Como Aristóteles dijo sobre la retórica, pueden ser utilizadas para hacer el bien o el mal. Poco a poco, empecé a comprender que los dictadores, los autócratas y los delincuentes averiguaban rápidamente cómo utilizar estas nuevas herramientas para engañar e intimidar a la gente. Empleaban las herramientas de la democracia y la libertad para reprimir la democracia y la libertad. Tenemos que usar esas mismas herramientas para proteger esos valores.

Siempre creí que las mejores ideas acaban triunfando en lo que el juez William O. Douglas llamaba «el mercado de las ideas».[12] Esta noción se encuentra en John Milton y John Stuart Mill, y es un principio fundamental de nuestra democracia. Sin embargo, todo el mundo asumía que el mercado sería un terreno equilibrado. Que un público racional acabaría viendo la verdad. Pero creo que todos sabemos que eso es una quimera. Por desgracia, los hechos no vienen subrayados en amarillo. Una frase falsa suena igual que una verdadera. No basta con combatir la falsedad con la verdad: la verdad no siempre gana.

En la política exterior, existe la clásica división entre el realismo y el idealismo. Cuando se trataba de información, yo siempre había

sido un idealista. Creía que la luz del sol era el mejor desinfectante. Y salí del Gobierno siendo un realista de la información. Como ya he dicho, la desinformación no es un problema nuevo, pero la facilidad con la que se puede propagar por las redes sociales sí lo es. Hoy en día, todos somos actores de una guerra mundial de información que es omnipresente, difícil de comprender… e injusta. Es una guerra sin fin, que no tiene límites ni fronteras. Una guerra que aún no sabemos cómo afrontar.

Decir que la verdad está siendo atacada es una frase que está muy bien, es preciosa. El problema es que las personas tienen sus verdades distintas, y estas a menudo están enfrentadas. No parecemos capaces de ponernos de acuerdo en qué es un hecho y cómo definirlo. Realmente, es imposible evitar que la gente cree falsedades y que otros las crean.

Así pues, a toro pasado, podemos decir que hubo muchas cosas que vimos y que tratamos de enderezar. Otras muchas, las vimos, pero no hicimos nada, tal vez porque no pudimos. Y también hubo muchas que simplemente no vimos. Yo veía parte de la realidad, pero no toda. Ojalá hubiera sido capaz de atar cabos antes. Ojalá hubiera podido hacer más. Además, siempre hubo la sensación de que esto no podía pasar aquí.

PRIMERA PARTE

Bienvenido al Departamento de Estado

El torno

Cuando llegas al Departamento de Estado por el acceso de la Calle 21, tienes que mostrar tu identificación a unos vigilantes uniformados a la entrada. Miran tu tarjeta para comprobar la diminuta fecha de vencimiento en la esquina superior izquierda y hacen un gesto para que pases, el mismo proceso que se sigue desde los tiempos de la guerra de Corea.

Una vez pasados los vigilantes, hay que atravesar dos puertas altas y automatizadas de metal. Para abrirlas, te tienes que colocar sobre una alfombra magnética de diez centímetros por quince situada justo delante. Algunas mañanas, las puertas se abrían con solo tocar la alfombra. Otras, casi había que saltar sobre ella. Y, a veces, tenía que abrir las puertas yo mismo. En muchas ocasiones, vi diplomáticos elegantemente trajeados saltando una y otra vez antes de empujar con los hombros una puerta que debe de pesar más de cien kilos.

Superadas las puertas y una vez en el vestíbulo, había que pasar por uno de los cinco gruesos tornos de metal que probablemente no parecieron modernos ni cuando los instalaron, hace veinticinco años. Metías tu tarjeta de identificación por una ranura horizontal en la parte principal del torno e introducías tu pin en el teclado. El problema era el teclado. Estaba blando y pegajoso, y costaba teclear los números por el plástico de protección. Uno de cada tres intentos,

no los registraba, y tenías que pasar al torno de al lado a empezar de nuevo.

Y así, cada mañana, al entrar en lo que todos llamaban «el Edificio» para hacer tu trabajo diario para la diplomacia estadounidense, te encontrabas con pequeños rifirrafes que podían acabar en éxito con la misma probabilidad que hacerlo en fracaso.

El vestíbulo

Cuando el Edificio abrió sus puertas en 1941, la entrada este del Departamento de Estado era el acceso principal. Fue diseñado a finales de los años treinta como sede del Departamento de Guerra, pero, a los pocos años de comenzar las obras, vieron que el departamento no cabría en el edificio y se puso en marcha la construcción de lo que acabaría siendo el Pentágono. Se decidió entonces que el nuevo edificio albergara el Departamento de Estado.[1] El lugar, situado en un distrito conocido como Foggy Bottom, era poco glamuroso, tanto entonces como ahora. Para los empleados del Departamento, acostumbrados al lujoso Old Executive Office Building ricamente decorado en Pennsylvania Avenue, fue como mudarse a un barrio mucho menos agradable.

Creado en 1789 durante la presidencia de George Washington, el Departamento de Estado fue la primera agencia ministerial establecida por el nuevo ejecutivo. Su labor, tanto entonces como ahora, consistía en gestionar los Asuntos Exteriores del Gobierno de Estados Unidos. El primer secretario de estado, Thomas Jefferson, contaba con un funcionario jefe, tres funcionarios subordinados, un traductor y un mensajero. Solo había dos puestos diplomáticos, uno en Londres y otro en París. Hoy en día, el departamento tiene más de

cuarenta mil empleados, más de doscientos destinos diplomáticos, así como un presupuesto de cincuenta mil millones de dólares. Además de la diplomacia de alto nivel que llevan a cabo embajadores y enviados, el Departamento de Estado realiza labores más prosaicas, como emitir pasaportes para ciudadanos estadounidenses y visados para extranjeros que viajan a Estados Unidos.

La arquitectura del Departamento de Estado no es lo que la mayoría cree cuando piensan en Washington D. C. Con su sobria fachada de caliza *art moderne* y su pórtico de pilares rectangulares que parecen una gigantesca letra «E» en *sans serif* mirando hacia abajo, la nueva sede recuerda más a Mussolini que a Pierre L'Enfant. Al entrar en el vestíbulo de dos pisos de terrazo, cubierto de arriba abajo de mármol rosado de Tennessee, te encuentras con un enorme mural de quince metros de ancho titulado *Defensa de las libertades humanas*, originalmente diseñado para el Departamento de Guerra. En el centro de la obra, cuatro paneles reflejan la vida rural estadounidense con las cuatro libertades de Roosevelt: libertad de expresión, libertad de culto, libertad ante el miedo y libertad ante las penurias. Las salvaguardan soldados estadounidenses con máscaras de gas en la parte izquierda y efectivos de infantería con cascos y M16 a la derecha. En la parte superior del mural aparece la envergadura de un bombardero B52. En 1954, el mural se cubrió con paneles de madera y cortinas, ya que los diplomáticos del Departamento de Estado lo consideraban demasiado bélico para una agencia que se dedica a la paz, pero fueron retiradas apenas dos décadas más tarde.[2]

El despacho Marshall

Mi despacho se encontraba en la quinta planta del edificio original. Aunque no debería decir «mi despacho», pues era el despacho del subsecretario de Estado para la Diplomacia y Asuntos Públicos, y era un lujazo. De hecho, en un principio fue despacho del secretario de Estado, George Marshall, cuando el edificio abrió sus puertas por primera vez. El techo tiene una altura de siete metros y medio (cuando mi hijo menor lo vio por primera vez, dijo, «Papá, aquí te caben dos canastas, una encima de otra»), y tenía tres enormes lámparas redondas iguales que los platillos volantes de la película de 1951 *El día en que la Tierra se detuvo*.

El despacho era un recurso estratégico en una ciudad de despachos preciosos. Al fin y al cabo, la gente solía relacionar (por poco precisa que fuera la relación) el tamaño del despacho de una persona con su poder. Por tal motivo, me gustaba celebrar allí las reuniones con embajadores y ministros extranjeros, y ofrecerles té y café mientras se empapaban del escenario. (De hecho, tenía su propia vajilla de porcelana del Departamento de Estado.)

El espacio presentaba otra anomalía (y no necesariamente ventajosa): no estaba en el séptimo piso. En esa planta estaban el secretario y sus dos delegados, además de todos los subsecretarios, salvo uno: yo. Sí, el piso séptimo era un espacio físico, pero también el epicentro mítico de poder en el Edificio. En el Departamento de Estado, la expresión «el Séptimo» se escuchaba cientos de veces cada día: «El Séptimo no está contento»; «El Séptimo quiere un acuerdo»; «El Séptimo se va a enfrentar al Consejo de Seguridad Nacional». Igual que la expresión «la Casa Blanca» equivale al presidente, «el Séptimo» representaba al secretario de Estado.

Mi despacho estaba en la quinta planta, y no en la séptima, gracias a la astucia inmobiliaria de una de mis predecesoras, Judith McHale, subsecretaria de Estado de Hillary Clinton. Después de jurar el cargo en 2008, le enseñaron el despacho oscuro y cutre del séptimo piso que correspondía al subsecretario para la diplomacia pública. En ese momento, alguien dijo que acababan de terminar de reformar el despacho Marshall en el quinto piso del viejo edificio del departamento y que estaba libre. Judith prefirió la estética a la cercanía del poder, y yo se lo agradecía prácticamente cada mañana, cuando entraba en aquel precioso lugar.

Ahora bien, al no estar en la séptima planta, me pasaba el día yendo, ya fuera andando o trotando (o directamente corriendo) para asistir a las reuniones. El Departamento de Estado es el edificio más laberíntico y menos intuitivo en el que he trabajado nunca. Una de las explicaciones es que, cuando se amplió en 1961, las partes nuevas fueron unidas al viejo edificio de un modo completamente inorgánico. Para remediarlo, los pasillos están numerados y pintados de distintos colores. Según dice la leyenda, Henry Kissinger hizo pintarlos para orientarse, aunque la idea del secretario Kissinger vagando desorientado por los pasillos del Edificio Harry S. Truman me resulta inverosímil. Yo procuraba salir hacia las reuniones con tiempo de sobra y me perdía. Lo que sí me ayudaba a orientarme eran unos enormes carteles de distintos países que hay al final de cada pasillo. Y así, siempre recordaba que mi despacho estaba en la unión de la foto de Tailandia (un chaval cruzando un puente de cuerda sobre un río) y otra de un templo hinduista en la India, y que, cuando subía al séptimo, tenía que girar a la izquierda en la foto de la catedral de San Basilio de Moscú, completamente nevada.

Incluso después de una década trabajando en el edificio, los funcionarios de Exteriores seguían perdiéndose. Tras varios meses en el cargo, conseguí al menos dejar de mandar mensajes de texto a mis empleados para que vinieran a rescatarme. Como tantos otros en el departamento, fui descubriendo distintas rutas para llegar a mi destino, y me aferraba a ellas religiosamente. Era algo parecido a la diplomacia.

La reunión de las 8.30

Washington es una cultura madrugadora. Cuando era editor de *Time*, una de las primeras medidas que tomé fue adelantar la reunión con toda la plantilla de las 10 a las 9.30. Y la gente se horrorizó. En el Departamento de Estado, las reuniones solían empezar a las 8.30, pero muchas lo hacían a las 8.00, o incluso a las 7.30. Ahora bien, la más selecta en todo el edificio era la reunión de las 8.30. La reunión del secretario.

Cuando empecé a hablar con la gente sobre la posibilidad de trabajar en el Departamento de Estado, algunos veteranos me dijeron: «Asegúrate de no faltar a las 8.30». Condoleeza Rice tenía una reunión de las 8.30. Madeleine Albright también. También Hillary Clinton. Que yo sepa, hasta Thomas Jefferson tenía su propia reunión de las 8.30. Y John Kerry seguía con la tradición. Era una reunión por invitación exclusiva del secretario con una docena de altos cargos, y marcaba el tono de la jornada (y gran parte de las medidas que tomar ese día), además de ser una oportunidad de ver y escuchar al secretario a primera hora de la mañana. Hasta cierto punto, esta reunión era un misterio. No todo el mundo conocía su

existencia. Era una especie de sociedad secreta. Y como cualquier sociedad secreta que se precie, tenía sus propias reglas y protocolos.

En realidad, mi día no comenzaba con la reunión de las 8.30, sino con otra que organizaba a las 8.00 para preparar la de las 8.30. Después de acudir a varios encuentros con el secretario, comprendí que necesitaba que me informaran previamente de lo que estaba pasando. Por ello, empecé a tener una pequeña reunión en mi despacho a las 8.00 para revisar los puntos que podían salir y de qué temas de diplomacia pública convendría hablar. En mi equipo contaba con cuatro «ayudantes especiales». Estos funcionarios de Exteriores jóvenes e inteligentes eran como mis ojos y mis oídos ante lo que pasaba en el mundo y, aún más importante, en el edificio. Cada uno «cubría» zonas geográficas además de funciones políticas. Así, uno llevaba Asia, refugiados y asuntos legales. Otro se encargaba de Sudamérica, intercambios educativos y servicios consulares. Cada mañana, uno de mis «especiales» hablaba conmigo a las 8.00 para revisar el material antes de la reunión de las 8.30. Normalmente, se ponía de pie delante de mi escritorio (los jóvenes del Departamento de Exteriores suelen quedarse de pie a no ser que les digas lo contrario) y me hacía un resumen de la agenda del secretario para ese día, de las noticias que pudieran afectar a nuestros asuntos, y de qué debía estar pendiente.

También era útil porque me daba algo que hacer mientras intentaba entrar en el anticuado y lentísimo sistema informático del departamento, que requería dos llaves de seguridad automatizadas y varias contraseñas. Y eso no era ni siquiera para el sistema informático confidencial, el llamado *high side*, que tardaba aún más. En días buenos, el proceso tardaba entre siete y ocho minutos, pero

muchas mañanas podía demorarse hasta media hora, especialmente si había que llamar al servicio técnico, lo cual sucedía a menudo. No había visto un sistema informático así desde los años noventa. A veces intentaba calcular los millones de dólares que gastaba anualmente el contribuyente estadounidense para pagar la espera de los empleados del Departamento de Estado a que arrancaran sus ordenadores.

Como tantas personas en el Gobierno, me acostumbré a comunicarme con los empleados y el Departamento a través de Gmail, que era más rápido, más fácil de utilizar y buscar; además, no se tardaba una eternidad en entrar. Empezó durante el proceso de nominación y confirmación en el cargo, cuando aún no tenía cuenta del Gobierno, y continuó prácticamente hasta el final. El sistema del departamento tampoco era tan cutre como para tener que recurrir a mi propio servidor, pero entendía perfectamente que muchas personas utilizaran medios alternativos para manejar información no confidencial. Aunque supuestamente no debíamos usar Gmail para asuntos oficiales por la Ley de Documentos Presidenciales (que exigía la protección de todos los correos electrónicos federales), pocos cargos políticos seguían la norma. La mayoría solía enviarse después la cadena de correos de Gmail a su dirección de correo electrónico federal. Desde luego, eso es lo que lo hacía.

A las 8.20, salía corriendo de mi despacho y emprendía mi expedición al séptimo. Después de subir la escalera (mucho más rápido que el ascensor, a menudo cerrado para dignatarios), entraba por una puerta lateral que llevaba al llamado «Mahogany Row». Se trata de un conjunto de despachos bastante claustrofóbico donde están el secretario y dos delegados. Su nombre, que significa el

«corredor de caoba», responde a los oscuros paneles de madera que lo recubren, aunque, desde mi inexperto punto de vista, no parece auténtico. De hecho, casi todo Mahogany Row «era» falso. Cuando se abrió la oficina en el nuevo edificio del Departamento de Estado en 1961, recordaba más a un motel de los cincuenta, con sus puertas correderas de cristal, su moqueta y sus acústicos techos de cerámica. Cuando la esposa del por entonces secretario de Estado, Christian Herter, puso pie por primera vez en ella con motivo de una recepción diplomática para la reina Federica de Grecia y la vio, se echó a llorar.

Durante los siguientes veinticinco años, se estuvieron recaudando fondos privados para convertir las salas de recepción y la *suite* ejecutiva en un espacio que pareciera de comienzos de la época federal. Llegaron las sillas Hepplewhite, las mesas de Duncan Phyfe y los oscuros retratos al óleo de los secretarios anteriores. Mahogany Row se terminó finalmente a mediados de la década de 1980. La primera vez que entré para reunirme con el secretario John Kerry, sentí una especie de vértigo histórico. Después de acceder al edificio a través del moderno vestíbulo estilo *deco* de los años sesenta en la fachada sur, cogías un ascensor a la séptima planta y volvías al siglo XIX.

Cuando un visitante llega a Mahogany Row, tiene que pasar por un mostrador altísimo, donde unos vigilantes de seguridad comprueban su nombre y se quedan con su teléfono móvil. Es una medida necesaria porque Mahogany Row es un centro compartimentado de información delicada, o SCIF (*sensitive compartmented information facility*), aunque se pronuncia «skiff», como los esquifes. Un SCIF es una zona segura y protegida con vigilancia electrónica, donde se puede examinar información confidencial. Durante mis primeras

reuniones informativas de seguridad en el departamento, el equipo de seguridad me explicó que podía ser objeto de espionaje de potencias extranjeras hostiles en cualquier parte del edificio que no fuera SCIF.

Ante la puerta lateral del Mahogany Row había un par de casilleros de aspecto victoriano para que los empleados del departamento guardaran los móviles. Dejabas el teléfono dentro de un pequeño compartimento y cogías una llave diminuta. Una de las ventajas accidentales de las reuniones en Mahogany Row era que nadie miraba su móvil a hurtadillas. En varias ocasiones, aquellas primeras semanas, mientras estaba reunido en el séptimo, noté mi *Blackberry* vibrando en el bolsillo. Y tuve que levantarme de inmediato, disculparme y salir corriendo para meterla en el casillero, deseando para mis adentros que aquello no hubiera dado acceso a los chinos o a los rusos a la séptima planta.

La reunión de las 8.30 se celebraba en la sala de juntas del secretario, situada en diagonal a la entrada de su despacho-*suite*. Era una estrecha sala rectangular con una acústica espantosa. El secretario siempre era el último en llegar, normalmente varios minutos tarde. Entraba velozmente en mangas de camisa, se sentaba y empezaba a hablar. Era rápido y no quería perder tiempo. Siempre hacía una especie de monólogo interior con lo que pasaba por su mente en ese momento. A esas horas, ya habría tenido su sesión informativa diaria con el presidente y es probable que alguna llamada con Bibi Netanyahu o Sergei Lavrov. Estaba acelerado. De hecho, John Kerry tenía más energía que ningún otro ser humano que haya conocido. Cuando caminaba a su lado por los largos pasillos del Departamento de Estado, siempre tenía que ir dando

pequeños saltos para seguirle el paso. Siempre va inclinado hacia delante. Y esa también era su actitud ante el mundo. La de zambullirse, avanzar, involucrarse. No hay nudo que no se crea capaz de deshacer, ni fisura que no pueda subsanar. Para él, el coste de no hacer nada siempre era mayor que el de intentar hacer algo. Como solía decir: «Si no lo hacemos, no pasará».

El secretario presidía una larga mesa rectangular. A su derecha estaba el vicesecretario adjunto de políticas, y a su izquierda, el vicesecretario de estado de gestión. Junto al vicesecretario de Políticas se sentaba el jefe de gabinete del secretario, y al lado del vicesecretario de Gestión, la subsecretaria de Asuntos Políticos. El resto de los habituales en la reunión eran el subsecretario de Gestión, los dos jefes adjuntos de gabinete del secretario, el secretario adjunto para Asuntos Públicos, Asuntos Legales y la portavoz. El secretario adjunto de Asuntos Públicos era el único adjunto en la sala. Solo eran invitados tres de los seis subsecretarios. A pesar de que no había tarjetas nominales sobre la mesa, la distribución de los asientos era estricta. Antes de acudir a mi primera reunión, mi jefa de gabinete me hizo un dibujo improvisado y dijo que mi asiento estaba entre el del director de planificación política y el del jefe adjunto de gabinete en el extremo sur de la mesa. Aun así, las primeras veces me senté en el lugar equivocado, hasta que alguien me señaló amablemente el sitio indicado.

Las primeras dos palabras que salían de boca del secretario eran casi siempre algo así como «Están pasando muchas cosas», «Tenemos unas cuantas cosas en el aire» o «Está habiendo mucha mandanga». (Una mañana dijo sonriendo: «¿Hay algún día que no haya dicho eso? ¡Tengo que dejar de decirlo!».) En algunas

ocasiones, repasaba la primera línea del panorama internacional: tocaba media docena de temas, desde la ayuda a los «moderados» sirios a la guerra civil en el Congo, pasando por un viaje próximo a Kazajistán. A menudo hablaba de lo que le preocupaba, como la inutilidad del Congreso («Son completamente incapaces de hacer su trabajo»), filtraciones de reuniones a las que había asistido en la Casa Blanca («Con nuestra discreción de costumbre, ahí está, en primera página del *New York Times*»), la ineficacia total de ciertos líderes mundiales («No tiene ni la menor idea de economía»), la falta de interés de los estadounidenses por las relaciones internacionales («No hay sondeos a pie de urna sobre política internacional») o los antojos de Washington («¡Es una ciudad de muñecos de nieve!»). Él sabía que escuchar lo que pasaba por su mente ya nos resultaba valioso.

Generalmente, la gente hablaba rápido y explicaba al secretario cosas que debía saber («Señor, en nuestra embajada de Lima, un estadounidense ha sido detenido por agresión»), de lo que estaban haciendo («Señor, tengo una reunión con el viceministro de Exteriores de Malasia para hablar de medidas antiterroristas»), o simplemente de algo que podía resultarle interesante o curioso (en una ocasión, le sorprendí al contarle que la mayor agencia de noticias en Washington era la televisión estatal china, CCTV, con más de trescientos cincuenta empleados).

Cuando algo le preocupaba, nos encontrábamos en medio de una u otra crisis, o simplemente parecía un poco decaído, se dejaba caer discretamente en su sillón y murmuraba algo. Era una señal que todos entendíamos, porque al llegar nuestro turno de palabra, la gente solía decir: «Esta mañana, nada, señor». Había reuniones en

que casi todos los presentes hacíamos eso. A veces, lo diplomático es no decir nada. Pero, incluso en esas ocasiones, cuando acababa la reunión, Kerry saltaba de su sillón y soltaba alguna exhortación, como «A por ellos» o «¡Al tajo!».

Comms *y la reunión de las 9.15*

En el Departamento de Estado, y prácticamente en toda Washington, «comms» es la abreviatura común de «comunicaciones», que básicamente significa cualquier cosa con vistas al exterior, desde una entrevista en un diario local a un discurso pronunciado en Naciones Unidas. Después de la reunión de las 8.30, me iba directo a la de «comms», que se celebraba al otro lado del pasillo, en el despacho del jefe de gabinete. La reunión era aún más reducida que la de las 8.30, pues éramos el jefe de gabinete, el jefe adjunto de gabinete, la portavoz, el secretario adjunto para Asuntos Públicos, el redactor jefe de discursos y yo.

Nos sentábamos alrededor de una mesa de madera redonda en una sala que tenía unas vistas preciosas hacia el sur y el Lincoln Memorial. Aquella era la reunión más informal y espontánea del día. Tocaba muchos más puntos que las simples «comunicaciones». En efecto, tan pronto lamentábamos la publicación de un artículo negativo en el *Washington Post* aquella mañana, como trabajábamos sobre próximos discursos, viajes o entrevistas del secretario de Estado, o tratábamos de planificar la crisis de ese momento, e incluso la que aguardaba a la vuelta de la esquina. Siempre se hablaba mucho de lo que la Casa Blanca quería o no quería que hiciéramos. Y había bastantes risas irónicas.

Esto tenía su peligro, porque el despacho del jefe de gabinete tenía una discreta puerta lateral que llevaba directamente al despacho privado del secretario de Estado, que a menudo aparecía para decir algo o llamar al jefe de gabinete. Recuerdo que una vez dedicamos gran parte de la reunión a discutir sobre el deseo del secretario de llevar su tabla de windsurf a un viaje a Oriente Medio, pues iba a pasar un día en Sharm al-Sheikh, Egipto, donde había playa. Estábamos riéndonos del tema cuando de repente asomó la cabeza; nos quedamos petrificados. Al final no se llevó la tabla.

El plato fuerte de la reunión de «comms» era siempre la rueda de prensa de aquel día. Por razones no del todo conocidas, el Departamento de Estado era la única agencia gubernamental aparte de la Casa Blanca que comparecía diariamente ante los medios. Personalmente, me parecía que no tenía demasiado sentido y que generaba más problemas de los que solucionaba, pero estaba en gran minoría al respecto. Nuestra portavoz en aquel momento era Jen Psaki, que venía del tinglado de Comunicaciones de la Casa Blanca. Jen era muy buena en su trabajo. Inteligente y con sentido del humor, costaba ponerla nerviosa. También era objeto de escarnios, caricaturas y memes, y ridiculizada por los medios estatales rusos de manera habitual, que acuñaron la palabra «*psaking*», para describir cuando se habla de algo que no se entiende. Ella se lo tomaba con filosofía. Cada mañana, nos daba una lista de los temas que podían surgir durante la rueda de prensa y revisaba las respuestas a las cuestiones más complicadas. Nosotros les dábamos una vuelta y hacíamos sugerencias. Era un buen modo de obtener una visión de primera línea de la política.

La rueda de prensa se celebraba en la sala de conferencias de Asuntos Públicos, un espacio subterráneo y apretado con un podio delante, y con el peor cartel de fondo que he visto nunca, con las palabras, «U. S. State Department». Hacía que los observadores creyeran que veían doble. La prensa extranjera, como solía llamarse, tenía pequeñas taquillas y mesas junto la sala. Era un grupo bastante variopinto que incluía desde excelentes corresponsales de grandes agencias informativas extranjeras como la BBC, *Die Welt* o *The Guardian*, a reporteros de diarios asiáticos desconocidos que apenas hablaban inglés. A ello se unía un puñado de periodistas de agencias financiadas por el Estado ruso que se deleitaban lanzando preguntas hostiles seguidas de decenas de repreguntas normalmente estúpidas. El grupo estaba encabezado por Matt Lee, corresponsal diplomático sénior de AP, un periodista malhumorado, inconformista e inmensamente experto a quien, por alguna razón, siempre daban la primera pregunta en la rueda de prensa.

Los lunes y los miércoles, salía corriendo de «comms» para llegar a una larga reunión formal que en la agenda figuraba como «reunión de altos cargos» pero que todos conocíamos como «la de las 9.15». Era una reunión más general para el centenar de puestos más destacados del departamento: los seis subsecretarios y sus jefes de gabinete, los cerca de veinticinco secretarios adjuntos y sus vicesecretarios, los directores de las distintas oficinas y cualquier embajador que estuviera en la ciudad. Los lunes, la reunión se celebraba en el Salón Holbrooke, un espacio grande y de techos bajos, donde siempre surgía una curiosa característica de los funcionarios de Exteriores. A veces, llegaba a las 9.10 y encontraba la sala vacía. Pensaba: ¿se habrá cancelado la reunión?, ¿me habré

equivocado de día? En el Departamento de Estado, la gente no llegaba tarde a las reuniones, pero tampoco llegaba antes de tiempo. Lo sorprendente era que, por grande o pequeña que fuera la convocatoria, todo el mundo aparecía un minuto o dos minutos, antes de que comenzara, a veces incluso treinta segundos. Y así, la Sala Holbrooke podía estar vacía perfectamente a las 9.10 y albergar a las 9.14 a cien personas sentadas. Cuando llegaba el secretario de Estado, pongamos que a las 9.18, daba la impresión de que todo el mundo llevaba allí una hora, charlando alegremente.

La atracción principal de la Sala Holbrooke era una enorme mesa de madera brillante alrededor de la cual se sentaban los altos cargos. Había grandes cartulinas blancas que indicaban dónde se sentaba cada uno. Para alguien de fuera, las tarjetas no dirían nada, pues solo llevaban una letra mayúscula. D, P, J o R. Según la tradición, cada subsecretario y cada vicesecretario se conocían por una inicial. Así, el subsecretario de Asuntos Públicos siempre se conocía como P. El vicesecretario de Asuntos Públicos era D. El subsecretario de gestión, M. El subsecretario de desarrollo económico, energía y medio ambiente era E. Tenía sentido. Pero mi cargo, subsecretario de Diplomacia y Asuntos Públicos, se conocía como R. ¿Por qué R? Nadie me supo dar una respuesta satisfactoria, más allá de que P, D y A ya estaban cogidos.

Normalmente, me sentaba entre J (seguridad ciudadana, democracia y derechos humanos) y T (control de armas y seguridad internacional). Varios secretarios adjuntos se colocaban en un extremo de la mesa, pero la mayoría se sentaba junto a la pared opuesta al asiento del secretario. La reunión de las 9.15 era la más comunitaria del departamento. En los minutos previos a que llegara

S (sí, esa era la inicial que se usaba para el secretario), se oían murmullos de charlas y cotilleos. (El cotilleo es la lengua franca del Servicio Exterior.) Cuando él entraba, todo el mundo se quedaba callado. Solía empezar con un campechano «hola». Dado que era una reunión de índole más pública, su actitud era más animada y formal que en la de las 8.30. Aunque generalmente mencionaba las mismas preocupaciones que había expresado en aquella, en la de las 9.30 ofrecía una versión más breve y suavizada, acompañada de varios anuncios. También solía dar lo que en el departamento se conocía como «attaboys» [«bravo»] a empleados o departamentos concretos que hubieran hecho algo positivo.

Más que para el secretario, aquella reunión era para los caballos de tiro del departamento, a saber, los secretarios adjuntos regionales. El Departamento de Estado estaba dividido en oficinas operativas, como la mía, control de armas y seguridad internacional, y oficinas regionales, como Asuntos Europeos y Euroasiáticos, Asuntos Africanos, y Asuntos de Oriente Próximo. La geografía era poder en el Departamento de Estado, y las oficinas regionales eran los centros neurálgicos del Edificio. Dean Acheson los comparaba con barones en una corte feudal.[3] La analogía seguía siendo adecuada. En el Departamento de Estado, era importante tener tu territorio. Y la gente lo protegía ferozmente. Si intentabas poner en marcha un programa en alguna de las regiones de la secretaria adjunta y esta objetaba, no iría a ninguna parte. El departamento tenía una cultura *jeffersoniana*, es decir, la institución parecía creer que las regiones sabían más que el centro.

El secretario de Estado recorría la sala e iba preguntando a los secretarios adjuntos. Sí, ellos eran los caballos de tiro, pero en

aquella reunión también ejercían un poco como caballos de concurso, haciendo un repaso de las fortalezas de sus respectivas regiones, con nombres y datos para impresionar a todo el mundo con la profundidad y el alcance de su conocimiento. Por ejemplo, el secretario adjunto de Asuntos Africanos podía decir: «Señor secretario, ha habido un golpe de estado en el Congo, y he estado en contacto con nuestra embajada. El personal estadounidense no corre peligro alguno. La semana que viene, tiene programada una reunión con el presidente de Nigeria y la organización del viaje avanza bien. Ayer mismo hablé personalmente con él, y esta mañana le he enviado una nota preliminar sobre la visita».

En estas reuniones, uno comprende rápidamente que no hay una «política de Exteriores estadounidense». Hablamos de ella constantemente, y los medios escriben al respecto, pero es una idea inventada. Si entráramos en el Departamento de Estado y dijéramos «Quisiera una copia de la política de Exteriores de Estados Unidos», nadie sabría a qué nos referimos. No existe tal documento. La política de Asuntos Exteriores estadounidense es esencialmente lo que el presidente y el Consejo de Seguridad Nacional digan que es nuestra política, y luego, la gente del Departamento de Estado interpreta según su propio juicio. Reaccionan a lo que es urgente e importante, y buscan una manera de salir adelante. A menudo, la política exterior parecía hecha por quienquiera que sacara un argumento convincente, porque nadie más tenía argumentos que defender.

En el Gobierno en general, y en el Departamento de Estado en particular, las reuniones no son preparación para el trabajo: son «el trabajo». La gente se preparaba para ellas, participaba en ellas, y

luego resumía lo que había ocurrido en ellas para otra reunión. En el Gobierno, las reuniones son el producto. La gente valoraba su jornada según hubieran ido las reuniones. A veces, mis ayudantes especiales decían: «Hemos arrasado en esa reunión, señor». Cuando no iba tan bien, se ponían a pensar en la manera de que la siguiente fuera mejor. Casi nunca oía a nadie decir que algo iba mal en una reunión del departamento. En el peor de los casos, decían que «avanzaba» o «progresaba». Se evitaba dar malas noticias. De hecho, la gente solía empezar sus comentarios diciendo: «Por cierto, buenas noticias sobre...». Lo que nunca escuché en una reunión del Departamento de Estado fue «Hagámoslo más grande» o «Hagámoslo más rápido».

El servicio exterior

El Departamento de Estado es una cultura observacional. En 1775, cuando el precursor del departamento se creó como Comité del Congreso, se formó con la idea de supervisar e informar sobre lo que ocurría en el mundo. Aquella misión original sigue en el ADN del Edificio. A la gente del Departamento se le daba bien «monitorizar» las cosas. Casi todo era retrospectivo. Cada reunión relataba algo ya ocurrido, y cada reunión subsiguiente narraba ese relato. Y luego estaban las notas que circulaban con «resúmenes de conclusiones», aunque no hubiera conclusiones. En *Time* teníamos reuniones sobre lo que haríamos ese día, pero también había reuniones semanales y mensuales para planificar el trimestre o el año. Sin embargo, cuando, al poco de llegar al departamento, pregunté a mi jefa de gabinete cuándo eran todas las reuniones de organización, no sabía de qué hablaba. No existían.

En el Departamento de Estado y en muchos sitios en Washington, se llevaba bastante lo de «admirar el problema». Considerábamos un asunto (pongamos, por ejemplo, la preocupación ante el posible derrumbe de la presa de Mosul en Irak) y lo analizábamos desde todos los ángulos posibles. Luego se escribían notas de cada teoría sobre la cuestión. Se emitían nuevas notas y se hacían circular. Entonces se organizaban grupos de trabajo que elaboraban otra serie de notas. Después se organizaban reuniones de altos cargos para analizar los hallazgos de los grupos de trabajo. El problema no se resolvía, pero la burocracia quedaba satisfecha.

El Departamento de Estado también era una cultura pasiva y reacia a correr riesgos. La inacción ofrecía seguridad. Siempre resultaba más fácil y seguro decir que no, que decir que sí. Un «no» nunca te metería en tantos problemas como un «sí». Era lo opuesto a emprendedor. El consenso se valoraba más que la iniciativa. La gente hacía las cosas como se habían hecho antes. Durante una reunión al poco tiempo de llegar, le pregunté a mi equipo si recordaban un solo programa de diplomacia pública que hubiera sido interrumpido. Si poner en marcha algo nuevo en el Departamento de Estado era difícil, poner fin a lo antiguo resultaba prácticamente imposible. Cuando llegué, los dos países que recibían más dinero de la diplomacia pública eran Japón y Alemania, un legado vigente de la Segunda Guerra Mundial. Como me dijo una vez un funcionario de Exteriores, la diplomacia es una profesión del siglo XIII, gestionada por una burocracia del siglo XIX, con tecnología del siglo XX.

La preeminencia de los secretarios adjuntos en la reunión de las 9.15 reflejaba otra cosa: la permanencia del servicio diplomático frente a la temporalidad de los nombramientos políticos como yo.

Los subsecretarios son nombramientos políticos en su gran mayoría, mientras que la mitad de los secretarios adjuntos son funcionarios de Exteriores. La percepción del Servicio Exterior era que los nombramientos políticos vienen y van, mientras que el Servicio Exterior es para siempre.

A pesar de que ha habido embajadores y cónsules desde los albores de la república, el Servicio Exterior no se creó hasta 1924. En la actualidad, para ser funcionario de Exteriores, hay que pasar una oposición, compuesta por un examen de tres horas, seguida de un riguroso proceso de entrevistas y vetos.[4] De los más de quince mil candidatos que se presentan anualmente, solo se seleccionan a varios centenares.[5] Al Servicio Exterior le gusta alardear de que tiene un índice de aceptación más bajo que Harvard. Según una vieja broma, el servicio era «pale, male and Yale» [«blanco, barón y de Yale»], pero el único ejemplo de esa especie que vi en el departamento fue John Kerry. A los ojos de cualquiera, los funcionarios de Exteriores eran decentes y diligentes; devotos internacionalistas, que, por lo general, preferían estar sobre el terreno que en Washington D. C. y profundamente implicados en su trabajo y el papel de Estados Unidos en el mundo.

La cultura del Servicio Exterior «era» la cultura del Departamento de Estado, en un sentido profundo y firme. Una cultura de recolectores, no de cazadores. No les gustaba cometer errores, ni siquiera aparentar desconocer algo. Recuerdo que, en un viaje que hice a Perú, hasta el último funcionario de Exteriores con quien hablé me dijo lo mismo: «El ceviche está buenísimo».

Al igual que los oficiales del ejército, en el Servicio Exterior todo el mundo cambia de puesto cada dos o tres años. Y, como la mayoría de

los trabajos duraban dos a tres años, los funcionarios de Exteriores no estaban especialmente apegados a sus actuales jefes. Transcurrido un año de la rotación bianual en Washington, ya se ponían a buscar una nueva misión. A veces pasaban un par de años en el Foreign Service Institute, aprendiendo un idioma, para después estar solamente dos años en el puesto donde necesitaban hablarlo. ¡Y a veces volvían y se ponían a estudiar otra lengua! Recuerdo que a veces pensaba que, si yo pasara dos años enseñando a un corresponsal a hablar mandarín, me gustaría que el maldito reportero estuviera más de tres años en Shanghái.

Los funcionarios de Exteriores no eran cargos políticos, porque nunca sabía quién era republicano o demócrata (aparte de porque no se designaban por nombramiento). No se hacía evidente de ningún modo, y tampoco importaba. Para ellos, la política realmente «se queda en la orilla». (en referencia a una frase de un senador republicano en 1947 que sugería que había que mantener las diferencias partidistas entre políticos estadounidenses para presentar un frente común ante otros países). En parte, se debía a que todos pertenecen a un mismo partido: el «partido del Servicio Exterior». Ante todo, eran leales a dos cosas: a la idea de que los asuntos internacionales eran importantes y al propio Servicio Exterior. Y hacían muchas cosas bien, pero su gran fortaleza era inculcar lealtad y fe en el Servicio Exterior.

Como procedía del mundo de los medios de comunicación en Nueva York, la cultura del Departamento de Estado me resultó algo desconocida. Yo creía conocer la burocracia por mi experiencia en Time Inc cuando dirigía la revista *Time*, pero aquel trabajo era sorprendentemente liviano comparado con el Departamento de

Estado. La gente solía decirme: «Claro, tú vienes de una gran empresa internacional, así que esto te parecerá insignificante». En realidad, cuando me convertí en editor de *Time*, mi presupuesto editorial era inferior a cien millones de dólares anuales. Mi presupuesto anual en el Departamento de Estado ascendía a mil cien millones. Sí, sí, mil cien. Me parecía que la gente en el Gobierno no solía ser consciente de las enormes cantidades de dinero que tenía, así como de su magnitud en comparación con las cantidades disponibles en el sector privado. Los funcionaros de Exteriores siempre se quejaban de la escasez de sus presupuestos, y a menudo se desmoralizaban cuando les recortaban un dos o un tres por ciento. «¿Cómo voy a hacer lo que hice el año pasado si me recortan el presupuesto un tres por ciento?». Y casi nunca se les ocurría pensar: «Tal vez no deba hacer exactamente lo mismo que el año pasado».

Aunque no describiría *Time* como un lugar glamuroso, comparado con el Departamento de Estado sí lo era. De hecho, en 2014, el Departamento de Estado parecía la revista *Time* en la década de los ochenta. Entre los funcionarios de Exteriores, abundaban los trajes grandotes y pasados de moda, así como los malos cortes de pelo. Eso sí, lo que siempre me hacía reír era la cantidad de bigotes que veía. Podías estar reunido con diez hombres y que cinco de ellos llevaran bigote. ¡Y de todo tipo! En forma de manillar, de lámpara, *chevron*, incluso algún Fu Manchú. Parecía como si se los hubieran dejado en los años ochenta y ya no se hubieran vuelto a afeitar.

El departamento tenía una estructura muy jerárquica, pero, en algunas cosas, engañaba. A veces me confundía ver que, en cuanto un alto cargo tomaba una decisión, se movilizaban fuerzas contrarias y que estaban en desacuerdo con ella. En el Edificio, lo llamaban

«anticuerpos», y se oían frases como: «Hay muchos anticuerpos contra esa política en el Edificio». También me llamaba la atención que, cuando la gente no estaba de acuerdo con una decisión, empezaban a contestar diciendo: «Creo que es totalmente cierto, pero…». Nadie se oponía abiertamente a nada; sin embargo, luego se movían entre bambalinas para socavarlo. Y, a veces, descubrías que medidas que ya habías aprobado aún no se habían llevado a cabo meses más tarde.

Las reuniones son la acción

Una vez concluida la reunión de las 9.15, la gente salía en fila charlando, y volvía a sus despachos. Cuando empecé en el cargo, mi jefa de gabinete por entonces organizaba una reunión a las 16.30, que llamábamos «*vespers*» («vésperos»), para revisar todo lo que había pasado durante la jornada. Muchos despachos del departamento tenían reuniones vespertinas. Y, la verdad, después de andar todo el día atropellado, para cuando llegaban las 16.30, casi siempre había olvidado lo ocurrido en la reunión de las 8.30, en la de «comms» y en la de las 9.15. Pasado un mes, aproximadamente, decidí pasar *vespers* a las diez de la mañana, para tener fresco en la cabeza lo hablado en las reuniones matutinas.

Así pues, cuando acababa la de las 9.15, emprendía el regreso a mi despacho por el mismo camino por el que había venido. Allí me esperaban mis empleados de mayor rango, dispuestos en forma de U en el extremo norte del despacho. Ya he dicho que tenía cuatro ayudantes especiales, pero también contaba con dos ayudantes clásicos, uno se encargaba de mi agenda y otro de logística y viajes. Tenía una jefe de gabinete. Y ella tenía una ayudante, que dirigía al

personal de organización de política de R. También contaba con un redactor de discursos, un encargado de redes sociales, un asesor para la lucha contra el extremismo violento, un asistente militar, un enlace con el Congreso, y seguro que olvido a varios más. Y eso sin contar a los directores de oficinas que respondían ante mí, el secretario adjunto para Asuntos Educativos y Culturales, el secretario adjunto para Asuntos Públicos, o el coordinador de Programas de Información Internacional. Por tanto, cada vez que había una reunión en mi despacho solo para las altas instancias de R, podíamos ser dieciséis o diecisiete personas. En *Time*, tenía un ayudante.

Cada pequeña reunión en el Departamento de Estado era un microcosmos de una reunión mayor. Así, mi pequeña reunión matutina recapitulaba la de las 8.30 con el secretario. Para empezar, mi jefa de gabinete exponía la agenda del día, y luego íbamos hablando uno por uno con los ayudantes especiales, que explicaban lo que ocurría en sus ámbitos. Todos los presentes sentían que velaban por mí personalmente y por el terreno de R, y yo lo agradecía. El Departamento de Estado era muy territorial, y la gente era experta protegiendo sus dominios.

No tardé en descubrir que mi jefa de gabinete, funcionaria de Exteriores, me organizaba una reunión tras otra a lo largo de la jornada para que no tuviese tiempo de pensar o siquiera reaccionar a lo que había pasado en la reunión anterior. Cuando me decía, «Hoy tiene una tras otra», no bromeaba. Esto era por varios motivos, entre ellos intentar hacer todo el trabajo que fuera posible en una jornada. Sin embargo, la otra cara de este ritmo en Washington es lo que yo describiría como «infantilización de los jefes». La idea era mantener

a los jefes, en su mayoría nombramientos políticos, completamente ocupados, y hacerlo todo por ellos, de modo que nunca llegasen a tomar decisiones o elegir más allá de lo que su equipo le daba prácticamente hecho. Cada jefe en Washington tenía tantos empleados (y todos ellos deseosos de escribir o aportar algo) que podías pasarte el día entero, todos los días, leyendo lo que debías decir o hacer en una reunión directamente de un trozo de papel o una tarjeta. Y, en efecto, muchos solo hacían eso. En las reuniones de la Sala de Crisis en la Casa Blanca, a menudo me sorprendía ver a directores de agencias y miembros del gabinete leyendo sin entusiasmo las notas que sus equipos les habían preparado. A veces me preguntaba por qué no contrataban actores. Desde luego, habrían leído mejor su guion.

En el departamento, prácticamente todo el mundo se iba a las cinco en punto. Jamás he visto nada igual. Si envías un correo electrónico a los funcionarios de Exteriores o de la administración a las 17.05, no esperes respuesta hasta la mañana siguiente. Y, si encima es viernes, no cuentes con recibir contestación hasta el lunes por la mañana. O no lo han mirado o no han creído adecuado contestar fuera de horario de oficina. Al principio, cuando no respondían a mis correos, pensé que tal vez se hubiera caído el servidor o que había algún otro problema técnico. Recuerdo que hacía venir a los informáticos a revisar mi viejo y polvoriento ordenador Dell de mesa. En parte, iba con la ética de trabajo del departamento, según la cual aquello que se pidiera para hoy podía hacerse mañana, o incluso a la semana siguiente. Pero en parte era consecuencia de que, para mucha gente del Departamento de Estado, hasta el correo electrónico más básico parecía una especie de arma

punzante, un caballo de Troya digital que podía esconder una trampa de algún tipo. Cualquier correo podía traer problemas. Era un documento federal. La gente estaba aterrada de cometer un error. Y por ello las respuestas eran casi siempre anodinas y evasivas.

Así pues, a las 16.30 hacíamos balance del día, y a la mañana siguiente volvíamos todos a las 8.00 para empezar de nuevo. Tal y como me dijo un veterano funcionario de Exteriores: «Contener las manecillas del tiempo es un trabajo a tiempo completo».

SEGUNDA PARTE

Llegar hasta ahí

Suerte = oportunidad + presteza

Corría 2013, era mi séptimo año como editor de *Time*, y estaba almorzando con Melody Barnes, exasesora de política interna de Barack Obama en la Casa Blanca, con quien tenía amistad desde hacía años. Me apetecía saber qué era de su vida después de dejar el Gobierno. Al terminar la comida, me miró y dijo inesperadamente:

—¿Te interesaría trabajar en el Departamento de Estado?

—¿Por qué lo preguntas? —contesté.

Dijo que un buen amigo estaba fichando gente para trabajar con el senador Kerry.

—¿Hay algún puesto que te pudiera apetecer?

El único que se me ocurría y del que sabía algo, en parte porque ya lo habían ocupado periodistas de profesión, era el de subsecretario para la diplomacia pública. Ella sonrió ante mi respuesta, y nos despedimos.

Diez días más tarde, estaba en el elegante despacho exterior del secretario Kerry en el séptimo piso del Departamento de Estado. Lo que no sabía cuando almorcé con Melody era que la persona que ocupaba el puesto acababa de comunicar al secretario que lo dejaría ese verano.

Melody había hablado de nuestro almuerzo a una amiga suya, ayudante desde hacía años del secretario Kerry, que estaba buscando

gente de fuera del departamento. A esta le gustó la idea y se lo mencionó al senador, a quien también le pareció bien. Con los años, ya conocía un poco al senador Kerry. Nunca había llegado a escribir sobre él, pero era editor nacional de *Time* cuando se presentó a las elecciones presidenciales en 2004. Siempre le había admirado y esperaba que no recordase el artículo que publiqué diciendo que nunca ganaría en Iowa y no llegaría a convertirse en el candidato demócrata.

Yo siempre creí que algún día desempeñaría algún cargo público. Durante mi primer verano como editor, escribí un artículo titulado «Un argumento a favor del servicio nacional» (*A Case for National Service*). A partir de entonces, publicamos un número anual sobre él. Creía mucho en la idea de los Framers [así se conoce a los cincuenta y cinco representantes que redactaron la Constitución de 1787] de que el servicio ciudadano era un pilar de la democracia.

Días después de mi almuerzo con Melody, recibí un correo de David Wade, jefe de gabinete del secretario Kerry, preguntándome si iba en serio. Le dije que sí.

Investigué un poco acerca del cargo. Se creó en 1999, con la Administración Clinton, cuando una ley propuesta por Jesse Helms y Joe Biden abolió la Agencia de Información de Estados Unidos (USIA) y trasfirió sus programas de diplomacia pública al Departamento de Estado bajo la gestión del nuevo cargo de subsecretario de estado.[1] El cambio no fue fácil: la USIA sentía que su misión se había eliminado, y a la gente del Departamento de Estado tampoco le fascinaba tener una agencia de información dentro de su sección. En los diecisiete años transcurridos desde la creación del puesto, había estado tanto tiempo ocupado como

vacante. La subsecretaria que más había durado era Karen Hughes, que estuvo dos años.

Tras ser escoltado hasta el despacho exterior de Kerry, tomé asiento en un diván tapizado de rayas azul claro y blancas entrando a la derecha, con dos sillas en frente. Kerry entró enérgicamente en el despacho con una enorme sonrisa: «¡Me alegro de verte, Rick!», me dijo. Se sentó en una de las sillas delante del diván y empezó a hablar de la importancia de la diplomacia pública en el siglo XX, diciendo que quería reinventarla y que yo era la persona perfecta para el puesto:

—En serio, quiero tu ayuda para encontrar la narrativa de este nuevo siglo.

Es un gran vendedor. Cuando por fin hizo una pausa tras su torbellino de palabras, sonreí y dije:

—Ya me tenías con el «hola».

Esperaba que reaccionara sonriendo, pero no lo hizo (¿tal vez no conocía la película?), sino que se lanzó a un segundo asalto con el mismo entusiasmo para venderme el puesto. Cuando estaba en pleno embate, le dije:

—Eh, señor secretario, lo haré. Me encantaría. Cuente conmigo.

Entonces me recliné en el respaldo, suspiré y me dio una palmada en el hombro. Comprendí de primera mano lo tenaz que es como negociador. Ni siquiera aceptaba un sí por respuesta.

Doloroso examen

Para cualquiera que haya sido examinado para acceder a un puesto confirmado por el Senado, lo que estoy a punto de relatar será doloroso. El proceso es complicado, inimaginablemente minucioso,

incómodo e invasivo. No es difícil entender por qué mucha gente buena prefiere no trabajar con el Gobierno. (Aunque esto también haga que no acceda gente mala.) Empecemos por el formulario SF86 de la Oficina de Administración de Personal, un cuestionario estándar para autorizaciones de seguridad nacional. Una vez cumplimentado, el documento puede abarcar cientos de páginas, como en mi caso. Cualquier persona nominada para entrar en el Departamento de Estado tiene que rellenar un cuestionario del Comité de Relaciones Exteriores del Senado. El mío se extendía más de cien páginas. No entraré en todos los detalles (son infinitos), pero he aquí uno: para cumplimentar el SF86 y el cuestionario de Relaciones Exteriores del Senado, hay que enumerar todos y cada uno de los viajes al extranjero realizados en los últimos catorce años, todas las relaciones significativas entabladas con personas de otros países en cada viaje, y, dentro de lo posible, una estimación de cuánto bebiste en ellos. Ah, y también si consumiste alguna droga ilegal.

Estas preguntas son un legado de la Guerra Fría, cuando al Congreso y a la comunidad de inteligencia les preocupaba la posibilidad de que los empleados del Departamento de Estado fueran chantajeados por espías rusos. Instintivamente, uno tendería a deducir que, si se emborracha en un viaje al extranjero, hay más probabilidades de ser objeto de una operación de *kompromat* rusa.

Al ser nominado, también había que someterse a una investigación por parte de los cuerpos de seguridad. Para eso asignaban un «investigador especial» que, en fin, te investigaba. Hablaba con tus vecinos, tus compañeros de trabajo, hasta tus maestros de primaria,

y les preguntaba si bebías mucho, si consumías drogas, si eras agresivo, fiable, y ah, si eras leal al país.

Mi investigador, llamémosle Mike, era un expolicía práctico y fornido que parecía querer zanjar su trabajo con el mínimo esfuerzo. Él mismo se presentó por correo electrónico, diciendo que se encargaría de mi investigación. El primer correo que me envió al respecto estaba relacionado con el retraso de un pago de una tarjeta de crédito de J. Crew, y por qué tenía deudas.

Mike me pidió nombres de amigos y compañeros para ponerse en contacto con ellos. Ahora bien, un investigador también puede llamarles por su cuenta. Y así, una noche, varias semanas después, recibí una llamada de alguien a quien no veía desde hacía meses. Estaba preocupada.

—Rick, ¿has hecho algo malo?

—No —contesté—. ¿Por qué?

—Porque me ha llamado la policía preguntando si creo que podrías ser un espía o un agente extranjero, o si pudieras estar trabajando para una organización terrorista.

El proceso de confirmación

Cuando me nominaron, ya había decenas como yo esperando fecha para la votación de su cargo, y otros tantos que habían superado varios comités, y aguardaban el voto del Senado. Casi todas las nominaciones se votaban por medio de lo que el Senado llamaba «consenso unánime». Cada año, tenían que confirmar cientos de nominaciones políticas, de modo que, si tuvieran que debatir y votarlas una por una, probablemente no les quedaría tiempo para nada más. El consenso unánime suponía que, salvo que alguien

objetara o dejara en suspenso la nominación, se aprobaría por votación de viva voz.

Desde el momento en que me nominaron de manera oficial, se me asignó un despacho en la planta baja del Departamento de Estado. Pasados los ascensores principales, hay un par de pasillos con despachos impersonales destinados a los nuevos nombramientos. Al Senado no le gustaba que empleáramos del despacho oficial antes que nos confirmaran, de modo que teníamos que apañárnoslas en uno temporal. El mío era pequeño y cutre, con una ventana diminuta que daba a un callejón. Tampoco me estaba permitido ver mi despacho oficial, y tenían que acompañarme a cualquier parte del Edificio.

No tardé en empezar a notar las peculiaridades del Departamento de Estado. Me asediaban con correos electrónicos, notas e informes, todos ellos (todos) demasiado largos. No me refiero a un párrafo o una página de más: quiero decir tres, cinco o diez veces más largo de lo debido. Era como si hubiese una recompensa por redactar notas largas. Como si los empleados del departamento cobraran por palabra. También había un procedimiento para cada cosa, fuera esta más o menos importante, y había que cumplirlo sin excepción. Así, había uno específico para que los nominados conocieran al personal del departamento, y otro para que me escoltaran a mi despacho. Estos procedimientos raramente estaban redactados en ningún sitio, pero formaban parte de una tradición que solo conocía el Servicio Exterior.

El departamento tenía un método especial para preparar a los nominados para las audiencias de confirmación, y eran los llamados «consejos asesinos». Los consejos asesinos son ensayos para el gran

día. Te meten en una sala parecida a la sala de audiencias, te sientan en una mesa frente a una fila de funcionarios del departamento que hacen de senadores, y te bombardean con preguntas posibles para luego criticar tus respuestas. Para preparar mi consejo de asesinato, me dieron cerca de una docena de cuadernos exageradamente largos (me refiero a más de setecientas páginas cada uno) que abarcaban desde los orígenes del Departamento de Asuntos Públicos hasta la Ley de Asistencia Exterior de 1962.

Aquello fue como aprender un idioma nuevo. Ya he dicho que cada oficina tiene una inicial, pero es que cada oficina regional tiene también su acrónimo: está la EUR (Asuntos Europeos y Eurasiáticos), la NEA (Asuntos de Oriente Próximo), la EAP (Asuntos de Asia Oriental y Pacífico) y la SCA (Asuntos Sur y Centroasiáticos). Además, cada oficina operativa tenía su propia abreviatura: ECA (Asuntos Educativos y Culturales), INL (Narcotráfico Internacional y Asuntos de Cuerpos de Seguridad), DRL (Democracia, Derechos Humanos y Trabajo), etc. Y luego había programas individuales con sus respectivos acrónimos: IVLP (Programa de Liderazgo para Visitantes Internacionales), YALI (Iniciativa de Liderazgo de Jóvenes Africanos), EUSIR (Fulbright para Investigadores visitantes de la Unión Europea). La gente mantiene conversaciones enteras a base de acrónimos, salpicadas con algún verbo ocasional para conectar iniciales.

Personalmente, me costó acostumbrarme a lo que podríamos llamar jerga gubernamental, o *washingtonés*. Llevaba casi toda mi vida expresándome como periodista. Nunca habría imaginado que pudiera resultarme difícil hablar como una persona del Gobierno. (Más tarde, bromearía diciendo que, cuando era periodista, no sabía

muchas cosas y quería generar cuanta más polémica fuera posible, mientras que, estando dentro, sabía mucho más y trataba de despertar la menor polémica posible.) En realidad, el *washingtonés* es una especie de habla antipolémica. Está llena de eufemismos, rodeos y voz pasiva. Mi último recurso siempre era: «Senador, agradezco la pregunta, pero tendré que responderle en otro momento».

La orientación de H fue útil: en la audiencia, apruebas o suspendes, y no te evalúan en todas las preguntas. La clave está en dar «sensación de presteza». Cuando pisas terreno firme (ayudas al contribuyente, empleos, prosperidad, la bandera), suéltate. Y no temas ser aburrido: tampoco es momento de sacar tu atrevida propuesta sobre redistribución de ingresos. Puedes usar apuntes, ¡pero no demasiados! Y recuerda la regla del 80-20: deja que los senadores hablen el ochenta por ciento del tiempo. Y nada de bromear.

Tuve que aprenderme la estructura y la historia de la diplomacia pública, así como los entresijos de su presupuesto: la diferencia entre financiación del 0,7 y los fondos ECE (no preguntes). Había 3540 puestos de Diplomacia Pública (PD) y Asuntos Públicos (PA); 189 oficinas de Asuntos Públicos en el Extranjero; cerca de 50 000 participantes en programas de intercambio educativo en más de 160 países. Unos 800 000 estudiantes internacionales aportaban casi 23 000 millones de dólares a la economía estadounidense. Y debía referirme siempre a público «exterior», porque la Ley de Intercambio Educativo e Información de Estados Unidos de 1948 (conocida como Smith-Mundt) seguía regulando el funcionamiento de la diplomacia pública, y prohibía la distribución de material

producido por el Departamento de Estado en el territorio físico del país. Esta ley era anterior no ya a la aparición de Internet, sino a la televisión en color.

Cada nominado tenía la posibilidad de leer una declaración inicial, y todo el mundo lo hacía. Estuve varias semanas trabajando en la mía. Hablaba de por qué me importaba el servicio público, mencionaba a mi padre (que habría estado muy orgulloso) y también mi trabajo con Nelson Mandela. Una vez contento con el borrador, me dijeron que lo mostrara a la gente del departamento y a H, para que me hicieran comentarios y sugerencias. Aquella fue mi primera experiencia con el «proceso de autorización» y la cultura grupal del Servicio Exterior. H y L (el departamento legal) me hicieron varias sugerencias factuales. Sin embargo, lo que me dejó pasmado fue que funcionarios de Exteriores que no conocía de nada borraran alegremente párrafos enteros y añadieran otros nuevos sin comunicármelo siquiera.

Para cuando llegó la audiencia, me sentía preparado. No pretendo aburrirles con mi declaración íntegra, pero sí lo justo para señalar que el tema con el que empecé a hablar fue el mismo que acapararía la atención de mi labor profesional durante los tres años que estuve en el Departamento de Estado: el aumento de la desinformación, cómo se había visto facilitado por las redes sociales y lo que había que hacer al respecto:

> Cada día, en todas partes del mundo, hay un gran debate global. Gira en torno a la naturaleza de la libertad y la imparcialidad, de la democracia y la justicia. El debate se desarrolla en todas sus formas tradicionales, en cafeterías y en las calles, pero también tiene lugar en las nuevas plataformas de las redes sociales. El alcance, la magnitud y la velocidad de ese debate son algo inédito en la historia. Yo he formado parte de ese debate toda mi vida. Y Estados Unidos debe

participar en él. Tenemos que liderarlo. No podemos dormirnos en los laureles. Cada minuto, se producen ataques y afirmaciones erróneas sobre Estados Unidos y la política exterior estadounidense, ataques y afirmaciones que no debemos permitir. Las redes sociales son una herramienta que puede usarse para hacer el bien o el mal. Son un medio poderoso para la verdad, pero igualmente poderoso para la falsedad. Como dijo mi gran senador Pat Moynihan, hace ya muchos años: «Tienes derecho a tener a tus opiniones, pero no tus hechos». Pues hoy, cada vez más, la gente se cree con derecho a sus hechos. Eligen los hechos que se ajustan a su punto de vista. A pesar de que hoy es más fácil que nunca en la historia de la humanidad buscar información para refutar mentiras, parece que cada vez se hace menos. No podemos resignarnos a ello: tenemos que combatirlo.[2]

La audiencia en sí fue un anticlímax. El Senado tenía un día ajetreado, y el tema no estaba ni mucho menos en lo más alto de su agenda. No creo que hubiera más de cinco senadores a la vez en la sala, y a menudo solo había uno. La persona que más preguntas me hizo fue Marco Rubio. Empezó diciendo que algunas personas en todo el mundo sostenían que tanto debate en nuestra sociedad evidencia lo fracturados y polarizados que estamos, pero que él lo veía como algo positivo. Contesté que estaba totalmente de acuerdo y que toda mi carrera como periodista había intentado destacar ese debate, pues hacía nuestra democracia más rica y robusta. Gracias, senador Rubio. Y así acabó la cosa.

H esperaba un voto unánime de consentimiento en el Senado antes de Acción de Gracias. Nos habían dicho que la fecha sería el 22 de noviembre. Sin embargo, aquel día ocurrió algo ligeramente más importante en el Senado. Harry Reid, líder de la mayoría, frustrado por la intransigencia republicana con los nominados, aplicó la llamada opción nuclear, el cambio más fundamental de las reglas del Senado en más de una generación. Por un simple voto de mayoría, el

Partido Demócrata modificó las viejas normas de la cámara, que exigían sesenta votos para una confirmación. A partir de ese momento, todas las nominaciones, salvo aquellas para el Tribunal Supremo, necesitarían solamente una mayoría simple para ser confirmadas.

En teoría, esto debería haber facilitado las cosas. Pero los republicanos reaccionaron bloqueando los votos de consentimiento unánime de los nominados y obligando a todos los nominados a salir al estrado. Eso significaba que todos tendríamos que pasar entre ocho y treinta horas de debate para que nos confirmaran. Había ochenta y siete nominaciones pendientes, y la mía era una de ellas.

Como era de esperar, el 21 de diciembre, el Senado aplazó la audiencia sin haber votado sobre ninguno de los veintiocho nominados al Departamento de Estado. Ya llevábamos cinco meses, y la espera se prolongaba aún más.

Hasta febrero no hubo otra votación. Finalmente, me confirmaron por noventa y dos votos contra ocho. Todos los noes fueron republicanos. Era agradable estar dentro, y tener algo de oposición, pero tampoco demasiada. (Un voto de 100-0 significaba que nunca harías enemigos). Había pasado un año desde que John Kerry me había dado aquella maldita palmadita en su despacho.

TERCERA PARTE

El trabajo

Con mal pie

Mi primer día empezó de un modo poco propicio. Según el calendario, mi primera reunión oficial como subsecretario de Estado para la Diplomacia y Asuntos Públicos de Estados Unidos era con Mikhail Shvidkoy, enviado especial de Rusia para la Cooperación Cultural, el alto cargo más destacado de la diplomacia pública rusa.

—Mmm, ¿y esto? —le pregunté a mi jefe de gabinete interino.

Según él, el enviado «se encontraba en el Edificio por casualidad», y tanto la oficina europea como Asuntos Públicos creían que tenía sentido que le viese mientras estaba aquí. Al fin y al cabo, añadió:

—Ustedes dos son los copresidentes del Grupo de Trabajo de la Comisión Presidencial Bilateral sobre Educación, Cultura, Deportes y Medios de Comunicación.

Algo en todo aquello me chirriaba. Nuestras relaciones con Rusia pasaban por un momento delicado. El anunciadísimo *reset* o «reajuste» había acabado siendo un fracaso. Pregunté a mi jefe de gabinete si la reunión no llevaría algún tipo de mensaje y si debía arriesgarme. Todos me dijeron que le estaba dando demasiadas vueltas, y que cancelarla sería peor.

Me entregaron una «lista de puntos por cubrir» o BCL (*briefing checklist*) durante la reunión. Esto es lo que decía el encabezamiento:

REUNIÓN DEL SUBSECRETARIO STENGEL CON EL ENVIADO ESPECIAL DE RUSIA PARA LA COOPERACIÓN CULTURAL, MIKHAIL SHVIDKOY

Su primera reunión con Shvidkoy (Shh-vit-koy) es una oportunidad para comenzar una relación estratégica con el más destacado cargo diplomático de Rusia. **Su objetivo general será entablar una relación que nos permita impulsar una agenda más positiva entre Estados Unidos - Rusia, a través de relaciones de pueblo a pueblo**.

El documento pasaba a hablar de «objetivos clave». Luego venía la parte que más me gustaba de las clásicas notas del Departamento de Estado: «Atención». En este caso, decía que los rusos querían repatriar los restos del pianista ruso Sergey Rachmaninoff y que nos presentarían una propuesta sobre Fort Ross, California.

También incluía una biografía de Shvidkoy. Parecía interesante. Había escrito tres libros sobre teatro y presentaba dos programas de televisión.

Nos reunimos en una sala de juntas impersonal junto a mi despacho, porque él venía con varios ayudantes, por lo cual yo tendría que hacer lo propio. En el Departamento de Estado, siempre copiábamos el número de asistentes que llevaba el funcionario del otro país. Él traía tres, así que yo también.

Shvidkoy se parecía mucho a Nikita Krushchev: bajo, fornido, calvo. Era engreído e impaciente. Después de los protocolarios apretones de mano, nuestros equipos tomaron asiento en lados opuestos de la larga mesa rectangular.

Empezamos con mal pie, no por cuestión de carácter, sino de políticas. Justo antes de la reunión, habíamos sabido que nuestra reunión cultural bilateral de cada año con los rusos en el Grupo de Trabajo de la Comisión Presidencial Bilateral sobre Educación,

Cultura, Deportes y Medios de Comunicación, que aparentemente les encantaba, acababa de ser cancelada por la Casa Blanca debido al comportamiento de Rusia en Ucrania. Así las cosas, creí mejor no darles coba y expuse el asunto nada más empezar. Los diplomáticos rusos nunca parecen sorprendidos. Si hubiera anunciado que el presidente Obama quería invitar al presidente Putin a ser su pareja en *Bailando con las estrellas*, simplemente habrían asentido. Shvidkoy apenas reaccionó ante mis palabras y no volvió a sacar el tema. Los rusos vienen de la escuela diplomática de «nunca disculparse, nunca explicar».

El tema principal que querían discutir era Fort Ross, la única colonia rusa en la historia de los Estados Unidos continentales. En 1812, una compañía de comercio ruso-estadounidense patrocinada por el zar construyó un asentamiento, a unos ciento cincuenta kilómetros al norte de San Francisco. Los colonos sembraron cosechas, criaron ganado y construyeron una sencilla capilla ortodoxa rusa. Sin embargo, en 1841, sus planes cambiaron y vendieron el fuerte. Décadas más tarde, California convirtió Fort Ross en un parque. En 2009 se estaba barajando la posibilidad de cerrar el parque, y el embajador ruso Sergey Kislyak se reunió con el gobernador del estado, Arnold Schwarzenegger, para rogarle que lo mantuvieran abierto.[1] Ahora Shvidkoy proponía que se convirtiera en parte del Servicio de Parques Nacionales, que se haría cargo de él. Parecía una posibilidad bastante remota, ya que para ello sería necesario que, o bien el presidente Obama anunciase su inclusión bajo la Ley de Antigüedades de 1906, o bien el Congreso aprobara una ley declarándolo monumento nacional. Y, en aquel momento, nadie tenía intención de hacer ningún favor a los rusos.

Cuando le expliqué que era poco probable, Shvidkoy me soltó un discurso, afirmando que Rusia tenía «soberanía» sobre Fort Ross, por su «historia» y de acuerdo con ciertos «derechos». Claramente descontento con mi respuesta, parecía insinuar que Rusia debería anexionarlo de forma directa. Y eso no parecía muy buen plan. Miré a mi alrededor: todos mis compañeros del Departamento de Estado estaban impertérritos. ¿En eso consistía la diplomacia? ¿En escuchar barbaridades sin siquiera reaccionar?

Una vez concluido su discurso, Shvidkoy pareció perder energía y volvió bruscamente al tema de Rachmaninoff. Según él, el pianista era un gran artista ruso y sus restos deberían ser devueltos a su tierra natal. Cuando acabó, dije que el Departamento de Estado no tenía jurisdicción alguna sobre sus restos y que tendría que abordar la cuestión con los herederos. Aparentemente, eso acabó de hartar al señor Shvidkoy. Miró su reloj, luego a sus colegas, se levantó, me dio la mano y abandonaron la sala de juntas. Si su papel de burócrata comunista consistía en ser inflexible, arisco y sin sentido del humor, lo bordó.

Replantear el plantear

En las primeras semanas, debí de recibir decenas de memorandos sobre «reinventar la diplomacia pública» o «replantear la diplomacia pública para el siglo XXI». No me llegó ninguno sobre diplomacia en general, ni políticas, medios de comunicación, China, Rusia ni nada. Y es que, en el Departamento de Estado, cada funcionario de Exteriores tenía un «cono», como una especialidad en la carrera, ya fuese ciencias políticas, económicas, asuntos consulares, administración o diplomacia pública. O eran funcionarios de

economía, o funcionarios políticos o de diplomacia pública. Recibían formación específica en esos campos, y generalmente permanecían toda su vida profesional en ese cono. En muchos sentidos, la diplomacia pública era un cono por el cual, como solía decir el cómico Rodney Dangerfield, «no hay respeto alguno». Sus funcionarios tenían un leve complejo de inferioridad. Apenas estaban representados entre los cargos de las embajadas, el gran objetivo de cualquier funcionario de Exteriores. Y, mientras que los funcionarios políticos o económicos no tenían que dar cuenta de su trabajo, la diplomacia pública era una especie de nebulosa.

Más que reinventar la diplomacia pública, yo quería definirla de una vez por todas. No me gustaba el lenguaje blando que la rodeaba, y detestaba la expresión de «ganarse corazones y mentes», que se empleaba tan a menudo para describir nuestra función. Todo cuanto hemos aprendido en los últimos cincuenta años de la sociología y la psicología sugiere que es prácticamente imposible cambiar la manera de pensar de una persona. Cuanto más intentes modificar un punto de vista arraigado, más probabilidades hay de que la gente se aferre a sus creencias (es decir, el efecto «del tiro por la culata» o *backfire*). En nuestro departamento, la diplomacia pública se definía como diplomacia de pueblo-a-pueblo, en vez de Estado-a-Estado. Todo el mundo hablaba también de «contar la versión de Estado Unidos», una solemne expresión utilizada durante la Guerra Fría. En todo lo que había leído, aún no había encontrado una definición realmente acertada de la diplomacia pública. La que más me gustaba era la más breve: la expresión «poder blando», acuñada por Joe Nye[2]. En general, tenía la sensación de que, cuanto más hablábamos de diplomacia pública en vez de políticas, más nos marginábamos.

Otra cosa que me irritaba era la constante referencia a la Guerra Fría como la «edad de oro» de la diplomacia pública. A menudo, algún representante decía: «Antes sabíamos cómo enfrentarnos a los rusos». En realidad, la diplomacia pública no empezó a valorarse hasta «después» de la caída del Muro de Berlín. Quienes trabajan en ella antes de eso eran criticados por no ser capaces de trasladar nuestro mensaje. La legendaria Agencia de la Información de Estados Unidos (USIA) nunca llegó a tener voz en el asunto, como demuestra el famoso comentario de Edward Murrow, que en gloria esté, («si no nos incluyen en el despegue, no podremos ayudarlos en el aterrizaje forzoso»). Los miembros del Congreso tenían la ingenua idea de que, sin la USIA, el Muro de Berlín no habría caído y la Unión Soviética seguiría existiendo. Si acaso, Edward G. Robinson y Mr. Ed hicieron más por derrocar el comunismo que Ed Murrow. La cultura popular estadounidense fue el arma secreta, no los documentales sensibleros de la USIA sobre atletas y músicos afroamericanos.

En mi primera mañana como subsecretario, envié un mensaje a todos los funcionarios de diplomacia pública en el extranjero agradeciéndoles su labor, pero insistiendo en que teníamos que utilizar el poder de las redes sociales y la tecnología móvil. Para la gente destinada sobre el terreno, este tipo de misivas enviadas por nombramientos políticos y recién confirmados debían de estar en algún lugar entre lo poco memorable y lo cómico. Para ellos, cada nueva persona tiene sus prioridades, y estas duran únicamente el tiempo que esa persona ocupe el cargo, lo cual, en el caso de los subsecretarios de diplomacia pública, no era mucho.

Había bastante reticencia y falta de conocimiento sobre el mundo digital y lo móvil. Los funcionarios de departamento tenían *blackberries* viejas, y muchos de ellos ni siquiera eso. Algunos se resistían a entrar en las redes sociales. En aquel momento, apenas había varias decenas de cuentas del departamento en Twitter; ni siquiera el secretario tenía una. Más adelante, en una asamblea de participación activa que organicé con nuestros embajadores, uno de ellos, destinado en un pequeño país europeo, alzó la mano y dijo que su problema con las redes sociales era que resulta demasiado fácil equivocarse.

Lograr introducir a más gente en las plataformas digitales suponía todo un desafío. Me mostraron la oficina de Programas de Información Internacional, que forma parte de Diplomacia Pública y que en su día perteneció a la USIA, ayudando a crear contenidos para respaldar nuestras políticas. Varios empleados me acompañaron a una amplia sala de conferencias donde, con sumo orgullo, me enseñaron… «revistas». Esparcidas sobre una enorme mesa rectangular, vi todas las publicaciones impresas que producían y distribuían por el mundo. Supongo que creían que, como antiguo editor de una revista, me gustaría ver todas sus fantásticas publicaciones. En realidad, salí horrorizado. Acababa de enviar un mensaje generalizado sobre la necesidad de centrarnos en las redes sociales, y ahí estaban, mostrándome el lustroso legado de los años setenta. Diablos, ¿acaso no sabían que el negocio de las revistas estaba agonizando? Al final, acabé cerrando la mitad de ellas.

Silos, silos por todas partes

Un par de semanas después de mi confirmación, conseguí mi propia dirección de correo electrónico del Departamento de Estado (con el dominio state.gov), pero por las mañanas encontraba poca cosa en mi bandeja de entrada. Seguían llegándome más correos relacionados con el departamento a la cuenta de Gmail que a la del Gobierno. Por otro lado, me di cuenta de que, mientras mi bandeja estaba vacía, mis empleados no dejaban de recibir resúmenes de noticias de todo tipo y listas de vídeos y comunicados de prensa. Parecía extraño que no hubiera ningún procedimiento para ponerme en marcha digitalmente, ningún conjunto de listas ni calendarios. De hecho, tardé meses en meterme en las listas donde tenía que estar para recibir artículos de noticas sobre el Departamento de Estado, páginas de opinión y editoriales sobre política exterior, para que me enviaran el resumen de las reuniones semanales (e incluso entonces, estoy seguro de que no figuraba en todas las listas donde debería estar). De vez en cuando, algún veterano del departamento decía: «Oye, ¿qué es esa lista?». Y yo ni siquiera sabía de qué hablaba.

A decir verdad, pocas personas en el Departamento de Estado tenían una visión general de lo que allí pasaba. Por ejemplo, me asombraba que la gente no pareciera saber cuándo iba a dar un discurso el secretario. Ni de qué iba a hablar. Ni dónde se iba a producir. En esos primeros meses, cuando mencionaba a otros subsecretarios que el secretario iba a hablar sobre control de armas, por poner un ejemplo, o de la lucha contra el extremismo violento, contestaban: «¿Ah, sí? ¿Cómo lo sabes?».

El aislamiento llegaba mucho más allá de los discursos del secretario. Cuando la oficina europea hacía declaraciones sobre

alguna medida de Putin o la de África condenaba los atentados de un grupo terrorista en Mali, prácticamente nadie se enteraba. No había información transversal. Emitían comunicados desde sus silos y luego no se amplificaban. Generalmente, Asuntos Públicos evitaba meter baza en ese tipo de comunicados. No creían que su papel fuera dar voz a comunicados de otros: al fin y al cabo, ¡ya tenían bastante con emitir los suyos! Para ellos, la tarea del secretario era pronunciar discursos y la de la prensa informar sobre ellos, y así era como nuestras políticas llegaban al público. Muy del siglo XX. De hecho, no teníamos ni una sola persona dedicada a escribir tuits y estar pendiente de las redes sociales durante las comparecencias del secretario.

Una de mis primeras ideas al llegar al departamento fue formar un centro digital de diplomacia pública que, en vez de generar, compartiera, ampliara y coordinara contenidos. Aparentemente, nadie lo estaba haciendo. Solo necesitaríamos un puñado de personas, tres o cuatro, retuiteando y republicando lo que el departamento había hecho durante cada jornada. Básicamente, sería un agregador de contenidos para el departamento. Ahora bien, también podría refutar información falsa sobre la política exterior de Estados Unidos. Sería un centro de conexión, y así decidí llamarlo. Me parecía bastante simple. Sin embargo, al final resultó que el simple era yo. Todo el mundo se opuso. A Asuntos Públicos no le gustó la idea y dijeron que ese era su trabajo. Programas de Información Internacional creía que era «su» cometido. El séptimo piso se mostró reticente y no parecía comprender qué propósito tenía.

Yo no paraba de hablar de ello. Escribí un memorándum de actuación al secretario. Pero no pasó nada. No la firmó. Tampoco conseguí aprobación de la dirección para contratar personal. Me sentía frustrado y no comprendía lo que estaba pasando. Aquella fue mi primera experiencia del bloqueo de ideas dentro del departamento. Allí, las ideas no prosperaban porque la gente consideraba que se estaba invadiendo su terreno, no porque no fuesen buenas. No morían porque alguien se opusiera abiertamente, sino por una especie de pasividad agresiva. Tardé un tiempo en comprender las declaraciones de Colin Powell en las que decía que, en el Gobierno, ninguna idea es capaz de prosperar por sí sola, que toda idea necesita una coalición para triunfar.

El nacimiento de la contranarrativa

La primera vez que me fijé en la estructura de R y las oficinas a su cargo, noté que había una pieza que no encajaba: el Centro de Comunicaciones Estratégicas Antiterroristas o CSCC (Center for Strategic Counterterrorism Communications). El resto de las secciones que la integraban (Asuntos Públicos, Asuntos Educativos y Culturales, Programas de Información Internacional) se habían aunado a partir de la ley de 1999, que creó la oficina de diplomacia pública, pero el CSCC era nuevo. Creado por la secretaria Hillary Clinton en 2010, en colaboración con Leon Panetta, director de la CIA en aquel momento, su cometido era luchar contra los mensajes de un grupo terrorista radical que estaba empleando nuevas técnicas revolucionarias para transmitir su mensaje: Al-Qaeda. Recordemos que corría el año 2010. Al-Qaeda había grabado vídeos de Ayman al-Zawahiri sentado en una montaña pakistaní, pronunciando un

discurso yihadista directamente a cámara durante cincuenta y cuatro minutos. Luego subieron el vídeo a YouTube, donde obtuvo varios miles de visionados. En aquel momento, era lo último.

El CSCC surgió de una reunión en la Sala de Crisis en 2010. La guerra de drones de Estados Unidos contra los terroristas estaba siendo un éxito en tierra, pero dañaba la imagen del país en el extranjero. En aquella reunión, el coordinador de antiterrorismo del Departamento de Estado propuso crear una sala de guerra informativa para luchar contra las narrativas terroristas al tiempo que se ayudaba a salvaguardar la imagen de Estados Unidos. Según varias personas presentes, Obama contestó: «¿Y por qué no lo estábamos haciendo ya?».

Eso bastó para poner en marcha la idea, y la secretaria Hillary Clinton sugirió un plan para crear una entidad reducida y ágil, capaz de coordinar a todo el Gobierno para combatir a los medios de comunicación de Al-Qaeda en tiempo real. Aunque estaría dentro del Departamento de Estado, esencialmente sería un grupo interagencial integrado por personal de todas las secciones gubernamentales. Y así, la Orden Ejecutiva 13584, emitida el 15 de septiembre de 2011, cerca de un año después de aquella primera conversación en la Sala de Crisis, creó el CSCC para «coordinar, orientar e informar de actividades de comunicación de todo el Gobierno en el extranjero dirigidas contra el terrorismo y el extremismo violento, particularmente Al-Qaeda y sus afiliados».[3]

Desde el momento de su nacimiento, el CSCC fue un hijo problemático. No contaba con suficiente financiación, su misión no se entendía del todo, y se convirtió en un huérfano dentro del Departamento de Estado. El Consejo de Seguridad Nacional

pretendía dirigirlo, el Departamento de Defensa tenía celos de él, mientras que los funcionarios del Servicio Exterior solían evitarlo. En un principio, el centro no iba a crear contenidos, sino que ayudaría a coordinar e informar a otras entidades dentro del Gobierno sobre las actividades de Al-Qaeda en las redes sociales. En aquel momento, también había un debate sobre su ubicación dentro del Departamento de Estado. Antiterrorismo lo quería bajo su ala, pero R también. Al final se lo quedó esta última, pero nunca llegó a encajar del todo.

Al cabo de menos de un año, el CSCC ya contaba con cuarenta empleados, cuya parte más visible se conocía como Digital Outreach Team (DOT, otro espantoso acrónimo), que entablaba debates en línea sobre extremismo violento. El equipo estaba compuesto por una veintena de personas que producían contenidos en tres idiomas: árabe, urdu y somalí. Su lema era «Disputar el espacio», y el objetivo, ir a por a los llamados observadores pasivos, a saber, jóvenes que se pudieran estar planteando unirse a Al-Qaeda. Sus narrativas buscaban generar dudas en esos jóvenes, diciéndoles que Al-Qaeda estaba asesinando musulmanes y que, si iban a luchar, probablemente también morirían.

El director del CSCC era Alberto Fernández, exembajador en Guinea Ecuatorial, que también había ejercido como portavoz estadounidense en Irak durante la segunda guerra del Golfo. Alberto hablaba árabe con fluidez, tenía un bigote oscuro y elegantes modales. Experto en la historia de las organizaciones extremistas violentas, era capaz de explicarte los desacuerdos entre Al-Qaeda y Jabhat al-Nusra sobre lo que dicen los hadices acerca de cepillarse los dientes.

Conocí a Alberto antes de que el Senado me confirmara, para entender mejor el CSCC. Me explicó lo que estaban haciendo. Parecían muy concentrados en el funcionamiento interno de las políticas de Al-Qaeda. Me mostró con orgullo varios ejemplos de ataques *online* de Al-Qaeda al CSCC, e intentos de acabar con la cuenta de Twitter del Centro. Estaba claro que veía el hecho de ser atacado por Al-Qaeda como una prueba de la eficacia del CSCC. Pero yo, por mi parte, no estaba tan seguro.

Alberto mencionó que, en primavera de 2012, habían advertido la presencia de otra organización en la zona, el Estado Islámico de Irak y el Levante, que estaba luchando contra Bashar al-Assad. (El Levante es la región histórica de Siria y los países del Mediterráneo Oriental.) La influencia del Estado Islámico, que así se refería al grupo, había crecido en 2012 en zonas en manos rebeldes, a través de una interesante combinación de beneficencia e intimidación. Ayudaban a los pobres, pero castigaban con brutalidad a cualquiera que infringiese la ley islámica o *sharía*, y eran fuertemente contrarios a los chiíes. Decía que, a comienzos de 2013, la organización había comenzado a advertir a sus seguidores de que el Departamento de Estado de Estados Unidos estaba intentando sembrar disidencias entre los yihadistas. Según él, Estado Islámico era el no va más.

Recuperar a nuestras niñas, poco a poco

Una semana después, el 14 de abril de 2014, pude comprobar la verdadera celeridad del mecanismo de respuesta rápida del CSCC. La mayoría de los estadounidenses jamás había oído hablar de Boko Haram cuando las agencias informativas empezaron a decir que el

grupo había secuestrado a 276 niñas de una escuela secundaria en Chibok, un pueblo del estado de Borno, Nigeria.[4] Boko Haram era un grupo terrorista islámico formado en 2002 en el noreste del país africano. Su objetivo era convertir a Nigeria en un Estado islámico bajo la ley de la *sharía*. Según la inteligencia estadounidense, en 2011 el grupo había formado una alianza con Al-Qaeda en el Magreb islámico. En los últimos años, Boko Haram había perpetrado cientos de ataques y atentados con bombas, en los que había dejado miles de muertos en el noreste de Nigeria y había asesinado a muchas más personas que el propio Al-Qaeda.[5]

Alberto se puso en contacto conmigo y dijo que era una buena oportunidad para que el Centro de Comunicaciones Estratégicas Antiterroristas ampliara su horizonte combatiendo a Boko Haram en las redes sociales y mostrando apoyo a las niñas secuestradas. Proponía que, primero, el centro hiciese varias pruebas rápidas. Genial. Al día siguiente, el CSCC me hizo llegar varias propuestas de encabezados. El diseño era malo, poco moderno y bastante insulso, pero, qué demonios, tampoco es que el Gobierno fuera famoso por su sentido estético. Los aprobé de inmediato para no retrasar nuestros esfuerzos.

Mientras tanto, la noticia había logrado atraer la atención de la gente. En Twitter empezó a propagarse el *hashtag* #BringBackOurGirls («devolvednos a nuestras niñas») que se convirtió en un fenómeno en las redes sociales después de que la primera dama, Michelle Obama, posase en una foto sosteniendo un cartel con el *hashtag* escrito. «Barack y yo vemos a nuestras hijas en estas niñas», declaró en un vídeo.[6]

Yo no volví a reparar en los encabezados y seguí monitorizando la situación sobre el terreno. Diez días después, Alberto vino a verme de nuevo para pedirme ayuda. ¿Con qué?

—Bueno —dijo con tono avergonzado—, los encabezados no han pasado el proceso de autorización.

¿Cómo? La oficina de África se había opuesto.

—Introdujimos varios cambios —dijo— y los aprobaron, pero entonces la Agencia de Inteligencia e Investigación puso objeciones a esos cambios.

Estaban en un punto muerto burocrático, y quería saber si yo podía solucionar el problema. Era de locos. Para publicar un tuit diez días después, mejor no publicar nada.

El proceso de autorización demostraba de manera inequívoca que el Departamento de Estado era una cultura horizontal, además de vertical. Prácticamente cada memorando, nota o documento que iba de un nivel a otro, o de una agencia a otra, era objeto de un proceso de autorización. Cualquier oficina, ya fuera funcional o regional, que participase en dicho documento tenía que «autorizarlo» antes de que pasara al siguiente nivel. Y, teniendo en cuenta el celo de cada uno con sus cosas, siempre querían intervenir para asegurarse de que nadie se inmiscuía en su terreno. Esto ilustraba otro axioma en el Departamento de Estado: mucha más gente podía decir no que decir sí. Un subsecretario adjunto o un ayudante especial no podían poner en marcha una política, ni siquiera encargar un tuit contra Boko Haram, pero sí tenían autoridad para acabar con ellos, negándose a autorizarlos.

Incluso cuando las cosas eran aprobadas, el proceso de autorización hacía que los plazos resultaran ridículos. Optimizaba la

pureza a costa de la urgencia. Cosas que esperaba que estuvieran en días tardaban semanas; y cosas que creía tardarían semanas se demoraban meses. Y eso sin mencionar el proceso de «reclama». ¿No conocen la palabra? Tampoco yo la conocía. Una reclama, del latín *reclamare*, que significa «Gritar, vocear oponiéndose o contradiciendo», era una solicitud interpuesta a través de la cadena de mando para reconsiderar una decisión. Esto significaba que, aun después de que un alto cargo hubiera tomado una decisión final autorizando algo, podía solicitarse su anulación. Para mí era como pedir que se cambiara una decisión del árbitro una vez finalizado el partido. En el Departamento de Estado, se utilizaba como verbo, «puedes reclamarlo». Y eso es lo que ocurrió con los encabezados de Boko Haram: la oficina de África los había «reclamado».

En cuanto Alberto salió de mi despacho, cogí el teléfono y llamé a David Wade, jefe de gabinete del secretario, para explicarle la situación. Su respuesta se redujo a una palabra: «¡Dios!»

Los encabezados fueron autorizados y publicados al cabo de menos de dos horas.

La cueva de Ben

El Ala Oeste de la Casa Blanca no tiene nada de majestuoso. Los despachos son pequeños y oscuros, los pasillos estrechos, y los vestíbulos, sosos. Resulta bastante decepcionante. Estuve allí durante mi primera semana de trabajo para reunirme con Ben Rhodes. Su despacho era como una gruta, una cueva larga y estrecha sin ventanas. Se encontraba junto al Navy Mess, y a unos quince segundos andando del Despacho Oval.

Ben era el chico prodigio de Obama en lo referente a política exterior, su redactor jefe de discursos sobre el tema y, en cierto modo, su *alter ego* en la materia, a pesar de que posteriormente sería criticado por la prensa por decirlo él mismo. Oficialmente, su cargo era el de ayudante del presidente y asesor adjunto de Seguridad Nacional para las Comunicaciones Estratégicas y Redacción de Discursos. En el departamento, todo el mundo me decía que era mi equivalente en la Casa Blanca, pero eso no le hace justicia. Acabó convirtiéndose en mi contacto más cercano y fiable en la Casa Blanca, y desde el primer momento hasta el último, me mostró su apoyo y generosidad.

Ben es una presencia serena. Casi toda la gente de Obama lo era. No es que evite mirarte a los ojos, pero a menudo aparta la mirada o la baja al hablar. Aparentemente, en parte es por lo mucho que se concentra cuando habla; él no se dedica a soltar frases ensayadas, como hace tanta gente en Washington. Por entonces, ya llevaba cinco años trabajando para el presidente, y yo era el chico nuevo. Cuando estás en el Gobierno, ves a cada persona que conoces como una posible ayuda o como un obstáculo para tus intereses.

Quería hablarme de dos temas: la BBG y los mensajes contra Estado Islámico. BBG era el acrónimo de Broadcasting Board of Governors (Consejo Superior de Radiodifusión), el terrible nombre de lo que también se conocía como U. S. International Broadcasting, compuesto por Voice of America, Radio Free Europe y Radio Liberty, Radio Free Asia, Middle East Broadcasting y Office of Cuba Broadcasting. Estas organizaciones mediáticas en su origen formaban parte de la Agencia de la Información de Estados Unidos y

se volvieron cuasi-independientes por medio de la legislación de 1999, que también creó mi puesto.

La BBG contaba con un presupuesto de setecientos cincuenta millones de dólares y cerca de tres mil quinientos empleados, lo cual la convertía en una de las mayores agencias de noticias del mundo. Sin embargo, pocos estadounidenses la conocían. En parte se debía a ley Smith-Mundt, que exigía que se centrara en el exterior (Voice of America transmitía en más de sesenta idiomas), y en parte porque producía un periodismo que apenas abría brecha en Estados Unidos. También arrastraba la maldición de una misión contradictoria, al ser periodismo independiente financiado por el Gobierno. Suena extraño, porque lo es. Sus empleados se consideraban exclusivamente periodistas, pero también les encargaban crear contenidos «consistentes con los amplios objetivos de política exterior de Estados Unidos», tal y como reza la ley que lo habilitó. Mmm…, ¿cómo producir periodismo objetivo independiente que sea consistente con los objetivos de política exterior estadounidense? Buena pregunta. Ben decía que al presidente Obama le interesaba la radiodifusión internacional de Estados Unidos y quería saber qué más podíamos hacer con ella. «Es mucho dinero», dijo. Luego añadió que el presidente quería sentarse a discutirlo conmigo y con Jeff Shell, el nuevo director de la BBG. Me instó a que pensara en ello mientras organizábamos una reunión.

Ben también creía poder ayudar en las narrativas contra el Estado Islámico. Estaba a favor del CSCC y tenía una idea para ampliar la plataforma. Según él, estaban a punto de eliminar dos «influyentes» páginas web del Departamento de Defensa por recortes presupuestarios y proponía que Defensa los cediera al Departamento

de Estado, para que nosotros las dirigiéramos y cubriéramos su coste.

Entonces rebuscó entre los papeles de su mesa y me mostró un lustroso folleto sobre las páginas web en cuestión, elaborado por el Departamento de Defensa. El folleto las describía como sitios «rentables, 24 horas de influencia con impacto demostrado». Parecía como si Ben fuera un agente inmobiliario tratando de venderme un apartamento oscuro en el segundo piso. Según me explicó, el contenido tenía que especificar que estaban financiadas por Defensa (o, si nos hacíamos cargo nosotros, por el Departamento de Estado), pero que la única forma de saberlo era clicando en «Quiénes somos». Esto es lo que el folleto decía al respecto: «Menos del uno por ciento de lectores entra en "Quiénes somos". Solo se pierde una parte ínfima de lectores por la relación con el Departamento de Defensa». Decía que las páginas web no costaban casi nada. «¿Cuánto es nada?», pregunté. Una costaba cerca de cuatro millones de dólares anuales, y la otra, seis.

Contesté que eso era tres veces el presupuesto del que disponía para el CSCC.

—Eso es un problema —respondió.

Salí de la reunión preguntándome por qué tenía que comprarle nada al Departamento de Defensa. Ellos disponían de más gente en bandas de música que funcionarios había en el Servicio Exterior. Para ellos, esa cantidad de dinero era una miseria.

Bienvenido a Radiodifusión Internacional

Esa primera semana ya tuve una reunión sobre el BBG. He de admitir que cuando asumí el cargo, apenas sabía qué era. No

recordaba haber visto ningún artículo sobre Voice of America o ninguna de las otras entidades, ni siquiera en mi época como editor de *Time*. Hasta sus nombres (Radio Free Europe, Radio Free Asia) parecían anacrónicos, como volver a la Guerra Fría. El encuentro se celebró en la sede del BBG en el Edificio Federal Wilbur J. Cohen, una estructura gris de los años treinta con sombríos murales de la época del New Deal.

Por decreto, yo debía ser el representante oficial del secretario ante la junta directiva del BBG. Sin embargo, nadie recordaba a ningún subsecretario asistiendo a una reunión de la misma. La mayoría de mis predecesores las habían evitado educadamente. En su paso por el Departamento de Estado, Hillary Clinton llegó a decir ante un comité de la Cámara de Representantes que el BBG estaba «prácticamente difunto en capacidad para trasladar un mensaje al mundo», mientras que Ed Royce, congresista por California y presidente del comité, lo describía como «disfuncional». Y, aparentemente, la descripción se ajustaba bastante a la realidad. Tal y como me dijo un miembro de la propia junta, el BBG era como el *politburó* albanés, pero sin pistolas. Ahora bien, bajo el Gobierno de Jeff Shell, presidente ejecutivo de Comcast Universal, el consejo había dado un vuelco. Jeff era un director inteligente, práctico y equilibrado que solo quería que las cosas funcionasen.

En aquella primera reunión, me mostraron fragmentos del trabajo periodístico realizado por algunos servicios. Era sobrio y directo, aunque un poco anticuado e inferior a los estándares de radiodifusión estadounidenses. La edición me resultaba un poco tosca, los gráficos mediocres, y los presentadores no parecían demasiado sueltos con el apuntador óptico. También descubrí que el

«apoyo» del BBG a los objetivos de política exterior estadounidense consistía en emitir «editoriales» del Departamento de Estado. Para ellos era una buena solución: así desligaban las noticias del material que respaldaba la política exterior de Estados Unidos, al tiempo que insinuaban a los radioyentes: «No prestéis atención a esto: solo es propaganda del Departamento de Estado estadounidense, en breve volveremos con las noticias».[7]

En aquella reunión se discutió un tema que ilustraba la curiosa relación entre el Departamento de Estado y el BBG. El productor ejecutivo del servicio africano hizo una breve presentación solicitando trescientos mil dólares de los fondos de R destinados a diplomacia pública para costear un informativo diario de quince minutos en sango. Yo asentí como si supiera lo que era el sango. Y resultó que el sango era la lengua vehicular de la República Centroafricana. Me explicaron que BBG retransmitía a la República Centroafricana en inglés y en francés, pero no en sango, que es la lengua mayoritaria entre la población. También insistieron en que se trataba de una prioridad para el Consejo de Seguridad Nacional. En ese momento decidí acceder (me parecía lo más diplomático), pero le dije a la junta que era un pago único y que en seis meses querría ver algún valor cuantitativo que demostrara si funcionaba o no. La jefe del servicio de África se quedó algo desconcertada con mi respuesta, y más tarde me dijeron que nunca le habían pedido valores cuantitativos.

Antes de marcharme, le comenté a Jeff que Ben quería organizar una reunión sobre radiodifusión internacional entre nosotros dos y el presidente.

La variedad de América

Ben era fiel a su palabra. A las pocas semanas de aquella reunión, ya tenía otra sobre radiodifusión programada con el presidente Obama. Ben me dijo que se trataba de un encuentro que el presidente convocaba mensualmente con un grupo de personas en la Sala de Crisis para hacer una lluvia de ideas sobre un tema concreto. Sería una hora entera dedicada a la radiodifusión internacional.

Me sugirió que repasara la situación de la radiodifusión internacional, hablase del papel del Departamento de Estado y mencionara cualquier otro punto en el que hubiese reparado desde mi llegada. Muy bien.

Llegué temprano a la Casa Blanca y tuve un par de minutos para hablar con uno de los ayudantes de Ben. Llamémosle Jaden. Era un empleado del Departamento de Estado fichado por el Centro de Seguridad Nacional (NSC) para unirse a su tinglado. Había trabajado en África y Sudamérica. El tipo era inteligente y elegante, lucía perilla y una actitud conspiratoria. Me comentó que iba a hacer una presentación sobre nuestra respuesta a los medios de comunicación rusos. Ya sabía por Ben y otras personas que a la gente del NSC le preocupaba Russia Today, el canal de televisión financiado por el Estado ruso que emitía en Estados Unidos como RT. Y, la verdad, no entendía del todo por qué. De hecho, se decía que, en cierta ocasión, el vicepresidente Biden encendió la televisión de su habitación de hotel en Europa y creyó que estaba viendo la CNN, pero entonces… poco a poco… comprendió… que era RT. Jaden decía que iba a plantear la idea de que Estados Unidos crease su propia versión de RT.

A continuación, me mostró su presentación en PowerPoint: «The Freedom News Network». Básicamente, la idea era coger el presupuesto anual del BBG y crear una cadena de televisión del Gobierno estadounidense. Yo no era demasiado fan de Voice of America ni de ninguna de las grandes entidades de la BBG, pero aquel plan me pareció una auténtica locura. La idea de que el Gobierno estadounidense invirtiera setecientos cincuenta millones de dólares en crear contenidos constantemente, buscar y contratar a gente para hacerlo, pensar en programas y programaciones, licencias de contenidos y buscar emisiones autorizadas en todo el mundo con proveedores de servicio de televisión terrestre o por satélite era absurda. Sabía que había congresistas que insistían en que debíamos hacerlo (de hecho, más adelante se introduciría un proyecto de ley para crear la Freedom News Network), así como gente dentro del Gobierno convencida de que eso era lo que había hecho la Agencia de Información de Estados Unidos (lo cual no era cierto), pero mi firme convicción era que solo lograría dañar más la imagen del país.

Y ese ni siquiera era el motivo principal de que fuera una idea absurda. Lo más grave era que uno nunca debe competir contra sí mismo. Cierto, no teníamos un equivalente a Russia Today, pero sí contábamos con CNN, Fox News, MSNBC y CBS, así como Discovery Channel, PBS, National Geographic Channel y muchos otros. Teníamos Facebook, Google e Instagram. ¡Caray, si hasta teníamos *Juego de tronos*!... Alguien me había comentado que, en el Reino Unido, Russia Today tenía la misma cuota de pantalla que la CNN. Lo comprobé y era cierto. Ahora bien, RT era el único canal ruso entre los cien más vistos en ese país, mientras que Estados Unidos tenía cuarenta, desde Lifetime hasta Cartoon Netwoork. Yo no

cambiaría eso por una versión estadounidense de la RT. El poder blando de Estados Unidos en la televisión, el cine y la música pop tenía mucha más influencia, alcance y poder que nada de lo que nuestro Gobierno pudiera crear, y mucho menos Russia Today. RT no tenía suficientes espectadores en Estados Unidos como para entrar en los índices de audiencia Nielsen.

Una de las cosas que había notado en el Gobierno era que personas sin experiencia en los medios de comunicación, que no habían escrito o trabajado en un solo artículo, que tampoco sabían de diseño o de materiales gráficos, ni conocían a los públicos ni sus gustos, creían que resultaba fácil crear contenidos. Tenían la ilusión de que el hecho de consumir algo les hacía saber cómo funcionaba.

No le dije demasiado a Jaden sobre la idea antes de comenzar la reunión. Mi sitio estaba a dos tercios de la mesa de donde se sentaba el presidente. Ben estaba justo a su izquierda y fue el primero en hablar. Me presentó breve y amablemente. El presidente dijo: «Hola, Rick», aunque muy serio. En cuanto Ben me dio la palabra, abordé directamente la relación del Departamento de Estado con BBG y por qué no funcionaba. Comenté que era el primer subsecretario de diplomacia pública que alguien recordara en una reunión de la junta y que los «editoriales» que el Departamento emitía en Voice of America y otros servicios eran una pérdida de tiempo. Defendí que, en lugar de dedicar todas sus energías a crear contenidos, las grandes entidades de BBG deberían recopilar contenidos informativos estadounidenses y ofrecérselos al público extranjero. Me gané un par de sonrisas al decir que *Voice of America* debería ser *Choice of América*. (De «La voz de América» a la «Variedad de América»).

También repetí algo que solía decir al hablar de la página web de *Time*, que era mucho menor que la de nuestros grandes competidores: «Seleccionar más, crear menos». Si simplemente mostrábamos a la gente de todo el mundo los reportajes que los periodistas estadounidenses ya producían, también evaluarían cómo informamos sobre nuestro propio país. Y sería un modelo que seguir. Porque de eso trata la Primera Enmienda. ¡Hay que hacerlo! En resumen, lo que les dije claramente fue:

—No creemos una cadena de noticias gigante del Gobierno de Estados Unidos.

Cuando terminé de hablar, el presidente se reclinó en su asiento, cruzó las manos detrás de la cabeza y lo miró todo con perspectiva. Era evidente que ya había pensado en ello y procedió a entablar un diálogo socrático, esencialmente consigo mismo.

—¿Qué problema estamos intentando abordar aquí? —preguntó.

La respuesta era bastante sencilla: queremos que la gente de todo el mundo pueda comprender nuestro punto de vista de las cosas.

—¿Qué es lo que queremos que tengan? Información útil. ¿A quién queremos llegar?» Yo quiero hablar a un público global —se contestó —. Aunque lo que más me interesa es llegar a quince países o así. Hablamos de la opinión pública mundial, pero a mí me interesa más la opinión pública de varios países en concreto. Quiero hablarle al muchacho que está en el barbero en Estambul. A la joven maestra de São Paulo. Al hombre de negocios en Abu Dabi. Al trabajador de la fábrica de Múnich.

Le frustraba que nuestra imagen fuera más negativa de lo que debía.

Claramente, evitó mencionar a Rusia. No era uno de los quince países a los que quería llegar.

—¿Qué herramientas necesitamos para conseguirlo?

Entonces preguntó acerca de la posibilidad de conceder licencias sobre contenidos locales o encargarlos en esos países. ¿Y cuál era el mejor contenido que podíamos darles? ¿Noticias, o concursos y telerrealidad? Dijo que debíamos analizar el mercado a fondo.

En ese momento, me dio la sensación (y no sería la única vez durante mi paso por el departamento) de que el presidente había pensado más acerca de los temas tratados que nadie en aquella sala, que sabía más sobre ellos y había encontrado mejores respuestas que nadie. Y eso era bueno, pero solo hasta cierto punto.

Ben le pasó la palabra a Jaden. Estaba en segunda fila, sentado junto a la pared, se levantó y esbozó la idea de Freedom News Network. Básicamente, era la misma presentación que me había hecho un rato antes. Y yo estaba preparado para opinar si nadie más lo hacía.

Por el lenguaje corporal del presidente, se hizo evidente que la idea no le gustaba demasiado. Prácticamente, estaba hecho un nudo. No decía una palabra. Ni siquiera miraba a Jaden. Al final, formuló un par de preguntitas por encima y dijo:

—Sigamos adelante.

Simplemente no era su estilo. Siempre he odiado cuando la gente dice en las reuniones: «No hay ideas malas». Por desgracia, sí las hay, y muchas. Ojalá alguien hubiera dicho en aquella reunión: «Francamente, es una idea espantosa».

Al ver a Obama de nuevo en situaciones similares, acabé pensando que era esencialmente conservador con minúsculas, al estilo de

Edmond Burke. Es decir, lo primero que hacía en cualquier situación era preguntarse si hacer algo podía empeorar las cosas más que no hacer nada. Y solía concluir que sí. Además, nunca quería emplear más fuerza de la necesaria para apretar las tuercas. Era la filosofía de la navaja de Occam aplicada a la diplomacia exterior: la solución no debería ser más compleja que el problema. No trates de arreglar lo que no está estropeado. No hagas estupideces. Gastar setecientos cincuenta millones de dólares en crear una cadena informativa global del Gobierno estadounidense para llegar a un chico de veinticuatro años sentado en la silla de un barbero de Estambul no era la solución más sencilla para el problema.

Al final, el presidente zanjó la conversación diciendo, con un tono algo frustrado:

—Llevamos cinco años hablando de esto.

CUARTA PARTE

Guerra informativa

La literatura barata de Putin

Primero llegaron los hombres de verde.

Así es como los informativos se referían a los tipos enmascarados vestidos de uniforme sin distintivos que aparecieron de repente en lugares estratégicos de Crimea a finales de febrero de 2014.[1]

El 27 de febrero, estas unidades tomaron el Consejo Supremo de Crimea (su parlamento), así como varios puntos estratégicos como aeropuertos, bases militares y cadenas de televisión.[2]

Los hombres verdes eran Spetsnaz, fuerzas de operaciones especiales rusas. Putin negó vehementemente que fuesen tropas de su país. Afirmó que, en realidad, se trataba de milicias patrióticas locales que defendían los derechos de las etnias rusas en Crimea. Lo que no explicó fue cómo las milicias locales se habían hecho con ametralladoras PKP rusas, cascos composite y chalecos tácticos rusos. También contaban con el apoyo de medios digitales, troles y *bots* rusos corriendo la voz por Internet de que eran milicias locales.

Una semana después, un periodista le preguntó a Putin durante una rueda de prensa si había tropas rusas en Crimea. Su respuesta fue que no[3].

Era una mentira flagrante. Una mentira sin rodeos ni ambigüedades verbales, una mentira directa y consciente acerca de la invasión de un país por parte de otro sobre el escenario mundial.

Al cabo de pocos días, Putin había maquinado el establecimiento de un Gobierno prorruso. El nuevo consejo declaró la República de Crimea como entidad independiente, y se programó un referéndum el 16 de marzo para que los votantes eligieran si querían unirse o no a la Federación Rusa.[4] Los resultados fueron aplastantes a favor de la unión.[5] El 18 de marzo, Crimea y Rusia firmaban un tratado en el Kremlin por el cual Crimea pasaba a formar parte de la Federación Rusa.[6]

La Casa Blanca condenó la violación de la soberanía de Crimea y exigió sanciones contra Rusia. Obama comunicó a Putin en una llamada telefónica que el referéndum de Crimea «jamás sería reconocido por Estados Unidos y la comunidad internacional» y que «estamos dispuestos a imponer costes adicionales a Rusia por sus acciones». Putin respondió que el referéndum era «completamente acorde con las normas del derecho internacional y la carta de Naciones Unidas».[7]

Un mes después de la invasión inicial, Putin admitió que sí eran soldados rusos, pero no reconoció que lo hubiera negado en un principio.[8] Así es como Putin hace las cosas. Marca un nuevo punto de referencia de realidad y no mira hacia atrás.

Como marco de estos acontecimientos, hubo varios meses de manifestaciones en Kiev, desde comienzos de noviembre de 2013, hasta la huida del presidente de Ucrania respaldado por Putin, Víktor Yanukovich, a finales de febrero.[9] Las protestas, focalizadas en torno a una plaza de estilo neoestalinista conocida como Maidán, comenzaron como respuesta al rechazo de Yanukovich a un acuerdo de asociación entre Ucrania y la Unión Europea que habría creado una zona de libre comercio. Putin urgió a Yanukovich a que se

opusiera, y así lo hizo.[10] Los manifestantes a favor del acuerdo acudieron a Maidán con banderas europeas gritando «Ucrania es Europa».[11] Fue la mayor concentración de manifestantes desde las protestas a favor de la democracia de la Revolución Naranja, en 2004.[12] Y eso asustó a Putin, que llevaba tiempo afirmando que Estados Unidos estaba detrás de las «revoluciones de color» en la periferia rusa.[13] Ya en 2011, había acusado a la secretaria de Estado, Hillary Clinton, de ser la mano invisible tras las manifestaciones contra la corrupción que golpearon Moscú y San Petersburgo ese año.[14]

Naciones Unidas rechazó la anexión de Crimea y el referéndum. Aprobaron una resolución no vinculante que afirmaba la «integridad territorial de Ucrania».[15] Los líderes del G7 condenaron la «clara violación de la soberanía de Ucrania por parte de la Federación Rusa»[16], apartaron a Rusia del G8 y cancelaron la cumbre organizada en Sochi, cosa que supuso un golpe para Putin, pues la reunión iba a ser un escaparate para el país justo antes de albergar los Juegos Olímpicos de Invierno.[17]

El presidente y el Departamento de Estado de Estados Unidos insistieron una y otra vez en que debía respetarse la soberanía y la integridad territorial.[18, 19] El secretario John Kerry fue más allá. En el programa *Face the Nation* dijo: «Se trata de un increíble acto de agresión. Realmente es algo asombroso y deliberado por parte del presidente Putin, que ha invadido otro país».[20]

La maniobra de Putin me tenía indignado. Especialmente por la frialdad de sus mentiras y la desinformación. Llevábamos meses monitorizando las reivindicaciones rusas de que había nazis y fascistas detrás de las manifestaciones «Euromaidán». ¿Qué podía

hacer? En fin, yo era el jefe de Diplomacia y Asuntos Públicos en el Departamento de Estado. Como mínimo, «podíamos tuitear algo al respecto». Sé que suena como escupir bolitas de papel contra un maremoto, pero, para el Departamento de Estado, no era poca cosa. Pedí a los funcionarios de Asuntos Públicos, a la gente del departamento y a los embajadores que retuitearan las declaraciones del presidente y del secretario de Estado sobre Ucrania. Fácil, ¿no? Pues nadie hizo nada.

Así que empecé a tuitear personalmente, condenando los actos de Putin en Ucrania, y asegurándome de no publicar antes que el secretario o el presidente. Este fue uno de los primeros tuits:

> El principio inquebrantable que guíe los acontecimientos debe ser que el pueblo de #Ucrania decida su propio futuro.

No es que fueran unas palabras feroces, precisamente, pero algo era.

Una vez que comencé a tuitear, advertí algo que no había visto antes. Si bien no hubo demasiadas reacciones dentro del Edificio, decenas de personas empezaron a trolearme furiosas en Internet. Así, un tal Petrik Krohn tuiteó unos minutos después:

> La clave de la liberación de #Ucrania es entender que @StateDept de EE. UU. = #CIA. #Euromaidán es su #pogrom antirruso

Y luego fue retuiteado por otras manos tuiteras con acento ruso. Todo esto era nuevo para mí. He aquí varios ejemplos más, que también se fueron «gustando» y retuiteando entre ellos.

> Todo el mundo sabe desde hace mucho que el Departamento de Estado solo trapichea con información falsa.

Estados Unidos es el imperio del mal y el fascismo [acompañado por una imagen de Obama ensangrentado sosteniendo un mapa de Ucrania]

¿Por qué están prohibidas manifestaciones como las de Maidán en EE. UU.? Sois antidemocráticos y autoritarios.

Y un comentario siempre útil:

¿Estás borracho o mientes a propósito?

Al principio, se hizo poco eco de lo que pretendía hacer dentro del departamento. Allí, la actitud que prevalecía era: si el presidente había hablado, el secretario había hablado y Naciones Unidas había hablado, ¿por qué teníamos que hacer nada más nosotros? Había gente furiosa con la actuación de Putin, pero no quería manifestarse en redes sociales ni expresarlo. Ni siquiera para respaldar los comentarios del presidente y del secretario.

Yo seguí insistiendo en que me enviaran tuits para subirlos. Asuntos Públicos me hizo llegar alguno, aunque a regañadientes. He aquí uno que me mandaron para que lo publicara. Eso sí, una vez que lo autorizase EUR, cosa que finalmente hizo:

EE. UU. está monitorizando de cerca los acontecimientos en #Ucrania.

¡Aquello debió de dejar temblando a Putin!

«Un mensaje a América»

Agosto de 2014. El vídeo empieza con una música hipnótica y melancólica. Aparecen unas letras blancas sobre fondo negro: «Un mensaje a América», escrito en inglés y árabe. A continuación, imágenes granulosas del presidente Obama autorizando ataques

aéreos. De ahí pasa a un hombre con una túnica naranja arrodillado en un vasto desierto, con el cielo oscureciendo de fondo. Lleva la cabeza rapada y barba de varios días. Su rostro es fuerte y bello. Mira directamente a la cámara.

Junto a él se cierne un soldado alto y delgado vestido de negro con un pasamontañas. Tiene un cuchillo y lleva un arma en un cinto de cuero colgado al hombro.

Entonces, el hombre de la túnica naranja dice con un fuerte acento estadounidense:

> Pido a mis amigos, a mi familia y a mis seres queridos que se levanten contra mis verdaderos asesinos, el Gobierno de Estados Unidos. Porque lo que me va a pasar solo es resultado de su autosuficiencia y su criminalidad.

El micrófono que lleva en el cuello de la túnica capta cómo traga saliva. Su voz se entrecorta al mencionar a su hermano.

> Le pido a mi hermano John, que forma parte del Ejército del Aire de Estados Unidos: «Piensa en lo que estás haciendo. Piensa en las vidas que destruyes, incluidas las de tu propia familia».

Y después:

> Quisiera tener más tiempo. Quisiera tener la esperanza de que me liberen y de volver a ver a mi familia..., supongo que, en definitiva, quisiera no ser estadounidense.

Después hablaba el hombre de negro. Su voz sonaba adusta y su acento podía parecer del este de Londres. Con el cuchillo, señaló al hombre de la túnica naranja:

> Este es James Wright Foley. Un ciudadano estadounidense, de su país. Como Gobierno, ustedes han estado en primera línea de la agresión contra el Estado Islámico. Se han confabulado contra nosotros y se han empeñado en buscar razones para interferir en nuestros asuntos…
>
> Ya no luchan contra una insurgencia. Somos un ejército islámico, y un Estado que ha sido aceptado por gran cantidad de musulmanes en todo el mundo. Así pues, cualquier agresión contra el Estado Islámico es una agresión contra los musulmanes de todo tipo que han aceptado al califato islámico como su liderazgo.
>
> Por tanto, cualquier intento de usted, Obama, de negar a los musulmanes sus derechos a una vida segura bajo el califato islámico traerá consigo el derramamiento de sangre de su gente.

Y entonces, bueno, su espantosa muerte no se ve. Igual que los directores de cine de terror, que saben que el acto de violencia más aterrador es el que sucede fuera de la imagen, pasan a un plano del torso decapitado de Foley sobre la arena, con el cuchillo al lado sobre un charco de sangre, y un par de sandalias tiradas a un lado.

El último fotograma mostraba una breve imagen de otro estadounidense, el periodista Steven Joel Sotloff. «La vida de este estadounidense, Obama —dice el hombre de negro—, depende de su próxima decisión».[21]

Era horroroso y fascinante a partes iguales. La calidad del vídeo demostraba una sofisticación y una destreza, una preocupación por la estética y el diseño, como nunca habíamos visto en Al-Qaeda. A sus creadores les importaba la escenografía, la luz, la música, el ritmo…, incluso la tipografía del título.

Para el Estado Islámico, este era como su anuncio en la Super Bowl. Presentaba a su siniestra banda ante un público de millones de personas. A los pocos minutos, sus fans ya estaban tuiteando con el hashtag #NewMessageFromISIStoUS.[22] Uno de ellos tuiteó una foto

de un móvil con la bandera del Estado Islámico en pantalla y la Casa Blanca de fondo.[23] YouTube retiró el vídeo de Foley tres horas más tarde, pero ya había tenido tres millones de visionados, y todos los canales informativos mundiales habían emitido fragmentos destacados de él.[24]

James Foley había sido secuestrado en Siria casi dos años antes. Era un periodista *freelance* que trabajaba para France-Presse, colaboró con la Agencia Estadounidense para el Desarrollo Internacional en Bagdad y había escrito para el diario militar *Stars and Stripes* durante su estancia en Afganistán. Estaba trabajando para el servicio informativo GlobalPost en Libia cuando fue capturado por rebeldes y retenido durante cuarenta y cuatro días. Foley era un joven estadounidense blanco que podía haber pasado perfectamente por uno de los soldados estadounidenses en Irak. Esa era la idea. Al vestirle con una túnica naranja, pretendían evocar el atuendo de los prisioneros en Abu Ghraib y Guantánamo. El Estado Islámico había encontrado su chico del cartel.

El vídeo de Foley transformó lo que hasta entonces había sido un vástago desconocido en el mundo del extremismo musulmán en una marca global gigante conocida por miles de millones de personas: el Estado Islámico. La bandera negra. La cabeza cortada. Querían parecer despiadados, magnéticos, mesiánicos e implacables ante el poder estadounidense. Los hombres de negro. Los vengadores del islam suní. Guerreros sagrados.

Sin embargo, el vídeo tenía un propósito aún más práctico: era un anuncio de captación para el ejército extremista de Estado Islámico, su propia versión de los anuncios televisivos de la Marina estadounidense para reclutar a «algunos hombres buenos». Al fin y

al cabo, el Estado Islámico también era un ejército voluntario y necesitaba un flujo constante de reclutas. Su atractivo era a la vez religioso y arriesgado: si te apetece cortar unas cuantas cabezas estadounidenses y ganarte el cielo, vente a Irak y a Siria. Turismo de aventura con violencia islámica. Su propuesta era un juego de suma cero: o te unes a nosotros, o eres un *kafir* (apóstata) y mueres.

Así es como la mayoría de los estadounidenses y la mayoría de las personas en todo el mundo conocieron al Estado Islámico, el Estado Islámico de Irak y Siria.

Sin embargo, para el CSCC, el Estado Islámico no era ninguna novedad. Durante la primavera de 2014 habían advertido la creciente presencia del grupo en las redes sociales. Según me hicieron saber, ya contaba con un brazo armado llamado Al-Hayat, que, un par de semanas antes, había emitido un vídeo subtitulado en inglés donde aparecían niños rompiendo su ayuno del ramadán con soldados del Estado Islámico. Una semana después, para señalar la festividad de Eid al-Fitr al final del ramadán, emitieron otra grabación que mostraba una ejecución en masa de ciudadanos sirios. Mezclaban lo grotesco con contenidos para el público general. Menos de un mes después de difundir el vídeo de la ejecución de Foley, miembros del Estado Islámico crearon un *meme* en el que aparecían soldados posando con tarros de Nutella, para sugerir la «dulce» vida en el califato. Era una campaña de doble filo: violencia gráfica para asustar a Estados Unidos y a Occidente, y anuncios de viajes soleados para reclutar soldados extranjeros.

Insistí al CSCC para crear más mensajes contra el Estado Islámico. Me enviaron un plan en el que decían que su público objetivo era «iraquí suní, panárabe y global» (poco definido, pero al menos

estaban poniéndose a ello). Publicaron una serie de tuits sobre brutalidad, traición y los límites del sectarismo. He aquí unos cuantos, traducidos del árabe:

> El Estado Islámico ya te ha traicionado, volverá a hacerlo. @CSCC @ThinkAgain_DOS
>
> La barbarie del Estado Islámico es su único objetivo real. No tiene ninguna justificación religiosa. @CSCC @ThinkAgain_DOS
>
> Estados Unidos no ayudará a aquellos que unan su destino al del Estado Islámico. @CSCC @ThinkAgain_DOS

El lema del CSCC era «Piénsalo de nuevo, aléjate». Sus tuits generaron algo de tráfico, y unas cuantas respuestas de yihadistas digitales acusando al centro de ser una herramienta del Departamento de Estado. En cuanto sacábamos a relucir la hipocresía del Estado Islámico, los yihadistas digitales señalaban la nuestra. @de:BlackRose tuiteó: «Recordad que Estados Unidos detuvo y humilló a nuestros hermanos en Irak», junto con una imagen de Abu Ghraib. El CSCC contestó: «Las tropas estadounidenses son castigadas por sus faltas de conducta, a los soldados del #EstadoIslámico se les premiados». No sé si el CSCC hizo cambiar de idea a ningún joven que estuviese planteándose ir a luchar en Irak y Siria, pero algo era algo.

Ahora bien, tuitear no iba a impedir que el Estado Islámico ejecutara a Steven Sotloff, el otro periodista estadounidense que aparecía al final del vídeo, como en un final de suspense.

Devolver los golpes

A veces, la información puede ser un obstáculo para poner en marcha algo nuevo.

Mi ignorancia de cómo funcionaban las cosas en el Departamento de Estados me ayudó a iniciar algo que nunca se había hecho allí.

Al mirar a mi alrededor en el departamento, no veía ninguna entidad capaz de combatir toda la propaganda y desinformación rusa en torno a Crimea y Ucrania. La oficina europea se mostraba reacia, ya que ellos no se dedicaban a generar ninguna clase de mensajes.

Ahora bien, sí había una maravillosa excepción a la pasividad general del Departamento en lo relativo a las redes sociales, y era Geoff Pyatt, nuestro embajador en Ucrania. Geoff estaba muy metido en las redes sociales: tuiteaba decenas de veces al día, no solo sus propios mensajes contundentes contra Rusia, sino también retuits de artículos de periodistas y observadores que denunciaban las acciones rusas. Creía que al menos había que protestar ante sus mentiras.

Tuvimos varias conversaciones, y me animó a hacer algo al respecto. Decidí organizar una reunión con representantes de EUR, PA, PD y con la oficina del portavoz, para discutir la idea de crear un centro de conexión interno para generar mensajes contra Rusia. Bueno, esas no fueron mis palabras. En realidad, les dije que nos reuniríamos para hablar sobre qué hacer con la propaganda rusa.

La reunión se celebró en la sala de conferencias grande situada junto a mi despacho. Mi plan era empezar planteando la idea del centro de conexión, pero casualmente contábamos con la presencia de un joven empleado de Asuntos Públicos de la delegación de Kiev, que estaba de visita. Me pareció que podía ser interesante escucharle antes. Era un funcionario de Exteriores fornido y barbudo que

hablaba ruso y llevaba un año en Kiev. Antes de eso, había pasado dos años en Moscú. Como muchas personas que trabajaban en Ucrania, hablaba apasionadamente de lo que había visto.

—Los rusos —dijo— tienen una maquinaria enorme. Hacen horas extra para construir un discurso atractivo, una narrativa que socave la democracia ucraniana. Dicen las mismas cosas día tras día. Hay tres grandes mentiras que repiten constantemente: «Los manifestantes son fascistas y odian a Rusia»; «Desde un punto de vista histórico y emocional, Ucrania forma parte de Rusia»; «Estados Unidos y Occidente son el origen de la inestabilidad».

»Tienen que entender —continuó—, que los rusos están desconcertados por las protestas de Maidán. No pueden creer que esas aspiraciones sean de verdad. Son incapaces de comprender cualquier cosa que no sea cínica o puramente transaccional. Ellos mismos están tan corrompidos que no ven cómo la corrupción ha ido cabreando a los ucranianos. Proyectan su corrupción sobre todos los demás. La idea de que la gente pueda estar manifestándose por la libertad individual no les entra en la cabeza. La única explicación para ellos es que Estados Unidos tiene que estar detrás de todo esto.

Según dijo, lo más importante para la política estadounidense era que el asunto de Ucrania saliera bien.

—Si Ucrania fracasa —dijo—, el resto de la periferia interpretará que Occidente es un socio voluble. Ahora mismo —prosiguió, apretando el puño sobre la mesa— estamos siendo desbordados por los mensajes rusos. Ellos no tienen procesos de autorización. No creen en la necesidad de ser veraces. Somos demasiado tímidos y reactivos.

Sus palabras fueron mucho más poderosas que nada de lo que pudiera haber dicho yo. Era el preámbulo perfecto para lo que pretendía hacer. Había argumentado mi caso. Sin embargo, en el Departamento de Estado, el protocolo en cualquier reunión exige que todo el mundo tenga la palabra. Solo entonces se puede llevar la sesión hacia una conclusión, y eso nunca resultaba sencillo.

Alguien dijo que debíamos dirigir nuestros mensajes al «millón de Moscú», a saber, el millón de moscovitas que importaban en la capital. Otra persona dijo que lo mejor era centrarnos en los países bálticos. Otro, que había que pensar en Alemania, ya que los alemanes era cruciales para el éxito de Europa. Un compañero que había trabajado en la USIA comentó que antes sabíamos cómo contraatacar a la propaganda.

Estábamos en lo que con el tiempo acabé entendiendo como el modo «contraataque». En Washington, cuando te amenazan o te atacan, la primera reacción es siempre: «¿Cómo les devolvemos el golpe? ¿Cómo contraatacamos?». Eso es lo que siempre dicen los congresistas y los senadores. Tenemos que golpearles aún más fuerte. Desde un punto de vista burocrático, esto suele significar que, sea lo que sea a lo que te enfrentas, en cuanto le añades los prefijos «contra» o «anti», has creado una entidad para combatirlo y satisfacer el impulso administrativo: antiterrorismo, antiextremismo, contrainsurgencia, contrapropaganda.

Yo deseaba poner algo en marcha inmediatamente. «Creemos una versión del CSCC contra Rusia», dije. Expliqué que el centro no tendría que elaborar sus propios contenidos, sino que sería una entidad coordinadora que reuniría y optimizaría contenidos del Departamento de Estado y otras secciones. (La coordinación siempre

irrita algunas sensibilidades). ¿Cómo lo hacemos? ¿Cómo empezamos? Buscaba voluntarios.

Nadie levantó la mano. Ni PA. Ni EUR. Ni PD.

Alguien dijo, sin ningún asomo de ironía: «No podemos hacer lo que sabemos que hay que hacer hasta que sepamos qué quiere que hagamos el Consejo Nacional de Seguridad».

En ese momento, el funcionario de Asuntos Públicos de Kiev volvió a levantarse y dijo: «Cuente conmigo. Y cuente con Kiev. Estamos todos juntos en esto».

Al terminar la reunión, dije que, a partir de ese día, empezaríamos a montar un centro de mensajes o sala de guerra para el tema de Ucrania. Alguien lo llamó el Grupo Operativo de Ucrania. No tenía demasiado gancho, pero al menos tampoco había un «anti» ni «contra» en el nombre.

Uno de los presentes en la reunión era Doug Frantz, secretario adjunto para Asuntos Públicos, que respondía ante mí. Nos conocíamos desde hacía tiempo, de cuando él trabajaba como periodista de investigación para el *New York Times*. Doug me planteó una posibilidad:

—¿Y si nos centrábamos directamente en las mentiras de Putin?

—¿En qué estás pensando? —contesté.

Propuso refutar directamente diez declaraciones de Putin sobre Ucrania.

—Avante, a toda máquina —dije.

Dos días después, Asuntos Públicos, en coordinación con el Grupo Operativo de Ucrania, sacó una hoja informativa titulada «Las diez afirmaciones falsas de Putin». Empezaba diciendo que el mundo no

había visto «ficción rusa tan asombrosa desde Dostoievski». A continuación, las tres primeras:

1. **El señor Putin dice**: *Las fuerzas rusas en Crimea solo actúan para proteger objetivos militares rusos. Son «grupos de defensa de los ciudadanos», no fuerzas rusas, las que han tomado por la fuerza infraestructuras e instalaciones militares en Crimea.*

   Los hechos: existe una sólida evidencia de que miembros de los servicios de seguridad rusos son el centro de las fuerzas antiucranianas sumamente organizadas en Crimea. A pesar de que estas unidades llevan uniformes sin distintivos, conducen vehículos con matrícula rusa y, cuando les preguntan los medios de comunicación internacionales, se identifican libremente como fuerzas de seguridad rusas…

2. **El señor Putin dice**: *Las acciones de Rusia están dentro de los límites del Tratado de Amistad de 1997 entre Ucrania y la Federación Rusa.*

   Los hechos: el acuerdo de 1997 exige que Rusia respete la integridad territorial de Ucrania. Las acciones militares rusas en ese país, que le han dado el control operativo sobre Crimea, son una clara violación de la integridad territorial y la soberanía ucranianas.

3. **El señor Putin dice**: *La oposición no ha sido capaz de implementar el acuerdo del 21 de febrero con el expresidente ucraniano Víktor Yanukóvich.*

> **Los hechos**: el acuerdo del 21 de febrero disponía un plan por el cual el Parlamento, o Rada, aprobaría un proyecto de ley para que Ucrania recuperara su Constitución de 2004… Según los términos del acuerdo, Yanukóvich debía firmar la promulgación de dicha legislación en las siguientes veinticuatro horas… Yanukóvich se negó a cumplir su parte del acuerdo y huyó, dejando tras de sí una estela de corrupción a gran escala.[25]

No es ninguna obra maestra, pero tiene bastante garra para ser un comunicado de prensa del Gobierno. (Yo lo tuiteé como «Putin's Pulp Fictions», la literatura barata de Putin). Es difícil explicar hasta qué punto era extraordinario que la Oficina de Asuntos Públicos del Departamento de Estado, o cualquier oficina de asuntos públicos de cualquier Gobierno, publicase un documento así. Normalmente, habríamos emitido un comunicado expresando nuestra «preocupación» por algo, o, si la cosa estaba muy mal, nuestra «honda preocupación». Aquello era algo completamente nuevo en nuestro departamento, y se hizo viral en la Red. Se comentó en la prensa de muchos países y lo retuitearon miles de veces.[26] «Las afirmaciones falsas de Putin» también resonaron en los departamentos de asuntos públicos de los países bálticos y en Alemania, así como en muchos de los países que Rusia llamaba su «extranjero cercano». Les gustó. Vieron que nos echábamos hacia delante. Todos los países bálticos querían más. El ministro de Exteriores de uno de ellos nos escribió un correo electrónico que decía: «¿Para cuándo la continuación?».

La república del miedo

Steven Sotloff había trabajado de corresponsal en *Time*, y le asignábamos artículos como *freelance*. Cuando empezó la Primavera Árabe, se fue a Libia, desde nos proponía artículos. Se expresaba con un tono suave pero intenso. En 2013, pasó por las oficinas de Nueva York para hablar con dos de nuestros editores internacionales, Jim Frederick y su segundo, Bobby Ghosh, que intentaron disuadirle de volver a Libia y se negaron rotundamente a mandarle a Siria. Era demasiado peligroso. Yo estaba de acuerdo: Siria era zona vedada. Sotloff era joven, inexperto y un poco ingenuo.

Finalmente, se marchó por su cuenta y en agosto de 2013 fue secuestrado en el norte de Siria mientras informaba sobre la guerra civil en ese país. Siria era el lugar más peligroso del mundo para un periodista, con más de setenta profesionales asesinados y ochenta secuestrados desde el comienzo del conflicto.[27] El último artículo que había escrito para nosotros era un análisis detallado del asalto de Bengasi. Cuando desapareció, la directiva de *Time*, todos conocidos míos, solicitó ayuda al Departamento de Estado. Hablé con ellos varias veces y acabé derivándolos a David Wade, jefe de gabinete del secretario, que estaba gestionando la situación.

La familia de Sotloff había intentado mantener el secuestro en secreto durante meses, y nosotros respaldamos su decisión, igual que la Casa Blanca. Sin embargo, tras el vídeo de Foley, la madre de Sotloff decidió hacer su propia grabación dirigida a Al-Bagdadi, a quien llamaba «califa del Estado Islámico»:

> Le suplico que perdone su vida. Es un hombre honrado que siempre ha intentado ayudar a los más débiles… Le ruego que utilice su autoridad para

> congraciarse con el profeta Mahoma, que pedía perdonar a los pueblos del Libro.[28]

Dos semanas después de la decapitación de Foley, el Estado Islámico emitió un nuevo vídeo titulado «Segundo mensaje a Estados Unidos». El mismo verdugo, posteriormente conocido como John el Yihadista, aparece de nuevo, apunta a la cámara con el cuchillo y dice:

> He vuelto, Obama, y he vuelto por tu arrogante política exterior contra el Estado Islámico... Mientras vuestros misiles sigan golpeando a nuestra gente, nuestro cuchillo seguirá golpeando el cuello de la vuestra.

Arrodillado junto a él con camisa amarilla y la cabeza rapada, Sotloff empieza a hablar serenamente:

> Soy Steven Joel Sotloff. Estoy seguro de que ya sabrán quién soy.

Leyendo unas instrucciones, continúa:

> Obama, se suponía que su política exterior de intervenir en Irak era para proteger vidas e intereses estadounidenses. Entonces, ¿por qué estoy pagando con mi vida el precio de su intromisión?[29]

Unos minutos más tarde, el vídeo mostraba la cabeza cortada de Sotloff. El CSCC no emitió prácticamente ningún mensaje sobre el secuestro y asesinato de Sotloff. Fue así porque creíamos que el Estado Islámico podía tener más ciudadanos estadounidenses en su poder, y no queríamos poner en peligro sus vidas. A veces, hay buenos motivos para guardar silencio.

Horas después de que las agencias de inteligencia estadounidenses analizaran el vídeo de Sotloff, el presidente Obama dio una rueda de prensa en la que dijo que los vídeos habían generado «repulsa» en el mundo entero, y que «solo nos unen más como país, fortaleciendo nuestra determinación para luchar contra estos terroristas». Curiosamente, el presidente hizo estas declaraciones desde Tallin, Estonia, en su última parada antes de la cumbre de la OTAN en Gales, donde apoyaría la formación de una fuerza de respuesta rápida capaz de desplegarse deprisa en situaciones como la intervención rusa en Ucrania.[30] Era una rueda de prensa conjunta con el presidente de Estonia, Toomas Hendrik Ilves, uno de los líderes europeos que se había posicionado más abiertamente sobre la agresión y la desinformación rusas. Al presentar a Obama, Ilves empezó condenando el asesinato de Sotloff, para luego decir que el principal tema sobre la mesa durante el encuentro sería «la agresión rusa». Acto seguido, Obama criticó «la agresión rusa contra Ucrania» y «la barbarie» del Estado Islámico, e insistió en que ninguna de las dos lograría intimidarle.[31] Fue un momento digno de atención, pues en él se solaparon los dos frentes de esta guerra de información: el Estado Islámico y Rusia. Con el tiempo, se haría cada vez más evidente que ambos libraban una batalla contra la influencia y las ideas estadounidenses, y su objetivo era debilitarlas. Estados Unidos era lo que los rusos llamaron en cierto momento «el enemigo principal», y «el enemigo lejano» para el Estado Islámico. Éramos el enemigo a quien podían culpar de todo.

Las dos espantosas decapitaciones, los vídeos y las redes sociales que siguieron, pusieron al Estado Islámico en el radar de los ciudadanos estadounidenses de a pie. Empezamos a recibir cálculos

de que había decenas de miles de publicaciones diarias en las redes sociales apoyando al Estado Islámico. Y los estadounidenses no estaban solamente indignados: temían por su seguridad. Según encuestas realizadas en otoño de 2014, la preocupación por el terrorismo había alcanzado su máximo nivel desde el 11-S. Los vídeos de esas ejecuciones fueron un ejemplo de libro de un terrorismo y una técnica de guerra informativa modernos y eficaces, ya que tuvieron un impacto absolutamente desproporcionado para ser la muerte de dos jóvenes, en comparación con la amenaza que el Estado Islámico representaba en realidad. El terrorismo funciona porque los seres humanos imaginan posibilidades, en vez de probabilidades. De repente, veíamos posibilidades en nuestros teléfonos móviles. La mezcla de inmediatez e intimidad de las redes sociales las convirtieron en la herramienta terrorista más poderosa de la historia.[32]

Mi oficina empezó a recibir llamadas de congresistas preguntando qué estábamos haciendo contra las narrativas del Estado Islámico. ¿Cómo estábamos «contraatacando»? Al fin y al cabo, el CSCC era la única entidad de comunicación contra la violencia extremista en todo el Gobierno federal, y funcionaba bajo mis órdenes. «Señor Stengel, tiene usted que hacerse con el control de todo esto», decían. Varios miembros del Congreso me comentaron que creían que las redes sociales habían dado lugar al auge del Estado Islámico. Con frecuencia oía a congresistas diciendo cosas como «Internet los ha convertido». En cierta ocasión, en una visita al despacho de un representante demócrata, se me preguntó: «Señor Stengel, ¿por qué no «ya» cerramos la parte de Internet donde está el Estado Islámico?».

Delegados por Ucrania

Cinco días después de la reunión que dio origen al Grupo Operativo de Ucrania, el Centro de Seguridad Nacional albergó un encuentro de delegados sobre ese país. Yo era todavía ajeno al proceso conocido como «DC/PC». DC eran las siglas de Deputies Committee (Comité de Delegados), y PC hacía referencia a Principals Committee (Comité de Directores). Este último está presidido por el asesor de seguridad nacional y sus participantes son miembros del gabinete de ministros y directores de agencias gubernamentales. El DC suele estar encabezado por un viceasesor de seguridad nacional e incluye a delegados de ministros del gabinete, entre ellos el vicesecretario de Estado y el vicesecretario del Tesoro. La idea es que el Comité de Delegados haga el trabajo preliminar del PC. Puede haber muchas reuniones de CD antes de una reunión del PC. Esto se conocía como el «proceso interagencial». Ahora mismo no entraré en los pros y los contras del proceso, pero las reuniones del DC eran un asunto importante, al menos para mí.

La Casa Blanca se disponía a imponer graves sanciones a Rusia. Había preocupación ante la posibilidad de que la invasión de Crimea sentase un precedente para futuras intervenciones en Ucrania oriental. La línea dura de la Administración lo veía como una manifestación del viejo deseo de expansión de Rusia para sentirse más seguro. Reflejaba la permanente indignación de Putin ante el avance de la OTAN hasta las mismas puertas de su país. Putin quería que Ucrania se inclinara hacia el este y fuera Estado cliente de Rusia; nosotros, que lo hiciera hacia occidente y formara parte de Europa.

El Comité de Delegados sobre Ucrania estaba encabezado por el viceasesor de Seguridad Nacional, Tony Blinken. Hombre

inteligentísimo, sereno y con una debilidad por los juegos de palabras pésimos, Tony dirigió una reunión que fue ejemplo de apertura y eficiencia, algo bastante inusual en Washington. El propósito anunciado de la sesión era considerar una nueva ronda de sanciones a Rusia. Ben Rhodes me pidió que asistiera para hablar sobre cómo combatir la avalancha de desinformación rusa. Antes de la reunión, me había pasado por su despacho para informarle sobre el Grupo Operativo de Ucrania.

Geoff Pyatt, nuestro embajador en Kiev, voló a Washington para asistir a la reunión. Era la primera vez que le veía en persona. Parecía el típico embajador de una película de los años cincuenta: alto y larguirucho, con gafas de concha y una voz poderosa. Su principal preocupación era que Ucrania lograra prosperar como una nación moderna, sin corrupción y mirando hacia Occidente. Como me dijo una de las primeras veces que hablamos: «Es un país del tamaño de Francia en el corazón de Europa». Según él, si Ucrania no salía adelante, se mandaría un mensaje muy potente a todos los países de la periferia rusa de que no merecía la pena correr el riesgo de asociarse con Estados Unidos y Europa.

Dada la presencia de Pyatt, Blinken le dio la palabra a él primero. La gente del Centro de Seguridad Nacional le respetaba, lo cual no era siempre el caso con los embajadores. Empezó diciendo que nos enfrentábamos a tres grandes problemas conectados entre sí como muñecas rusas. El primero era la propia Ucrania: quería formar parte de Europa, pero Rusia se oponía. «La respuesta rusa —dijo— es intentar convertirla en un Estado fallido o, como mínimo, en lo que ellos llaman un “conflicto congelado”.» El segundo, añadió, eran los países de la antigua Unión Soviética. Rusia quería mandarles un

mensaje, especialmente a los países bálticos. El mensaje era: «No podéis apostar por Occidente y Estados Unidos, os defraudarán». Y, finalmente, estaba la OTAN. Según Geoff, Putin quería debilitar a la Organización y la Alianza Atlántica poniendo a prueba el Artículo 5, el mismísimo alma del tratado, el principio que dictaba que, en el caso de que una nación fuera atacada, todos acudirán en su ayuda. No hizo falta recordar que la primera y única vez que el Artículo 5 había sido aplicado fue después del 11-S.

A continuación, Geoff pasó a hablar de lo que estaba ocurriendo en aquel momento. Dijo que las cosas estaban aún más frágiles en los últimos días. Según él, «provocadores rusos asalariados» estaban infiltrándose en las manifestaciones de Euromaidán y generando polémicas que posteriormente eran magnificadas por «la increíble máquina propagandística de Moscú». Esa maquinaria, aseguraba, funcionaba a toda marcha, diciéndole a la gente que no se trataba de una protesta local, sino de una trama subversiva de Estados Unidos. «Es importante que reconozcamos que lo que llamamos guerra híbrida rusa, a la que Ucrania ha estado sometida durante dos años, es una combinación de varias cosas. No son solo los hombres verdes: es la presión económica, la presión militar y la presión informativa. El objetivo de Rusia no es demostrar su versión de la verdad, sino confundir y distraer, hacer descarrilar a Ucrania y desequilibrarnos a nosotros.»

Las medidas que discutir eran una nueva serie de sanciones, que serían llevadas a cabo por el Departamento del Tesoro. David Cohen era el subsecretario del Tesoro para Terrorismo e Inteligencia Financiera. Sobrio, serio y meticuloso, esbozó las medidas que su departamento iba a tomar contra las compañías e individuos de

Crimea. Algunas de ellas, dijo, ya habían sido aprobadas por Europa. Sin embargo, había nuevos actores que nos eran desconocidos. Hizo una pausa y añadió: «Verán, las decisiones se toman en el momento, y luego tienen consecuencias durante décadas». Fue un comentario hecho de pasada, pero uno de los más acertados que he oído sobre los efectos de lo que uno hace en el Gobierno.

El debate giró entones hacia la diplomacia pública. Ben mencionó nuestra conversación y luego asintió para que yo tomara la palabra. Primero dije que estábamos creando una pequeña fuerza operativa en colaboración con EUR, básicamente una «sala de guerra» de comunicaciones, como medio para combatir la maquinaria propagandística rusa. También pretendíamos llegar a voces creíbles de terceras partes para ofrecerles información que pudieran utilizar. Esto fue recibido con un entusiasmo generalizado. Un par de personas comentaron que deberíamos trabajar con la comunidad de inteligencia para asegurarnos de que recibíamos la mejor información de lo que estaba ocurriendo sobre el terreno. Yo contesté que el grupo era tan reciente que aún no teníamos un líder, pero que nos encantaría contar con compañeros de otros departamentos.

Toria Nuland secundó la idea. Era la secretaria adjunta para Europa y un puntal del Edificio. Siempre defendía sus puntos de vista con rotundidad, y discutía sin andarse con rodeos. Estaba considerada como la principal integrante de la línea dura del Departamento de Estado en el tema de Rusia, a diferencia del secretario Kerry, a quien algunos en el Centro de Seguridad Nacional veían como un chiquillo, demasiado dispuesto a ver las cosas desde el punto de vista ruso.

«Tenemos que revelar las actividades rusas —dijo Nuland—. Hay que inundar la zona. La comunidad de inteligencia todavía no nos ha dado luz verde al respecto, pero tenemos que sacarla. Hay que publicar el informe de la OSCE [Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa]. Tenemos que demostrar hechos sobre el terreno. Geoff no puede hacerlo solo.»

Una de las cosas que descubrí como «encargado de Comunicaciones» fue que todo el mundo es experto en mensajes. La gente cree que puede meter baza como no osaría hacerlo en negociaciones comerciales o de desarme nuclear. Sin embargo, nadie abordaba un aspecto que en el sector privado se consideraría una preocupación fundamental: el público. ¿A quién queremos enviar el mensaje? La gente salta rápidamente a decir: «Contestemos a su mensaje», pero no se hablaba realmente sobre «a quién» enviábamos esa contestación o «con qué» contestábamos. En el Gobierno parecían creer que la gente prestaba atención a sus mensajes porque, en fin, eran «del Gobierno».

Saqué el tema de cuál debía ser el destinatario de nuestros mensajes. Dije que queríamos llegar a lo que podría llamarse votantes *swing* en la periferia rusa, es decir, las personas de Europa Oriental y Central que seguían indecisas sobre si inclinarse hacia Occidente o hacia el este.

Sin embargo, antes de encontrar nuestro mensaje, teníamos que dar con alguien que dirigiera a los mensajeros.

Los peligros de la transparencia

A pesar de que el CSCC estaba trabajando a destajo para combatir las narrativas del Estado Islámico, el Congreso y los medios no parecían

verlo así. ¿Por qué razón? Porque no creaba contenidos ni tuiteaba en inglés. Desde un principio, generaba publicaciones en las redes sociales en tres idiomas: árabe (la mayoría), urdu y somalí. Pocos estadounidenses eran conscientes de que gran parte de los contenidos del Estado Islámico en las redes sociales estaban en árabe. Para la gente del Congreso y muchos ciudadanos del país, era como si lo que hacíamos no existiera, porque no estaba en inglés.

Sin embargo, caray, yo quería ser capaz de mostrar algo de lo que estábamos haciendo, y había un modo de conseguirlo. El CSCC tenía un plan desde hacía tiempo para poner en marcha la «Iniciativa en Lengua Inglesa» (un nombre típico del gobierno para algo bastante sencillo: tuitear en inglés). La idea de expandirse al inglés se había puesto en marcha antes de mi llegada. Era un modo de permitir que los estadounidenses vieran lo que hacía el centro. ¿Qué había de malo en ello? ¿Por qué no ser más transparentes?

Yo era quien debía aprobar la iniciativa, y así lo hice.

Sin embargo, para ciertos asuntos gubernamentales, mis instintos de periodista eran completamente equivocados.

Al asumir el cargo, heredé a una veterana del Servicio Exterior como jefa de gabinete. Era brillante, experta, organizada y hablaba tres idiomas. Eso sí, lo hacía todo siguiendo las reglas y siempre aceptaba un no por respuesta. Una noche, estaba zapeando, cuando di con una escena de *El Padrino* en la que Sonny dice que desearía tener «un *consigliere* de guerra». Yo también quería una.

Un amigo del Departamento de Estado dijo que conocía exactamente a la persona que necesitaba, aunque no creía que pudiera ficharla, y nos puso en contacto por correo electrónico. Por aquel entonces, Jennifer Stout trabajaba en Asuntos Legales en la

Casa Blanca, pero había trabajado en nuestro departamento, como vicesecretaria adjunta de Asuntos de Asia Oriental. A regañadientes, accedió a desayunar conmigo en Le Pain Quotidien de Georgetown. Era tranquila, sosegada, con dominio de sí misma. Escéptica. Pero cuando sonrió y dijo «No tengo ni un ápice de creatividad en mi cuerpo. Me gusta dirigir a gente y organizaciones», supe que había encontrado a mi *consigliere* de guerra. No resultó fácil sacarla de la Casa Blanca. Nunca lo es. Lo que realmente marcó la diferencia fue la posibilidad de regresar a su adorado Departamento de Estado. Y su llegada supuso un punto de inflexión para mí. Jennifer sabía cómo poner a la burocracia de nuestra parte, cosa que yo nunca supe hacer.

Al poco tiempo de empezar, le comenté que iba a aprobar la Iniciativa en Lengua Inglesa, y me miró como si estuviera loco. «¿Por qué? Sabe que no va a cambiar nada en lo que intenta conseguir —dijo—. Lo único que conseguirá es que el CSCC y usted sean el foco de las críticas.» Según ella, para lograr que el Gobierno hiciese ciertas cosas, casi siempre era mejor atraer la mínima atención sobre lo que uno hacía. Contesté que eso me parecía una tontería, pues precisamente «quería» que la gente viera lo que estábamos haciendo. «Se arrepentirá», añadió.

Los primeros tuits del CSCC en inglés fueron bastante convencionales. En ellos se recalcaba la violencia y la hipocresía de Estado Islámico, su transgresión del Corán y de la ley islámica. Los jóvenes contratados para redactarlos no solo escribían tuits en general, sino también dirigidos a yihadistas digitales concretos. Así, en una ocasión, alguien con el identificador @AboudouAbdallah tuiteó: «Solo recordaros..., no olvidéis lo que les pasa a vuestros "soldados" en #Fallujah #Iraq #CalamityWillBefallUS». Esta última

etiqueta lo dejaba claro: «La desgracia caerá sobre Estados Unidos». Luego añadía una foto borrosa del cuerpo quemado de un militar de Blackwater. El CSCC respondió con una imagen de Osama bin Laden viendo al televisión; en la leyenda se hacía la siguiente pregunta: «¿Tirarías tu vida a la basura por alguien que se esconde lejos?». La foto era mala, los gráficos de aficionado, y repetimos su *hashtag*. Su tuit original solo se había retuiteado dos veces antes de que contestáramos, pero a partir de ese momento se retuiteó decenas de veces.

Algunos de estos yihadistas digitales eran rápidos, ingeniosos y usuarios extremadamente diestros de las redes sociales. Mucho más consumados que nuestros redactores. Viendo todo este ir y venir, un usuario con el nombre de @AbuOttomon tuiteó al CSCC: «¡Tu jefe te va a despedir si no mejoras esos tuits!».

La advertencia de Jane se hizo realidad, incluso antes de lo que ella esperaba. Desde el momento en que empezamos a tuitear en inglés, las críticas al CSCC aumentaron exponencialmente. Tuiteaban demasiado poco y los tuits eran poco eficaces. ¿Por qué mandaban tuits a los terroristas? Algunos aplaudieron que estuviéramos devolviendo los golpes, pero la reacción mayoritaria fue: «¿Y ya está?». En realidad, es cierto que tuiteábamos demasiado poco (menos de diez tuits diarios) y demasiado despacio (a menudo, tardábamos horas en contestar). Pero es que los redactores tenían que lidiar con el proceso de autorización. En la mayoría de los casos, el inglés era su segunda lengua, si no la tercera. El Estado Islámico estaba usando las redes sociales de un modo más intuitivo. Nuestro tono era moralista y mojigato. Como escribió un analista: «Los mensajes del Departamento de Estado tienen la misma gracia que

cuando el padre de alguien se presenta en una fiesta universitaria».[33]

Lo que pocos comprendíamos en aquel momento era que nuestros adversarios (no solo el Estado Islámico, sino también Rusia) querían tenernos en un tira y afloja, porque eso validaba lo que estaban haciendo, nos bajaba a su nivel. Además, se nos daba peor que a ellos. Ganaron en cuanto lograron que contestáramos a su manera. Estábamos repitiendo su narrativa. No me cabe duda de que se felicitaron cuando pasó. Ellos invitaban a la polémica, nosotros la temíamos. Y ellos no tenían todo un proceso de autorización.

Que solo estuviéramos tuiteando varias veces al día subrayaba algo que ya había empezado a recalcar públicamente: estábamos perdiendo en volumen la guerra informativa contra el Estado Islámico. La comunidad de inteligencia había empezado a enviarme informes sobre sus actividades en línea. Según ellos, el Estado Islámico y sus seguidores generaban diariamente hasta noventa mil contenidos de todo tipo. Y frente a eso, todo la estructura del Gobierno estadounidense producía aproximadamente trescientos cincuenta al día. Mientras que nuestra Administración disponía de un centenar de personas trabajando en las redes sociales para refutar las reivindicaciones del Estado Islámico, ellos contaban con miles de yihadistas digitales. Y, aunque más adelante la inteligencia diría que no alcanzaban los noventa mil contenidos, preferí tenerlo en cuenta en mis declaraciones a varios periódicos.

Mi objetivo era meterle el turbo a nuestros esfuerzos contra el Estado Islámico. En Washington, uno de los mejores modos de hacerlo es decir que estás «perdiendo». Eso llama la atención de la

gente. Nadie quiere perder y, lo que es más importante, nadie desea que le responsabilicen de la derrota. La frase «¿Quién perdió China?», en referencia a la toma del poder de los comunistas en el territorio continental en 1949, sigue obsesionando al Departamento de Estado. Concedí varias entrevistas en las que me citaron diciendo que nos estaban ganando en tuits, que nos aplastaban en volumen de contenidos y que ellos tenían un público mucho más grande.

En realidad, apenas sabíamos cuánto hacía el Estado Islámico realmente. Y era lógico, porque no resultaba fácil de medir. ¿Cómo distinguir qué tuit era de alguno de los miles de yihadistas digitales asalariados por el Estado Islámico en Irak, y cuál pertenecía a un chaval de catorce años de Bangalore que se hacía pasar por soldado del Estado Islámico? Como solía decirse, en Internet nadie sabe que eres un perro (o un adolescente *friqui* jugando a ser un guerrero sanguinario del Estado Islámico). En cierto modo, la idea de que hubiera miles de personas haciéndose pasar por soldados del Estado Islámico era aún más preocupante: parte de su estrategia de *marketing* consistía en lograr que jóvenes musulmanes de todo el mundo simpatizaran con su causa. Si perdíamos esa batalla, tendríamos un grave problema. Y era una batalla mucho más difícil para nosotros.

Así pues, el *New York Times* me citó mencionando la cifra de noventa mil publicaciones. Como ya he dicho, era una estimación aproximada (a los pocos meses, la revisamos y la redujimos a menos de la mitad). Sin embargo, durante el año y medio siguiente, prácticamente todos los periódicos y canales de televisión que emitían contenidos sobre los mensajes del Estado Islámico citaban

esos noventa mil, y no creo que ninguno se molestara en comprobar la cifra conmigo, ni siquiera después de que hubiese cambiado.

Tratando de poner las cosas en contexto, también comenté a los periodistas que Taylor Swift era retuiteada más de tres millones de veces al día, de modo que los noventa mil contenidos que generaba colectivamente el Estado Islámico apenas representaba un tres por ciento de los retuits diarios de Taylor. Pero nadie quiso citar eso.

En esa época, fui invitado a un Comité de Delegados sobre nuestras actividades para «degradar y derrotar» al Estado Islámico, tal y como lo había dicho Obama. Uno de los temas serían nuestra producción de narrativas. Ese fue el motivo de que yo acudiera. La reunión la dirigió Lisa Monaco, asesora adjunta de Seguridad Nacional y encargada de informar al presidente sobre las amenazas terroristas cada mañana. Era inteligente, tranquila, resuelta, y a menudo atajaba la jerga gubernamental con alguna pregunta incisiva. Empezó diciendo que no sabíamos qué mensajes funcionaban y cuáles no. Y yo estaba de acuerdo con ella, pero le pregunté qué era lo que intentábamos conseguir, mencionando una conversación reciente en la que me habían preguntado: «Señor Stengel, ¿a cuántas personas ha convencido hoy de no ir a Irak o a Siria?». Tal vez sonara un poco disparatado, pero esa era la pregunta que queríamos contestar.

A continuación, pasamos a hablar de cómo transmitir el mensaje de que el Estado Islámico no era islámico. El presidente ya lo había dicho, y también el secretario de Estado. Sin embargo, había quienes creían que era mejor que no nos metiéramos en el aspecto religioso del asunto. Y yo estaba con ellos. En ese momento de la discusión,

Ben Rhodes miró a los presentes (todos de raza blanca), y dijo: «Puede que no seamos los más adecuados para transmitir ahí fuera el mensaje que queremos».

Buscando al mensajero

Uno creería que dar con alguien para liderar el nuevo Grupo Operativo de Ucrania sería una tarea sencilla. Yo, al menos, así lo creía. Me equivocaba. Encontrar personal en el Departamento de Estado es algo muy peculiar. Para empezar, prácticamente todos los puestos tienen un límite temporal de dos o tres años. Independientemente de que seas fabuloso o un desastre en tu trabajo, solo ocuparás el puesto durante el tiempo acordado. Despedir no era una opción. Por tanto, era casi imposible sacar a gente de su actual puesto para llevársela a otro sitio. En segundo lugar, prácticamente todos los puestos se cubren antes de que se abra la vacante. Esto se debe a que, cuando te queda un año de trabajo, empiezas a buscar el siguiente. Es lo que llaman «pujar». En tercer lugar, resulta muy difícil valorar si la gente es buena o no. ¿Por qué? Porque todo el mundo redacta su propia evaluación, a pesar de que sea responsabilidad de sus supervisores. ¿Que cómo lo sé? Porque todos los integrantes de mi equipo escribían sus evaluaciones y luego me las entregaban. Todos, por supuesto, eran excepcionales.

El otro problema para aceptar la dirección del Grupo Operativo de Ucrania radicaba en que era nuevo. Y en el Departamento de Estado, «nuevo» significa «malo». Los funcionarios de Exteriores no lo valorarían pensando en su «carrera». Y ellos siempre pensaban de su carrera. Cuando estaba en *Time* y algún candidato mencionaba su trayectoria profesional durante una entrevista de trabajo, pensaba

para mis adentros que estaba descartado. Yo no quería saber cómo les beneficiaría el puesto, sino qué podían aportar ellos a *Time*. En el Departamento de Estado, creo que todos los funcionarios de Exteriores que entrevisté para el trabajo mencionaron de qué modo afectaría a su carrera. No si se les daría bien o si beneficiarían al Departamento de Estado, no: solamente cómo afectaría a su trayectoria en el departamento. ¿En serio? El hecho de que un trabajo fuera nuevo y poco convencional parecía un signo de interrogación que la mayoría de los funcionarios de Exteriores interpretaban automáticamente de un modo negativo. La gente me preguntaba si en realidad era un puesto en Asuntos Públicos o EUR. O si era un trabajo para alguien del cono de la diplomacia pública. O cuánto duraría el Grupo Operativo. Y yo podía leer su pensamiento: «Esto no va a ayudar a mi carrera».

Al principio, busqué en el lugar más adecuado, *a priori*: la oficina de Europa. ¿Había algún empleado de EUR que hablara ruso y dispuesto a intentarlo un año? El reto era importante y urgente. Nadie mostró interés. También busqué en nuestra embajada en Moscú a investigué si había algún empleado de la diplomacia pública rusófono en las oficinas de R. Ningún interesado.

Comenté mi frustración en una reunión diaria de *comms*, y la gente asintió con gesto compasivo. Al terminar, Doug Frantz se me acercó y dijo: «¿Te ha sugerido alguien a Will Stevens?» «No. ¿Dónde está?», pregunté. «En AF», contestó. La oficina de África. ¿Y qué hacía allí? Me dijo que no lo sabía, pero que Will hablaba ruso, había vivido en Moscú, y todo el mundo hablaba bien de él. Le

busqué, le llamé personalmente y, veinte minutos más tarde, estaba en mi despacho.

Will era un funcionario de Exteriores rubio y desgarbado, oriundo de Great Falls, Virginia, y licenciado por Brigham Young University. Estaba trabajando en la oficina de África porque le encantaba el continente, pero antes había estado destinado en Bielorrusia, Turkmenistán e Israel. Hablaba ruso y hebreo con fluidez. Cuando le empecé a hablar del Grupo Operativo de Ucrania, se echó tanto hacia delante que creía que se iba a caer del sofá. Confesó estar indignado con lo que Rusia estaba haciendo en Crimea y Ucrania. Cada vez que lo veía pensaba: «¡Por el amor de Dios, tenemos que hacer algo!» (palabras literales). Will tenía el pedigrí del Servicio Exterior, pero en absoluto esa actitud típica tan suya a la hora de arriesgarse. Le expliqué lo que pretendíamos hacer, y dije que estaba buscando a un líder para la nueva entidad. ¿Le interesaba? Dijo que sí.

Tengo que admitir que me sorprendió: estaba muy acostumbrado a negativas. «¿Está seguro?», pregunté. Entonces fue él quien hizo una pausa y dijo: «¡Me apunto!». Pero no fue tan fácil. Tenía que conseguirle una dispensa del secretario adjunto de África, y ningún secretario adjunto desea perder a un buen empleado durante un año entero, pues es casi imposible encontrar sustituto. Al final, me comprometí a financiar una serie de programas de diplomacia pública en África y encontrar un suplente temporal para su oficina, a cambio de contar con Will durante un año.

Mereció la pena.

La sátira cierra el sábado noche

Los dos minutos de vídeo comienzan con el sonido de un tambor amenazante y una voz de fondo que canta suavemente en árabe. *Nasheed* es el nombre de esta inquietante música yihadista, que se había convertido en banda sonora del extremismo islámico. A continuación, letras blancas sobre fondo negro que dicen «Run don ´t walk to ISIS Land» (Corre, no camines, a la tierra del Estado Islámico). La primera imagen es la de Abu Bakr al-Bagdadi, líder del Estado Islámico, hablando en árabe. Luego aparecen más letras en blanco: «¡Donde puedes aprender nuevas habilidades útiles para la Umma!» (la Umma es el conjunto de los musulmanes). Y, después, imágenes de mezquitas siendo destruidas con la leyenda: «Como volar mezquitas», seguidas de brutales instantáneas de decapitaciones, fusilamientos o crucifixiones, con las palabras: «Crucificar y ejecutar musulmanes». Y para acabar, sobre una imagen de soldados del Estado Islámico muertos: «Viajar es barato porque no necesitarás billete de vuelta».

No era un vídeo del Estado Islámico, sino del CSCC. Se trataba de una burla del vídeo de captación del Estado Islámico. Sí, era brutal y perturbador, aunque no sé para quién. Según Alberto Fernández, todo el mundo (el Departamento de Estado, la Casa Blanca, la comunidad de Inteligencia y el Departamento de Defensa) había dado su autorización. Yo no lo vi antes de que se publicara, pero pedí revisarlo cuando comprobé las reacciones (esencialmente negativas) que había despertado. Un periodista de *The Guardian* escribió en su Twitter: «¿Qué demonios es esto?», con un enlace del vídeo. Después el *Washington Post*, Associated Press y la CNN sacaron noticias sobre él, cuestionando la labor del CSCC. Al cabo de pocos días, ya

tenía cientos de miles de visionados en YouTube. Un *hit* tremendo para el CSCC, pero tal vez no el más adecuado. Yo había pedido a Fernández que fuera más agresivo, más arriesgado. Y lo había sido.

En el Gobierno, cuando se trata de publicidad, nadie tiene la actitud de «lo importante es que hablen de ti». Tener publicidad negativa se consideraba mucho peor que no tener publicidad en absoluto. El vídeo de «Welcome to ISIS Land» (Bienvenido a la Tierra de Estado Islámico) se estaba convirtiendo no solo en objeto de ridículo público, sino en el motivo principal de la fama del CSCC. De repente, los mismos políticos que habían criticado al centro por no hacer lo suficiente, lo censuraban por haberse descontrolado. El vídeo les había puesto en el mapa, pero no en el buen sentido. Y entonces, los sátiros aficionados del CSCC se convirtieron en diana de un auténtico profesional: John Oliver.

Desde su mesa en el plató del programa *Last Week Tonight* de HBO, Oliver presentó una sección llamada «Propaganda irónica». Así comenzaba: «Parece que todo el mundo ha notado el éxito viral del Estado Islámico, incluso el gobierno de Estados Unidos, porque, por alguna razón, han decidido que sería buena idea intentar derrotarles siguiendo sus mismas reglas». De ahí pasaba a una noticia de la CNN diciendo que el Departamento de Estado había hecho público un nuevo vídeo donde «en tono sarcástico, les dice a potenciales reclutas del Estado Islámico que pueden aprender útiles habilidades volando mezquitas o crucificando y ejecutando musulmanes».

De ahí, la imagen volvía a John Oliver. Ojiplático. Tras una larga pausa dramática, decía: «¿Qué coño están haciendo?», cosa que desataba las carcajadas del público.

Luego prosiguió: «En serio, el Departamento de Estado ha creado una parodia de un vídeo de captación que empieza con la frase: "Corre, no camines, a la tierra del Estado Islámico". Y de veras creen que cualquier militante en potencia va a interpretar esto como sarcasmo…». Entonces, con una imitación burlesca de un joven aspirante a yihadista, añadía: «¿Sabes qué? Estaba a punto de unirme al Estado Islámico, pero luego vi su ingenioso vídeo diciéndome que lo hiciera, con esa irónica yuxtaposición de texto e imágenes para sugerir que en realidad debía hacer lo contrario. Igualito que Chandler en *Friends*. Vamos, ¿se puede ser "más" militante? ¡Qué bueno! Ya caigo. Ya caigo, tío.» Después de otra pausa larga, decía: «La propaganda irónica es un juego peligroso para un gobierno».[34]

He de confesar que estaba de acuerdo. La idea de que la ironía (en inglés) era un modo de llegar a posibles indecisos parece terriblemente improbable. Y, si era para la gente de Washington, pues sinceramente, la ironía tampoco ha sido una táctica demasiado adecuada para tratar temas primordiales en el Gobierno. No estaba claro a qué publico iba dirigido. Desde luego, no a hablantes de árabe en Oriente Medio. Ni a jóvenes musulmanes en Europa. ¿Tal vez a potenciales simpatizantes del Estado Islámico en Estados Unidos? Puede ser, aunque esa no era la misión del CSCC. El vídeo había conseguido ofender a otro público nacional: la Casa Blanca, el Centro de Seguridad Nacional, los medios de comunicación. La palabra que empleó John Kerry para describirlo fue «absurdo». Uno de nuestros portavoces tuvo que pedir disculpas.

En realidad, yo tampoco creía que fuese tan terrible. Sin embargo, la idea de que el Gobierno ironice, satirice o parodie sí que resulta un

poco absurda. Una de las cosas más sencillas que aprendí en Washington es que el Gobierno debería hacer lo que se le da bien, y únicamente lo que se le da bien. Y la sátira, la comedia o como se quiera llamar, desde luego no es una de ellas. Cuando Helene Cooper decidió escribir un artículo en el *New York Times* sobre los efectos colaterales del vídeo, le comenté: «Aparte del hecho de que el Gobierno de Estados Unidos no debería ser sarcástico, no resulta convincente. No somos el mensajero más eficaz para transmitir nuestro mensaje».[35]

Esta respuesta se uniría a la lista de lo que mi equipo denominaba «las reglas de Rick»: «No somos sarcásticos». Hablé con Fernández y la gente del CSCC y les dije que nos limitáramos a ser directos. Tendríamos un planteamiento centrado en hechos y nada más, cosa que parecía más adecuado para el Gobierno.

Diplomacia #hashtag

Will Stevens resultó ser una máquina. El día después de recibir autorización para empezar a trabajar, convocó una reunión con Asuntos Públicos, la oficina de Europa y Programas de Información Internacional, y explicó que iba a intentar hacer algo distinto, para lo cual necesitaba gente. Y la encontró.

Stevens reunió un equipo mucho mejor de lo que yo habría conseguido. Era como el flautista de Hamelín de los mensajes contra Rusia. Encontró a un entusiasta funcionario de Asuntos Públicos indio-americano que hablaba ruso para encargarse de las campañas de redes sociales. Dio con un doctor en análisis de datos que estaba trabajando en Programas de Información Internacional para hacer las métricas, y con una mujer kazaja rusófona casada con un

funcionario de Exteriores y que estaba plenamente capacitada para dirigir al equipo. Como él también era del Servicio Exterior, sabía cómo plantear el proyecto a funcionarios más jóvenes. A diferencia de la mayoría, que se mostraba reacia a hacer cualquier comentario político, Will era franco sobre lo que Rusia estaba haciendo y no tenía miedo de decirlo en las redes sociales. Y así fue como encontró a gente que pensaba igual que él.

Otra característica de Will era que parecía indiferente, casi inmune, al proceso de autorización. Simplemente, empezó a sacar contenidos. La mayoría estaba en ruso, así que pasaba desapercibido, igual que los tuits en árabe del CSCC. Pero los hablantes de ruso sí los captaban. También puso en marcha lo que él denominaba «manuales de estrategia» para las oficinas, con ejemplos de tuits en ruso e inglés. Creó una herramienta para publicar contenidos en respuesta a la propaganda rusa. Iba probando a ver qué funcionaba. En cierto modo, sus acciones eran un reflejo de las de los rusos, que tenían mucho más margen de maniobra que nosotros para ser agresivos en las redes sociales. Will también empezó a flirtear con algo que había conocido en Rusia años antes: el uso de troles y bots. Un día, me enseñó cómo funcionaban en el ordenador de mi despacho. En cuanto el Grupo Operativo utilizaba ciertas palabras («Crimea», «Ucrania», «sanciones», «Maidán»), los bots entraban en acción y se ponían a tuitear cosas desagradables sobre Estados Unidos y el Departamento de Estado.

Me explicó que las maniobras rusas en las redes sociales con el tema de Crimea y Ucrania eran lo mismo que Putin había estado haciendo durante años en Rusia. La madre patria siempre había sido el primero de los círculos concéntricos de importancia de Putin. Y lo

que funcionaba en casa, se utilizaba fuera. En el exterior empleaban la misma estrategia que en el territorio nacional: combatían cualquier discurso negativo mientras creaban el suyo propio, que nada tenía que ver con la realidad. Su manual de estrategia daba por sentado que los adversarios eran fascistas, que todo el mundo se metía con Rusia y que todo era culpa de Estados Unidos. Según Will, los mensajes que emitían en la periferia sobre Crimea y Ucrania representaban solo una milésima parte de lo que hacían internamente. Gran parte de ello aparecía en VKontakte (normalmente conocida como VK), la versión rusa de Facebook con sede en San Petersburgo, en la que participaba cualquier ruso que tuviera un *smartphone*. No es que Facebook estuviera prohibido en Rusia, pero las autoridades lo veían con malos ojos, y a menudo era utilizado por la oposición y por disidentes. VK es para el público ruso lo que Facebook es para el público estadounidense. Dentro de Rusia, se consideraba la plataforma para críticos, disidentes y liberales.

Una de las primeras cosas que hizo el Grupo Operativo de Ucrania fue crear el *hashtag* #UnitedforUkraine. Lo utilizábamos para tuitear nuestro apoyo a ese país, responder a acciones rusas y retuitear opiniones y comentarios de socios creíbles. Para empezar, tuiteamos fotos de varios dignatarios del Departamento de Estado mostrando un cartel que decía #UnitedforUcraine, comenzando por la portavoz del departamento, Jen Psaki. Yo también me hice una. Pedimos al secretario Kerry que tuiteara el hashtag desde la cuenta que se había creado recientemente y que ya tenía cientos de miles de seguidores. Aunque ahora puede parecer lo habitual en cualquier organización,

en primavera de 2014, era algo bastante radical para el Departamento de Estado.

> @JohnKerry. Como ha dicho POTUS: EE. UU. & aliados seguirán juntos #UnidedforUcraine & su pueblo en su camino hacia la democracia

El tuit recibió más de diez mil *likes* y retuits en las primeras cuarenta y ocho horas. Para el Departamento de Estado, era algo bastante espectacular. No sé quién acuñó la frase, pero la gente de los medios de comunicación empezó a llamar lo que estábamos haciendo «diplomacia hashtag». No pretendía ser un cumplido, lo decían en tono burlesco, y comulgaba con una actitud despectiva prácticamente generalizada. A continuación, reproduzco el encabezamiento de un artículo de *Mashable*:

> Mientras tropas rusas se apilan a lo largo de la frontera de Ucrania y se hacen con el control de instalaciones militares en la región de Crimea, Estados Unidos se ha alejado de cualquier intervención sobre el terreno. No va a mandar escuadrones ni armas: enviará *hashtags*.[36]

Ese tono pedante era lo habitual. Pero, caray, a mí la expresión me encantaba: ¡la diplomacia hashtag# era el futuro! ¿Y realmente querían esos periodistas y los ciudadanos estadounidenses que enviáramos tropas al este de Ucrania? Lo dudaba. Además, nosotros trabajábamos con *bytes*, no con balas. Las únicas armas que tenía eran digitales. Este tipo de artículos solían citar a diplomáticos jubilados que se habían pasado toda la carrera enviando largos telegramas rimbombantes a Washington. Así, uno de los comentarios que incluía *Mashable* decía: «No sé qué efecto se supone que va a tener un *hashtag*. ¿Qué puede hacer?». Como si una

maniobra diplomática a la antigua usanza dirigida a la embajada rusa fuese una idea mejor.

Pero entonces pasó algo más. Nuestro *hashtag* llegó al Ministerio de Exteriores ruso e intentaron apropiarse de él. Escribieron varias decenas de tuits e incorporaron al ministro, Sergei Lavrov, que tuiteó:

> @Lavrov. Nuestros homólogos estadounidenses deben obligar a los funcionarios interinos en Kiev a asumir responsabilidades por la situación actual #UnitedforUkraine.

Tal es el grado de sofisticación del Gobierno ruso en las redes sociales. Y su «agilidad». Hicieron que su ministro de Exteriores se apropiara de un *hashtag* de nuestro Departamento de Estado. Supieron responder rápidamente, y conocían la mecánica de Twitter.

Nuestra portavoz, Jen Psaki, no tardó en contestar:

> @statedeptspox. El mundo se levanta #UnitedforUkraine. Esperemos que el #Kremlin & @mfarussia cumplan la promesa del *hashtag*.

Y entonces la frase «la promesa del hashtag» empezó a ser objeto de mofas en el universo Twitter. El senador Ted Cruz tuiteó lo siguiente:

> @SenTedCruz. Nota al Departamento de Estado: «La promesa del hashtag» no va a hacer que Putin se retire de Ucrania.

Este de Geoffrey Skelley fue mi favorito:

> @geoffreyvs. Una vez más al *hashtag*, queridos amigos…, una vez más.

También creamos el *hashtag* #RussiaIsolated (Rusia aislada), para mostrar el perjuicio de las sanciones a la Federación Rusa. Sin embargo, las embajadas rusas de todo el mundo empezaron a apropiarse de ella poniendo mensajes positivos sobre su país. Nuestro juego se les daba mejor a ellos que a nosotros mismos. Eran más rápidos, más listos y más atrevidos; además, contaban con muchos más soldados en el campo de batalla digital.

Advertí que un simpatizante ruso en mi *feed* de Twitter había comentado: «Los *hashtags* son otra manera de hacer diplomacia».

¡Exacto! «Lo son.» Son un tipo de diplomacia digital. Y el hecho de que estuvieran despertando tanta atención me encantaba. Pero no a todo el mundo en el Edificio. EUR estaba sospechosamente callada. Aunque el secretario Kerry parecía contento. Él solía decir que la guerra era el fracaso de la diplomacia. Así pues, mucho mejor estar intercambiando tuits que *tomahawks*.

La Secretaría al teléfono

Un sábado por la mañana, alrededor de un mes después de que Putin anexionara Crimea, recibí una llamada del centro de operaciones del Departamento de Estado: la Secretaría estaba al teléfono. Solo que no era la Secretaría, sino la exsecretaria, Hilary Clinton. Conocía, apreciaba y admiraba a Clinton. Cuando era editor de *Time*, había viajado con ella a Omán, Afganistán y Libia para hacer un reportaje sobre su figura titulado «El ascenso del poder inteligente».[37] Nos habíamos visto poco después de empezar a trabajar en el Departamento de Estado, aunque antes de que se anunciara públicamente, y me animó mucho.

Supuse que llamaba para darme la enhorabuena con retraso. Cuando me pasaron la llamada, dije «¡qué agradable sorpresa!» o alguna chorrada por el estilo. Ella no se anduvo con circunloquios ni charlas banales, sino que fue directa al grano: «Rick, Rusia está ganando la guerra informativa sobre Ucrania y otros territorios, y tenemos que armar una maquinaria mucho más fuerte y robusta contra sus narrativas. Nos están desbordando en lugares tremendamente importantes, como Alemania. No paran de repetir mentiras, igual que en la época soviética. Pero ahora lo hacen en plataformas del siglo XXI».

Entonces hizo una pausa y dijo: «¡El Departamento de Estado sigue emitiendo comunicados de prensa mientras Putin reescribe la historia!».

Caramba. Si hubiera un cómic de aquel momento, yo tendría el teléfono a medio metro de la oreja. Clinton estaba que echaba humo. Apenas dije nada mientras ella seguía describiéndome cómo los rusos, el Estado Islámico, los chinos y los iraníes estaban invirtiendo millones de dólares en los medios de comunicación. «Es una guerra mundial de información, y la estamos perdiendo», me dijo. Me explicó que, durante su etapa como secretaria de Estado, había enviado un equipo de comunicaciones a Londres para emitir mensajes antirrusos en horario europeo, pero se encontró con que estaban mejor preparados que nosotros. Insistió en que teníamos que responder a las mentiras de Putin igual que lo hacía Media Matters cuando revelaba lo que ella llamó desinformación «de la derecha». «Si no queremos contestar a todo directamente, deberíamos aliarnos con organizaciones no-gubernamentales y otros grupos mediáticos para sacar a la luz la verdad.» Según ella,

concretamente debíamos intentar revelar la verdad sobre la corrupción personal de Putin, los enormes sobornos recibidos por él y su familia, y la camarilla de oligarcas corruptos que le mantenían al mando. Eso resquebrajaría su imagen, socavando su influencia y poder.

«Todo esto —continuó— hará más fácil la labor del presidente y del secretario de Estado, porque ellos no deberían estar llevando todo el peso de la lucha contra la desinformación.»

Hillary Clinton conocía bien la desinformación rusa. La había sufrido personalmente. En 2011, cientos de miles de manifestantes se reunieron en Moscú y en muchas partes de Rusia antes de las elecciones al Parlamento local, gritando, «Putin, ladrón» y «Rusia sin Putin». Fueron las primeras manifestaciones a gran escala durante la década de Putin en el poder, y estuvieron a punto de romper su coalición en el Gobierno. Siguiendo sus instrucciones, las autoridades rusas enviaron batallones de antidisturbios para contener a los manifestantes y orquestaron contramanifestaciones a favor del Ejecutivo. Aparentemente, Putin se puso nervioso ante la magnitud y la contundencia de las protestas. Su partido, Rusia Unida, acusó una importante caída en las elecciones. Una vez pasados los comicios, Putin acusó directa y personalmente a la secretaria Clinton de incitar a los manifestantes.

«Ella marcó la pauta para algunos actores de nuestro país y les dio una señal —dijo en su rueda de prensa anual en 2012—. Estos escucharon la señal y, con el apoyo del Departamento de Estado de Estados Unidos, empezaron a trabajar de manera activa.» Luego habló de las elecciones: «Lo primero que hizo la secretaria de Estado fue decir que no éramos honrados ni justos, a pesar de que aún no

había recibido ningún material de los observadores.» En realidad, Clinton hizo sus primeras declaraciones después de salir un informe preliminar de los monitores electorales que se mostraba sumamente crítico con los comicios.[38]

Mientras la señora Clinton estuvo en la secretaría (e incluso después de abandonarla), Putin siguió sintiendo una especial antipatía hacia la señora Clinton. Los rusos en general y Putin en particular son rigoristas de lo que en diplomacia se conoce como «reciprocidad». Y el tiempo acabaría ofreciéndole el momento y el lugar para tomar represalias contra ella.

Cuando por fin hizo una pausa, conseguí comentarle que habíamos formado el Grupo Operativo de Ucrania y que, aunque a una escala menor, ya habíamos empezado a refutar la narrativa rusa.

«Asuntos Públicos os pondrá trabas, igual que lo hizo conmigo —dijo—. Son demasiado precavidos, temen demasiado cometer errores. Tenemos que hacer mucho más, y no podéis permitir que las viejas formas de hacer las cosas os lo impidan.» Luego añadió que el Departamento de Defensa y la comunidad de inteligencia serían mejores socios, tanto en los mensajes contra Rusia como contra el Estado Islámico, y que debería valorar esa opción.

«Rick, haré todo lo que pueda para ayudarte, públicamente y en privado, hablando con el secretario o el presidente. Por favor, utilízame. De verdad, ¡hay que hacerlo!»

Y así acabó la conversación. Ni siquiera se despidió; pasó a la siguiente llamada. Me quedé reflexionando un rato. Clinton acababa de verbalizar muchas de las cosas que yo mismo empezaba a pensar. Ella había estado en mi situación, eso resultaba evidente. Parecía conocer lo que tramaban Rusia y el Estado Islámico (así como

aquello a lo que me enfrentaba en el Departamento de Estado) mejor que cualquiera de los altos cargos con los que estaba tratando. Y también era mucho más agresiva que cualquiera de ellos. Saber que la tenía como aliada desde fuera me animaba, pero todavía estaba buscando aliados dentro. También tenía la sensación de que necesitaba salir de Washington, ir a Oriente Medio y la periferia rusa, para ver lo que estaba ocurriendo sobre el terreno. Al fin y al cabo, allí estaba nuestro verdadero público.

QUINTA PARTE

Batalla entablada

Coalición de reacios

El 10 de septiembre de 2014, Obama se dirigió al país desde el Despacho Oval en hora de máxima audiencia para hablar sobre el Estado Islámico. En las semanas que siguieron a las decapitaciones y los informes sobre los avances terroristas en Irak y Siria, la amenaza del Estado Islámico se había convertido en la principal preocupación en las encuestas de opinión. La gente estaba nerviosa. Obama necesitaba abordar el asunto sin rodeos.

«Vamos a aclarar dos cosas —dijo. El Estado Islámico no es «islámico». Ninguna religión tolera la matanza de inocentes, y la gran mayoría de las víctimas del Estado Islámico han sido musulmanes. Y, desde luego, el Estado Islámico no es un Estado.» Según él, aunque la principal amenaza era para Irak y Siria, si no se controlaban, los terroristas también podía representar un peligro para Estados Unidos. Citó los ciento cincuenta ataques aéreos que Estados Unidos había lanzado sobre el Estado Islámico en Irak y anunció un aumento de cuatrocientos setenta y cinco efectivos estadounidenses en ese país para ayudar a las fuerzas iraquíes y kurdas en labores de adiestramiento, inteligencia y equipamiento.

«El secretario de Estado, John Kerry —continuó Obama—, se ha reunido hoy en Irak con el nuevo Gobierno [...] y en los próximos días viajará por Oriente Medio y Europa para reunir más aliados en

esta lucha, especialmente Estados árabes que puedan ayudar a movilizar a las comunidades suníes en Irak y Siria para expulsar a estos terroristas de sus tierras.»[1]

Yo no vi el discurso en directo porque estaba con Kerry dentro uno de esos C-17 cavernosos que el ejército utiliza para volar a Bagdad. En verano, esa ciudad es un horno. Llegamos por la mañana temprano y la temperatura ya superaba los 35 ºC. Cuando bajas del avión, te golpeaba ese olor a gasolina hirviendo de las zonas de guerra. El aeródromo de Bagram tenía aspecto de haber sido construido a toda prisa, para empezar a deteriorarse inmediatamente después. Nos escoltaron hasta un edificio con el aire acondicionado a 17 °C. Allí nos enfundamos chalecos antibalas y cascos para tomar un helicóptero hacia la Zona Verde, donde nos esperaba el nuevo primer ministro iraquí, Haider al-Abadi.

Cuando el presidente encargó a John Kerry crear una coalición militar contra el Estado Islámico, el secretario me pidió que le acompañase en el viaje para hablar con nuestros aliados sobre qué podíamos hacer en común a la hora de combatir la propaganda del Estado Islámico. Yo también quería ver qué imagen tenían en su propio terreno y qué podíamos aprender en relación con nuestros esfuerzos de comunicación.

La noche anterior habíamos volado a Amán, Jordania, en el avión del secretario, un Boeing 757 modernizado que, aunque tenía veinte años, parecía mucho más antiguo. Era estrecho y estaba un poco destartalado. La delegación oficial viajaba en la sección central del avión, donde había cuatro o cinco filas de asientos de primera clase. Delante de ella había una zona de asiento libre para «la línea», es decir, los empleados del departamento que van procesando toda la

información que le llega y sale del secretario. Son el centro neurálgico del departamento. Junto a ellos había una mesa donde se sentaba el equipo personal del secretario, incluido su fiable guardaespaldas, Jason, la única persona más alta que Kerry en el avión (y en todo el departamento). En la parte trasera del aparato iba la seguridad diplomática. Son como el servicio secreto del Departamento de Estado. En los mejores casos, combinaban el músculo del servicio secreto con el conocimiento de los funcionarios de Exteriores. Los periodistas, alrededor de una docena en aquella ocasión, iban en la cola del avión, mayoritariamente en asientos de clase turista.

El compartimento privado del secretario era diminuto y parecía aún más pequeño cuando él estaba dentro. Tenía que encorvarse para entrar, y cuesta imaginar que pudiera estirarse en aquel catrecillo. Una vez en el avión, Kerry se quitaba el traje inmediatamente y se enfundaba unos vaqueros y una sudadera de Yale. El ambiente también cambiaba: era más relajado, más íntimo, más de bar. Cuando hacía un viaje del departamento, siempre tenía la sensación de estar donde estaba la acción y que el mundo giraba en torno a lo que pasaba en aquella expedición. A veces, hasta era verdad.

Nos reunimos con Al-Abadi en un edificio anodino dentro de la Zona Verde; un lugar que parecía haber servido como hangar de aviones en algún momento. La distribución de la mesa de reuniones era la habitual en Oriente Medio: dos grandes sillas con respaldo alto para el secretario y el primer ministro en un extremo de la sala, y dos filas perpendiculares de sillas más pequeñas a ambos lados para sus

respectivas delegaciones. Una taza de té sobre la mesa auxiliar de todo el mundo, con un cuenco de dátiles. Al-Abadi es achaparrado, con la cabeza pequeña y redonda, amable: como una boca de incendios. Las primeras palabras de Kerry para él fueron: «¿Qué hay hombre, cómo está?». Desde fuera, el secretario puede parecer distante y arrogante, pero cuando le ves de cerca, en situaciones diplomáticas, es cálido y muy normal. Su saludo pareció animar y relajar a Al-Abadi.

El primer ministro iraquí hablaba con voz suave, pero enérgicamente. Describió al Estado Islámico como un cáncer. «Esta es "nuestra" lucha —dijo—. Y está siendo muy dura.» Era una de las primeras veces que oía a un líder árabe decir que aquella era su batalla, no la nuestra. Eso me impactó. En Estados Unidos, la gente preguntaba siempre qué estábamos haciendo «nosotros» con respecto al Estado Islámico, como si fuera un problema enteramente estadounidense. Fue un consuelo escuchar a un líder musulmán decir: «No, es nuestro».

Al-Abadi tenía uno de las labores más difíciles del mundo. Sustituía a Nouri al-Maliki, primer ministro implacablemente pro chií que había perdido la confianza de todo el mundo en Irak. Sabíamos que sería prácticamente imposible derrotar al Estado Islámico sin el respaldo de las tribus suníes, y estas no nos apoyarían a menos que viesen que Al-Abadi era distinto a Maliki.

Ya me habían informado sobre el progreso de nuestros esfuerzos de diplomacia pública en Irak. Era deprimente. La popularidad estadounidense en aquel país no alcanzaba los dos dígitos. Más de nueve de cada diez iraquíes suníes pensaban que su país iba en la dirección equivocada. De hecho, la mayoría de los iraquíes, tanto

suníes como chiíes, creían que el Estado Islámico había sido creado por Estados Unidos. Cuando pregunté sobre el porqué a un agente de la inteligencia, sonrió y me dijo que la mayoría de los iraquíes decían: «Vimos de lo que sois capaces cuando nos invadisteis, y el hecho de que no se lo estéis haciendo a ellos debe significar que estáis de su lado». Dudaba que ninguna maniobra de comunicación pudiera arreglar tal estropicio.

El secretario me llamó para presentarme a Al-Abadi, y le comentó que yo era la persona que estaría a cargo de nuestros mensajes. Al-Abadi me miró como diciendo «Suerte».

Nuestra siguiente parada era Yeda, en Arabia Saudí.

De camino al avión, el secretario me cogió del brazo: «No creo que debamos hablar de religión —dijo—. Dame algo bueno que decir». Y desapareció. Estaba de acuerdo con él.

Durante el vuelo, garabateé un par de cosas breves y coloquiales, y las imprimí en el avión mismo:

> No creo ser un experto en el islam, pero una cosa sí que sé: en el fondo, el islam es una religión de paz y tolerancia. Y el Estado Islámico es una perversión de esa visión.

Al aterrizar en el aeropuerto de Yeda, le entregué el papel mientras se bajaba del avión. Le echó un vistazo y se lo metió en el bolsillo. Allí nos esperaban el príncipe Saud al-Faisal, un aristócrata saudí que era el que llevaba más tiempo ocupando un ministerio de Exteriores en todo el mundo (cuatro décadas en el cargo). Ataviado con un *thaub* impecable, el príncipe Saud estaba encorvado y hablaba con un ronco susurro. Su inglés era perfecto (estudió en Princeton), pero

solo hablaba en árabe. En una breve rueda de prensa en el aeropuerto, Saud declaró que el Estado Islámico no tenía nada que ver con el islam.

El secretario de Estado, que no llevaba apuntes, se hizo eco del comentario de Saud y a continuación recitó a la perfección las dos frases que yo le había dado sobre el islam. Nunca había visto a nadie memorizar palabras de ese modo y recitarlas como si se le acabaran de ocurrir.

Los saudíes habían organizado una reunión con los ministros del Consejo de Cooperación del Golfo (GCC), además de Turquía, Egipto, Líbano e Irak. El GCC era una organización de la vieja escuela de los Estados suníes con la que llevábamos décadas trabajando. Estábamos en un precioso palacio blanco, con ricos suelos de mármol y pasillos rebosantes de saudíes vestidos con *thaubs* blancos. Las únicas mujeres que vi eran de nuestra delegación. Kerry y Saud nos dieron la bienvenida a todos, presidiendo una enorme mesa rectangular en la sala principal. Yo estaba sentado junto a Jon Finer, jefe adjunto del gabinete del secretario. Jon llegó al departamento proveniente del Centro de Seguridad Nacional cuando empezó Kerry. Becario de Rhodes y antiguo corresponsal del *Washington Post* en el extranjero, era joven, muy inteligente y profundamente culto. Dentro del Edificio, a veces le llamaban «el cerebro de Kerry». Y no se decía con sorna, sino con respeto. Kerry recurría a su experiencia y asesoramiento con una naturalidad fantástica. A menudo se le oía decir: «¡Oye, Jon! Ven aquí y explícame esto».

Una vez dentro de la sala de reuniones, el secretario Kerry dijo que juntos teníamos que poner fin al terrorismo del Estado Islámico, y añadió: «Vamos a hablarles de lo que cada uno de ustedes puede

hacer». Entonces comenzaron a intervenir los ministros, uno por uno. El ministro de Exteriores egipcio dijo que el Estado Islámico ofrece una ideología de odio. El de Jordania añadió que teníamos que ampliar nuestra implicación para combatir toda clase de terrorismos, no solo al Estado Islámico. En ese mismo punto, insistió el ministro de EAU, diciendo: «No dejemos que esta oportunidad se desperdicie».

Cuando hubieron hablado todos, Kerry me miró e hizo un gesto para que me levantara. Entonces dijo: «Este es Rick Stengel: como ya sabrán todos, fue editor de *Time*, y va a trabajar con sus países para encontrar el modo de crear narrativas contra el Estado Islámico». Todo el mundo asintió, y vi cómo algunas personas sentadas en segundo plano tomaban nota.

Mientras empezaban a entrar en detalle, yo salí para conocer a la gente de comunicaciones del Consejo de Cooperación del Golfo. Se mostraron educados, pero parecían algo reacios. Para nosotros, el Estado Islámico aún era algo bastante nuevo y solo sabíamos de ellos a través de las redes sociales. Los ministros árabes les conocían de un modo más íntimo. Comenté la idea de crear una coalición de comunicaciones para complementar la coalición militar que se iba a formar. No se opusieron. Fue la primera de muchas ocasiones que en las que he sentido que nuestros aliados querían que Estados Unidos tomara la iniciativa aunque no creyeran necesariamente que supiésemos lo que hacíamos. Y eso resumía en pocas palabras el enigma de la política exterior estadounidense.

Después de abandonar Yeda, le mencioné a Finer la idea de crear una coalición de comunicaciones. Él debió comentárselo al secretario, pues, durante el vuelo de regreso, mi equipo en

Washington me comunicó que el secretario nos había puesto «tareas». Según decía el correo de mis empleados: «S ha encargado a R redactar un documento que aborde: (a) actividades actuales y planes de la familia R en la lucha contra el Estado Islámico, y (b) otros recursos que vayan a dedicarse a este esfuerzo».

Me puse a escribir en el avión. En la memo, decía que ya había empezado a trabajar en una coalición de comunicación contra Estado Islámico. En realidad, aún no tenía ni idea de cómo sería. Era consciente de que tenía que incorporar a nuestros aliados árabes, y mencioné que intentaría reclutar a directivos de los medios de comunicación de la región, pero no sabía si funcionaría.

Toda batalla se gana o se pierde antes de comenzar

Mi primera pregunta antes de la visita era: ¿Kiev o Kiv? Había notado que algunas personas pronunciaban el nombre de la ciudad como la mayoría lo aprendemos (en dos sílabas, con el acento en la primera, *ki*). Pero mucha gente de la oficina europea decía, *kiv*, con una i alargada. Resultó que, en ucraniano, «Kiev» se pronuncia como una sola sílaba larga. Decirlo así mostraba solidaridad con el nacionalismo local, pero sonaba un poco pretencioso. Así que seguí con *Ki-ev*.

Tenía ganas de conocer la ciudad. Para entonces, ya había enviado millón y medio de dólares de la diplomacia pública a la embajada para ayudar en todos los campos, desde contratar más funcionarios de Asuntos Públicos hasta comprar más fotocopiadoras. Quería ver si Kiev parecía una ciudad en guerra. ¿Cómo era el campo de batalla de la información en realidad? Por esa misma razón también viajaba a Letonia. Este y el resto de los países bálticos eran los frentes de la

guerra informativa rusa. Al igual que Ucrania, llevaban décadas sufriendo una agresión informativa.[2]

Lo primero que hicimos al llegar a Kiev fue dar una vuelta por Maidán, acompañados de uno de los guías locales que habían aparecido desde el derrocamiento del antiguo régimen. La plaza de la Independencia (*maidán* significa «plaza» en ucraniano) es un espacio enorme y con recodos, salpicado con fuentes adornadas (todas ellas secas y con cicatrices de balazos) y rodeada por edificios neoclásicos estalinistas. El lugar ya era una especie de museo viviente en honor a las protestas. Nos abrimos paso entre unas impresionantes barricadas que parecían inmensas esculturas de desguace hechas de metal, alambre, mantas, bicicletas, cemento y un arcoíris de lazos de colores. Allí presentamos nuestros respetos al monumento dedicado al centenar de manifestantes que murieron durante los disturbios. Nuestro guía, un joven vestido con un batiburrillo de prendas militares, parecía empeñado en señalarnos dónde había ido a parar cada una de las balas disparadas por las tropas fieles al expresidente Víktor Yanukovich, que acabó huyendo a Moscú.

Nos detuvimos a hablar con una universitaria que nos dijo con una tímida sonrisa que, aunque ella siempre se desmayaba al ver sangre, durante las manifestaciones se había ofrecido voluntaria para cuidar de los heridos en uno de los hospitales de campaña improvisados en Maidán, y no desfalleció en ningún momento. Ahora, decía, ya había visto sangre para toda una vida, y estaba volcada en crear una Ucrania realmente democrática. Aquella joven, como tanta gente con la que hablaría en Ucrania, poseía un patriotismo que parecía iluminado por una luz interior.

Más allá de Maidán, la vida en Kiev parecía seguir igual. Es una ciudad preciosa, con calles adoquinadas serpenteantes y edificios de estilo barroco. Fuimos al centro, que estaba a rebosar de gente joven y elegante haciendo sus cosas, nada que ver con el caos y la inoperancia que la propaganda rusa decía que reinaba en Kiev. Ahora bien, de alguna manera, sí daba la sensación de ser una ciudad en guerra: la gente parecía hacer las cosas con cierta urgencia e intensidad.

Mi primera reunión fue con el ministro interino de Información del nuevo Gobierno. Una de las cosas que siempre ha distanciado a Estados Unidos de otros países es que nosotros no tenemos ministerio de Información. Para un estadounidense, suena como algo digno de la novela *1984*. En países autoritarios, ese ministerio se encarga de ocultar información, no de divulgarla.

El ministro interino era un tipo menudo con enormes gafas y muy nervioso. Le dije que quería ayudar a Ucrania a luchar contra la narrativa rusa. ¿Qué podíamos hacer? Mis palabras abrieron una puerta, y el ministro empezó a bombardearme con preguntas. ¿Qué era un comunicado de prensa? ¿Cómo funcionaban las ruedas de prensa? ¿Había alguna diferencia entre un *briefing* y una rueda de prensa? ¿Qué diferencia había entre declaraciones *on the record, off the record* y *on background*?

Me dejó un poco confundido. Aquello era como las «101 preguntas de las comunicaciones». Parecía evidente que la nueva Administración ucraniana estaba bastante perdida en lo relativo a los medios. Necesitaban mucha ayuda. No era de sorprender que los rusos estuvieran haciendo lo que querían con su narrativa.

Podría haberme quedado todo el día respondiendo a sus consultas, pero no habríamos conseguido mucho. Prometí que intentaría enviarle a una persona de Asuntos Públicos de nuestra embajada para hablar con su gente y le aconsejé contratar a un asesor de comunicaciones estadounidense que conociera todo a fondo. La sola posibilidad de contar profesionales con expertos en comunicaciones parecía una revelación para él. Desde luego, el régimen anterior ya lo sabía, pues el expresidente Yanukovich había invertido millones en un asesor estadounidense: Paul Manafort.[3]

Al día siguiente viajamos a Riga, capital de Letonia. Los letones parecían estar mucho más al tanto de la desinformación rusa que los ucranianos. Riga es una elegante ciudad con ocho siglos de historia que se abre al mar Báltico por el oeste. Por el este, el país linda con Rusia. Como los otros dos Estados bálticos, Lituania y Estonia, Letonia formó parte del Imperio ruso desde el siglo XVIII hasta la Revolución de 1917, cuando se independizó. A comienzos de la Segunda Guerra Mundial, fue ocupada por la Unión Soviética, luego invadida por Alemania, y de nuevo tomada por los soviets en 1945. Permaneció como parte de la Unión Soviética hasta 1991. Los colegios letones seguían siendo bilingües, con clases impartidas en letón y ruso.

Aquel primer día, me reuní con un alto cargo del Departamento de Defensa letón especializado en ciberseguridad. Comimos en un soleado reservado de un restaurante de estilo *art nouveau* a orillas de un canal. El tipo era pulcro y macizo, con la cabeza rapada y perilla. Hablaba un inglés rápido, con fluidez y acento eslavo.

«Rusia ansía volver a ser una gran potencia —dijo—. Están intentando recrear el mundo del siglo XIX con esferas de influencia multipolares. Para ellos, el *blizhneye zaruezhe* (extranjero cercano) es su esfera de influencia. Se creen con derecho a hacer lo que quieran con todos los países de la antigua Unión Soviética.»

—¿Qué quiere Putin? —preguntó, y él mismo me dio la contestación—. Quiere desestabilizar a Ucrania. Una Ucrania desestabilizada le da más control. Ucrania vivió cincuenta años de ocupación, igual que nosotros, desde 1940 hasta 1991. Ahora da la sensación de que volvemos a estar en 1940. Pero el problema es que Rusia lleva trescientos años desestabilizando a sus vecinos —prosiguió—. Cuanto más inseguros se encuentran sus vecinos, más segura se siente Rusia. Putin lleva años librando una guerra de información en los países bálticos. Recuerde que hay una enorme diferencia entre Ucrania y nosotros. Los países bálticos estamos en la OTAN, Ucrania no. Putin detesta que formemos parte de la OTAN. Siempre le ha incomodado que no seamos parte de la Rusia imperial. Recuerde que Rusia es una potencia de suma cero. En ruso no existe el *win-win*. Para ellos es: «Si nosotros ganamos, tú pierdes»

Le pregunté sobre la propaganda y la desinformación rusa.

—La propaganda rusa es brutal. Ni siquiera fingen ser objetivos. Están creando una realidad paralela. Mienten descaradamente. Y les da igual si se descubre la mentira. Entonces se limitan a crear una nueva. A ustedes, los estadounidenses, sí les importa que les pillen mintiendo. —Sonrió—. A ellos, no. Y eso es una desventaja para ustedes. Durante la Guerra Fría, había cierta fidelidad a la realidad. Ya no. La idea es valerse de la desinformación para hacer que el enemigo haga lo que uno quiere sin llegar a la violencia. Y esto

ocurre desde Sun-tzu. ¿Recuerda lo que dijo? Toda batalla se gana o se pierde antes de comenzar. Rusia ha colocado la pieza de la comunicación y de la información en el centro de sus esfuerzos militares. La cinética ha pasado a ser secundaria.

Hizo una breve pausa.

—Ustedes, los estadounidenses, perdieron comba en los años noventa, después de caer el Muro —dijo—. Los rusos crearon canales de televisión en toda la periferia. Y no era solo por la lengua rusa, era por los contenidos, y los contenidos son buenos. Aprendieron a hacer televisión buena, concursos, *talent shows*, *reality shows*. A la gente le gustó. Aquí la gente ve el canal en ruso, y cuando empiezan las noticias, no cambian. Y esa es la idea. Que ven «las noticias rusas».

La comida estaba deliciosa, aunque él apenas la había probado. Su exposición de la situación resultó aleccionadora.

—Y qué podemos hacer? —le pregunté.

No me ofreció respuestas. Quería que apoyáramos los esfuerzos de Letonia contra los mensajes rusos. Hecho.

—En segundo lugar —dijo—, tienen que concienciar a la ciudadanía (no solo en Ucrania, sino en otros sitios) de que Rusia está intentando influir sobre su opinión. La gente no ve las operaciones de influencia. Tienen que hablarles de eso.

Le comenté que habíamos creado el Grupo Operativo de Ucrania, y ya lo conocía. Pero se mostró algo escéptico. No confiaba en que los estadounidenses supiéramos lo que estaba pasando realmente.

—Ustedes no desconfían de los rusos tanto como nosotros. Ni tienen tanta experiencia. Los estadounidenses son ingenuos. No creen que nadie les mienta. Por otro lado, tienen que aprender a no morder el anzuelo. No pueden reaccionar a cada bocado de

desinformación. No pueden reaccionar tanto a cada mentira de Putin, ni de nadie. Necesitan su propia narrativa y tienen que aferrarse a ella. No podemos combatir la propaganda con propaganda, porque entonces nos convertimos en aquello contra lo que estamos luchando. Nosotros valoramos la verdad. Esa es la diferencia.

Líneas de esfuerzo

John Allen no parecía hecho para la vida civil. Y lo digo en sentido literal: la ropa de calle le quedaba demasiado holgada y cuadrada, iba décadas pasado de moda. Pero esto también se aplicaba a un sentido más amplio: aun cuando iba vestido de calle, parecía estar de uniforme. Se había retirado un año antes como general de la Marina con cuatro estrellas. Él estaba hecho para dar órdenes: compacto y robusto, no costaba imaginarle dirigiendo a sus tropas en el campo de batalla con su profunda voz de barítono. Ese mismo mes de septiembre, el presidente Obama le había nombrado enviado especial del presidente a la Coalición Global para combatir al Estado Islámico. En colaboración con el secretario Kerry, estaba organizando una coalición militar de aliados al tiempo que dirigía los distintos aspectos de la misión estadounidense, lo que él llamaba las «líneas de esfuerzo» para luchar contra el Estado Islámico.

Me encontraba en el sobrio y desnudo despacho de Allen, en la séptima planta del Departamento de Estado. El único toque personal era una pizarra blanca en la que le gustaba garabatear mientras hablaba. Yo había regresado de Oriente Medio un par de semanas antes, con un punto de vista renovado sobre lo difícil que iba a ser para nosotros crear narrativas, especialmente fuera de Estados

Unidos. Sin embargo, desde la memo que había escrito al secretario recomendando la formación de una coalición de comunicación, las cosas habían avanzado bastante rápido. La Casa Blanca me había pedido codirigir la línea de esfuerzo número 5, que consistía en «revelar la verdadera naturaleza del Estado Islámico» (algo que, como comenté en tono de broma a Allen, el Estado Islámico ya hacía bastante bien por sí solita). Me pareció bien, aunque no estaba muy seguro de lo que significaba. John dirigía toda la misión en su conjunto, y empezó hablándome de la importancia del campo de batalla de la información.

«Esto es mucho más que meter puntas de combate en la mente de la gente —dijo con una sonrisa desalentadora—. La guerra de información es el campo de batalla definitivo. Ahí es donde está todo el juego. En el campo de batalla militar —continuó—, la victoria se mide en espacio físico. En el campo de la información, la medida es el tiempo. Cuando estaba al mando, siempre decía que la esfera de la información es la única en la que puedo reaccionar a la velocidad de la luz y con resultados que perduren para siempre.»

Desde el comienzo de su misión, Allen había viajado captando países para formar parte de la coalición contra el Estado Islámico. Decía haberse pasado media vida preparándose para guerras, y la otra mitad, librándolas. Luchó contra Al-Qaeda y los talibanes como segundo comandante del Mando Central de Estados Unidos y comandante del ejército estadounidense en Afganistán. Apoyó el Despertar Suní en Ambar. Comprendía la doble influencia del resentimiento suní y la llamada a su grandeza. Ahora bien, para él, el Estado Islámico era un grupo distinto a Al-Qaeda, y con un nivel distinto. Decía que tenían más profundidad y cohesión que esta.

Ellos eran el ala militar el islam suní. Veía su califato autodeclarado como faro para jóvenes musulmanes en todo el mundo. Muy pocas personas en el Gobierno lo entendían, y casi nadie en los medios de comunicación. En Estados Unidos, admitir que el Estado Islámico tenía algún atractivo seguía siendo execrable, pero yo lo había visto durante mi viaje a Oriente Medio. Para muchos jóvenes suníes, «molaban». Su apariencia molaba. Su bandera molaba. El Estado Islámico era magnético. Se les veía como ganadores.

Alguien les había descrito como la versión musulmana de la banda Baader-Meinhof de los años setenta y ochenta. A esas alturas, ya se habían unido más extranjeros a la lucha del Estado Islámico que durante toda la guerra de Rusia-Afganistán. Sin embargo, según Allen, lo verdaderamente revolucionario en ellos era que entendían el campo de batalla de la información.

El general Allen escribió sobre la pizarra el nombre del Estado Islámico en letra grande y con una flecha señalando hacia la derecha. Luego formuló una serie de preguntas: ¿qué pasa después de que destruyamos al Estado Islámico en el campo de batalla militar? ¿Estarán realmente derrotados? «Se fragmentarán —dijo— y recurrirán al campo de batalla informativo para contraatacar. La parte militar es lo de menos. Tenemos que ganar en el campo de batalla de la información.»

A continuación, le pregunté cómo plantearía mi labor en términos prácticos. Con una letra prácticamente indescifrable, escribió sobre la pizarra su estrategia de mensajes dividida en tres partes:

1. Perfilar el relato antes del suceso.
2. Conseguir terceras partes validadoras de antemano.
3. Entorpecer los medios del adversario.

Allen creía posible planear una campaña informativa con antelación. Debíamos tener lo que él llamaba «productos precocinados», es decir, artículos de información que salieran durante o incluso antes de las batallas.

Finalmente, me habló de analítica. La analítica era un mantra para el ejército. Sin embargo, dijo que a él solo le interesaba una estadística: el descenso en el número de combatientes extranjeros. Ese era su cordón umbilical. Si cortábamos el abastecimiento de combatientes extranjeros, les sofocaríamos.

Allen sabía que, en la era de las redes sociales, la idea de que la historia la escriben los vencedores había quedado obsoleta. La historia se estaba escribiendo al momento y en ciento cuarenta caracteres. La novedad del Estado Islámico, y de Rusia, estribaba en que escribía la historia antes de la batalla, perfilando el discurso de la victoria antes de que esta se produjera. Hablamos también de Rusia, y dijo que, en ese caso, Ucrania era el centro de su campo de batalla informativo, del mismo modo que Irak lo era para el Estado Islámico. Según él, tanto Rusia como el Estado Islámico querían que la gente derrocara la hegemonía informativa y la autoridad de Occidente. En eso eran aliados, dijo. Sin embargo, con el Estado Islámico no podíamos ganar solamente matando, ni ganar solo a base de mensajes. Había que hacer las dos cosas.

Discutimos las dificultades de formar una coalición internacional de comunicaciones. Coincidíamos en que necesitábamos a los países suníes, pero cuando planteé la cuestión de cómo captarlos, Allen arqueó una ceja y contestó: «Paciencia».

Estuvimos una hora hablando, sobre todo acerca de la línea de esfuerzo #5. Al despedirse, me dijo: «Te veo el sábado». Ese día

convocó una reunión extraordinaria para los directores de distintas líneas de actuación con la idea de elaborar un plan de batalla colectivo. Se celebró en el Centro Nacional contra el Terrorismo (NCTC) en McLean, Virginia, cerca de Tysons Corner.

El Centro Nacional Contra el Terrorismo era una de esas entidades gubernamentales creadas a raíz del 11-S.[4] Surgió de la idea de que los servicios de inteligencia no estaban coordinados de un modo capaz de haber evitado el ataque. El propósito del NCTC era atar cabos. La reunión se celebró bajo tierra, en una amplia sala con una enorme mesa en forma de U. Había mucha gente. Allen presidía la mesa, y a su lado estaban los directores de las distintas líneas operativas.

El general Allen comenzó a la reunión. Él no necesita micrófono: «El Estado Islámico es una organización que aprende y se adapta». Eso es lo que la diferencia de Al-Qaeda. La marca Estado Islámico se basaba en que eran los salvadores de los suníes y en que el islam suní estaba siendo atacado por Occidente. «El problema —dijo llanamente— es que la mayoría de los suníes consideran a sus líderes débiles y corruptos, y tienen razón. Esto no se arreglará hasta que el islam suní encuentre líderes capaces de llevarlo al siglo XXI.» Veía el escenario militar como una batalla de tres años y dijo que necesitábamos eliminar los «refugios seguros» del Estado Islámico y evitar que se «regenerase». Se explayó sobre la analítica y las medidas de rendimiento («las líneas de esfuerzo necesitarán crear medidas de rendimiento»). Acabó hablando de mi línea operativa, subrayando que el Estado Islámico había utilizado las redes sociales como herramienta para aumentar la captación. Nosotros teníamos que intentar valernos de ellas para revertir el efecto.

Llegado mi turno de palabra, empecé diciendo que Estados Unidos debía ayudar a construir una coalición de comunicaciones que complementase a la coalición militar, y también teníamos que hacerlo dentro de nuestro propio Gobierno. Insistí en que, a pesar de que el Estado Islámico ya había hecho un buen trabajo por sí sola revelando su verdadera naturaleza, nosotros subrayaríamos su barbarie e hipocresía a través de *influencers* clave. Comenté mi intención de volver a viajar a Oriente Medio en busca de socios locales y que agradecería ayuda o sugerencias.

Éramos demasiados en aquella sala como para hacer gran cosa. En el Gobierno, cualquier reunión con más de una docena de personas se hacía sobre todo para aparentar. En este caso, fue una de esas reuniones en las que todo el mundo se acababa levantando para soltar lo suyo. A los lados estaban los representantes del Departamento de Estado, la comunidad de Inteligencia y el Ejército. Los militares se iban levantando para formular preguntas. Los de Inteligencia aclaraban algunos puntos con datos. Y cuando se ponían en pie los del Departamento de Estado, siempre empezaban sus preguntas o comentarios diciendo «creo que…» .

El general Allen estaba tratando de hacer algo de lo que solía hablarse en Washington, pero raramente se hace: organizar un esfuerzo «de todo el Gobierno» para degradar y destruir al Estado Islámico. Ya conocía la expresión. Sin embargo, aquella reunión ilustró lo complicado que resulta en realidad: las distintas líneas operativas no estaban conectadas. Cada una actuaba de manera independiente a las demás y estaban dirigidas por personas de agencias y oficinas distintas que se sentían dueñas de su propia línea.

Ensamblar nuestra coalición interna iba a resultar tan complicado como montar la exterior.

Mediada la mañana, un teniente general que estaba sentado a mi lado se inclinó hacia mí y dijo:

—Sé cómo derrotar al Estado Islámico.

—¿Ah, sí? —contesté—. ¿Cómo?

—Haciendo que se metan en el proceso interagencial.

Tuve que reprimir la carcajada.

Vosotros tenéis vuestra verdad; nosotros, la nuestra

Si queréis saber lo que es la auténtica hostilidad hacia Rusia (aunque puede que «odio» sea una palabra más adecuada), id a Lituania. Los lituanos se sienten perpetuamente amenazados por su agresiva vecina oriental. Son objetivo de la desinformación rusa desde hace mucho, y a nosotros nos consideran meros aficionados. Aunque también les gustaría contar con nuestra ayuda para combatirla. Y eso no es todo; quieren algo más sustancial: ¡tanques! Sí, tanques estadounidenses M1 Abrams con soldados estadounidenses dentro. Casi todas las personas con las que hablé me decían: «Vuestros tanques son lo único que evitará que los rusos hagan aquí lo que están haciendo en Ucrania. ¿No veis que Putin quiere romper la OTAN?». A los lituanos no les gusta demasiado la modestia estadounidense.

Estaba de visita en la encantadora y elegante ciudad de Vilnius. Fundada en el siglo XII, desde entonces ha estado enredada con Rusia de un modo u otro. Había regresado al Báltico para comprobar cómo funcionaba la desinformación rusa en su periferia. En realidad,

también me había enamorado de los países bálticos y de Ucrania. Mi primera parada era Lituania, y de ahí viajaría a Letonia y Ucrania.

Otro motivo de mi viaje era que había autorizado la concesión de medio millón de dólares a un programa en Lituania para enseñar a periodistas bálticos rusohablantes a hacer periodismo de investigación. Una de las medidas prácticas que podíamos tomar para combatir la desinformación rusa era formar profesionales capaces de informar sobre ella. Y así, el plan era que un grupo de periodistas bálticos visitara redacciones en Estados Unidos durante varias semanas. Aún no habíamos anunciado el programa, pero, justo antes de mi viaje, se nos adelantó Sputnik, el servicio informativo financiado por el Estado ruso, que publicó un artículo titulado: «Estados Unidos invierte medio millón dólares para luchar contra los medios rusos en los países bálticos». En él afirmaba que yo había «despertado las alarmas sobre el espectro de una supuesta y monstruosa "maquinaria de propaganda" rusa».[5] Bien. También decía que, aunque el programa iba disfrazado como un ejercicio periodístico, en realidad era un ataque contra Rusia. ¿Y cuál fue la respuesta del equipo de Asuntos Públicos del Departamento de Estado para explicar nuestro programa y defender la enorme importancia del periodismo independiente para la democracia y la libertad? «El portavoz de la embajada de Estados Unidos en Lituania no ha querido hacer ningún comentario sobre la implantación de dicho proyecto.»

Me reuní con un coronel lituano en el sótano de un edificio gubernamental de Vilnius. Jamás he visto unas hombreras tan grandes. Parecían alas que salían de su uniforme. Tendría treinta y

tantos años, era alto, anguloso, preciso. «Hemos perdido nuestro país a manos rusas dos veces —dijo—, en 1793 y en 1940, y siempre sin un solo disparo. El poder blando ruso ha conquistado Lituania en dos ocasiones, erosionando nuestra voluntad de resistir. Las dos veces, perdimos sin luchar.»

El coronel me explicó que, en 1940, después del pacto Hitler-Stalin, la Unión Soviética dio un ultimátum a Lituania para formar un Gobierno prosoviético y dejar entrar tropas rusas. Lituania acabó sucumbiendo y Rusia comenzó a sovietizar gradualmente el país. El periodo posterior a 1940, conocido entre los lituanos como «la Ocupación», se prolongó hasta la caída del muro de Berlín. Finalmente, en 1991, Lituania se convirtió en la primera de las antiguas repúblicas soviéticas en declarar su independencia. Ahora bien, Rusia trató de mantener otro tipo de control sobre ella.

—Putin habló del «poder blando» por primera vez en un discurso en febrero de 2013 —dijo el coronel—. Pero los rusos llevan mucho tiempo utilizando la información como arma. Uno de sus campos de batalla es la historia. Desde 1991, han estado intentando reescribir la historia lituana. Dicen que, en realidad, los reyes lituanos eran bielorrusos. Que el este de nuestro país pertenece a Bielorrusia, y el oeste, a Rusia. Que Klaipeda, la tercera ciudad más grande del país, no nos pertenece porque fue un regalo de Stalin tras la Segunda Guerra Mundial. Eso es lo que hacen: intentan manipular la historia para que la narrativa rusa parezca hegemónica. Los paralelismos con lo que han hecho en Crimea son evidentes y peligrosos. ¿Por qué iban a emprender una guerra de información si no estuvieran planeando una guerra real? El mensaje que nos están mandando ahora mismo es: «No os vamos a invadir, pero, si lo hiciéramos,

nadie os defendería». Putin quiere que pensemos que el Artículo 5 no vale nada.

Una de las cosas que te repiten hasta la saciedad cuando eres diplomático es que cuando viajas a Europa, especialmente a los países bálticos, hay que decir una y otra vez: «Nuestro compromiso con el Artículo 5 es férreo». («Férreo» era el adjetivo preferido, pero «inquebrantable» también valía). El Artículo 5 es el compromiso de todos los países de la OTAN a acudir en ayuda de cualquier país de la organización que sufra un ataque. El propósito, especialmente en países como Lituania, es no titubear ni lo más mínimo, porque, de lo contrario, bueno, se ponen nerviosos. ¿Y cómo no estarlo? Rusia tenía un ejército más de cien veces mayor que el lituano y era su vecino de al lado. Sin embargo, lo que muchos temían era que Putin pusiera a prueba nuestro «férreo» compromiso. ¿Honraríamos el Artículo 5 si enviase Spetsnaz a Lituania, a Letonia o a Estonia? Con su invasión blanda de Ucrania oriental, Putin había planteado esencialmente la misma pregunta: ¿entraríais en guerra por esto? Esa misma cuestión fue la que planteó John Kerry una mañana en la reunión de las 8.30: «¿De verdad estamos dispuestos a entrar en guerra por Ucrania?». En ese momento, la respuesta tanto del presidente como del resto fue negativa. Pero Rusia no estaba poniendo a prueba realmente el Artículo 5, por la sencilla razón de que Ucrania no formaba parte de la OTAN. Los lituanos, al igual que los letones y los estonios, veían lo que Rusia estaba utilizando Crimea y Ucrania como un ensayo de lo que podía intentar en sus países.

Le comenté al coronel que, antes de abandonar Lituania, viajaría a Letonia para hablar con periodistas rusos en el exilio sobre cómo

competir con la narrativa rusa. Me dijo que, aunque le parecía buena idea, debía ser consciente de que Rusia ya había exportado con éxito su visión sesgada del mundo a toda la región. «Aquí hay muchos canales rusos y son baratos. Rusia paga el coste de su programación, especialmente en los programas de entretenimiento. Todo ello forma parte de la iniciativa de poder blando de Putin. La programación norteamericana es atractiva, pero demasiado cara para nosotros. No podemos permitirnos Netflix o HBO. El 97 % de la gente se entera de las noticias por televisión. Solo el 6 % de los lituanos son de etnia rusa, pero el 60 % habla ruso, especialmente la gente mayor. Y Rusia se ha puesto como objetivo ese gran porcentaje de público rusohablante. No hay ninguna alternativa en lengua rusa a la programación estatal. Tenemos la televisión estatal lituana, pero es en lituano. Entre los rusohablantes… hay cierta nostalgia de la época soviética. Fue espartana, sí, pero también clara y ordenada.»

El coronel ya sabía del programa de formación para periodistas rusohablantes y le mencioné *Current Time*, un informativo en lengua rusa que había creado Voice of America a raíz de nuestra insistencia. «No es tan bueno como lo que hacen los rusos —dijo sonriendo—. Pero mucho mejor que lo que teníamos antes, o sea, nada.»

Cuando ya me iba, dijo: «Pero recuerde lo que dicen los rusos: vosotros tenéis vuestra verdad; nosotros, la nuestra.»

A medida que Putin había ido cerrando gran parte de los medios de comunicación independientes en Rusia, se había producido un éxodo de periodistas del país. Yo insistí bastante en que debíamos ofrecerles apoyo en sus siguientes destinos, fueran cuales fueren. Unos cuantos acabaron en la capital de Letonia, Riga, donde tres de

ellos habían creado una página web en ruso llamada Meduza. Nos reunimos en un precioso café estilo *art-nouveau* en el centro de la ciudad.

Eran jóvenes y entusiastas, y me dio la sensación de que lo habían pasado bastante mal. De los tres, solo uno hablaba bien inglés, gracias a que su familia y él habían dejado Rusia cuando tenía trece años para mudarse a Minnesota. Llevaba un pendiente en la oreja izquierda y barba corta, y bromeaba diciendo que en Riga al menos el tiempo era mejor que en Minneapolis. Una vez acabada la universidad, se había marchado a Moscú para trabajar en la cadena independiente TVS. Cuando Putin la cerró, se había venido a Riga. Llamémosle Alexander. Hablaba muy rápido.

«El mensaje de Rusia se basa en el relativismo de todo —dijo—. La verdad relativa de los dos bandos en Ucrania. El relativismo de Occidente. "Mala peste devore entrambas casas. Todas las casas." No creáis a nadie. La Guerra Fría fue ideológica. Hoy en día, los rusos ya no ven que estén intentando convencernos, solo que todo es relativo. Nada es mejor que cualquier otra cosa.» Tal y como me dijo el periodista ruso Peter Pomerantsev en cierta ocasión: «No es una guerra de información; es una guerra sobre la información».[6]

«Mire, yo crecí en Estados Unidos —prosiguió Alexander—. Si los estadounidenses pudieran escuchar lo que los medios de comunicación del Estado ruso dicen sobre Estados Unidos a diario, se indignarían. Que es una sociedad hipócrita y rastrera. La esencia de la propaganda rusa es "la culpa es de Estados Unidos". No hay problema demasiado pequeño en el mundo que no se pueda achacar a Estados Unidos. Puede que, en algún momento, hubiera algo de

admiración por su país, pero ya no. Ahora hay solo hostilidad y resentimiento. Y eso viene de Putin y afecta a toda la ciudadanía.»

Hablé sobre la diáspora de periodistas de su país, preguntándoles cómo se podía marcar la diferencia contra la arremetida de la propaganda rusa. Alexander se encogió de hombros. «Somos muchos —contestó—. Y queremos combatir el discurso ruso.» También quería saber hasta qué punto se sentían a salvo, a pesar de estar en Riga. Sonrió y se miraron entre ellos. «Estamos bien» ,dijo.

Antes de irme, les comenté que iba a viajar a Ucrania. Uno de sus compañeros dijo en un inglés no tan rápido, aunque igual de apasionado que el de Alexander: «Tiene que entender que aquí, en Letonia, hay una guerra híbrida, pero en Ucrania hay una guerra real».

Mi última parada volvió a ser Kiev. Ese era el objeto diplomático manifiesto del viaje: la inauguración de la America House.[7] La «Casa de Estados Unidos» era una versión moderna de los llamados «espacios estadounidenses», locales gestionados por un programa del Departamento de Estado durante la Guerra Fría, donde se organizaban exposiciones de cultura estadounidense. La casa, un bonito edificio residencial de dos pisos en el centro de Kiev, había sido magníficamente restaurada. Los ucranianos podían acudir allí para descubrir Estados Unidos, pero también para asistir a eventos a favor de una Ucrania libre y democrática. En total había costado varios millones de dólares, y yo les había aportado buena parte de tal cantidad. Yo era el «entregable» para la inauguración, y llegué pronto para conocer a los empleados estadounidenses y ucranianos, que eran jóvenes y entusiastas.

Como es habitual en estos casos, intervinimos varias personas. Yo fui el último. Comencé diciendo: «Los ucranianos han sufrido a manos de dos de los dos regímenes totalitarios más monstruosos del siglo XX, el nazi y el soviético. La rica tierra de Ucrania ha visto más sufrimiento humano que casi cualquier otro lugar del planeta. American House es un símbolo de nuestro compromiso con el pueblo ucraniano. Ante todo, queremos ver una Ucrania democrática, dinámica, floreciente, y ayudaremos en todo cuanto podamos».

No quería alargarme. No tenían aire acondicionado, y notaba que el público pasaba calor. Ya se había dicho demasiado. Cuando terminé, un joven funcionario de Exteriores presentó a dos hermanos de Milwaukee, chico y chica, de ascendencia ucraniana. Aparentaban unos veinte años, más o menos; ambos tenían pelo oscuro y liso, y apenas miraban al público. Él llevaba una guitarra. Tocó un par de notas. Los chicos empezaron a cantar el tema de los Carpenters *We've only just begun* (No hemos hecho más que empezar). Sonaba fatal. Aunque nunca alardearía de tener buen oído, estoy casi seguro de que aquella fue la peor versión que jamás he oído de una canción en público. Desafinaban, eran introvertidos y fríos. Los oyentes se movían incómodos en sus asientos, pero los ucranianos eran demasiado educados como para hacer otra cosa que no fuera fingir que escuchaban.

Allí estaba yo, jefe de *marketing* de los Estados Unidos de América, el país de Beyoncé y Taylor Swift, de Kanye West y Katy Perry, la tierra del hip-hop y de Hollywood, de los vídeos musicales y de iTunes, después de gastar cientos de miles de dólares en aquel fantástico local en un país prácticamente en guerra con nuestro principal adversario mundial, un adversario que estaba intentando

utilizar su poder blando para subvertir la democracia y la libertad. Y, de algún modo, los empleados de diplomacia pública habían encontrado, como actuación final para aquella inauguración, a los dos estadounidenses menos inspiradores y con menos talento en toda Kiev. Eso sí: parecían de origen ucraniano.

La zona gris

Tysons Corner está situado en el condado de Fairfax, Virginia, en el *Beltway* de Washington D. C., a unos veinticinco kilómetros del centro de la capital. Se trata de un lugar «designado por el censo», término acuñado por la Oficina del Censo de Estados Unidos para definir algo que no es ciudad, pueblo ni aldea, pero da cabida a mucha gente y funciona prácticamente como si lo fuera. En Tysons Corner no hay alcalde, pero sí decenas de sedes corporativas. Algunas de ellas, como Capital One o Booz Allen, son bien conocidas, pero muchas otras siguen siendo empresas anónimas con nombres discretos que tratan con el Departamento de Defensa y la comunidad de inteligencia. Se alojan en insulsos parques empresariales con edificios elegantes y poco ostentosos donde no hay nombres ni logos, solamente acrónimos. Su posicionamiento corporativo consiste en no posicionarse.

Poco después de volver de Ucrania, conduje hasta una de estas oficinas corporativas para asistir a un seminario sobre guerra híbrida, organizado por el Departamento de Defensa, con la asistencia de unos cincuenta funcionarios del Departamento de Estado, Defensa, la CIA y el Centro de Seguridad Nacional, los sospechosos habituales. La reunión se celebró en una inmensa sala del tamaño de dos canchas de baloncesto, con techos de treinta

metros de altura y largas mesas dispuestas en tres de los lados, con una pantalla gigante al frente. Como la mayoría de los seminarios, este contaba con un moderador, y aquel día el nuestro era un coronel estadounidense que combinaba una actitud suave e intrigante propia de su rol con un profundo conocimiento del tema.

Para empezar, el coronel puso en la pantalla la definición de «guerra política» de George Kennan, tal y como figura en su famoso documento de Planificación de Políticas:

> Guerra política es la aplicación lógica de la doctrina de Clausewitz en tiempos de paz. En su definición más amplia, la guerra política consiste en el empleo de todos los medios al alcance de una nación, excepto la guerra, para conseguir sus objetivos nacionales. Estas operaciones son tanto abiertas como encubiertas. Abarcan desde acciones tan abiertas como alianzas políticas, medidas económicas y propaganda «blanca», hasta operaciones encubiertas como el apoyo clandestino a elementos extranjeros «amigos» y la guerra «negra» psicológica.[8]

«Es una definición bastante acertada de la guerra híbrida rusa —dijo el coronel—. Y es tan cierta hoy como cuando la escribió Kennan.» Según él, el concepto moderno ruso de guerra híbrida proviene de lo que llamaba modelo Gerasimov. El general ruso Valery Gerasimov es el intelectual favorito de Putin en lo militar y padre de la idea de que, en el siglo XXI, solo una pequeña parte de la guerra es cinética. De acuerdo con sus escritos, la guerra moderna no es lineal, ni existen límites claros entre las campañas militares y no militares. Los rusos, como el Estado Islámico, habían unido sus líneas de operación militares con sus esfuerzos informativos y de comunicación.

El coronel pasó entonces a resumir una serie de «términos seleccionados» en pantalla. Dijo que la zona gris abarcaba «conflictos que quedan fuera de la dualidad guerra-paz». «Conflictos congelados» eran guerras que nunca llegan a concluir, lo cual hace difícil gobernar el territorio. Comentó que los rusos habían creado sendos ejemplos de conflictos congelados en Abcasia y Osetia del Sur. «El área de la información», prosiguió, incluía la guerra cibernética, la propaganda y el engaño. Según él, las intervenciones rusas en este ámbito iban acompañadas en todos los casos de una «negación persistente» de dichas operaciones. Cualquier acción sobre el terreno siempre empieza sin declaración alguna. Crimea, afirmaba, era un ejemplo de manual de la guerra híbrida rusa: primero sembraban el terreno de propaganda y desinformación, después «invadían» con tropas sin distintivo ni identificación, negaban la presencia de esas milicias y luego se hacían con el control de los medios de comunicación.

De hecho, el coronel decía que nuestro término «desinformación» era una adaptación de la palabra rusa *dezinformatsiya*, empleado por la KGB para referirse a la propaganda negra. En los viejos tiempos, la desinformación consistía en colar una noticia falsa (generalmente por medio de documentos falsificados) en algún periódico de izquierdas poco conocido de la India o Brasil, por ejemplo, para que los medios estatales rusos la encontraran y se hicieran eco de ella. Un ejemplo más moderno de esa *dezinformatsiya,* según el coronel, fue la campaña de los años noventa que trató de sugerir que Estados Unidos había inventado el virus del sida como una especie de «bomba étnica» para eliminar a la gente de color.

Aparte de Gerasimov, nuestro moderador nos habló sobre otros dos teóricos de la guerra de la información moderna rusa: Igor Panarin, académico y exagente de la KGB, y Alexander Dugin, filósofo al que algunos apodaban «el Rasputín de Putin». Panarin considera que Rusia es la víctima de la agresión informativa de Estados Unidos. Cree que hay una guerra mundial de la información entre lo que llama el mundo atlántico, liderado por Estados Unidos y Europa, y el mundo euroasiático, encabezado por Rusia. Según Panarin, la guerra híbrida estadounidense desencadenó la caída de la Unión Soviética, y también afirma que las revoluciones del color en Europa de Este y la Primavera Árabe fueron producto de la guerra informativa de Estados Unidos. Y ve la misma mano detrás de las protestas ocurridas en Rusia en 2011. Evidentemente, sostiene también que las manifestaciones de Euromaidán en Ucrania fueron una campaña de información antirrusa orquestada por Occidente. Considera las acciones de Rusia en Crimea y en Ucrania como el primer paso para combatir la hegemonía de la información occidental. Y, según el coronel, Putin compartía todas estas creencias.

A continuación, puso en la pantalla una imagen de Alexander Dugin: pelo largo, barba larga, ojos penetrantes; la verdad, se parece a Rasputín. Dugin usa la expresión «guerra no-céntrica» para referirse a lo que considera una línea de operación militar nueva. Para él, Rusia necesita dar una respuesta simétrica a la guerra informativa de Estados Unidos. Ha defendido emplear a las mejores mentes rusas para abordar ese desafío. «Tiene una visión de la historia particularmente rusa —continuó el coronel—. Dugin afirma que, mientras el siglo XX fue una lucha titánica entre fascismo,

comunismo y liberalismo, donde el liberalismo salió victorioso, en el siglo XXI habrá una cuarta vía. El liberalismo occidental será sustituido por un super-Estado conservador como Rusia, que liderara a un mundo multipolar que defenderá la tradición y los valores conservadores.» Según el coronel, Dugin también avanzó el ascenso de poderosos hombres conservadores en Occidente que abrazarán esos valores y dijo que parte de la estrategia de Putin pretende respaldar a tales hombres regionales para que sean sus clones: Erdŏgan en Turquía; Orbán en Hungría; Xi Jinping en China.

Dugin apoya el ascenso de grupos de derechas conservadores en toda Europa. También ha entablado relación con grupos nacionalistas blancos en Estados Unidos. En ese momento, ya había dado dos conferencias para ellos a través de Skype. Cree que la inmigración y la mezcla racial están contaminando el mundo caucásico. Según él, reducir la inmigración es una labor clave para los Estados conservadores. Predica la importancia de la supervivencia de la cultura blanca. Para muchos grupos nacionalistas y supremacistas blancos en Estados Unidos, Rusia es, como dijo David Duke, «la clave para la supervivencia blanca».[9] Dugin ha dicho que toda verdad es relativa y cuestión de creencias; que la libertad y la democracia no son valores universales, sino particularmente occidentales; y que Estados Unidos debería ser desbancada como superpotencia por medio de la desestabilización de su democracia y el estímulo de su aislacionismo.

A continuación, el moderador presentó a nuestro primer ponente, un comandante recientemente destinado en los países bálticos. Era el tipo de persona a la que podías saludar y no reconocerla una hora

después. Delgado, llevaba gafas y el pelo castaño bien peinado. Tenía una actitud serena que ocultaba una enorme energía. Empezó a caminar de un lado a otro mientras hablaba.

—En Occidente —empezó— nos gusta la estabilidad. La organización. El orden internacional. La previsibilidad. ¿Conocen a alguien a quien no le gusten? A Vladimir Putin. Lo que le gusta a Putin —añadió— son los Estados fallidos, el caos y los llamados conflictos congelados. Le gusta el desorden. Los conflictos congelados son refugios para grupos criminales y terroristas. Eso le gusta a Putin. Ahora está intentando crear un conflicto congelado con Ucrania para, en última instancia, convertirlo en un Estado fallido.

El comandante iba de izquierda a derecha.

—A Putin le gusta que haya inestabilidad en los países de su periferia. Cuanto más inestables sean ellos, más cómodo se siente. No es solamente Ucrania: también Lituania, Estonia, Moldavia, Azerbaiyán. Quiere que todos esos países se desequilibren, y que no miren hacia Occidente ni confíen en nosotros. Quiere que miren hacia Rusia.

Aunque no solía comentarlo en el Departamento de Estado, conocí personalmente a Putin y pasé varias horas con él en 2007. Le habíamos elegido «personaje del año» en *Time*, según yo mismo escribí, «por haber devuelto a Rusia a la mesa del poder mundial». Pero también por algo más mundano: porque accedió a concedernos una entrevista. Antes de viajar, hablé con Henry Kissinger, que me dijo: «Verás lo poco que se esfuerza por encandilarte».

De hecho, Putin tiene una presencia tremendamente fría, como si expulsara aire helado. La entrevista oficial tuvo lugar en su dacha a

las afueras de Moscú. Llegó cinco horas tarde. La entrevista casi termina nada más empezar, pues nuestra primera pregunta contenía un error en su año de nacimiento. Putin se irritó y se quejó de la equivocación. Le pedí disculpas y se apaciguó.

En aquella entrevista, describió apasionadamente el fin de la Unión Soviética como «la mayor tragedia del siglo XX». Después de la caída de la URSS, «veinticinco millones de ciudadanos soviéticos de la etnia rusa se encontraron fuera de las fronteras de la nueva Rusia…., y vieron que su madre patria histórica no tenía medios económicos». Me preguntó: «¿Acaso no es eso una tragedia?». A pesar de su tono fatalista, el mensaje que subyacía a todas esas palabras sugería que su principal deseo era volver a unir la Unión Soviética. Restaba mérito al excepcionalismo estadounidense, decía que la OTAN era anacrónica, ensalzaba a Rusia como modelo de libertad de expresión, se quejaba de que los estadounidenses vieran a los rusos como unos salvajes «recién bajados de los árboles» y habló de que Rusia nunca apoyaba a candidatos en elecciones de otros países.[10] Desde su primera palabra hasta la última, daba la sensación de estar enfadado, y gran parte de su ira parecía provenir del resentimiento hacia Estados Unidos, como si todas las decepciones rusas, y las suyas propias, hubieran sido provocadas por nuestro país. Según él, Estados Unidos interfería en los asuntos de Rusia, y esta no interfería en los de Estados Unidos. Además, insistía en que para la política rusa era fundamental que ningún Estado se inmiscuyera en los asuntos de otros.

Según el coronel, la anexión de Crimea por parte de Rusia gozaba de una enorme popularidad. Mientras que en Occidente la

considerábamos una violación de la soberanía de otro país, «los rusos ven Crimea y Ucrania como parte de Rusia desde tiempos inmemoriales. Putin siempre señala que la Iglesia ortodoxa rusa nació en Kiev. Internamente, ha hecho una jugada magistral. Anexionar Crimea era una manera de cambiar su discurso. La gente lo vio como volver a empezar la historia rusa después del derrumbe de la Unión Soviética. Estaba demostrando el poder ruso en el escenario mundial. Rusia volvía a actuar como una superpotencia. Encaja con todas sus narrativas».

Ahora bien, como dijo el coronel, Ucrania no era tan fácil como Crimea.

—No puede hacer a Ucrania entera lo que le hizo a Crimea. Es demasiado grande, demasiado diversa, demasiado europea. Lo que sí puede hacer es tratar de volverla tan disfuncional que la gente ansíe que la sustente la madre Rusia. Eso es lo que está haciendo en Ucrania oriental. Tiene quintacolumnistas allí. La pérdida de las regiones de Donetsk y de Luhansk deja a Ucrania prácticamente sin un veinte por ciento de su PIB. Está metiendo al país en una espiral económica descendente. Putin quiere que Ucrania fracase. Eso sería un éxito para él.

»Aunque a Occidente le suene extraño —continuó—, Putin y los líderes rusos no creen que el modelo de modernismo secular de Occidente se vaya a imponer necesariamente. Putin odia este orden occidental basado en normas del que hablamos. Ve a Rusia como un contrapunto al orden occidental y la ha posicionado como una alternativa conservadora que lo desafía. Considera a Occidente débil, indisciplinado y decadente, y está utilizando sus operaciones de información para acelerar el declive occidental.

»En lo que se refiere a narrativas —dijo—, no ha cambiado gran cosa. A los rusos se les da mejor que a nadie. Llevan trabajando sobre ello como parte de su guerra convencional desde la época de Lenin. Lo sabíamos durante la Guerra Fría, y entonces respondíamos. Nuestro trabajo en ese momento fue un esfuerzo de todo el Gobierno. Hoy no existe tal cosa. Hacemos bien las operaciones. Hacemos bien las tácticas. Tenemos líneas de esfuerzo, pero no estrategia.

Fue aleccionador. Los rusos llevaban décadas pensando y escribiendo sobre la información. Era algo que estaba engastado en sus doctrinas militares. Parecía haber una analogía entre los estados fallidos y la desinformación: Putin quería que la verdad fracasara. Visto desde una perspectiva más amplia, era más fácil alterar las cosas que mantenerlas unidas. Y lo único que quería Putin era perturbar, alterar, sembrar el caos. Su estrategia parecía más planeada que nada de lo que estábamos haciendo, ni siquiera de lo que nos habíamos planteado. Ya había hablado con varios colegas del ejército que creían que la guerra informativa debería formar parte de la doctrina militar de Estados Unidos y que tendría que haber especialistas y oficiales de información. Pero eso aún quedaba muy lejos. La idea de que nuestro grupito de comunicaciones contra Rusia pudiera desequilibrar la balanza resultaba absurda.

Nosotros no somos el público

Nunca supe cómo se apellidaba Jack. Ni siquiera si ese era su verdadero nombre. Lo dudo. Era un oficial de alto rango de Inteligencia, especializado en extremismo violento y terrorismo, así como el principal encargado de mantenerme informado sobre la

inteligencia acerca del Estado Islámico. Medía uno setenta y pico, y siempre lucía un impecable y discreto traje a medida, con camisas y corbatas de estampados sutiles perfectamente combinados. Tenía la piel aceitunada, y su pelo canoso siempre estaba peinado con raya. Nunca se alteraba.

Cada semana, reunía a varios analistas de Inteligencia para que me informaran sobre el Estado Islámico. Las sesiones consistían en una combinación de servicios, que siempre incluían a la CIA y al Centro Nacional de Antiterrorismo, con quienes colaborábamos en la producción de mensajes contra el Estado Islámico. Al comienzo de mi paso por el Departamento, tenía una reunión de inteligencia por semana. Salían muchas cosas interesantes, el trasfondo de un levantamiento en Chile, una llamada interceptada entre un ministro de Exteriores y un industrial, o el despertar de los partidos de derechas europeos. Era como tener un periódico de información clasificada para analizar. Sin embargo, me parecía un poco aleatorio. Tras un par de meses, pedí que las sesiones se centraran en los dos temas de los que realmente quería saber: el Estado Islámico y Rusia.

Mis primeras reuniones con Jack se concentraron en las diferencias entre Al-Qaeda y el Estado Islámico. La comunidad de inteligencia conocía bien las discrepancias teológicas entre ambos grupos, las diferencias entre el salafismo y la ideología del Estado Islámico. Existía un debate sobre si el Estado Islámico era realmente religioso. La gente que trabajaba en Inteligencia la consideraba ante todo una organización terrorista, liderada por descarnados exoficiales de Sadam Huseín que eran creyentes de verdad, pero que utilizaban el islam como conveniente coartada. Pero yo no era teólogo: quería saber cómo funcionaba el Estado Islámico como

entidad generadora de narrativas y qué la diferenciaba de Al-Qaeda en ese aspecto. ¿Era tanto mejor el Estado Islámico?

Jack fue breve y conciso: «Al-Qaeda estaba centralizada. El Estado Islámico es una red distribuida. Al-Qaeda es Yahoo. El Estado Islámico es Google. A veces, somos el público del Estado Islámico, pero en general no. Tienen un amplio abanico de públicos. A veces, es la oposición moderada. A veces, combatientes en potencia. Pero son hábiles con la guerra informativa. Se graban matando a gente y muestran que antes han invadido una ciudad. Quieren que las ciudades les abran sus puertas y lo consiguen. Eso es guerra informativa».

La diferencia entre el Estado Islámico y Al-Qaeda estribaba en la declaración del califato. Según Jack, eso fue lo que captó la atención de suníes en todo el mundo. «Al-Qaeda era una idea. El Estado Islámico quiere ser un Estado. Al-Qaeda decía que todo musulmán tenía que replantearse la coexistencia con Occidente. El Estado Islámico ha dicho que no puede haber coexistencia que valga. Ha pasado menos de un siglo desde el final del último califato. Para ellos, eso es ayer». Según Jack, alguien había descrito al Estado Islámico como sionistas suníes, y la definición le parecía acertada. Creen que el califato debería ser hogar de todos los musulmanes. Es la idea de un club Med para musulmanes, un lugar donde puedan llevar a sus hijos, donde las mujeres puedan encontrar marido.

La reciente caída de la ciudad iraquí de Mosul, con más de un millón de habitantes, supuso un golpe tremendo para el Gobierno local y una importante victoria para el Estado Islámico. Contaban con veinte veces menos combatientes que las fuerzas iraquíes. Jack dijo que aquello reafirmaba completamente su narrativa. La victoria

se vio acompañada de miles de tuits del propia Estado Islámico y de sus partidarios. Además, dijo: «No deberíamos esperar que la gente de Mosul se vuelva contra ellos: no les consideran corruptos, solamente brutales. Y para ellos, el Gobierno iraquí es corrupto… y, además, brutal. Los suníes iraquíes temen más a las milicias chiíes iraníes que al Estado Islámico».

Insistía en la necesidad de recordar que gran parte del contenido que creaban no era para nosotros, sino que tenían distintos públicos. «Las cosas violentas (las decapitaciones), eso sí es para Occidente. Para asustarnos. Sin embargo, se ciñen a la ley islámica al no mostrar la decapitación en sí, ya que eso sería *haram* y quebrantaría el Corán. Gran parte de sus contenidos está en árabe, y son para otros musulmanes suníes en Oriente Medio y para potenciales reclutas. Creemos que nosotros somos su público objetivo. Pero no lo somos.»

El otro enemigo del Estado Islámico, según él, eran los chiíes. «El Estado Islámico dice que el verdadero islam ha sido deshonrado por Occidente. Pero, para ellos, los chiíes son una amenaza aún mayor para el islam que Occidente. Creen que están intentando crear su propio califato, lo que llaman un creciente chií. Estados Unidos es el enemigo lejano; los chiíes son el enemigo cercano.»

Me urgió a que no ignorara el atractivo del Estado Islámico. «Para los combatientes extranjeros —decía—, esta es la guerra buena. Al-Assad está matando a más musulmanes que nadie. Para ellos, es como la guerra civil española para nosotros. No deberíamos infravalorar su atractivo para los suníes comunes. Son los malos, pero para los suníes, son "sus" malos. Están luchando contra el pueblo que les ha humillado durante una eternidad. […] En el islam clásico —decía—, está la Casa de la Paz, Dar al-Islam, que son los

países musulmanes, y la Casa de la Guerra, Dar al-Harb, que es Occidente, el reino de los infieles. Debido a la globalización, esas dos casas están más mezcladas que nunca. Y el Estado Islámico lo considera una amenaza para el islam.»

Los funcionarios estadounidenses solían afirmar que el Estado Islámico no era realmente religioso, pero Jack se mostraba reacio a la hora de decir quién era musulmán y quién no. El CSCC había centrado sus esfuerzos en fomentar la presencia de clérigos musulmanes que estuvieran en contra del Estado Islámico. A Jack, usar clérigos le parecía una estrategia peligrosa. Para el Estado Islámico, cada vez que un clérigo consolidado y respaldado por el Gobierno (especialmente, los imanes saudíes) hacía declaraciones en su contra, solo confirmaba la represión que los Estados suníes intentaban imponer sobre ellos y sobre el verdadero islam. El Estado Islámico era el más débil. Jack dudaba si enviar mensajes contra el Estado Islámico realmente nos beneficiaba. Como me dijo una vez sonriendo: «Nuestra campaña contra el Estado Islámico es su mejor herramienta de captación».[11]

Cuestionar más

El Grupo Operativo de Ucrania seguía combatiendo con entusiasmo la propaganda rusa en las redes sociales. Will Stevens era infatigable. Daba la impresión de que nuestros esfuerzos habían tomado impulso. Cada semana, veía las métricas del trabajo realizado, y sus *engagements*, sus *shares* y su tráfico no paraban de crecer.

Un día, estaba revisando las estadísticas con uno de mis ayudantes especiales, cuando dijo: «Debería ver Russia Today». Le pregunté

por qué. Con una sonrisa, contestó: «Porque le han convertido en uno de sus chivos expiatorios».

Había un monitor sobre una mesita en el centro de mi despacho, y cambié el canal de CNN a RT. A lo largo de los siguientes días, comprendí a qué se refería. Aparte de sus habituales escarnios de Jen Psaki (no dejaban de hacer referencia a una llamada interceptada por Rusia en la que había dicho: «Que le jodan a la Unión Europea»), veía mi foto en la pantalla, mientras el presentador hablaba de la actitud «rusófoba» del subsecretario de Estado Stengel, y mi entusiasta apoyo a la propaganda antirrusa.[12] Refiriéndose a mis años como editor de *Time*, RT me describía como parte de la «coral de medios occidentales que odian a Rusia». Incluso emitieron un vídeo en el que aparecía durante una reunión de la comisión del BBG, hablando de la «sofisticación de los mensajes rusos en las redes sociales. Y eso es algo que deberíamos conseguir». A partir del momento en que empecé a hacer declaraciones y a tuitear sobre la anexión rusa de Crimea, me había convertido en parte de su elenco de malos del Departamento de Estado.

La primera vez que me fijé en RT fue en 2013, al ver un cartel de Larry King en una parada de autobús en el centro de Manhattan, pero no sabía qué era. Aún trabajaba como editor de *Time*, y recuerdo que pensé: «Larry King ha acabado en un extraño canal de tele por cable llamado RT que no veré nunca». Ni siquiera sabía qué representaban las siglas, si es que representaban algo. Era como el consumidor que no se da cuenta de que KFC es el acrónimo de Kentucky Fried Chicken.

Sin embargo, en 2014, la RT se había visto relanzada con la anexión de Crimea. La intervención rusa en la península y Ucrania la habían convertido en un canal de seguimiento obligatorio para mí y, la verdad, fue toda una revelación. Para empezar, era entretenida. Parecía una versión barata de Fox News con menos rubias, más teorías conspiratorias y más predisposición a favor del Kremlin. Utilizaba todos los trucos clásicos de la televisión sensacionalista: presentadores atractivos, gráficos coloridos, invitados extravagantes, faldones espectaculares («¿Es Estados Unidos el mayor terrorista del mundo?») y música ominosa. Su lema era «Cuestionar más»; mientras que el tono era completamente conspiratorio, antisistema, pícaro. La actitud de la cadena, reflejada en cada presentador, cada «corresponsal» y cada invitado, enviaba un mensaje al espectador de «las cosas no son lo que parecen». Cubrieron el movimiento Occupy Wall Street como si fuera una protesta de la época de Vietnam. Trataron la maniobra militar de Jade Helm, en Texas, como un presagio de la ley marcial. Informaban con enorme dramatismo sobre la violencia policial contra los afroamericanos. Tenían un programa presentado por Julian Assange, cuyo primer invitado fue el líder de Hizbulá.

Aprendí sus trucos y sus tropos. Los invitados eran «expertos» sin experiencia, comentaristas de organizaciones con nombres parecidos a los de entidades legítimas (llevaron a alguien de International Relations Council, por ejemplo, cuando el organismo más prestigiado es el Council of Foreign Relations) y «académicos» de universidades de las que nunca habríais oído hablar. Tenían una bancada de habituales que aseguraban que el 11-S fue cosa de Estados Unidos, que el sida era una intervención de las grandes

farmacéuticas y que el «complejo financiero-industrialista sionista» estaba detrás de todas las guerras del planeta. Un día la encendí para ver cómo estaban cubriendo una manifestación contra Putin en Moscú, y me encontré con un documental sobre el racismo en Estados Unidos.

La anexión de Crimea y las incursiones rusas en Ucrania eran un tema constante. RT mostraba su apoyo a Rusia con entusiasmo. Todos los presentadores e invitados alababan el liderazgo dinámico de Putin y acusaban a Estados Unidos de fomentar la discordia en Ucrania. En un programa concreto, alguien se presentó como «exoficial de inteligencia de Estados Unidos» y acusó a la Agencia Estadounidense para el Desarrollo Internacional, a la Fundación Nacional para la Democracia y a George Soros de instigar un golpe de Estado en Ucrania.

Cuando Russia Today nació, en 2005, Vladimir Putin dijo que su misión era no solo ofrecer una imagen justa de Rusia a todo el mundo, sino también «romper el monopolio anglosajón sobre la información global».[13] Sí, son palabras de Putin en el lanzamiento del canal. El presidente ruso eligió a una periodista y productora de veinticinco años llamada Margarita Simonián para ser la directora del medio. Era inteligente y combativa, conocía la televisión y hablaba un inglés excelente gracias al año que pasó de intercambio en un instituto de Bristol, New Hampshire, financiado por el Departamento de Estado. Era como si Roger Ailes, de la Fox, se hubiera reencarnado en una rusa de veinticinco años del mar Negro. Al igual que Ailes, Simonián comprendía algo básico en la industria

del *infoentretenimiento*: que la máquina de la polémica siempre se impone a la máquina de la realidad.

Russia Today era ambiciosa y contaba con un presupuesto anual de unos trescientos millones de dólares. Aparte de un servicio en lengua inglesa con sede en Estados Unidos, pusieron en marcha emisiones en árabe y en español. También crearon una emisora de radio y un medio en línea llamado Sputnik.[14]

En 2009, Russia Today se relanzó como RT. Su objetivo era centrarse menos en Rusia y convertirse en un servicio de radiodifusión parecido a la BBC. Al mismo tiempo, Simonián dijo: «¿A quién le interesa ver noticias sobre Rusia todo el día?».[15] El servicio en inglés se tornó más internacional y se centró sobre todo en Estados Unidos. Tenían anuncios en la CNN, y carteles en las paradas de autobús de Nueva York con una foto de George W. Bush con una pancarta que decía «MISIÓN CUMPLIDA» y el titular «Esto es lo que pasa cuando no hay segunda opinión».[16] Tal y como dijo Simonián en el relanzamiento de RT: «Nadie muestra una realidad objetiva. Los medios occidentales no son servicios objetivos o basados en la realidad. La gente ya no les cree».

Pedí que se indagara y me ofrecieran la información existente sobre RT. Tal y como esperaba, RT exageraba desmesuradamente sus cuotas de audiencia. Ellos afirmaban llegar a setecientos millones de personas en más de cien países, incluidos ochenta y cinco millones de estadounidenses. Era una treta clásica de *marketing*: sí, podía llegar a los televisores de setecientos millones de personas, si todas las personas con posibilidad de ver RT lo hacían. En Estados Unidos, los telespectadores de RT eran demasiado pocos como para figurar en los índices de audiencia de Nielsen, lo cual significa que,

en realidad, no llegaba a los treinta mil diarios. Al Centro Nacional de Seguridad le impactó saber que RT tenía más de mil millones de visionados en YouTube, muchos más que CNN. Era cierto, pero más de ochenta de sus cien vídeos más populares mostraban desastres naturales, crímenes violentos y espantosos accidentes automovilísticos. Con mucho, lo más visto era una asombrosa grabación del meteorito que cayó en los Urales rusos en 2013.[17]

Casi siempre comentaba algo acerca de RT en las reuniones de las 8.30, y notaba que el tema calentaba al secretario de Estado. Un día, dijo: «Tenemos que hacer algo al respecto», así que envié unas líneas acerca del canal a los redactores de sus discursos. Al poco tiempo, Kerry apareció al comienzo de una conferencia de prensa ordinaria del Departamento de Estado, lo cual no era habitual, para lanzarle una severa advertencia a Rusia sobre Ucrania. Los acusó de organizar una campaña de desinformación liderada por Russia Today en torno a lo que ocurría en ese país.

> El megáfono propagandístico de Russia Today, una cadena patrocinada por el Estado ruso, se ha desplegado para promover la fantasía del presidente Putin sobre lo que pasa en el terreno. Dedican prácticamente todo su tiempo a este esfuerzo dirigido a hacer propaganda y distorsionar lo que ocurre o deja de ocurrir en Ucrania.[18]

Tras la condena de Kerry, RT exigió una contestación oficial del Departamento de Estado sustanciando sus alegaciones. El secretario me pidió que escribiera un *post* en el blog del departamento (las llamábamos «DipNote») censurando a RT por lo que estaba haciendo y tratando de explicar la diferencia entre periodismo y propaganda.

Mi publicación en el blog, titulada «Russia Today´s Disinformation Campaign», sostenía que la entidad mediática patrocinada por el Estado era una pieza clave en la campaña de propaganda global de Moscú. También decía que, como antiguo editor de *Time*, conocía la diferencia entre noticias, opinión y propaganda.

> Propaganda es la divulgación deliberada de información, a sabiendas de que es falsa o inexacta, con el objetivo de influir sobre un público… Las opiniones, por odiosas que sean, son un discurso justificable, cosa que no son las afirmaciones falsas. RT es una máquina de distorsión, no una organización informativa. Y cuando la propaganda se presenta como noticia, representa un peligro real y da luz verde a la violencia.

Asimismo, ratificaba que Estados Unidos no tenía ninguna intención de dejar a RT fuera de antena, como Moscú había hecho con la licencia de radiodifusión de Voice of America, y decía que hasta la propaganda de RT estaba protegida por la Primera Enmienda.[19]

A las pocas horas, Margarita Simonián respondió con un post, acompañado de un vídeo en el que me llamaba «propagandista patrocinado por el Estado».

> El señor Stengel, subsecretario de Estado de Estados Unidos, que ha escrito un apasionado discurso de «desprestigio» contra RT en el blog del Departamento de Estado estadounidense, acierta en una cosa. La propaganda «ES», en efecto, divulgación intencionada de información que se sabe falsa o incorrecta. De hecho, qué intento más valiente el suyo de hacer propaganda, porque a cualquiera le costaría meter más falsedades en cien palabras.

La señorita Simonián proseguía verificando mis afirmaciones, y lo hacía de un modo brillante. En efecto, su refutación de mis

comentarios es más exhaustiva que mi propio argumento.

> Si encuentra fuentes citadas aquí, en el texto, es para que no puedan etiquetarse como «propaganda» plagada de información «falsa» de RT. ¿O es que el señor Stengel considera que cualquier agencia de noticias que informe de hechos inoportunos que cuestionan su realidad es un medio propagandístico? Resulta muy decepcionante que una persona en su posición sepa tan poco de la realidad de la situación en Ucrania, pero desde luego explica bastante bien la política exterior de Estados Unidos.
>
> Los hechos son hechos, señor Stengel. Lástima que no sea capaz de aclarar los suyos.[20]

Touché. Simonián desprestigiaba tan bien mi propio desprestigio que hizo que me replanteara la definición de «propaganda». «Propaganda» no es necesariamente información falsa: puede ser información objetivamente correcta que intenta promover un punto de vista. Y, de hecho, utilizar información objetivamente correcta para promover un punto de vista podría ser una buena definición de la diplomacia pública.

El secretario Kerry había tuiteado un enlace a mi post diciendo: «Lectura importante de U/S@Stengel: aclara las cosas en cuanto a la desinformación».

Como siempre, desencadenó un torbellino de publicaciones de troles rusos. Un tuit de un tal «Avas Oblomov» me llamó especialmente la atención:

> @John Kerry @Stengel. La silla eléctrica os espera, a vosotros y a vuestro presidente.

Qué bonito.

Una proposición modesta

Recibí una nota del John Allen preguntándome si quería ser el coanfitrión de una «ministerial» con él en Kuwait. Todavía me estaba acostumbrando a la terminología diplomática, por lo que no estaba del todo seguro de lo que era una «ministerial», así que se lo pregunté a mi jefa de gabinete, Jen. Me contestó: «Es un marrón, eso es lo que es».

Me explicó las distintas categorías de reuniones internacionales. Están los encuentros de líderes, como las cumbres de la OTAN o la Asamblea General de Naciones Unidas, que son para jefes de Estado. El siguiente escalón lo ocupan las ministeriales, organizadas para ministros y secretarios de Exteriores. Luego están las subministeriales, que incluyen reuniones de los directores generales. Y por debajo de eso se encuentran las reuniones de personal.

Con el imprimátur del presidente, el general Allen había invitado a los ministros de todos los países que queríamos en la coalición contra el Estado Islámico, entre ellos los Estados del Golfo y nuestros otros aliados en Oriente Medio, así como varios países de la OTAN. Según él, al ser coanfitrión, yo podría aprovechar la reunión para captar a otros países para la coalición de comunicaciones.

Mi plan era hacer un par de paradas en Oriente Medio antes de ir a Kuwait. Quería familiarizarme más con los medios de comunicación de la región, y ver hasta qué punto estarían dispuestos a ayudarnos en los mensajes contra el Estado Islámico. En Dubái, me reuniría con la directiva de los grandes canales árabes y con el viceministro de Exteriores de los Emiratos Árabes, antes de continuar a Kuwait City para la ministerial.

Dubái es la ciudad más grande de los Emiratos Árabes Unidos. También es la más relajada y occidental de las ciudades árabes. Las discotecas y los hoteles sirven alcohol, y la mayoría de las mujeres no llevan velo. En mi segunda noche allí, cené con el director de una cadena de noticias de Oriente Medio en una de las altísimos rascacielos de vidrio de la ciudad. Nos sentamos ante una mesa absurdamente larga de la sala de juntas, aunque por suerte uno enfrente del otro en el centro, no en los extremos. Solo estábamos nosotros dos, pero teníamos media docena de camareros y un sinfín de platos de comida. Bahz, como llamaremos al ejecutivo, rondaría los cuarenta años, lucía un precioso traje de raya diplomática hecho a medida, y tenía una sonrisa cálida. Su inglés era coloquial e impecable.

—La televisión árabe ha sufrido una transformación —dijo—. En diez años, hemos pasado de tener varias decenas de canales a más de mil. Y entre todos pierden alrededor de cinco mil millones de dólares. ¿Por qué? Porque están financiados por Gobiernos y multimillonarios. Aun así, hay una enorme pelea por el *mindshare* (que mide el porcentaje de personas que piensan en una determinada marca o producto). Ha habido un relativo declive en la popularidad de los contenidos estadounidenses. Antes, no había otra opción. Solo películas y televisión norteamericanas. Pero ahora hay culebrones turcos. Hay Bollywood y Nollywood, series libanesas y jordanas; hasta hay concursos y *realities* rusos.

Entonces pasó a hablar de las noticias:

—El problema de los medios informativos árabes es que se alimentan del conflicto. Dondequiera que haya conflicto, lo magnificamos. Al Jazeera es la más vista, pero solo la mitad de los

telespectadores confían en ella. Es el canal de los Hermanos Musulmanes cataríes y el canal de la calle. Al Arabiya es el canal saudí, y Sky News Arabia es el canal de los Emiratos Árabes. Pero la mayoría ve y sigue confiando en los canales estatales, Egypt 1, Jordan TV y LBC en Líbano. Aún se depende de ellos.

Yo quería hablarle de cómo su canal y otros informaban sobre el Estado Islámico. Según nuestras averiguaciones, creíamos que gran parte de los canales árabes retrataban al Estado Islámico de un modo neutral. Le dije que su cobertura informativa tendría que endurecerse.

—Bueno —contestó, cambiando el tono—, deje que le haga una pregunta: ¿qué están haciendo ustedes con Siria e Irán? Esos son los verdaderos problemas de Oriente Medio. El Estado Islámico no es más que un asunto por resolver que tienen ustedes en Irak. Y los atacan ahora porque han decapitado a dos estadounidenses. Al Assad ha matado a decenas de miles de personas. En Irak, pusieron a Maliki al mando, aplastó a los suníes y dejó entrar a Irán. Irán está intentando crear un califato chií. Me parece bien esta coalición que están montando. Pero no contará con el apoyo de la gente de Oriente Medio. Ven a Estados Unidos como la causa del problema, no como la solución.

Era un exabrupto. Escuché sin intentar rebatirle, aunque hubiera podido hacerlo. Ya había oído el mismo argumento de labios de todas las personas con las que había hablado durante mi viaje. No creo que nadie me comentara el conflicto entre Israel y Palestina, en su momento considerado como un problema clave en Oriente Medio, y que seguía siéndolo para Estados Unidos. El ascenso del Estado Islámico y el extremismo islámico había desplazado la lucha israelí,

mientras que la desgracia de la guerra civil siria había eclipsado los problemas de Palestina.

En mi última tarde en Dubái, fui a la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores para reunirme con el funcionario al que Washington podría ayudar a crear la coalición de comunicaciones. Llamémosle «doctor Ahmed». El ministerio se encontraba en el centro de la ciudad, en un altísimo edificio moderno con un atrio bañado de luz. Sabía que miles de personas trabajaban en él, pero apenas se veía un alma en el vestíbulo. Me condujeron hasta el despacho del doctor Ahmed, donde no parecía haber una sola hoja de papel. El doctor Ahmed lucía un impecable *thaub* blanco, barba de varios días y tenía cierto brillo en los ojos. Sus suaves zapatos marrones eran de Tod's.

Mi idea era meterme de lleno en lo que estábamos haciendo para combatir al Estado Islámico y nuestro plan para la coalición, pero el doctor Ahmed iba un paso por delante de mí. Ya conocía al general Allen y nuestras líneas de esfuerzo. Sabía que yo dirigía la línea de comunicaciones. Estaba al corriente de muchas cosas. Me dijo que le gustaría ayudar, pero antes quería explicarme algo.

—Estados Unidos está ganando y perdiendo —dijo, con un deje británico en el acento—. Ganan en el campo de batalla, pero están perdiendo la guerra ideológica e informativa. Es un poco paradójico, ¿sabe? Aunque se impongan en el campo de batalla, eso no hace más que alimentar la guerra informativa del Estado Islámico. Ellos dicen: «Esos matones occidentales nos están destrozando». Me temo que ustedes siempre serán Goliat. —Y entonces sonrió—. Nunca se los va a ver como unos libertadores.

Ahmed era muy sincero respecto al verdadero problema:

—Tenemos que hacer más. Esto es un problema islámico, no occidental. Pero no todo el mundo quiere ayudar —dijo. Y me preguntó acerca del CSCC, que aparentemente también conocía. Le dije que seguía progresando—. Mire —añadió—, el CSCC hace muy poco, y malo. Son torpes. Hay clérigos suníes con más de un millón de seguidores en Twitter. Ustedes ni siquiera pueden compararse con ellos.

Empezamos a hablar de la ministerial que iba a celebrarse un par de días después. Quería conocer su opinión y contar con su ayuda. Sin embargo, la reunión parecía causarle indiferencia: creía que no acudiría la gente que debería asistir y que los países árabes tampoco tenían demasiados deseos de ayudarnos. Pero era evidente que él sí tenía ganas de hacerlo. Se inclinó hacia mí y dijo:

—¿Por qué no organiza usted un comité directivo para crear mensajes contra el Estado Islámico? Entre Estados Unidos y unos cuantos aliados árabes. El propósito sería encontrar una estrategia en las redes sociales. —Hizo una pausa—. No lo haga demasiado amplio. Ni demasiado ambicioso. Que sea algo contenido.

Aquella fue la primera de muchas ocasiones en las que el doctor Ahmed me propuso que hiciera algo sin esperar ningún reconocimiento. Se rio y añadió que, en el mundo árabe, nadie quería levantar la mano en clase: «Inténtelo, y yo le ayudaré», concluyó.

La reunión ministerial iba a celebrarse en un hotel céntrico de Kuwait City. Llegué la víspera y me encontré con que el hotel me había pasado a una habitación superior. El gerente, un kuwaití bajito y simpático, me acompañó hasta una *suite* algo estridente y excesiva, llena de almohadas y pan de oro. Me urgió a que hojeara una copia

de la revista del hotel que tenían sobre una mesita de mármol. En la portada había una foto de una joven vestida con túnica negra hablando en la ceremonia de graduación de Harvard. «Es mi hija», dijo. La chica había sido la mejor de su promoción, y su discurso giró en torno a la necesidad de construir una sociedad civil en Oriente Medio. Eso era poder blando estadounidense.

Los kuwaitíes son unos rigoristas de la cortesía. Una delegación vino a recogernos al general Allen y a mí por la mañana y nos acompañó hasta el salón donde se celebraría la reunión. Aunque era una ministerial, no asistiría ningún ministro de Exteriores. Pero entonces, esa misma mañana, los kuwaitíes se enteraron por los emiratíes de que el doctor Ahmed estaría presente. La noticia generó cierto revuelo, pues Ahmed sí era ministro. De repente, todas las delegaciones árabes empezaron a echar músculo con los cargos más destacados de su representación.

Para cuando nos sentamos, todo estaba perfectamente organizado. Éramos cuarenta sentados en torno a una mesa gigante en forma de U. Todas las delegaciones salvo la nuestra lucían thaubs y kefiyas. El general Allen abrió la sesión dando la bienvenida con un «altezas y excelencias». No pude evitar sonreír, pero fui el único. Creí que estaba siendo irónico, pero en la diplomacia no hay mucha ironía. Según iba a descubrir, era muy buena manera de empezar. Con todos los nombres de dignatarios extranjeros que había que memorizar, el mejor atajo consistía en asentir diciendo: «Excelencia». Aunque un diplomático no tenga rango que merezca un «su excelencia», a ningún funcionario gubernamental en la historia le ha importado que se lo llamen.

El general Allen era un diplomático nato. Alabó a todos los países árabes por la labor que habían hecho para combatir al Estado Islámico. Se aseguró de no referirse a ella como «nuestra lucha» ni «su lucha», sino de una lucha que involucraba a cualquiera con algún sentido moral o creencia religiosa.

Nuestro coanfitrión kuwaití tenía una voz completamente opuesta a la resonante de John y hablaba en un murmullo apenas audible. Al echar un vistazo a la agenda del día, comprobé que cada punto recapitulaba otro anterior. Así es como se estructura la mayoría de las reuniones diplomáticas. Todo el mundo tiene la oportunidad de hablar sobre cada tema.

Cuando el coanfitrión terminó, empezó a ceder la palabra a los representantes de los países presentes. Cada delegado llevaba preparado un texto, que leía independientemente del tema que discutir en la agenda. Cuando llegó mi turno de presidir y dar la palabra a otros, hice exactamente lo mismo. Eso es diplomacia.

Mi intervención llegó al final de la primera parte de la reunión y expliqué a todos que teníamos varios objetivos sencillos: fortalecer la cooperación en el espacio de los mensajes, apoyar a la coalición y amplificar las voces de terceras partes. Dije que, a pesar de que no todos los países serían capaces o estarían dispuestos a participar en la coalición militar, todos podrían colaborar en la coalición de comunicaciones.

Uno de nuestros problemas era que cada país del Golfo tenía un motivo ligeramente distinto para despreciar al Estado Islámico que no se ajustaba a una narrativa común. Es más, todos rechazaban y temían a Irán mucho más que al Estado Islámico. Y, aunque la popularidad de este en el Golfo no alcanzaba los dos dígitos, la

nuestra tampoco estaba mucho mejor, rondando el veinte por ciento. Los diplomáticos también son políticos.

El doctor Ahmed llegó alrededor de hora y cuarto tarde, rodeado de un séquito considerable. Se acercó a saludarme sonriendo con un dramático abrazo y me susurró al oído: «Hagamos un aparte de quince minutos en el descanso». En el argot diplomático, un aparte es una charla en privado.

Al término de la sesión matutina, en la que Ahmed habló brevemente, teníamos un descanso de media hora. Subimos apresuradamente a la habitación de Ahmed, que humillaba a la mía en tamaño y opulencia. Tomó asiento en un ornamentado sofá y dio una palmadita sobre el espacio que había quedado su lado. No se anduvo con rodeos.

—Tengo una modesta propuesta —dijo, y me preguntó qué me parecería la idea de un centro de conexión EE. UU. - EAU contra el Estado Islámico—. Nosotros la construiríamos y la pagaríamos, y ustedes nos ayudarían con algo de personal. Podríamos hacerlo en Abu Dabi, y se podría poner en marcha dentro de unos meses. Luego se podría ampliar a unos pocos elegidos de la coalición, pero no a todos. ¿Qué le parece? —insistió.

En fin, la idea me encantaba. Y, de un modo muy poco diplomático, se lo expresé.

Una de las cosas que aprendí y que acabé agradeciendo del doctor Ahmed en particular y de los Emiratos Árabes Unidos en general era su deseo de que las cosas se llevaran a cabo, sin importarles a quién se atribuyese el mérito. Corrijo: en realidad, preferían no llevarse el reconocimiento. En muchos sentidos, eran opuestos a Estados

Unidos: nosotros siempre queríamos llevarnos el mérito, aunque no hubiéramos hecho el trabajo. Ahmed quería hacerlo y cedérnoslo todo. Lo llamaba centro de conexión EE. UU. –EAU, con el «Estados Unidos» en primer lugar.

Lo que más me motivaba de la idea era que podría servir de ejemplo para todo nuestro trabajo de comunicaciones contra el Estado Islámico. Si no éramos mensajeros creíbles, al menos debíamos unirnos con alguien que lo fuese. La noción de que la voz de Estados Unidos debería estar por encima de las demás era puro narcisismo estadounidense. El nuevo centro de conexión trabajaría con el CSCC. Nos quitaría parte de la carga de nuestros esfuerzos de comunicación. Si, como decían mis colegas del ejército, hacía falta una red para derrotar a otra red, ese sería nuestro modo de crearlo.

Menos de dos días después de regresar a Washington, ya teníamos una nota conceptual sobre lo que denominamos el centro de comunicaciones EAU – EE. UU. contra Estado Islámico (con el «EUA» delante).

Culpa mía

Llegué relativamente tarde a Twitter. Cuando estaba en *Time*, apenas lo utilizaba. Sin embargo, en el Departamento de Estado, me enamoré de esa plataforma. Se podía mantener una conversación con gente de todo el planeta. Urgí a todos nuestros embajadores a meterse en ella y a que convencieran a cuantos funcionarios fuera posible en sus destinos de hacer otro tanto. En el departamento, todo el mundo debía ser un soldado de a pie en la guerra mundial de la información. Cada día, mis ayudantes especiales escribían una serie de tuits para que eligiera entre ellos. Al ser publicaciones del

Departamento de Estado, solían ser bastante templados, evidentemente, pero ya era algo.

Yo también tuiteaba a título personal, especialmente los fines de semana. Como ya he dicho, había empezado a utilizar el hashtag #UnitedForUkraine. Un sábado por la tarde estaba en casa y acababa de leer un par de artículos sobre las maniobras de los rusos para engañar a la gente sobre el accidente del vuelo 17 de Malaysia Airlines. El MH17 había sido derribado mientras sobrevolaba Ucrania, lo que causó la muerte de los doscientos noventa y ocho entre pasajeros y tripulación. Fue alcanzado por un misil Buk tierra-aire ruso disparado desde una zona controlada por separatistas respaldados por Rusia.[21] Nuestra inteligencia y varias fuentes abiertas apuntaban a que el ejército ruso les habría suministrado el misil que casi con toda probabilidad derribó el avión por error. Es más, un líder de los separatistas escribió en VKontakte, la versión rusa de Facebook, que sus fuerzas habían abatido un aparato que habían identificado erróneamente como un avión militar ucraniano.[22]

Sin embargo, los rusos habían emprendido una campaña de desinformación para desviar las culpas a cualquiera que no fueran ellos. Una noticia de RIA Novosti, agencia informativa del Estado ruso, citó a un testigo ocular que decía haber visto cómo el aparato era derribado por aviones de combate ucranianos.[23] Otra crónica de Russia Today citaba a un controlador aéreo español llamado Carlos que también afirmaba que el avión había sido derribado por el ejército del aire ucraniano.[24] (Ninguna otra agencia de noticias logró dar con el tal Carlos.) Los canales rusos llegaron a promover una descabalada teoría conspiratoria de que el avión era un señuelo de

creación estadounidense cargado con explosivos y cadáveres, para que Estados Unidos y Occidente pudieran acusar a Rusia de estar detrás del derribo. El planteamiento ruso con sus mensajes era como la vieja estrategia de artillería soviética: disparar *tous azimut*s (una expresión francesa que significa «abrir fuego en todas direcciones a la vez»). El objetivo era confundir, no convencer.

Irritado por lo que había leído, cogí mi iPad para redactar un tuit. Tenía la sensación de que no éramos lo suficientemente explícitos al acusar a Rusia de lo que había sido un acto de terrorismo en masa. Escribí sobre la pantalla: «Fundamental que haya una investigación completa, creíble y sin trabas del accidente. Urjo a Rusia a que cumpla con sus compromisos».

Siempre he creído en los correctores, y el departamento correspondiente de *Time* habría detectado mi error de ortografía. ¡Pero ojalá esa hubiera sido mi única equivocación! La rabia y Twitter son una peligrosa combinación, especialmente para un funcionario del Gobierno.

Después de escribir el texto, quise añadir el *hasthag* #UnitedforUkraine. En Twitter, cuando introduces un hashtag, el servicio usa la función de autocompletar para darte opciones. Yo empecé a escribir #Unitedfor… Era bastante nuevo en Twitter, y no estaba familiarizado con la herramienta ni sabía que hubiera otros hashtags #Unitedfor aparte del de Ucrania. Pues resulta que había unos cuantos, pero yo no me fijé y acepté el primero que salió: #UnitedforGaza.

Así pues, tuiteé mis dos frases con el hashtag #UnitedforGaza. No reparé en ello hasta que empezaron a llegarme decenas y luego centenares de respuestas acaloradas. Muchos de ellos hacían alusión

a mi labor como editor de *Time*, donde, de vez en cuando, se me había acusado de ser parcial contra Israel.

Sadegh Gorbani (@GhorbaniSadegh) tuiteó:

> Subsecretario de @JohnKerry & veterano de *Time* Rick @Stengel tuiteó #UnitedforGaza en una aparente metedura de pata (el tuit sigue ahí).

El señor Aye Dee tuiteó:

> No creo que sea lo bastante explícito, ¿por qué ir a por todas diciendo #EstoyConHamas?

Viendo las quejas, pensé que debía hacer algo al respecto y, al final, agravé el error. Escribí:

> El tuit anterior con *hashtag* equivocado fue un error. Culpa mía.

Y eso provocó un aluvión de respuestas, algunas de las cuales me parecieron realmente graciosas. Rachel Ward (@RachelWard301) contestó:

> «Culpa mía». Eso es algo que diría un chaval de doce años. Vergonzoso que represente a este país.

Alguien que se hacía llamar Rabbi MacBones [rabino MacBones] escribió:

> Dice «culpa mía» como si estuviéramos pasando el rato en la calle.

Informé a Jen de lo ocurrido. Me dijo: «No haga nada, por favor». Solía ser su consejo en momentos de crisis. Su actitud era siempre la de: «Cualquier cosa que haga probablemente empeore las cosas».

El furor que se desató *online* se vio acompañado por un puñado de noticias que se regocijaban con mi error. Así, el *Washington Times* publicó un artículo titulado «Culpa mía. Alto cargo del Departamento de Estado pide disculpas por tuit con #UnitedForGaza».[25] Además, decía que «los usuarios de Twitter no se tragaron las disculpas del señor Stengel». Y en The Forward: «¡Ups! Diplomático novato Rick Stengel se arrepiente de tuit con #UnitedForGaza».[26] En Twitchy, la noticia simplemente decía: «Menudo gilipollas».[27]

Y luego estaba Breitbart News:

> El pasado domingo, un alto cargo del Departamento de Estado de Estados Unidos publicó un tuit mostrando su apoyo a Hamas, pero, ante la avalancha de quejas, no tardó en eliminarlo y pidió disculpas por su imprudencia, alegando que fue solo un «error» y que había tuiteado accidentalmente un «hashtag equivocado» [...] Resulta especialmente difícil creer la retracción de Stengel a la luz de los comentarios de su jefe, el secretario John Kerry, a quien el pasado fin de semana pudimos oír atacando a Israel por sus actuaciones en defensa propia.[28]

Al cabo de pocos minutos, mi error se había convertido en carnaza para todo tipo de troles y bots rusos. Se lanzaron como un enjambre de abejas. El Grupo Operativo de Ucrania había aumentado los tuits diarios a entre treinta y cuarenta tuits, pero los troles y bots llegaban a esa cifra en un minuto.

En cierto modo, el revuelo generado por mi tuit fue un ejemplo de cómo operaban los rusos. Realmente, el objetivo no era burlarse de un error ni de una persona, sino desviar la atención del verdadero tema, en este caso, la culpabilidad de Rusia en el derribo de un avión de pasajeros. No creo haber leído un solo tuit en el intercambio de

mensajes a raíz de mi error que dijera nada sobre su responsabilidad en el asesinato de doscientos noventa y ocho inocentes. Ese era su objetivo desde el principio. Misión cumplida.

De error en error

Una mañana de invierno de 2015, poco después del incidente de #UnitedForGaza, me despertó temprano una llamada de David Wade, jefe de gabinete del secretario de Estado.

—El CSCC ha tuiteado que Austin Tice está muerto —dijo.

Austin Tice era un excapitán de la Marina convertido en periodista *freelance* y secuestrado en Siria en 2012. Había trabajado para McClatchy, el *Washington Post* y la CBS.[29] Era uno de los pocos periodistas occidentales sobre el terreno en Siria y no sabíamos dónde se encontraba. Tampoco si estaba vivo o muerto. El tema de los estadounidenses secuestrados en territorio extranjero era muy muy delicado. Fundamentalmente, era el Centro Nacional de Seguridad el que se encargaba de ello, pero John Kerry y su jefe de gabinete también habían mostrado gran interés.

—La familia está muy disgustada —dijo David.

Contesté que los llamaría en cuanto aclaráramos el asunto.

Este es el tuit que el CSCC publicó la víspera de Año Nuevo:

> Al entrar en 2015, es momento de honrar a algunas de las muchas víctimas del terror y a sus familias. DEP.

El problema era que incluyeron una foto de Austin Tice.[30]

A través de la gente de Inteligencia, supe que la situación de Tice no había cambiado en absoluto. Aparentemente, un contratista había reutilizado un tuit sobre las personas cuyas vidas se habían visto

afectadas por el extremismo y lo había convertido en una publicación en recuerdo de a las víctimas. Ahora lo primero era emitir un tuit disculpándonos. Pedí a uno de mis empleados que lo escribiera. Era sencillo y directo. Un poco torpe, pero estaba bien. Saquémoslo.

Sin embargo, aún no había pasado por el proceso de autorización. El correo electrónico en el que recibí el texto de disculpa de ciento cuarenta caracteres tenía más de treinta nombres, y casi todos ellos sentían necesidad de opinar. La oficina de Oriente Medio ya había dado su beneplácito, también Asuntos Públicos y Asuntos Consulares, pero Asuntos Legales no, pues se oponían al uso del nombre de Austin Tice, aduciendo que eso haría responsable al departamento. En fin, habíamos cometido un error, cosa que a mí me parecía bastante evidente. (Sabía un poco sobre responsabilidad en el terreno editorial.) Di orden al CSCC de publicarlo y dije que me enfrentaría personalmente con cualquier objeción.

Publicada la disculpa, llegó el trago de llamar a la familia Tice. Según me habían dicho, la madre de Austin estaba muy afectada por el error. Contestó el padre, el señor Tice. Dijo que su esposa estaba demasiado alterada como para hablar. Le pedí disculpas por la equivocación e insistí en que era inexcusable y que la gente del Departamento de Estado estaba muy disgustada. Él se mostró sereno y comprensivo, diciendo que ya había visto la disculpa y la agradecía. Luego añadió que creía que su hijo seguía vivo, que agradecía el apoyo del departamento y que este tipo de errores tal vez eran cosa de la burocracia. A lo mejor había trabajado alguna vez en el Gobierno, pensé.

Aquello fue un nuevo recordatorio de que, aunque el CSCC estaba escaso de personal, de armas y, en ocasiones, de agudeza frente a los

yihadistas digitales, a menudo nosotros éramos nuestro peor enemigo. Sencillamente, este tipo de cosas no se nos daban demasiado bien (y me refiero a todo el Gobierno). Hay un viejo dicho en periodismo que reza: «Somos más rápidos que cualquiera mejor que nosotros, y mejores que cualquiera más rápido». El CSCC era más lento y peor.

A esas alturas, también nos habíamos dado cuenta de que el Estado Islámico era una red bien distribuida. Al igual que los rusos, tenían números y envergadura. Y, como ellos, parecían recibir temas de su oficina central de medios. Nuestros servicios de Inteligencia y varias fuentes abiertas, como Brookings Institution, calculaban que había entre tres y cinco mil yihadistas digitales hiperactivos llevando gran parte de las redes sociales del Estado Islámico.

Por las mismas fechas, Alberto Fernández, director de CSCC, me comunicó su intención de jubilarse. En un principio le había pedido que se quedara un año más. Tampoco tenía demasiadas opciones. Cuando sacamos la plaza y solicitamos currículos del Departamento de Estado (una organización de más de cincuenta mil personas, de las cuales casi quince mil eran funcionarios de Exteriores) se presentó un solo candidato. Uno.

Sin embargo, en ese momento, el CSCC estaba creciendo y recibiendo bastante atención por parte del Centro Nacional de Seguridad (NSC). Teníamos una oportunidad de contratar a alguien capaz de llevar a la organización a otro nivel. Cuando sacamos la plaza, el sistema de personal tampoco lo hizo mucho mejor. Había un puñado de nombres, pero solamente una de ellos se mostró interesada en hacer una entrevista. Era una funcionaria de

Exteriores retirada que no hablaba árabe, tampoco tenía mucha experiencia en Oriente Medio, y nunca había se había metido en Twitter. Me puse en contacto con una serie de funcionarios de Exteriores que pensaba que podían encajar con el perfil. Todos reaccionaron igual. El CSCC seguía siendo un desconocido, un posible rodeo, o incluso un callejón sin salida.

Al Centro Nacional de Seguridad nunca le había convencido la dirección del CSCC, y ahora que Fernández se jubilaba, tenían a su propio candidato para sustituirle: el candidato de Ben Rhodes, un joven que había trabajado con él llamado Rashad Huseín. *A priori*, parecía un candidato de ensueño: abogado estadounidense musulmán nacido en Wyoming y que había trabajado con el NSC en antiterrorismo. También tenía experiencia como enviado de la Organización de Cooperación Islámica. Además, era *hafiz*, que en árabe significa una persona que se sabe de memoria los 6236 versos del Corán.

Llevaba tiempo creyendo que tener a un estadounidense musulmán llevando las riendas del CSCC sería una buena idea. Al hablar con Huseín, mostró gran entusiasmo por el trabajo. Dijo que sería un gran embajador del CSCC en el mundo. Como hablante de árabe y *hafiz*, podría dialogar con líderes religiosos y políticos. Construiría la coalición de comunicaciones. Me expresó su deseo de crear un futuro para sus dos hijos en un mundo donde no existiera un grupo tan lleno de odio. Decía que no descansaría hasta que ganáramos la batalla. El puesto era suyo.

Volver a calibrar frente a Rusia

Hablaba bastante del Grupo Operativo de Ucrania en la reunión de las 8.30. Lo suficiente como para que, un día, el secretario Kerry dijera que le gustaría visitarlo para dar su enhorabuena o «*attaboy*» a la gente que trabajaba allí. No era algo que ocurriera todos los días en el Departamento de Estado. Sabía que el equipo estaría emocionado, pero también le dije al secretario que, a pesar de que nos enfrentábamos a un problema de gran envergadura, el grupo era un operativo muy reducido, y consistía en unas catorce personas sentadas ante ordenadores portátiles en una oficina gris y sin ventanas en las entrañas del Edificio. «Ningún problema», contestó.

John Kerry pasaba gran parte de su tiempo en Mahogany Row, en el séptimo piso. Tenía un ascensor propio que le llevaba del garaje a su despacho. Aquella mañana, tuvimos un guía para conducirnos hasta la oficina del Grupo Operativo, ya que no quería que nos perdiéramos. Mientras caminábamos hacia allí (en mi caso, dando saltitos para seguir el paso) le fui informando y, como siempre, lo captó rápidamente.

En aquel momento, Kerry hablaba casi todos los días sobre Ucrania y Crimea con el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Serguéi Lavrov. Su opinión de Putin y de Rusia era compleja. Ya he dicho que en la Casa Blanca se le consideraba «blando» con Rusia, empleando términos de la Guerra Fría. Pensaban que se mostraba demasiado dialogante. Pero Kerry creía posible ser duro con los rusos al tiempo que se parlamentaba con ellos. No es que su intransigencia y sus engaños no le molestaran; simplemente, pensaba que conseguiríamos más tratándoles como querían, como una gran potencia, aunque no lo fuesen. Cuando Obama describió

intencionadamente a Rusia como una «potencia regional», fue el peor de los insultos posibles para Putin.

Kerry solía expresar su frustración con Putin y Rusia en la reunión de las 8.30. Creía que nunca eran honestos con nosotros. Sin embargo, era capaz de comprender su manera de ver el mundo. Recuerdo que una vez dijo que Putin sacaba los mismos temas prácticamente cada vez que se reunían, como la expansión de la OTAN hacia el este más allá de lo que en un principio planteaba, o el envío de misiles y tropas estadounidense a países del Tratado. Solía decir: «Esas naciones están en mi frontera. ¿Cómo quieren que reaccione?». Y siempre insistía en que, desde la caída de la Unión Soviética, Occidente se había aprovechado de una Rusia debilitada.

El secretario pensaba que había gente en el Departamento de Estado y en la Casa Blanca que socavaba sus esfuerzos en lo relativo a Rusia. Recuerdo una ocasión en la que dijo exasperado durante una reunión de las 8.30: «No podemos tener más de una política exterior con Rusia dentro del Edificio».

Al llegar a la oficina del Grupo Operativo, se colocó en el centro de aquel espacio sin ventanas. El equipo estaba trabajando ante sus portátiles, de cara a la pared. Para ellos, ver al secretario de cerca no era algo que ocurriese cada día. De hecho, no ocurría nunca. Para ellos, el séptimo piso era como un monte Olimpo imposible y oculto entre las nubes. Además, en grupos reducidos, Kerry tenía una actitud relajada e informal que, probablemente, la mayoría de ellos tampoco conocía. Y su entusiasmo era palpable.

Empezó diciendo que solo quería bajar y darles la enhorabuena a todos.

—Rick no para de hablar de vosotros —prosiguió—. Tenemos que contraatacar en esta guerra informativa —Al decirlo, apretó el puño —. Hemos de ser proactivos con nuestros mensajes —añadió—. No solo reactivos. Este problema no va a desparecer, y vamos a tener que impulsar esto.

A pesar de que se equivocara en su actitud diplomática con los rusos, sabía que necesitábamos contraatacar de otras formas. Conocía mejor que nadie que ellos siempre trabajaban a dos niveles, socavando nuestros intereses al tiempo que dialogaban con nosotros. A continuación, empezó a hacer preguntas de un modo bastante periodístico. ¿Cuántos tuits publicábamos al día? ¿Cuántos hacían ellos? ¿Cómo medíamos la eficacia de lo que estábamos haciendo?

Will Stevens dio las gracias al secretario y, como buen líder que era, cedió la palabra a varios miembros del equipo para que contestaran a sus preguntas. Supuso toda una inyección de moral.

Y la iban a necesitar porque, aunque no se lo había contado al secretario mientras bajábamos, la permanencia de Will en el grupo se estaba agotando. Solo le tendríamos hasta que asumiera su nuevo puesto en Moscú. Se marchaba justo cuando el Grupo Operativo empezaba a coger fuerza.

Hablé con Will y le comenté que, si quería librarse de su rotación en Moscú y quedarse con nosotros en el Grupo Operativo, podía encargarme de ello. Pero tenía ganas de marcharse. Ir a Moscú era como un viaje al corazón de las tinieblas. Y allí era donde quería estar.

El Grupo Operativo de Ucrania perdió mucha fuerza en las semanas siguientes a la marcha de Will. Publicaban menos en las

redes sociales. Se arriesgaban menos. La energía de Will y su estilo de no aceptar un no por respuesta ayudaban a compensar la actitud reticente de las oficinas europea y de Asuntos Públicos. En cuanto se fue, empezaron a presionar para recuperar terreno. Era una verdad de Perogrullo en el departamento: cada oficina quería controlar cualquier cosa que creyera en su territorio. EUR parecía más interesada en que el grupo respaldara sus operaciones políticas, mientras que Asuntos Públicos quería supervisar a cualquiera que emitiese mensajes.

Dar con Will ya había sido una ardua labor, y *a priori* tampoco se me ocurría nadie adecuado para relevarle. No quería perder la inercia, pero, al mismo tiempo, sabía que sería bueno hacer una pausa para pensar cómo institucionalizar en el departamento la producción de narrativas contra Rusia. Recientemente había oído a uno de mis amigos emplear una expresión militar: «Si ves que caes, lánzate con todo». Pensé que tal vez no debería enfrentarme con EUR y PA, sino colaborar con ellos. Si se apropiaban del grupo, tal vez invertirían tiempo en él.

Fui a ver a Toria Nuland, secretaria adjunta de EUR, para hablar de ello. Sospechaba que, si el grupo quedaba en manos de su oficina, Toria se volcaría más en él. Y así fue. Juntos urdimos el plan de renombrar el Grupo Operativo de Ucrania como Grupo de Información sobre Ucrania y buscar a una persona inteligente y agresiva en EUR para dirigirlo. Para nuestra sorpresa, teníamos a esa persona delante de nuestras narices. Ben Ziff era un vicesecretario adjunto de diplomacia pública con el que ya había trabajado. Era listo, franco y apasionado ante la amenaza rusa. Cuando empezó a hablar de la desinformación, creí ver humo saliendo de sus orejas.

Además, creíamos que el grupo tendría más colaboración de las embajadas de la región si lo dirigía alguien de la oficina europea.

La idea que Toria tenía para el Grupo de Información sobre Rusia era similar al objetivo que teníamos en el CSCC: centrarnos más en contenidos de terceras partes y en voces creíbles. Trabajaría sobre la base de lo que habíamos creado, lo cual era siempre buena estrategia en el Departamento de Estado. El Grupo Operativo ya estaba elaborando manuales políticos y creando herramientas de comunicación. El nuevo grupo también produciría infografías y materiales que pudieran utilizar otros socios. Una vez más, aprovechando lo aprendido del CSCC, nuestra idea era centrarnos menos en los contenidos mordaces contra Putin, y más en material directo y fundamentado en hechos que contrastase con la desinformación rusa.

También queríamos aumentar la cantidad de portavoces rusohablantes en el mundo y en Washington. Disponer de gente capaz de comunicarse en árabe había resultado útil en nuestros mensajes contra el Estado Islámico. Nos daba credibilidad. Ahora necesitábamos más personas que hablaran ruso. El Grupo de Información sobre Rusia reuniría también a especialistas en comunicaciones estratégicas de nuestros socios europeos, la OTAN y la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, el Reino Unido, Francia y Bélgica, para coordinar las narrativas. Ellos se asociarían con nuestros talleres de diplomacia pública para ayudar a periodistas de la periferia rusa. Todo asuntos delicados.

Sin embargo, también era una forma de reconocer la realidad: éramos pequeños, y nuestro adversario, grande. Nosotros éramos la guerrilla, un papel que no se le da demasiado bien a la

Administración estadounidense. El aparato de comunicaciones respaldado por el Estado ruso era mayor, más organizado, e incluso más sofisticado que el del Estado Islámico. Paradójicamente, también permanecía más oculto. El apoyo directo al Estado Islámico se hacía bastante evidente para cualquiera en Internet. El Estado Islámico era una organización criminal. Sin embargo, los rusos disfrazaban su contenido. Adoptaban identidades. Creaban organizaciones falsas. Trataban de parecer estadounidenses. Se escondían detrás de la Primera Enmienda.

Una vez negociado cómo funcionarían los grupos, Nuland y yo enviamos un memo al secretario Kerry. Lo titulamos: «Combatir la guerra informativa de Putin». El texto resumía todo lo que haría el Grupo de Información sobre Rusia y terminaba así:

> No podemos (ni debemos) intentar enfrentarnos directamente con la maquinaria mediática multimillonaria de Putin. Nuestra estrategia actual apoya iniciativas que se pueden alcanzar con recursos adicionales o ya existentes, al tiempo que construimos una sinergia con aliados y socios para crear un contrapeso inteligente y estratégico a la red de desinformación omnipresente y bien abastecida del Kremlin.[31]

Supongo que podría decirse que tuvimos el valor de ser modestos. Sin grandes argucias. Fue una lección de cómo hacer las cosas en el Departamento de Estado: por medio de asociaciones, coordinación y dirección. No era demasiado atractivo, pero sí la real.

¿Qué hay en un nombre?

El rostro del senador Ted Cruz apareció en la pantalla de la televisión de mi despacho. «El presidente y su administración —bramó— se

niegan por principio a emplear las palabras “terrorismo radical islámico”. No se puede derrotar a un enemigo si te niegas a reconocer lo que es.»[32]

Corría febrero de 2015 y nos preparábamos para la Cumbre sobre la Lucha contra el Extremismo Violento en la Casa Blanca, una reunión de tres días entre socios nacionales e internacionales en torno a lo que la Casa Blanca denominaba «planteamientos comunitarios para combatir ideologías extremistas de odio que radicalizan o incitan a la violencia». Dicho de otro modo, el presidente quería demostrarle al país que estaba luchando contra el Estado Islámico y contra el terrorismo nacional, pero no quería llamarlos extremistas o radicales islámicos. Vale. Como quiera.

Teniendo en cuenta mi papel al mando de la línea operativa de comunicaciones en la coalición contra el Estado Islámico y el CSCC, yo sería uno de los ponentes y moderaría una mesa redonda entre representantes de países árabes. Era una buena oportunidad de promover la idea de una coalición de comunicaciones y presentar a nuestro nuevo director del CSCC, Rashad Huseín, a nuestros aliados internacionales.

Durante los días previos a la cumbre, los medios dedicaron mucho más tiempo a discutir por qué el presidente se negaba a decir «terrorismo islámico» que a hablar del propio problema del terrorismo islámico, extremismo violento, extremismo radical musulmán o como se quiera llamarlo. Mi despacho recibía a diario alguna pregunta de la prensa sobre por qué no se llamaba Cumbre contra el Extremismo Musulmán. ¿Acaso no era eso? Fox News aprovechó al máximo. Aparte de las críticas al Gobierno por no emplear esos términos, algunos republicanos fueron más allá. En

palabras de la senadora Lindsay Graham: «Estamos en una guerra religiosa con islamistas radicales. Cuando veo que el presidente de Estados Unidos y su portavoz principal son incapaces de admitir que estamos en una guerra religiosa, me preocupa profundamente». Nos venía de maravilla. Era justo lo que el Estado Islámico deseaba que dijeran los políticos estadounidenses, y lo que no querían nuestros aliados.

Sería difícil afirmar que el presidente estaba ignorando el problema: había usado miles de veces las palabras «islam», «islámico», «terrorista» y «terrorismo». Simplemente, no colocaba «terrorismo», «radical» e «islámico» juntos y en ese orden. A pesar de los arrebatos verbales, la razón era bastante sencilla: nuestros aliados árabes suníes, a quienes necesitábamos en esta batalla, detestaban esa expresión, pues la consideraban una blasfemia contra toda una religión. Estábamos dejándonos la piel para demostrarles, como dijo muchas veces el presidente, que «no estamos en guerra contra el islam». La Administración Bush también tuvo dificultades con ese mismo problema léxico y acabó empleando la misma frase: «extremismo violento».

Yo seguía la corriente y evitaba decir «terrorismo islámico», pero, sinceramente, opinaba que tampoco tenía tanta trascendencia. A menudo, me parecía que el coste de que el presidente hiciera rocambolescos juegos de palabras era mayor que el beneficio de apaciguar a nuestros aliados árabes. Independientemente de que utilizáramos o no la expresión «extremismo islámico», ya había visto pruebas más que suficientes de que los musulmanes de Oriente Medio creían que éramos «anti-islam».

En un principio, la cumbre era un evento patrocinado por el Departamento de Estado, y nominalmente seguía siéndolo, pero en cuanto la Casa Blanca vio la necesidad de demostrar que el presidente estaba involucrado en el asunto, el Centro de Seguridad Nacional tomó las riendas. A la Casa Blanca le preocupaba más el potencial del terrorismo local e hizo girar la cumbre hacia asuntos nacionales. Ese no era mi terreno. Ahora bien, cuando la Casa Blanca organiza una fiesta, todo el mundo quiere ir. Tenía ganas de que el CSCC y nuestros esfuerzos a la hora de crear mensajes contra el Estado Islámico recibieran un poco de mimo. Pero no estaba en nuestras manos. A pesar de que pagué el transporte y el hotel de todos los delegados, la Casa Blanca organizó el evento hasta en el número de minutos de intervención que tendría cada ponente, y la fuente de la letra de los cartelitos de las mesas era helvética.

En aquel momento, me encontraba en una situación delicada. El *New York Times* había publicado un artículo sobre la cumbre centrándose en el CSCC, como parte de una oleada de historias acerca de nuestra debacle en las redes sociales. El texto, titulado «Estados Unidos intensifica esfuerzos para mitigar el mensaje del Estado Islámico», explicaba cómo estábamos desarrollando el CSCC. Ya en el principio del mismo, me citaban diciendo: «Nos están ganando en volumen, de modo que la única forma de competir es agregando, seleccionado y amplificando el contenido existente». Nada que objetar. Pero la cita que levantó ampollas fue la siguiente: «Estos tíos no son BuzzFeed: no son invencibles en las redes sociales».[33] En el Departamento de Estado, especialmente en Asuntos Públicos y en el NSC, cundió la sensación de que estaba trivializando el problema al comparar el Estado Islámico con una

página que publicaba listas como «Las 15 historias más espantosas de caca que te harán sentir mejor contigo mismo». Sin embargo, la gente del Gobierno no entendía que BuzzFeed era un auténtico gigante, con casi cien millones de usuarios mensuales y miles de millones de visionados en todas sus plataformas.[34] Si el Estado Islámico (o Rusia) se hicieran tan hábiles en la red como BuzzFeed, tendríamos un verdadero problema.

El segundo día de la cumbre, debía intervenir haciendo breves comentarios y moderando una mesa redonda sobre mensajes contra el extremismo. John Kerry sería el encargado de presentarme. Habría cuatro participantes en la mesa redonda. Las instrucciones que me dio la Casa Blanca consistían en cuánto tiempo debía hablar (cuatro minutos), un guion para presentar a cada uno de los participantes (dos minutos cada uno) y rigurosas directrices sobre cuánto podía hablar cada uno de ellos (no más de doce minutos). También había varias «intervenciones» programadas, así se referían a integrantes del público seleccionados que podrían hablar durante un máximo de 3 minutos cada uno. En realidad, mi trabajo en estas mesas redondas no era moderar, sino más bien ceñirme a unas acotaciones minuciosas que eliminaban cualquier posibilidad de espontaneidad.

Ben Rhodes se encargaría de redactar los comentarios del presidente. Me había mantenido en contacto regular con él, y le tenía bastante al corriente de lo que ocurría en el CSCC. En un evento como aquel, las palabras del presidente se consideran como los Diez Mandamientos. Ben incluyó dos comentario al respecto. Primero, el presidente promocionaría el centro de comunicaciones EAU – EE. UU.: «Por ese motivo, Estados Unidos va a aunar fuerzas con los

Emiratos Árabes Unidos, por ejemplo, para crear un nuevo centro de comunicaciones digitales para trabajar con la sociedad religiosa y civil, y con líderes comunitarios en combatir la propaganda terrorista». Yo no sabía que fuera a mencionarlo en su discurso. Estaba sentado junto al doctor Ahmed, que al oírlo se inclinó hacia mí y dijo: «¡Ahora vamos a tener que hacerlo de verdad!».

Y, en segundo lugar, Obama anunció personalmente que Rashad Huseín sería el nuevo director del CSCC.

Acabada la sesión, se me acercó mucha gente, ya fuera para darme la enhorabuena o para preguntarme: «¿Cómo lo has conseguido?».

Estas cumbres, por naturaleza, no estaban pensadas para conseguir nada. Se trataba de invitar a nuestros amigos y aliados a Washington para hacerles sentirse incluidos. De dar a todo el mundo la oportunidad de brillar. Y todo el mundo se llevaba un trofeo.

Ahora bien, la cumbre nos ofreció otra oportunidad. Viendo que asistirían tantos integrantes de la coalición de comunicaciones, decidí organizar una reunión sobre narrativas. Nuestros socios musulmanes estaban encantados con la elección de Huseín como nuevo director del CSCC. A pesar de que el centro era todo un desafío de gestión en Estados Unidos, para nuestros aliados árabes y europeos representaba un brillante ejemplo. Muchos me preguntaron cómo poner en marcha su propia versión del CSCC. De hecho, empezamos a enviar a gente del centro a nuestros aliados para ayudarlos a encontrar el modo de crear sus propios centros de mensajes. Se convirtió en un patrón de lo que estábamos haciendo con los Emiratos Árabes.

Sin embargo, a pesar de la cumbre y del nuevo director del CSCC, nuestros aliados seguían mostrándose reacios a dar un paso adelante en el frente de los mensajes. Por una parte, se sentían incómodos con las redes sociales; por otra, no querían azuzar la ira de los suníes secretamente simpatizantes del Estado Islámico. El doctor Ahmed me dijo que tuviera paciencia, y con una sonrisa, añadió: «Quizá deberían haber fichado a alguien de BuzzFeed…».

La petulancia como política

Me encantaba hablar con estudiantes de intercambio.

Eran lo más delicioso y motivador del poder blando. Los alumnos de intercambio representaban el fruto más claro e inmediato (por no decir alegre) del dinero que los contribuyentes estadounidenses estaban invirtiendo en la diplomacia pública.

De hecho, los intercambios educativos son el epígrafe más grande en el presupuesto de la diplomacia pública, con las becas Fulbright como elemento destacado, con cuatrocientos millones de dólares. Ahora bien, había decenas de programas más y muchos miles de alumnos.

Uno de esos programas era Flex (Future Leaders Exchange) [Intercambio de Futuros Líderes] creado por el Congreso en 1992 tras la escisión de la Unión Soviética. Su propósito era promover un mejor entendimiento entre las antiguas repúblicas soviéticas y Estados Unidos. Cada año, el Departamento de Estado ofrecía becas a estudiantes de instituto de Armenia, Azerbaiyán, Estonia, Georgia, Kazajistán, Kirguistán, Letonia, Lituania, Moldavia, Montenegro, Polonia, Serbia, Turkmenistán, Ucrania y Rusia, país que tenía el mayor número de alumnos en el programa. Estos jóvenes aprendían

sobre Estados Unidos, mientras que sus compañeros en los institutos estadounidenses lo hacían acerca de Bakú o Bélgorod, por ejemplo. Desde la implantación del programa, más de veinte mil estudiantes de instituto de esos países habían venido a cursar un año en Estados Unidos.[35]

Flex era exactamente el tipo de programa que combatía de forma discreta el discurso antioccidental y antiestadounidense de Putin. Los alumnos rusos y de la periferia rusa vivían de primera mano nuestro país, y experimentaban lo que significa ser ciudadano en una democracia. Y sí, tal vez se les pegaba algún que otro principio. La realidad desplazaba a la desinformación.

Los alumnos del Flex fueron uno de los primeros grupos a los que me dirigí al entrar en el departamento. Mi charla tuvo lugar en el auditorio Dean Acheson, un magnífico teatro con capacidad para cerca de mil personas. Había unos trescientos cincuenta estudiantes del programa a punto de terminar su estancia en Estados Unidos. A pesar de que era el estilo predominante en el departamento, a mí nunca me había gustado dar charlas formales de pie tras un podio. Normalmente deambulaba por el espacio con un micro en la mano. En vez de empezar hablando, comencé haciéndoles preguntas a ellos. «¿Para cuántos de vosotros esta es la primera vez que estáis en Estados Unidos?». Muchísimas manos. «¿A cuántos os gustaría quedaros más tiempo?» Empezaron a reírse y aplaudir. Así que decidí cederles la palabra.

Un chico de Turkmenistán que había estado en Carolina del Sur dijo que no quería perderse lo que quedaba de temporada del equipo de baloncesto de su instituto.

Una joven rumana que estaba en Michigan aseguró que siempre había querido ir a la fiesta de graduación de un instituto estadounidense ¡y que ahora se perdería la suya!

Empecé a hacerles preguntas concretas sobre su estancia.

«¿Qué es lo que más os ha sorprendido de Estados Unidos?»

Muchas manos.

Una chica polaca que había estado en California dijo que, por todas las películas norteamericanas que había visto, ¡siempre había temido que le dispararan! Desató muchas carcajadas y un gran aplauso.

Otra chica de Georgia se levantó y dijo que había estudiado en un instituto de, exacto, ¡Georgia! Decía haberlo pasado en grande, pero le consternaba el hecho de que nadie hubiera oído hablar de «su Georgia».

Un joven serbio que había cursado su intercambio en un instituto de Virginia dijo que, a la hora de la comida, le sorprendió ver que todos los alumnos negros se sentaban juntos, todos los asiáticos juntos, las animadoras juntas, y a menudo (en ese momento su voz se apagó un poco) él se sentaba solo.

Una cosa que siempre les sorprendía era la libertad de los medios de comunicación estadounidenses. Algunos expresaban asombro e incluso inquietud ante las críticas que veían contra Obama. ¿Cómo era posible? «¡Si es su presidente!»

Otro comentario que siempre salía era lo generosas y cariñosas que habían sido sus familias de acogida en Estados Unidos. Los alumnos a veces se referían a ellos como sus madres y padres, sus hermanos y hermanas, y explicaban que sus madres habían

aprendido a prepararles su plato favorito y que sus padres los llevaban en coche a los bailes.

Varios días después, estaba en mi despacho una tarde cuando recibí una llamada de Evan Ryan, secretaria adjunta para Asuntos Educativos y Culturales.

—Los rusos acaban de cancelar su participación en el Programa Flex.

—¿Cómo? ¿Por qué? —pregunté

Evan me explicó que había habido un problema con un ruso de diecisiete años alojado con una familia en Kalamazoo, Michigan. Según ella, el chico no quería volver a Rusia (cosa que nosotros insistimos en que tenía que hacer) y se había escapado de casa. Ella se acababa de enterar, y me dijo que, por lo que sabía, el chico era homosexual y no quería regresar a su país, donde se vería oprimido. Ahora bien, todo el mundo daba por hecho que la cancelación del programa era una medida de represalias por las sanciones de Estados Unidos a Rusia.

—¿Por qué no ha salido nada en la prensa? —le pregunté.

Según Evan, sí había salido: en Rusia. Aparentemente, mientras nosotros tratábamos de proteger la intimidad del chico y su familia de acogida, los medios rusos se habían lucido contando que Estados Unidos tenía retenido al chaval, poniendo en peligro su bienestar. Los rusos sabían que si enmarcas bien una historia, creas la narrativa.

Revisé rápidamente los medios de comunicación rusos, y todos tenían una versión bastante similar de la noticia. El titular de la misma en TASS resume bastante bien el resto: «Oficial: salida de

Flex provocada por adopción ilegal de un niño ruso por una pareja homosexual».[36]

La noticia de TASS sugería que el chico habría sido sobornado por una cábala homosexual. Decía que la madre del chico había volado a Michigan para pedir a su hijo que volviese a casa, y que la reunión tuvo lugar en presencia de dos abogados «de orientación sexual no convencional» .Otro periódico ruso citaba a un funcionario de ese país responsable de derechos de menores, que afirmaba que el chico se había instalado con la pareja «y paulatinamente se habían desarrollado..., cómo decirlo con sutileza, relaciones afectuosas e íntimas».

En cuanto me puse a investigar, vi que los medios rusos habían manipulado hábilmente el discurso para su público nacional. La gente del departamento ya había hablado con la abogada del chico, Susan Reed, del Centro de Derechos para los Inmigrantes de Michigan, que, en efecto, el chico en efecto era homosexual y había sufrido acoso en Rusia. Según ella, se había mostrado reticente ante la prensa porque no quería quebrantar la intimidad del muchacho. «No me sentía con derecho a hablar de la orientación sexual de nadie que no fuera yo», añadió después. En contraste con lo que afirmaba la prensa rusa, Reed declaró que era católica practicante, que estaba casada con un hombre y que era madre de dos niños.[37]

Según nos explicó Reed, el chico se escapó de casa porque no quería volver a Rusia. Se puso en contacto con el Centro de Derechos para los Inmigrantes de Michigan, y allí se conocieron. Su madre, cuyo vuelo corrió a cargo del Departamento de Estado, tuvo la oportunidad de reunirse con él en privado al menos dos veces. Mientras tanto, varios representantes de la embajada rusa en

Washington acudieron a hablar con Reed y con el chico. En aquella reunión, según le contó Reed a Masha Gessen del *New York Times*: «Intentaron intimidarnos a nosotros y a nuestro cliente con una posible acusación criminal». En cierto momento, los rusos le pidieron al muchacho que abandonara la sala porque, según ellos, el idioma ruso no tenía ninguna palabra «políticamente correcta para referirse a la homosexualidad».[38]

La historia levantó indignación en Rusia, donde encajaba perfectamente con muchos de los temas recurrentes de Putin: la arrogancia de Estados Unidos y su menosprecio hacia Rusia; el estilo de vida homosexual y decadente de Occidente; el uso del poder blando por parte de Estados Unidos para subvertir la cultura rusa. La cancelación del programa estaba totalmente en consonancia con varias medidas tomadas hacía poco por Putin, entre ellas su decisión en 2012 de prohibir todas las adopciones de niños rusos a familias estadounidenses. Putin no quería ver a un rico y poderoso Estados Unidos adoptando huérfanos de una Rusia pobre y debilitada. Rusia acababa de expulsar de su territorio a la Agencia Estadounidense para el Desarrollo Internacional, después de que esta invirtiera cientos de millones de dólares desde el final de la Guerra Fría en ayudar a Rusia a combatir la tuberculosis y el VIH. También había cerrado decenas de American Spaces, a saber, bibliotecas donde los rusos podían acudir para leer literatura estadounidense o simplemente para estudiar.[39]

La cancelación también encajaba con el patrón oficial de homofobia ruso. En 2013, se aprobó una ley, con el respaldo de Putin, por la que se prohibía lo que se calificaba como «propaganda

de relaciones sexuales no convencionales». El decreto ilegaliza equiparar las relaciones heterosexuales y homosexuales, y multa a cualquier persona que proporcione información sobre organizaciones o manifestaciones LGTB.[40] La ley hizo que se dispararan las solicitudes de asilo de jóvenes rusos en Estados Unidos. Nuestra embajada en Moscú nos había enviado un resumen de un documental que estaba anunciándose intensamente en la televisión estatal Rossiya 1; su título era *Sodoma*. Trataba de cómo el movimiento a favor de los derechos de los homosexuales estaba provocando «el derrumbe de los valores familiares en Occidente».

Para Putin, cancelar FLEX suponía mandar un mensaje a la vez que hacía política: su anulación reafirmaba las políticas antioccidentales y servía de instrumento en su guerra mundial informativa contra Estados Unidos y Occidente. Había convertido el intercambio de estudiantes en un arma. La cancelación también tuvo un efecto inmediato sobre los doscientos veinte alumnos rusos que habían sido aceptados para el curso siguiente.

De repente, tuvimos que buscar qué hacer con esas vacantes y con los cinco millones de dólares que les habíamos asignado. Se me ocurrió una idea.

Era una idea práctica a la vez que simbólica: todo el dinero y las plazas deberían ser para Ucrania. Lo hablé con Evan y se mostró completamente a favor. Pero la burocracia del departamento en ECA y EUR creía que debería hacerse de manera más comedida: podíamos ofrecer la mitad a estudiantes ucranianos y designar la otra mitad a alumnos de Georgia, Moldavia y Armenia.

Trato hecho.

Nuestra política se convirtió en nuestro mensaje.

Lo de siempre

No tenía planeado asistir a la siguiente reunión sobre la lucha contra el Estado Islámico en París. Corría junio de 2015, y acababa de estar en Londres para un encuentro del llamado Grupo Reducido, veinticuatro países de los sesenta que formaban la coalición global para derrotar al Estado Islámico. Pero John Kerry tuvo un accidente de bicicleta en los Alpes franceses (donde había viajado para las reuniones sobre Irán) y se rompió el fémur derecho. Tenía mala pinta. Tony Blinken ocuparía su lugar y me pidió que fuera su «acompañante». Nos dijeron que el secretario participaría por teléfono, a pesar de que se encontraba en el hospital a la espera de entrar en quirófano. Suponía que estaría un poco grogui.

La diferencia entre la reunión de Londres y la de París estaba en que el Estado Islámico había tomado la ciudad de Ramadi, capital de la provincia iraquí de Anbar, asestando un serio golpe a la coalición militar.[41] La gente estaba preocupada. Todo el mundo había decidido que el tema principal de la reunión sería «Esta vez no es lo de siempre».

El ministro de Exteriores francés, Laurent Fabius, dio comienzo a la reunión en el espléndido Salon de l'Horloge en el Quai d´Orsay de París con estas palabras: «Esta vez no es lo de siempre». Mientras hablaba, vi cómo un ratón atravesaba el precioso suelo de parqué y se escondía tras las cortinas. Todos los ministros de Exteriores repitieron la frase.

Sin embargo, la cosa acabó siendo bastante lo mismo de siempre (incluido el ratón).

Hasta tal punto fue igual que siempre que ni siquiera habían revisado la agenda original para que reflejara la pérdida de Ramadi.

Nadie quería cambiar nada, aparte decir que aquello no era lo mismo de siempre. Y cuando vetan estrategias nuevas, los funcionarios gubernamentales siempre dicen que la vieja estrategia funciona.

A pesar de que no estaba presente, Kerry fue el único disidente. Habían colocado un altavoz grande en el centro de la espléndida mesa larga. De repente, la voz del secretario empezó a sonar con gran estruendo. Sonaba intensa, para nada grogui. «La coalición sigue siendo la mejor esperanza de derrotar al Estado Islámico —dijo—. Evidentemente, lo ocurrido en Ramadi es un revés… Tenemos que renovar nuestros esfuerzos.»

A mi regreso a Washington, escribí para Kerry una nota informativa de una página. Al ser breves, menos de dos páginas, las notas informativas van directamente al secretario, sin necesidad de autorizaciones. Estaba frustrado cuando la escribí, y tal vez fui un poco más franco que en la mayoría de las memos. He aquí parte de ella:

> Sin duda estará al corriente de lo ocurrido en París desde un punto de vista militar y ministerial. Déjeme que se lo cuente desde la perspectiva de los mensajes: la coalición no se comunica bien interna ni externamente.
>
> Aunque ambos planos están relacionados, empezaré por la comunicación interna. Todavía no hay ningún mecanismo para que el grupo reducido se comunique entre sí. En efecto, hay un grupo de trabajo para generar narrativas (Estados Unidos, los Emiratos Árabes y el Reino Unido), pero la verdad es que no hemos aunado esfuerzos todavía. EAU se muestra reticente, los británicos excesivamente entusiastas, y la estructura del grupo de trabajo es confusa…
>
> En cuanto al mensaje exterior, nuestra narrativa está siendo derrotada por la del Estado Islámico. Somos reactivos: pensamos en «contranarrativas», no en «nuestra narrativa». El mensaje exterior de la reunión de París, que la prensa resumió como «mantener el rumbo» y «la estrategia está funcionando», no ha sido bien recibido, al menos por los medios. Antes del encuentro, preparamos

> un manual para uso interagencial y de los socios, en el que se decía que la reunión no sería «lo mismo de siempre». Pues bien, esto no se reflejó ni en la sesión ni en su mensaje al exterior. Desde fuera, sobre todo dio la impresión de que había sido precisamente «lo mismo de siempre.»[42]

La escribí rápido y, en cuanto terminé, le pedí a mi ayudante, Kathy, que la enviara al secretario. Había que pasarla a limpio y formatearla según el modo establecido. A pesar de que no tenía que ser autorizada, sí debía pasar por «la línea» y por la oficina de Kerry.

En la reunión de las 8.30 de esa misma mañana, mencioné que había enviado una nota al secretario sobre la ministerial de París. Varias personas asintieron con indiferencia. Al día siguiente, me crucé con Tony Blinken en los pasillos del séptimo piso, y me comentó que había leído la nota y le parecía bastante potente. Se lo agradecí. «La gente debería leerla», dijo. Y la leería.

Ese mismo sábado, temprano, mi redactor de discursos, Nate Rawlings, me escribió un correo electrónico diciendo que echara un vistazo al *New York Times*. En el Gobierno, la gente comunica las malas noticias de un modo completamente neutro. Por ejemplo, si atropellan a tu perro, recibirás un mensaje diciendo: «¿Ha visto a su perro últimamente?».

—¿Qué pasa? —dije yo.

—Mire la portada —contestó.

Y allí estaba, en la mitad inferior: «El Estado Islámico está ganando la guerra de las redes sociales, concluye Estados Unidos».[43]

He aquí el principio de la noticia:

> WASHINGTON. Una valoración interna del Departamento de Estado ha hecho un diagnóstico pésimo de los esfuerzos de la Administración Obama y sus aliados exteriores en la lucha contra la maquinaria de mensajes del Estado

Islámico, reflejando una coalición fracturada e incapaz de aclararse con su propio mensaje.

La valoración llega meses después de que el mismo departamento señalase que planeaba revitalizar su campaña contra el grupo en las redes sociales. Sin embargo, ahora concluye que la violenta narrativa del Estado Islámico (promulgada a través de miles de mensajes diarios) ha «derrotado» en la práctica los esfuerzos de algunos de los países más ricos y tecnológicamente avanzados del mundo…

El documento interno (redactado por Richard A. Stengel, subsecretario de Estado para Diplomacia y Asuntos Públicos y exdirector de la revista *Time*) iba dirigido al secretario de Estado, John Kerry, tras una conferencia de dignatarios occidentales y árabes sobre la lucha contra el Estado Islámico, celebrada este año en París.

El artículo proseguía diciendo que estábamos en vías de ampliar el CSCC y que en septiembre había acompañado a Kerry en su viaje por Oriente Medio, donde habíamos comenzado a construir una coalición de comunicaciones. También citaba unas comedidas declaraciones de John Kirby, portavoz del departamento, en las que comentaba que la nota «reconoce lo que ya habíamos dicho claramente en el pasado: que debemos mejorar en nuestra labor desacreditando al Estado Islámico en el terreno informativo».

En la versión digital del periódico, aparecía un pequeño icono que decía: «Nota sobre el Grupo del Estado Islámico». Al clicar sobre él, se abría un PDF con mi nota íntegra, cosa que significaba que quienquiera que lo hubiese filtrado había adjuntado una foto del documento…, o incluso enviado una copia en papel al *New York Times*. Y todo esto había ocurrido «antes» de que Kerry leyera la nota.

Ser víctima de una filtración produce una sensación extraña, algo parecida a descubrir que han entrado a robar en tu casa. A mí me

dieron náuseas.

Las filtraciones también son información convertida en arma. Yo había sido víctima de la guerra informativa a manos de alguien de mi propio bando.

Lo primero que hice fue enviar una nota al jefe de gabinete del secretario, David Wade, para ponerle al corriente de la filtración y para pedir disculpas. Le mandé una nota parecida a Tony Blinken. Me dolía especialmente el golpe bajo que había asestado a los Emiratos Árabes Unidos y al Reino Unido. Escribí al doctor Ahmed, al embajador de los Emiratos Árabes Unidos en Estados Unidos, Yousef Al Otaiba, y a mis colegas británicos. También informé al general Allen.

¿Qué más debía hacer? Aquello era un auténtico regalo para el Estado Islámico en el terreno de los mensajes. El líder de las operaciones de comunicaciones contra el Estado Islámico del Gobierno estadounidense había dicho que éramos desorganizados y estábamos sobrepasados. Los yihadistas digitales ya habían empezado a tuitear sobre ello. Lo que más me preocupaba era el momento. El Estado Islámico estaba emitiendo menos mensajes, frente al aumento de las publicaciones contra ellos, y yo me empezaba a plantear la necesidad de cambiar de narrativa, abandonar las noticias de «seguimos perdiendo la guerra informativa»..., y entonces, de repente, surgía una nota filtrada escrita por mí que parecía confirmar la línea argumental derrotista. ¡Demonios, el propio titular sugería que estábamos perdiendo la guerra de información! (¿No estaban cansados los editores de este tipo de titulares?) Como había empezado a decir a la gente, no era cosa del Estado Islámico contra Estados Unidos: era el Estado

Islámico contra todo el mundo musulmán. No se trataba de si ganábamos nosotros, sino de si vencían los musulmanes *mainstream*.

Algo que no mencionaba la noticia del *New York Times* era lo curiosa que había sido la filtración. Evidentemente, las filtraciones son un riesgo laboral de formar parte del Gobierno, y ya se habían dado casos notables dentro del Departamento de Estado.[44] En 2012, un telegrama *top secret* procedente del embajador estadounidense en Afganistán, Ryan Crocker, llegó hasta el *Washington Post*.[45] Pero los telegramas, aunque estuvieran clasificados como secretos (cosa que no ocurría con una nota informativa), pasarían por muchas más manos que la mía. Las notas informativas al secretario no circulan digitalmente. La oficina del secretario imprime copias físicas y luego se las entrega a las personas incluidas en la lista de distribución. Así que alguien tuvo que recibir una copia original o hacer una foto digital de la nota, para poder entregársela al *New York Times*.

Por supuesto, es inevitable preguntarse quién filtró el documento. Pero es que ni siquiera estaba seguro de la razón que podía haber para hacerlo. ¿Quién se beneficiaría de ello? ¿A quién pretendía perjudicar, aparte de mí? Bueno, dañaría a la coalición… y a los emiratíes y a los británicos, pero no creía que nadie en el Departamento de Estado quisiera arriesgarse a filtrarla para eso. La mayoría de las filtraciones internas se producían cuando a alguien le molestaba que otro estuviera metiéndose en su territorio, o en un territorio que codiciaba. Muchas personas y oficinas trabajaban en la «lucha contra el extremismo violento». Estaba el Centro de Seguridad Nacional, por supuesto, la oficina de antiterrorismo, y

luego estaba J, la Oficina para la Seguridad Ciudadana, la Democracia y los Derechos Humanos.

Esperaba que nadie creyera que yo la había filtrado. Siempre te preguntas si la gente pensará que lo has hecho tú. Al fin y al cabo, había sido periodista, conocía la subcultura de las filtraciones, y probablemente se me tendría por un fanfarrón. Qué le vamos a hacer. Tal vez alguien la filtró para hacer creer que lo había hecho yo. La *kreminología* no es exclusiva del Kremlin.

El consenso general entre mi equipo cercano era que la filtró alguien de J, la Oficina para la Seguridad Ciudadana, la Democracia y los Derechos Humanos. Parecían los que competían más acérrimamente con nosotros por apropiarse del antiterrorismo. En general, estaba considerada como una oficina mal gestionada con mucha gente infeliz.

Noticia y nota salieron en todas partes, aunque donde más llamó la atención aparentemente fue en Oriente Medio. Los periódicos del Golfo informaron exhaustivamente sobre ello, subrayando la mediocridad de nuestros esfuerzos. El diario *National*, de Emiratos Árabes Unidos, calificaba la nota de «tremendamente desalentadora».[46] Los partidarios del Estado Islámico retuitearon las noticias locales y se regocijaron señalando el desbarajuste de la coalición.

Fue bastante inoportuno, pero uno de los motivos por los que no desató más revuelo es que venía a confirmar el discurso dominante. No reveló nada extraordinario: simplemente, que «seguíamos» perdiendo.

Una consecuencia inesperada de la filtración fue que yo quedé como un paladín de la sinceridad. Al final, quedó probado

nuevamente que pasábamos tanto tiempo luchando entre nosotros como contra nuestros adversarios.

El general Allen me llamó tras leer mi correo. Me dijo dos cosas. La primera: «Bienvenido a las grandes ligas». Yo me reí. Y luego añadió:

—Espero que esté tomando nota.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque es la primera vez que hemos intentado controlar la información como parte de una operación militar, y eso es todo un arte.

Alto el fuego

El Grupo de Información sobre Rusia era una propuesta en marcha desde hacía meses, y bastante representativo de todo el Departamento de Estado, con gente de Asuntos Públicos, Diplomacia Pública, Programas de Información Internacional y, por supuesto, EUR. Lo dirigía Ben Ziff, que respondía ante Toria Nuland y ante mí. Me recordaba un poco a la vieja estructura de Time Inc.: Ben era como el editor de la publicación y rendía cuentas ante el director editorial de la compañía. Decidí intervenir en una de las primeras reuniones del grupo para decir que el tinglado era de Ben y que solo quería que fueran proactivos y ayudaran a coordinar las respuestas en todo el departamento. Me reunía con él cada dos semanas para estar al corriente de lo que pasaba, pero, más allá de eso, no me metía. Esa era la manera de hacer las cosas en el Departamento de Estado, pero no estaba del todo cómodo con ella. Quería ensuciarme un poco las manos, igual que había hecho con Will Stevens. Sin embargo, cada semana recibía informes como este:

> El equipo ha alcanzado su máximo *engagement* en Twitter de los últimos tres meses, con más de doscientos treinta mil impresiones el día de ayer. Ante todo, fue consecuencia de tuitear en directo (y los retuits de la embajada de Kiev) los comentarios de S/A Nuland en el Instituto Estadounidense de la Empresa.

Quería ver si eran capaces de ser un poco más atrevidos. En octubre, tras quince meses de investigación, la Junta de Seguridad Holandesa planeaba emitir su informe definitivo sobre el derribo del Vuelo 17 de Malaysian Airlines.[47] Estábamos casi seguros de que confirmaría lo que el secretario Kerry ya había dicho ese mismo año: que el MH17 fue derribado por un misil Buk tierra-aire lanzado desde territorio en manos separatistas del este de Ucrania. Dicho de otro modo, que la culpa era de Rusia.

En nuestra reunión habitual, le dije a Ben: «Preparemos un plan de comunicaciones». Aún teníamos un puente por delante antes de entregar el informe. Ahora bien, no me cabía duda de que los rusos también se estarían preparando. El día antes de publicar el informe, el fabricante de misiles Buk, propiedad del Estado ruso, dio una rueda de prensa para comunicar que el ejército de ese país ya no utilizaba el tipo de misil que impactó en el avión de pasajeros. Piervy Kanal entrevistó a un analista de defensa del Kremlin, que dijo: «Los estadounidenses tienen fotos satelitales de todo. ¿Por qué no tienen fotos de esto?». Típico «¿Y qué hay de...?» ruso. Ese mismo día, Dimitri Peskov, portavoz de Putin, declaró que las autoridades holandesas habían ignorado información aportada por su país. Envenenar el pozo, también típico de Rusia.

El informe se publicó el martes por la mañana. Tenía la agenda repleta de reuniones, además de una ponencia ante el Atlantic Council por la tarde sobre la «lucha contra la desinformación» y una

entrevista para el *Wall Street Journal*. Les pedí a mis ayudantes especiales que me mantuvieran al corriente de lo que hacía el Grupo de Información sobre Rusia. Cada dos por tres, comprobaba si había alguna novedad. Nada. Sobre la hora de comer, uno de mis ayudantes me informó de que el Centro de Seguridad Nacional (NSC) había dicho esa misma mañana que no hiciéramos nada hasta que ellos movieran ficha. Sabía que los funcionarios de Exteriores acatarían las órdenes. Por la tarde, el NSC emitió un comunicado en el que se describía el informe como un «hito importante», confirmando que «nuestra valoración sigue siendo la misma: el MH17 fue derribado por un misil tierra-aire disparado desde territorio en manos separatistas».[48]

A continuación, la Oficina de Asuntos Públicos hizo algo parecido. Su portavoz adjunto, Mark Toner, emitió un comunicado diciendo: «Agradecemos los importantes hallazgos de la Junta de Seguridad Holandesa y su informe definitivo sobre el derribo del vuelo MH17 de Malaysian Airlines».[49]

Al cabo de la jornada, revisé las redes sociales de las embajadas afectadas y los centros de conexión europeos. No encontré nada sobre las falsas alegaciones del fabricante de Buk. Tampoco acerca las afirmaciones falsas del portavoz del Kremlin. Ni sobre ningún tipo de desinformación. Solo el comunicado de prensa del Centro de Seguridad Nacional y Asuntos Públicos.

Qué decepción.

Decidí hablar con Ben.

Él también estaba frustrado y afligido. Dijo que el NSC no quería que nadie se les adelantara. Y, después del NSC, el turno era para el

portavoz del Departamento de Estado. Para entonces, dijo, ya era seis horas tarde.

—Demos un paso atrás —dije.

—Vale —contestó—. Ustedes también trabajan en los mensajes contra Estado Islámico, ¿no?

Le dije que así era.

—Bueno —continuó—, pues eso es lo que sabemos hacer. La maquinaria del Departamento de Estado, del de Defensa y el de la comunidad de inteligencia se ha centrado en el terrorismo y los discursos terroristas. Sonará extraño —dijo—, pero el asunto de Rusia es nuevo para la gente. No lo hacemos desde el fin de la Guerra Fría. Hemos perdido nuestra memoria institucional. Tenemos cientos de personas que hablan árabe y prácticamente a nadie que hable ruso. No hay una narrativa acordada para combatir a Rusia, como la que tenemos contra el Estado Islámico. No sabemos lo que está haciendo Defensa, ni lo que está haciendo Inteligencia, si es que están haciendo algo. Estamos completamente a oscuras.

¿Y qué deberíamos hacer?

A Ben no le entusiasmaba la opción de crear contenidos; se mostraba realista al decir que tampoco creía que fuera la mayor fortaleza del Departamento de Estado. Prefería una colaboración más estrecha con nuestras misiones en el extranjero y con funcionarios de Asuntos Públicos sobre el terreno. Quería darles más margen de maniobra, para ver qué hacían.

Mencionó la posibilidad de trabajar con grupos de la sociedad civil a favor de la democracia. También me parecía bien. Voces creíbles. Que no fueran la nuestra. Bien también. Pero quería un poco más de nuestra voz, aparte de eso.

No estaba seguro de qué hacer. En mi vida anterior, habría encargado artículos y actividad en redes sociales. Ahora no podía. Había excesivas líneas de autoridad distintas, demasiados territorios distintos. Siendo realista, tenía dos talleres de contenido que no generaban mucho contenido.

Varios días después de publicar el informe del MH17, le envié un correo electrónico a Jen Stout, mi jefa de gabinete.

> Tengo la sensación de que ni el asunto contra el Estado Islámico ni el asunto contra Rusia se mueven lo suficiente. Estarás harta de oírme comparar todo con mi antiguo mundo, pero si estas dos cosas fueran proyectos de mi antigua vida, diría que ninguna de las dos ha despegado siquiera.

Me daba la impresión de que todo nuestro trabajo no había servido para nada. No sabía hasta qué punto culpa mía, hasta qué punto se debía a las costumbres institucionales del Departamento de Estado y hasta dónde respondía era al tipo de desafío con el que nos enfrentábamos. Pero me reconcomía no haber sido más práctico. Ahora bien, había toda clase de impedimentos para serlo, entre ellos el hecho de que esa no era mi labor. En realidad, el CSCC y el Grupo de Información sobre Rusia eran una parte ínfima de la cartera de diplomacia pública. En términos de gasto y recursos, representaban en conjunto cerca del dos por ciento del total de mi presupuesto. Eso sí, ocupaban el sesenta por ciento de mi tiempo.

Luego había otros impedimentos institucionales. Uno de ellos era la Ley de Privacidad. Aprobada en 1974, la ley estableció un código para la recopilación, almacenamiento y uso de información personal por parte del Gobierno. Su aprobación se produjo tras los abusos del

Watergate, en un momento en que el Congreso quería definir rigurosamente de qué modo las agencias federales podían recopilar y utilizar información sobre los ciudadanos estadounidenses. Su propósito era crear un equilibrio entre la necesidad gubernamental de tener información sobre los ciudadanos con el derecho de estos a estar protegidos de posibles invasiones de su intimidad. Sin embargo, la ley tenía un efecto imprevisto sobre lo que estábamos intentando hacer. En nuestros esfuerzos para combatir tanto al Estado Islámico como a Rusia, necesitábamos ser capaces de recabar información sobre los troles y *bots* con los que nos enfrentábamos en Internet. El problema radicaba en la llamada información de identificación personal (PII), que es básicamente cualquier información que identifique a un individuo. Esos datos estaban protegidos por la Ley de Privacidad. Recopilar PII de un ciudadano estadounidense significaba incumplir la ley. La Oficina de Asuntos Legales del departamento había decidido que cualquier cosa que intentasen el CSCC o el Grupo de Información sobre Rusia para intentar identificar a los malos también iría en contra de la Ley de Privacidad. Como consecuencia de ello, la misión era como conducir de noche sin luces delanteras.

Asuntos Legales ni siquiera nos dejaba utilizar las herramientas analíticas de Twitter ni las de Facebook, aunque cualquier particular podía usarlas gratis. Cada vez que intentábamos crear un departamento analítico interno o tratábamos de contratar a alguien de fuera, la respuesta era un no rotundo. Ni siquiera parecía haber datos sobre la desinformación rusa dentro de la propia comunidad de inteligencia. Cuando preguntaba por qué a sus empleados, se encogían de hombros y decían que ellos también estaban frustrados.

Saqué el tema varias veces con John Kerry, que prometió acabar con el atolladero. Y tanto el CSCC como el Grupo de Información sobre Rusia enviaron al séptimo piso un sinfín de memos, pero nunca se aprobó nada.

El camino correcto

En el Gobierno, las fechas límite siempre parecían elásticas. Casi siempre, todo tardaba mucho más de lo esperado. Sin embargo, el nuevo centro conjunto de comunicaciones en Abu Dabi era una maravillosa excepción a la regla: los emiratíes habían creado y construido nuestro centro de mensajes contra el Estado Islámico tres meses antes de lo prometido. Desde la definición hasta la ejecución y puesta en marcha, solo habían tardado cinco meses. Los nombramientos de embajadores tardaban más que eso.

Una razón importante de la rapidez del proceso fue la presencia de Mohamed, el segundo del doctor Ahmed, a quien había puesto al mando. Mohamed era joven, práctico y extremadamente capaz. Como muchos emiratíes, había estudiado en Estados Unidos (en este caso, en la Universidad Americana de Washington D. C.) y trabajaba de un modo tranquilo, centrado y discreto. Aproximadamente un mes antes de que abriese el centro, me llamó con una única petición: «Necesitamos un nombre», dijo. Si dependiera del Departamento de Estado, habría sido algo como Centro Conjunto EAU – EE. UU. de Mensajes anti Estado Islámico, con el impronunciable acrónimo de CCEEMAI, pero Mohamed iba un paso por delante de mí. «¿Qué le parece Sawab?», preguntó. Según me dijo, significaba «el camino correcto» en árabe. El Centro Sawab.

Me gustaba. Se quedó en Sawab Center.

Tanto Mohamed como el doctor Ahmed querían que asistiera a la inauguración. Como ocurre en la mayoría de los gobiernos, la nueva empresa no podía arrancar de forma oficial hasta que una autoridad acudiera a cortar el lazo.

A mí también me apetecía ir para demostrar a nuestra gente que la asociación con nuestros aliados árabes podía dar frutos. Nuestra nueva estrategia internacional de contranarrativas se basaba en parte en crear ese tipo de centros de conexión con nuestros aliados árabes. Formaríamos una red para luchar contra otra red. El Sawab Center podía ser un ejemplo para la estrategia. Mientras, también estábamos en conversaciones con los jordanos, los malayos y los nigerianos.

Cogí un vuelo nocturno a Abu Dabi. A pesar de que los emiratíes siempre mostraron una enorme discreción en torno al Sawab, el centro se encontraba en un moderno edificio de vidrio y acero en el corazón de la ciudad, junto al puerto. Eso sí, en el directorio del edificio no figuraba «The Sawab Center». Estaba escondido a plena vista.

El ascensor nos subió hasta una de las plantas más altas y nos dejó en una oficina moderna, elegante y diáfana que parecía una mezcla entre una redacción de última generación y una sala de crisis militar. En el centro había una enorme pantalla, de unos dos metros y medio por seis, con varias sillas y mesas delante. A su alrededor, varias docenas de jóvenes emiratíes, ellos con kefiyas y largas túnicas blancas que llaman *kanduras*, y ellas luciendo hiyabs y abayas negras (aunque la mayoría llevaba vaqueros debajo).

Mohamed se puso delante de la pantalla y les dio la bienvenida a todos. Todo era muy informal, nada que ver con un evento público o

para la prensa. Parecía mas bien una reunión familiar. Se palpaba una especie de propósito común. Presentó al doctor Ahmed como padrino del centro. Este bromeó diciendo que habían buscado el lugar con las mejores vistas de la ciudad. Los emiratíes habían creado un vídeo fabuloso sobre Sawab, con tablas y gráficos que mostraban lo que el Estado Islámico hacía *online* y cómo Sawab iba a luchar contra ello. Cuando llegó mi turno de palabra, básicamente di las gracias a Ahmed y a Mohamed, alabando el trabajo espectacular que habían hecho. Dije que Sawab era un ejemplo de cómo podíamos trabajar juntos y crear algo mejor que nada de lo que hubiéramos hecho por separado. Expresé mi orgullo por la creación conjunta y dije que simbolizaba la manera en la que Obama quería conducir la política internacional, en colaboración con nuestros aliados.

Después estuve charlando con varios de los jóvenes emiratíes que trabajaban allí. Serios y callados, eran tecnólogos anti Estado Islámico, una combinación esperanzadora que aún no habíamos logrado crear en el Departamento de Estado. Necesitábamos nuestros propios antiyihadistas digitales. También hablé con una joven emiratí que había estudiado la carrera de Ciencias Informáticas en una universidad del Medio Oeste estadounidense. Me habló del retroceso que suponía la ideología de Estado Islámico para las mujeres. Según ella, la gente de Occidente no parecía entender que las árabes pudieran ser devotas musulmanas, llevar pañuelo, y a la vez apoyar los derechos de la mujer. Sonriendo, se describía como una «feminista anti Estado Islámico con hiyab».

El único compromiso del Departamento de Estado consistía en aportar un funcionario de Exteriores sénior, y me dio la sensación de que habíamos dado en el clavo eligiendo a Ali Baskey. Empezó

siendo uno de mis ayudantes especiales, y acababa de trabajar una temporada para Ben Rhodes. Hablaba árabe con fluidez y tenía un sentido común impecable. Llevaba ya un mes en Abu Dabi, y estuvimos charlando un poco sobre lo que había visto. Me confesó que los emiratíes estaban bastante nerviosos y le dije que los lanzamientos ante la prensa siempre daban miedo. Cuando me comentó que le pedían que autorizara todos los tuits, dije que esperaba que fuera algo temporal, porque si teníamos que autorizar tuit por tuit, estaba claro que perderíamos la guerra informativa. Ali soltó una carcajada y dijo que solo necesitaban cogerle el tranquillo.

Querían empezar poco a poco, con una docena de tuits diarios. De hecho, ese primer día, pasaron de no tener ningún seguidor a tener cuatro mil, lo cual no está mal. No son cifras de Katy Perry, pero está bastante bien para una cuenta de Twitter gestionada por un Gobierno. La inauguración apareció en portada de todos los periódicos emiratíes y fue cubierta en todo el Golfo, en parte porque era un artículo sobre buenas noticias cuando todo lo demás parecía bastante deprimente.

Mi vuelo de regreso a Washington estaba programado para las tres de la madrugada. El doctor Ahmed me había invitado al *suhur,* una cena tardía que la gente hace antes del amanecer durante el ramadán. (*Iftar* es la comida que rompe el ayuno al atardecer.) Cuando le expliqué que mi avión salía a las tres, dijo: «Perfecto, puede ir directo del *suhur* al aeropuerto». Fuimos a uno de los deslumbrantes hoteles de Abu Dabi, donde el doctor Ahmed tenía un gran reservado junto al salón de baile principal. Era plena noche,

pero aquel lugar estaba lleno a rebosar de cientos de personas vestidas de fiesta y entregadas a comer y pasárselo bien.

Apenas tenía hambre, pero el doctor Ahmed pidió un sinfín de platos. No me quitaba ojo asegurándose de que lo probaba todo. Estuvimos hablando un poco sobre el Sawab, y me dijo: «Debería estar más que contento. Es nuevo y realmente nunca se había hecho antes». Asintió mirando una pipa de agua o *shisha* que había junto a la mesa. «Fumemos para celebrar —dijo—. ¿Ha fumado alguna vez de una *shisha*?» Contesté que sí, aunque creo que fue la única vez que mentí como funcionario del Departamento de Estado. El camarero sacó una selección de tabaco de sabores. Comentó que al doctor Ahmed le gustaba el de manzana. El resto eran plátano, cereza, lima-limón y canela. Yo elegí cereza. Pusieron una boquilla nueva y el doctor Ahmed me advirtió que no inhalara. No lo hice, pero la cantidad de humo que te entra en la boca puede ser abrumadora. Intenté no toser. Eso es la diplomacia.

Por quién trolean las campanas

En el número 55 de la calle Savushkina, dentro de un barrio tranquilo de San Petersburgo, hay un bonito edificio de cuatro plantas de piedra caliza. No tiene cartel, ni nombre, ni tampoco comercios en la planta baja. Ningún motivo para recordarlo, y esa es probablemente la razón por la que lo eligieron. Cada mañana, a las 8.55 en punto, decenas de jóvenes rusos entran a toda velocidad en el edificio. Podrían ser empleados de oficina. Y, en cierto modo, lo son.

El número 55 de la calle Savushkina es una fábrica de troles. Se encuentra registrada bajo el nombre de Agencia de Investigación de Internet, una misteriosa compañía rusa que aparentemente hace de

todo, desde crear marionetas de calcetín hasta practicar vandalismo cibernético. Cada día, en dos turnos, varios centenares de jóvenes se dedican a escribir publicaciones en blogs, Twitter, Facebook, VKontakte y muchos sitios más. Trabajan en oficinas diáfanas con capacidad para unas veinte personas, con tres editores que revisan publicaciones e imponen sanciones. Los troles suelen trabajar en equipos de tres: uno publica una queja y los otros le apoyan con otras publicaciones. Se pagaba más «trolear» en inglés que en ruso. Todos firmaban acuerdos de confidencialidad y cobraban en metálico. Es sin duda una fábrica; una fábrica que produce miles y miles de contenidos diarios a favor de Rusia y contra Estados Unidos.[50]

La Agencia de Investigación de Internet era un Sawab Center ciclado. Crear el Sawab costó veinte millones de dólares y publicaba una docena de tuits al día, cuidadosamente monitorizados. Entre todo el Gobierno de Estados Unidos, probablemente no producíamos más de varios centenares de contenidos para combatir a Rusia. Mientras tanto, la Agencia de Investigación de Internet generaba cientos de contenidos falsos y engañosos cada hora. Como una agencia de *marketing* digital, operaba por todo el ecosistema de las redes sociales. Toda la empresa está financiada por un magnate aliado de Putin.

Descubrí la Agencia de Investigación de Internet por medio de publicaciones curiosas y de todo tipo que recibía constantemente en mi *feed* de Twitter, en especial *hashtags* vinculados con el Grupo de Información de Rusia. Eran airados, soeces, agramaticales y escribían con faltas de ortografía. Había «huevos» de Twitter que seguían a miles de personas, pero que nunca habían tuiteado. También los había que no seguían a nadie y que habían tuiteado

miles de veces. Pedí a mi gente de Inteligencia que me informara y leí varios artículos brillantes de fuentes abiertas en distintas publicaciones independientes rusas, entre ellas *Novaya Gazeta*, *MOI Region* y la web de noticias rusa MR7.ru.

De hecho, MR7.ru había publicado documentos extraídos clandestinamente por empleados de la Agencia de Investigación Rusa. Entre ellos había desde directrices generales sobre cómo publicar (cantidad, frecuencia, uso de palabras clave) pasando por puntos de discusión sobre las noticias del día (protestas en Maidán, política estadounidense con Siria) hasta un glosario de jerga de Internet. Estas directrices ofrecían a los empleados una guía de lo que tenían que hacer y cómo hacerlo.[51]

Uno de los documentos describe su trabajo de este modo:

> TROL. El propósito del trol es generar una disputa que ofenda a su interlocutor. Cabe recordar que trolear no es escribir artículos a demanda. Se trata de una provocación deliberada cuyo objetivo es ridiculizar al adversario.[52]

Lo primero que tenían que hacer los empleados, según uno de los documentos, era crear personajes *online*, que a veces se llamaban «marionetas de calcetín». Estos personajes debían parecer y sonar como personas de verdad. Tienen nombre y fotos. Les «gustan» las fotos, los comentarios y los estatus de otros. Se supone que cada empleado tiene varias cuentas en las redes sociales: otro documento decía que al menos debían tener tres cuentas en Facebook por persona. También hay directrices concretas, por ejemplo, para publicar material a favor de Rusia en las secciones de comentarios de Fox News, Huffington Post, Politico y Blaze. Sugieren que estas identidades mezclen opiniones políticas con publicaciones más

mundanas sobre temas como música, cine o la «vida privada del propietario».

Uno de los personajes que aparecía en un documento para ilustrar cómo funciona el proceso se llama «Natalya». Natalya tiene un blog, una cuenta de Twitter, una página en Facebook, un perfil en Google+ y una cuenta en VKontakte. Le interesa «el arte, la psicología y todo lo que pasa en el mundo». Escribe de las manicuras que se hace en casa, de lo mucho que le gustan las parodias de *Cincuenta sombras de Grey* y de que Facebook debería eliminar su *emoji* de «me siento gordo». Pero también expresa vehementes opiniones políticas: que Estados Unidos está detrás de las protestas en Ucrania, que los manifestantes están a favor del fascismo nazi y que el nuevo Gobierno ucraniano es irremediablemente corrupto.[53]

Cada día, los empleados reciben «temas», que son básicamente puntos de debate sobre lo que pasa en las noticias. También les proporcionan una lista con ejemplos de tuits, comentarios o publicaciones sobre asuntos como Ucrania, Putin, Estados Unidos o Europa. He aquí unos cuantos.

Ucrania

- Las noticias que llegan de Ucrania son cada vez más tristes. El país se encuentra sumido en una grave crisis.
- La preocupación de Rusia es comprensible. Ucrania está cayendo bajo la influencia de Occidente y Estados Unidos.
- Occidente se aprovechó de Ucrania y desató un conflicto entre Ucrania y Rusia.

Putin

- Las políticas de Putin tienen un efecto positivo en Rusia. Nuestro país está prosperando a pesar de las sanciones.
- El presidente de la Federación Rusa es el único líder que busca siempre una solución pacífica para cualquier conflicto. Estados Unidos está dispuesta a luchar en cualquier escenario.
- Con un líder como el presidente de la Federación Rusa, ¡no hay por qué preocuparse de nada! Putin es el mejor diplomático de nuestro tiempo.

Oriente Medio y el Estado Islámico

- Es evidente que el Estado Islámico es un proyecto norteamericano que simplemente se les ha ido de las manos.
- Estados Unidos está en guerra en Irak y en Siria. ¿Cuándo se va a retirar de Oriente Medio?
- Siria no tardará en convertirse en un desierto. Gracias, Estados Unidos, por crear terroristas. ¡Menuda panda de gilipollas!

Estados Unidos

- Las políticas norteamericanas pretenden crear un mundo unipolar. Están dispuestas a destruir cualquier país para conseguir su objetivo.
- La UE y la OTAN siguen órdenes de Estados Unidos. Por eso Europa no puede entablar relaciones con Rusia.
- Estados Unidos tiene problemas internos como la violencia, el terrorismo, la obesidad, ¡y luego intentan dar lecciones de cómo vivir al resto del mundo! Lo único que ha dado ese país al mundo ha sido la Coca-Cola, y resulta que es veneno.[54]

La fábrica de troles también creaba falsas agencias de noticias ucranianas que urdían historias a favor de Rusia y en contra de Estados Unidos. Sabían que cualquier cosa llamada «agencia de noticias» tendría más credibilidad, sobre todo para gente que no comprobaría su procedencia. Y así, a pesar de que «la Agencia de Noticias Kharkov» estaba supuestamente radicada en Ucrania, en realidad se encontraba en el número 55 de la calle Savushkina y publicaba titulares como «Estados Unidos al borde del colapso económico».[55]

Había algo que me desconcertaba especialmente. Tenían una sección especial dedicada a Estados Unidos con directrices específicas sobre temas tradicionalmente liberales: control de armas, derechos civiles, violencia policial y privacidad. He aquí algunos de ellos:

> Enorme proliferación de armas, y los consecuentes tiroteos masivos, crímenes y violencia en Estados Unidos. La mitad de las familias poseen armas de fuego, el promedio asciende a cuatro unidades. No dejan de producirse tiroteos y masacres.
>
> Fuerza excesiva por parte de agentes de policía estadounidense. Mientras que hace veinte años un sospechoso podía contar con una investigación justa, cuando la gente es detenida hoy en día, es golpeada e incluso asesinada de forma habitual. La policía está equipada con la última tecnología militar y la utiliza como instrumento de represión, en vez de proteger los derechos constitucionales.
>
> Vigilancia total de los ciudadanos estadounidenses por parte de los servicios de inteligencia. Gracias a Edward Snowden, se sabe que el NSA controla a uno de cada tres miembros de la sociedad de Estados Unidos y que el sistema de recopilación de dicho centro intercepta y registra diariamente mil setecientos millones de conversaciones telefónicas y mensajes electrónicos.[56]

Aquello fue aleccionador. Eran delincuentes indiscriminados. Apoyaban causas liberales y conservadoras. Sus mensajes no tenían un hilo conductor ni una ideología, más allá de generar insatisfacción y quejas en el público. En un mismo día, creaban contenidos en redes sociales que decían que la inmigración estaba contaminando Estados Unidos y que el racismo tenía oprimidos a los afroamericanos.

Pusieron en relieve las manifestaciones de Ferguson, Misuri, por la muerte por disparos de un adolescente negro desarmado. Las directrices indicaban hacer referencia a Ferguson a la mínima oportunidad de hablar del racismo en Estados Unidos. Mis contactos en inteligencia lo enmarcaban como parte de la larga tradición de la Unión Soviética de señalar el racismo en Estados Unidos, que se remontaba a los carteles de propaganda sobre los Scottsboro Boys en 1930. También fue un punto de atención especial de la propaganda rusa durante la Guerra Fría, cuando la prensa se volcó en las protestas contra la integración escolar en el sur estadounidense. Su objetivo era desacreditar el sistema estadounidense y acusar a nuestro país de hipócrita por predicar la democracia fuera de sus fronteras. Así, la clásica réplica rusa durante la Guerra Fría era: «Pero vosotros lincháis a los negros».

Después de una sesión informativa, pregunté a mi contacto principal en los servicios de inteligencia qué debíamos hacer. Era una joven que hablaba ruso y se mostraba bastante filosófica sobre la desinformación. Se limitó a encogerse de hombros. No porque no le importase, sino porque el genio oscuro de la desinformación radica en que funciona como una teoría de doble vínculo. Si nos enfrentábamos con los desinformadores, que era precisamente lo que querían, ganarían ellos; si no lo hacíamos, también ganaban

ellos. Se aprovechaban de los prejuicios, la ignorancia y los motivos de reivindicación. Lo suyo no era tanto crear resentimiento como agravarlo. Sí, los hechos eran importantes, pero como tampoco se metían mucho en el mundo de los hechos, no tenía demasiado efecto. Según ella, al fin y al cabo, ni siquiera reconocían la existencia de los datos empíricos. Y su objetivo era convencer a todo el mundo de ello.

SEXTA PARTE

Interferencia

Hacer grande de nuevo a _____

El 16 de junio de 2015, me encontraba con mi asesor especial sobre antiterrorismo, Haroon Ullah, en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles. Volvíamos de un taller que habíamos organizado para presentar creadores de contenido de Oriente Medio a guionistas, productores y ejecutivos de Hollywood. Era el primero de una serie de eventos que habíamos programado con la Annenberg Foundation Trust en Sunnylands. Acabábamos de pasar dos días en un hotel de la playa de Santa Mónica, discutiendo sobre cómo crear una narrativa contra el Estado Islámico en Oriente Medio. Uno de los productores de esa región había sugerido rodar una película de animación protagonizada por un superhéroe musulmán que eliminaba al Estado Islámico.

Mientras íbamos hacia la puerta de embarque, nos detuvimos ante una pared de pantallas de televisión. CNN mostraba a Donald Trump bajando las escaleras mecánicas de su Trump Tower en Nueva York para anunciar su candidatura a las elecciones presidenciales. Como neoyorquino de toda la vida con décadas de experiencia observando a Trump, estaba seguro de que no se presentaría, que simplemente coqueteaba con la idea, como ya había hecho tantas veces, en un ritual cuatrienal de autobombo.

El escenario resultaba bastante extraño para anunciar una candidatura presidencial: un estridente vestíbulo de mármol que resultaba frío y corporativo, completamente alejado de los campos de maíz de Iowa. Era como si no le apeteciera buscar un espacio más «presidencial». O tal vez se lo parecía. De hecho, lo primero que hizo fue comentar que el resto de los candidatos no habían elegido grandes escenarios para anunciarlo. «Es fantástico estar en Trump Tower —dijo—. Les aseguro que algunos de los otros candidatos se metieron en esto sin saber que el aire acondicionado no funcionaba. Sudaron como perros. ¿Cómo van a derrotar al Estado Islámico?»[1] La pregunta no era mala, pero algo extraño como inicio de un discurso para anunciar una candidatura presidencial.

El comentario que más atención acaparó fue sobre los mexicanos: «Traen drogas. Traen crimen. Son violadores». Pero a mí me interesaba más lo que dijese acerca del Estado Islámico y de Rusia. Empezó por el Estado Islámico.

> El terrorismo islámico está devorando grandes territorios de Oriente Medio. Se han hecho ricos. Yo soy su competencia. Acaban de construir un hotel en Siria. ¿Lo pueden creer? Han construido un hotel. Cuando yo voy a construir un hotel, pago intereses. Ellos no tienen que pagar intereses, porque se quedaron con el petróleo, que, cuando nos fuimos de Irak, dije que deberíamos habernos quedado. Así que ahora el Estado Islámico tiene el petróleo, y lo que no tienen ellos, lo tiene Irán... Irán va a hacerse con el control de Oriente Medio; Irán y alguien más se quedará con el petróleo, y resulta que ahora Irán se está quedando con Irak. Piénsenlo. Irán está quedándose con Irak, y lo están haciendo a lo grande. Y nosotros no tenemos nada.

En fin, incongruencias aparte, no tengo ni idea de qué quería decir con eso de que el Estado Islámico había construido hoteles en Siria, si era eso lo que quería decir, pero me sorprendió que él también

incluyera en su discurso que estábamos perdiendo contra el Estado Islámico. Asimismo, parecía comprender que la mayoría de Oriente Medio temía más a Irán que al Estado Islámico.

A continuación, arremetió contra mi jefe.

> Yo evitaré que Irán se haga con armas nucleares. Y para eso no emplearemos a alguien como John Kerry, que no tiene idea alguna de negociación, que está haciendo una labor espantosa y risible, al que tienen entretenido mientras ellos fabrican armas en estos momentos, y que luego se apunta a una carrera ciclista a los setenta y dos años, se cae y se rompe una pierna. Yo no haré eso. Y prometo que nunca me apuntaré a ninguna carrera ciclista.

Aparentemente, eso sí que podría cumplirlo.

A Putin, apenas lo mencionó de pasada.

> Nuestros enemigos son cada vez más fuertes, por cierto, y nosotros, como país, cada vez más débiles. Ni siquiera funciona nuestro arsenal nuclear. Hace poco salió a la luz que tenemos un equipamiento de hace treinta años. No saben si funciona. Y me pareció espantoso que se difundiera por televisión, porque vamos, menudas señales estamos enviando a Putin y a todo el resto que nos mira y dice: «Eso es un pueblo, una nación que no tiene ni idea. No saben lo que hacen».

Mencionó a China, México y Arabia Saudí decenas de veces, pero ninguna a Rusia. Con Putin, simplemente no quería parecer débil.

Después de haber escrito sobre muchos anuncios de candidaturas presidenciales, me sorprendió lo oscuro que fue su discurso, muy alejado de las declaraciones alegres y optimistas que marcaban la salva de apertura tradicional. Entonces dijo una frase que yo siempre creí que marcaría el final de cualquier candidato presidencial: «El sueño americano ha muerto».

¿Acaso no sabía que nunca había ganado las elecciones un «declinista»?

También se metió en mi territorio: la imagen de Estados Unidos en el mundo. Según él, necesitábamos animadoras para el país.

> Necesitamos a alguien capaz de coger la marca Estados Unidos y hacerla grande de nuevo.

En cuanto a marca, Trump era variable, en el mejor de los casos. Por un lado, para mucha gente de todo el mundo representaba una historia de éxito estadounidense. Como dijo Fran Lebowitz en cierta ocasión, era «la imagen que un pobre tiene de un rico», y había mucha más gente pobre que rica. (Además, por si alguien lo dudaba, él mismo declaró: «Soy muy rico».) Sin embargo, para las élites globales, Trump parecía representar todos los tópicos de la torpeza estadounidense: la fanfarronería chapada en oro, la grosería, el mal gusto. Hablaba constantemente de «ganar», como si esa fuera la misión de Estados Unidos. En resumen, para mucha gente a la que intentábamos agradar, Trump «era» «el estadounidense feo».

También se estaba aprovechando de algo que veíamos en todo el mundo: el miedo y la ansiedad ante la inmigración. Aparte de los «violadores» que según él exportaba México, decía que otros países «no nos están mandando precisamente lo mejor que tienen». Sugería que la inmigración era lo que estaba acabando con el sueño estadounidense, socavando lo bueno y auténtico del país. Igual daba que su propia madre fuera inmigrante. Que dos de sus tres esposas también lo fuesen. Ese punto de mira sobre los inmigrantes y la inmigración era algo que veíamos en todas partes, especialmente en Europa. Allí, el nerviosismo ante la inmigración alimentaba el auge

del nacionalismo blanco y los partidos de derechas. Partidos financiados y respaldados por Putin. El sentimiento contra la inmigración en Europa derivaba en gran medida de los millones de refugiados sirios que huían hacia el oeste y el norte. Esa hemorragia de refugiados de Siria se había visto exacerbada por la entrada de Rusia en la crisis, y empezaba a alterar la política de toda Europa.

Tenía la sensación de conocer a Donald Trump de toda la vida. Para la gente de los medios de comunicación nacionales, Trump era un personaje de casa, el estafador de una obra de Damon Runyon que iba de sofisticado promotor inmobiliario, un tipo que lo cubría todo de oro, incluido su propio nombre (especialmente su nombre), siempre en letras lo más grandes posible. Era el chico rico de Queens que solía llamar a Page Six del *New York Post* haciéndose pasar por su propio publicista, para decir que todas las chicas guapas de Manhattan querían a Donald. Para mí, no era un candidato a la presidencia: era chistoso.

Había cenado con él años antes en el hotel Plaza (cuando aún era propiedad suya). Lo único que recuerdo es que en ese par de horas dijo más veces *shtup* (algo así como «joder» en yidis) que nadie a quien haya conocido. Se pasó toda la cena hablando de quién se estaba «*shtupando*» a quién, aunque no conocía ninguno de los nombres que mencionó. Su conversación era una sucesión de ordinarieces.

Cuando me convertí en editor de *Time*, Trump solo había aparecido en portada de la revista una vez, en 1989. El texto decía: «Este hombre puede ponerte verde de envidia, o simplemente quitarte las ganas. Lo suyo es presumir. Su nombre, Trump». En la

imagen aparecía con el pelo oscuro y corbata roja, sosteniendo un as de diamantes. En siete años, no le puse ni una sola vez en la portada, ni saqué un solo artículo de fondo sobre él. Su despacho llamaba regularmente para que le invitáramos a la gala de Time 100. Siempre les decíamos que no. De hecho, ni siquiera le consideramos como posible candidato para incluir en la lista de personas influyentes en el mundo, y no era el tipo de nombre al que invitar a una fiesta con científicos, atletas, personas de Estado y estrellas de cine. No era serio. Demasiado de segunda fila. Demasiado local.

Ya de regreso en el Departamento de Estado, durante la reunión de cada lunes sobre diplomacia pública, nadie habló del anuncio de la candidatura, más allá de las típicas bromas. Los republicanos contaban con un equipo grande e imponente, algunos con una experiencia considerable en política exterior: Marco Rubio, Jeb Bush, Lindsey Graham. Nadie imaginaba que la candidatura de Trump acabaría siendo un desafío para nuestra diplomacia pública, ni, en realidad, nada más.

Caballo regalado

La tensión entre la Casa Blanca y el Departamento de Estado es tan vieja como la república. Desde el momento en que me involucré en el CSCC, comprendí que era un motivo de irritación para la Casa Blanca. La gente del Departamento de Estado, que sospechaba siempre de la Casa Blanca, creía que el Centro de Seguridad Nacional quería apropiarse del CSCC. En realidad, yo creo que la Casa Blanca solo deseaba que el CSCC cambiase más deprisa. Parte de la fricción entre ambos derivaba de la falta de comunicación, aunque en el Departamento de Estado siempre veían malas intenciones por parte

de la Casa Blanca. Sin embargo, como nominado político, yo estaba bastante más abierto a la orientación de la Casa Blanca que los funcionarios de Exteriores.

En Washington, la Casa Blanca de Obama era como el grupo del chico guay, y los más guays de los guays se encontraban en la oficina digital de la Casa Blanca. Tuve un par de reuniones con Megan Smith y Todd Park, sus directores. Megan venía de Google y era jefa de tecnología del gobierno; Todd era su predecesor. Ambos eran tremendamente inteligentes y tenían el metabolismo del sector privado al que yo estaba acostumbrado. El cerebro de Megan parecía funcionar a hipervelocidad: hablaba rápido, pensaba rápido y pasaba de una analogía a otra como una máquina de *pinball*. Todd era discreto, resuelto y emprendedor. En varias ocasiones, les consulté acerca del CSCC y sobre cómo luchar contra los contenidos del Estado Islámico. Un día, estaba en sus oficinas y me dijeron que disponían de una herramienta llamada «equipos de *sprint*». Podían contratar a un grupo de expertos externos durante tres semanas para analizar una oficina o una agencia de manera intensiva. Recientemente lo habían hecho para el Departamento de Trabajo, y el resultado había sido todo un éxito. Me preguntaron si me interesaría mandar un equipo de *sprint* al CSCC. Yo ya había trabajado con consultores y me daba la impresión de que sería un análisis a lo McKinsey en versión ultraacelerada. Según ellos, al cabo de las tres semanas, el equipo me ofrecería una serie de recomendaciones, y yo podía aceptarlas o no.

—¿Cuánto cuesta? —pregunté.

—Eso es lo mejor de todo —dijo Megan—. No te costará nada.

Pensé en su oferta como si estuviera en el sector privado. Dispondría de mentes diseñadas para analizar un problema y resolverlo. Tendría algo potencialmente valioso a cambio de nada. Necesitábamos nuevas formas de pensar. Y si no me gustaban, siempre podía ignorarlos.

—De acuerdo —dije finalmente.

Cuando volví a mi despacho y se lo conté a Jen y a varios de mis colaboradores más cercanos, lleno de orgullo, todo fueron caras largas. Aunque no lo dijeron de forma directa, veían el equipo de *sprint* como un caballo de Troya de la Casa Blanca, cuidadosamente diseñado para quedarse con el CSCC.

—Venga, hombre —les dije—. Podemos hacer lo que queramos con ello.

Me di cuenta de que Jen se contuvo las ganas de aplastarme delante de toda la oficina.

Todd se encargaba de buscar a los integrantes del equipo de *sprint* y embarcarlos en el proyecto. Quería a gente de *marketing*, de digital y de *branding* de Nueva York, Los Ángeles y Silicon Valley. Por si no fuera suficientemente difícil dar con gente buena dispuesta a interrumpir su vida para venir tres semanas a Washington, también tenían que solicitar autorizaciones de seguridad. Nos parecía importante que tuvieran acceso a información clasificada y que la comunidad de inteligencia los informara.

Después de varios meses reclutando y trabajando con seguridad diplomática para obtener autorizaciones, Todd terminó de reunir un equipo. Cuando por fin se juntaron en mi despacho, aquello me recordaba un poco a la clásica primera escena de una peli de *Misión*

imposible en la que presentan al reparto: estaba la mujer de marketing, rebelde y con el pelo de punta; el mago *friqui* de los ordenadores; el tipo lacónico de publicidad; y el periodista serio de pelo oscuro. Eran jóvenes, inteligentes, elegantes y con cortes de pelo modernos, es decir, lo que nunca se ve en el Gobierno.

Les solté mi ya típico discurso para romper los mitos sobre los mensajes del Estado Islámico; a saber, que no estaba transformando a buenos chicos musulmanes en terroristas, sino que se aprovechaba del inmenso filón del resentimiento suní; que solo una diminuta minoría de los musulmanes del mundo acudía a luchar con ellos; que gran parte de sus mensajes eran positivos, estaban en árabe y no iban destinados a nosotros; que un mensaje no se «combatía» y que, evidentemente, el Gobierno era el peor mensajero, ¡porque «nosotros» éramos la causa de su resentimiento! Los integrantes del equipo de *sprint* eran hábiles y sabían mucho sobre medios de comunicación, métricas y *marketing*, pero ninguno hablaba árabe ni era musulmán. Y, como no éramos capaces de conseguir todas las autorizaciones de seguridad, no podíamos mostrarles ningún material clasificado.

Durante la primera semana, se reunieron con gente del CSCC y representantes del Departamento de Defensa, así como de la oficina del general Allen y del Centro Nacional de Antiterrorismo. Se mantenían en contacto con nosotros, proponiéndonos ideas. Mediada la segunda semana, ya estaban listos para presentarnos resultados. Preparamos la sala de juntas grande que había junto a mi despacho.

El tipo estoico de publicidad comenzó exponiendo el asunto:

—Estamos librando una guerra informativa del siglo XXI con una estrategia del siglo XX —dijo—. El Estado Islámico ha creado una *start-up* de tecnología dentro de una organización terrorista. Son emprendedores e innovadores. Tenemos que pasar a un nuevo paradigma de comunicaciones: de enviar tuits a los terroristas a otro modelo de asociación; de tuits individuales a campañas de mensajes. Necesitamos nuestro propio modelo de *start-up* tecnológica.

A partir de ahí, empezaron a hablar por turnos.

La mujer de marketing dijo que el Estado Islámico era carismático, y que las marcas carismáticas eran una combinación de fuerza y calidez. Según ella, necesitábamos «romper su marca».

El técnico nos preguntó:

—¿Cuáles son los impulsores de la radicalización? Tenemos que intentar medirlos. Necesitamos crear un «índice de radicalización».

Tenían el celo de los conversos. Su tono era urgente y un poco acelerado.

Sin embargo, lo estaban analizando desde un punto de vista distinto, sin el bagaje intelectual de los expertos. Parte del lenguaje y de sus ideas me encantaba. El índice de radicalización. Romper una marca. Asimetría de la pasión.

Muchas de sus ideas eran versiones decoradas de lo que llevábamos diciendo bastante tiempo. Habían ratificado nuestro creciente convencimiento de crear campañas de mensajes, en vez de hacer tuits únicos. Aumentar los datos científicos y la analítica, genial. Y aportaron una idea realmente innovadora: crear una fundación sin ánimo de lucro para apoyar a voces y mensajes de terceras partes. Podría pervivir después de que nosotros abandonáramos el Gobierno.

Poco después, el Centro de Seguridad Nacional organizó una reunión con el equipo de *sprint* en la Sala de Crisis para conocer sus hallazgos. La conducía Lisa Monaco, que me pidió que abriera la sesión. Simplemente dije que era cosa del equipo de *sprint* y que estábamos ilusionados con las ideas que nos habían planteado. La presentación fue la misma, y estaban aún más sueltos. También se mostraron más firmes con respecto a los «entregables», un término que nunca había oído, y que supuse que provenía de la formación en la Casa Blanca. Uno de ellos consistía en convertir el CSCC en lo que denominaban un «centro de enfrentamiento mundial». Lo que no me quedaba tan claro era si sería una ampliación del CSCC o una organización totalmente nueva. La idea tenía sentido, especialmente si ayudaba a la organización a alcanzar otro nivel. ¿Por qué no tener una entidad que combatiera la desinformación en su origen, dondequiera que fuese? En cualquier caso, también exigiría cambiar el orden ejecutivo original que daba forma al CSCC o diseñar uno nuevo.

Ben llegó tarde, como de costumbre, y se perdió el comienzo de la presentación del equipo. El jefe de gabinete Denis McDonough llegó todavía más tarde. Cuando terminaron la presentación un par de minutos después, Denis miró a su alrededor y dijo: «Vale, pues adelante». Eh…, ¿con qué parte, exactamente? No había plan alguno para ello.

Yo coincidía con la mayoría de las recomendaciones del equipo, muchas de las cuales ya habíamos sugerido, y me sorprendió la rapidez con la que todo se había ratificado. Cuando la Casa Blanca quiere algo, puede moverse deprisa. Al día siguiente debía viajar a Malasia, donde iba a firmar un memorando de entendimiento con

los malayos para crear un centro de mensajes contra el Estado Islámico como el Sawab. Esa noche, envié una nota a Lisa y a Ben, para comunicarles nuestra disposición para seguir adelante, aunque señalando que un centro de enfrentamiento mundial implicaría un alto nivel de dificultad, ya que habría que crear un nuevo orden ejecutivo.

Varias semanas después, cuando la Casa Blanca se disponía a anunciar los cambios, Jen me llamó y dijo:

—Tengo una buena y una mala noticia.

—¿Cuál es la buena? —le pregunté.

—Ya tiene todo lo que pidió sobre cómo se va a hacer.

—¿Y la mala?

—Quieren conservar el nombre Centro de Enfrentamiento Global.

Creo que yo había sugerido cambiarlo a Centro para el Enfrentamiento Global, pero ni siquiera me acordaba. Le dije que ambas eran buenas noticias. Aquella idea podía ponerle el turbo a la labor del CSCC y prepararlo para una expansión, o incluso una misión de mayor envergadura.

La reunión lo es todo

El Gobierno funciona a base de reuniones. Son los medios y el fin, el proceso y el resultado, la preparación y el entregable. La sesión informativa de altos cargos previa a reuniones importantes es la forma que tiene prácticamente todo el mundo de ponerse al corriente del tema que se va a tratar. Así, mi jefa de gabinete me informaba antes de una reunión en la que yo debía informar al secretario para otra reunión en la que él, a su vez, debía informar al presidente. Había una cadena ascendente de reuniones que llegaba hasta el

presidente. Y entonces, por supuesto, estaba la cadena descendente inversa para informar a todo el mundo de lo que había pasado en las reuniones.

El presidente solicitó una reunión informativa sobre seguridad ante amenazas terroristas en el Centro Nacional de Antiterrorismo (NCTC). Se acercaban las vacaciones de Acción de Gracias y Navidad, quería estar al corriente de las amenazas existentes y dar la impresión de que estábamos preparándonos para ellas. Varias semanas antes, un grupo de hombres armados alentados por el Estado Islámico habían asesinado a ciento treinta personas en París, entre ellas a noventa asistentes a un concierto de rock en la sala Bataclán. El secretario debía informar al presidente en la reunión, y fui convocado para hablar con el secretario esa misma mañana. Había visto el informe previo para la reunión el Centro Nacional de Antiterrorismo la noche anterior, y solo incluía un apartado breve sobre el CSCC y mensajes antiterroristas al final. Quería poner al secretario al día sobre los cambios que se iban a producir. En realidad, no pensaba que fueran a abordarlo y, de todos modos, lo tenía todo bastante fresco en la mente.

Nos vimos en su despacho externo tras la reunión de las 8.30. Como de costumbre, la gente llegó de un modo desordenado. Claire, la ayudante del secretario de siempre, encendió la chimenea. Luego entró lentamente el secretario, con la camisa remangada y un fajo de papeles en la mano. Se sentó y miró a su alrededor. Una de las cosas que vienen con un puesto de responsabilidad en la Administración es cierta pasividad a la hora de buscar información. Es una especie de incapacidad adquirida. A veces, yo entraba en reuniones informativas sin saber exactamente sobre qué se me iba a informar, y

tenía que esperar a que me lo dijeran. Noté que el secretario estaba esperando sutilmente a oír de qué trataba nuestra reunión.

Jon Finer había sido nombrado jefe de gabinete del secretario, y confirmó el acierto de su nombramiento birlándome a Jen Stout como segunda jefa de gabinete del presidente. Al menos, me consolaba pensar que Jen podía ser más útil todavía en el séptimo piso. Jon explicó que la reunión era una sesión informativa previa a una reunión de seguridad nacional para el presidente en el Centro Nacional de Antiterrorismo. Kerry asintió. Hizo un rápido resumen sobre la coalición y lo que estaba ocurriendo sobre el terreno, y luego me pasó la palabra para exponer los cambios en el ámbito de los mensajes. Mencioné rápidamente al equipo de *sprint* y los cuatro principios que guiaban la evolución del CSCC: datos, asociaciones, campañas y centros. Dije que necesitaríamos un orden ejecutivo para llevar a cabo los cambios previstos. Y comenté que, mientras que los mensajes del Estado Islámico estaban en declive, cada vez había más mensajes contra ellos.

En este tipo de reuniones, mi estrategia general es no extenderme demasiado. Algunas personas se explayan bastante y nunca he querido ser como ellos. A veces, Kerry se irritaba un poco cuando alguien se alargaba demasiado. Sin embargo, aquella mañana tal vez fui demasiado breve. Kerry no parecía estar procesando mis palabras. Con el rabillo del ojo, vi que Finer se acercaba a Jen y le susurraba algo al oído. Unos minutos después, el secretario interrumpió la reunión diciendo que tenía una llamada sobre Ucrania con el ministro de Exteriores ruso. Murmuró algo de que los rusos no se estaban adhiriendo al acuerdo de Minsk. Cuando

desapareció para irse a su despacho privado, Jen se acercó rápidamente y me dijo:

—Va a ser el acompañante del secretario en la reunión del Centro Nacional de Antiterrorismo».

—Claro —dije, aunque no entendía bien lo que eso significaba.

Y entonces, Jen me iluminó:

—Eso sí, tendrá que darle más explicaciones. No puede dar por hecho que ya sabe todo esto, la historia de fondo y todos los acrónimos. Sea directo y hágalo sencillo. Y cuando hable en la reunión en el Centro Nacional de Antiterrorismo, no use esas frases fantasiosas de jerga que tanto le gustan al equipo de *sprint*. POTUS las odia. ¡Y asegúrese de soltar todo lo que quiera decir la primera vez que le den la palabra, porque no tendrá otra oportunidad! —exclamó, antes de desaparecer.

Volví rápidamente a mi despacho para anotar un par de cosas, pero Kathy me comunicó que debía volver al séptimo piso para ver al secretario. Corrí arriba de nuevo. Cuando llegué, el secretario estaba entrando en el ascensor privado que llevaba al garaje. Me subí con él. Al llegar abajo, miré a mi alrededor para ver quién más venía. Pero no había nadie. El conductor hizo un gesto para que subiera al coche. El secretario sacó sus libros informativos y empezó a leer. Menos mal. Eso me daría tiempo para ordenar mis pensamientos.

El trayecto en coche desde el Departamento de Estado hasta Tysons Corner, donde está el Centro Nacional de Antiterrorismo, es de unos veinte minutos. El secretario iba leyendo mientras íbamos por la George Washington Memorial Parkway. Al llegar a Potomac Hills, dejó los libros, se puso a mirar por la ventanilla y empezó a recordar sus primeros años en Washington. Al pasar por McLean,

señaló por la ventanilla derecha y dijo: «Ahí está Hickory Hill, la casa de Bobby». Me habló de su visita a la casa de los Kennedy siendo joven. Dijo que había tantos niños correteando que era imposible contarlos.

Luego me empezó a preguntar sobre los mensajes. Aún tenía las palabras de Jen resonando en mis oídos. Le dije que la mayoría de los estadounidenses y gran parte del Gobierno no entendían realmente nuestra batalla de mensajes. No se trataba del Estado Islámico contra Estados Unidos: era el Estado Islámico contra el mundo. Menos del diez por ciento de sus mensajes estaban en inglés: la mayoría se publicaban en árabe. De hecho, utilizaban más el francés o el ruso, que era su segundo idioma más habitual. No se trataba de lo que nosotros estuviéramos haciendo contra el Estado Islámico, sino de lo que los musulmanes *mainstream* hacían contra ella. Kerry me escuchaba con atención.

Llegamos a la entrada del Centro Nacional de Antiterrorismo bastante antes que el convoy del presidente. Llovía. Un ayudante del ejército se acercó corriendo con un paraguas para el secretario. Entonces comprendí que, como no había nadie más allí, también iba como ayudante de Kerry. Cogí sus cuadernos y traté de protegerlos de la lluvia. Cuando entramos en el edificio, un montón de personas se arremolinó a nuestro alrededor, pero nadie nos indicaba adónde debíamos ir. El secretario salió con paso decidido en una dirección, y le seguí. Mal «ayudante». Por fin, alguien advirtió la figura del secretario de metro noventa y cinco deambulando por los pasillos del centro con un empleado pasmado a su estela. Y ese alguien nos condujo hasta una sala de reuniones en el piso de arriba.

Era un espacio moderno, triangular y seguro. En el centro había una enorme mesa en forma de V, con tres asientos al frente para el presidente, la asesora de seguridad nacional, Susan Rice, y Lisa Monaco. El resto de las sillas eran para James Clapper, director de Inteligencia Nacional; Eric Holder, fiscal general; James Comey, director del FBI; Nick Rasmussen, director del Centro Nacional de Antiterrorismo, y varias personas más. Yo me senté junto a la pared. Kerry se enfrascó en una intensa conversación con el fiscal general; de repente, me hizo un gesto para que me acercase. Me preguntó si estaba preparado para hacer un resumen sobre la producción de mensajes antiterroristas al presidente. (¡Eso no era lo que me había dicho Jen!). Contesté: «Por supuesto». No sé si el fiscal general me vio tragar saliva.

El presidente, Susan y Lisa entraron por la puerta de atrás, saludaron a varias personas y tomaron asiento. Obama parecía relajado y empezó a hablar con tono distendido diciendo que prefería que nos reuniéramos en el Centro Nacional de Antiterrorismo y no en la Sala de Crisis de la Casa Blanca como gesto de agradecimiento a los hombres y mujeres del centro de operaciones, que iban a trabajar veinticuatro horas al día, siete días a la semana durante las vacaciones. Quería informarse sobre las amenazas existentes contra el país y cerciorarse de que estábamos preparados para cualquier eventualidad. Lisa tomó el relevo y empezó a dirigir la reunión de manera sucinta. Nick Rasmussen enumeró una larga lista de amenazas al país. En su mayoría eran «aspiracionales», como diría la comunidad de inteligencia. El turno pasó a James Comey. Es un tipo altísimo, de más de dos metros, y su voz sonaba tan imponente como él. Empezó hablando sobre el seguimiento de la matanza de San

Bernardino, en California. Mostró su descontento con la negativa de Apple a romper la encriptación del móvil del tirador, y dijo que el FBI estaba explorando atajos que tal vez pudieran funcionar. El presidente asintió.

Llegó el turno de palabra de Kerry. Al presentarle, Lisa mencionó que yo había acudido con él para hablar sobre contranarrrativas. El secretario empezó diciendo que el departamento había mantenido conversaciones sobre seguridad, así como amenazas internacionales y nacionales, con todos los puestos y embajadas. Luego pasó a los contranarrativas: básicamente, repitió palabra por palabra todo lo que le había dicho en el coche, incluidos los porcentajes de lo que el Estado Islámico hacía en lengua árabe (82 %) y en inglés (8 %).

Dicho eso, se volvió hacia mí. Lisa dijo: «Adelante, Rick». Yo estaba sentado junto a la pared, mientras que los principales participantes estaban alrededor de la mesa. Ojeé un segundo mis apuntes y de pronto oí: «Levántese, Rick». Era el presidente. Me puse en pie. Empecé a resumir los cambios en marcha en el CSCC y dije que, tras asimilar los útiles informes del equipo de *sprint*, estábamos reestructurando el CSCC siguiendo cuatro líneas: datos, asociaciones, campañas y centros. Me detuve un instante y añadí que esperaba que se convirtiera en una especie de compañía mediática básicamente, ya fuera creando contenidos para nosotros o ayudando a otros a hacer lo propio por sí solos. También saqué el eslogan que usaba a veces en el Departamento de Estado: «Hagamos lo que sabemos hacer mejor y subcontratemos el resto». Vi que el presidente sonreía al oírlo. Es un concepto muy Obama. A continuación, mencioné el Sawab Center y dije que había vuelto de Malasia con un memorando de entendimiento para crear otro centro

de mensajes contra el Estado Islámico. Uno siempre intenta exponer los logros con un redoble de tambor.

Aprovechando otra pausa, el presidente interrumpió:

—Rick, me gusta lo que estoy oyendo, pero tengo una pregunta, y no es un comentario jocoso.

Me preguntó qué opinaba, como periodista experto, de la idea de que los medios occidentales habían contribuido al éxito del Estado Islámico en la guerra de la información. Para terminar, dijo: «Si está de acuerdo, ¿qué le gustaría hacer al respecto?». Respondí que en absoluto era una pregunta jocosa y expliqué que, en mi opinión, los medios habían transformado al Estado Islámico de una marca nicho a una marca global haciendo hincapié en su violencia gratuita y su discurso victorioso. Y ese era precisamente el plan de *marketing* del Estado Islámico. Mencioné el viejo eslogan de los informativos: «Si hay sangre, vende». El problema con las noticias televisivas era que nunca había un sentido de magnitud, de proporcionalidad.

Finalmente, añadí que sería útil que las organizaciones mediáticas supieran algunas de las cosas que habíamos hecho con respecto a los mensajes del Estado Islámico, la desinformación rusa y la transformación de la información en armas. De hecho, creía que era nuestra obligación explicárselo. ¿Por qué no invitar a los directores de las cadenas y departamentos informativos a la Casa Blanca y al Departamento de Estado e informarlos sobre la situación real? En los medios había mucha más ignorancia de la que había imaginado sobre lo que pasaba en la guerra de la información mundial.

Inmediatamente noté que al presidente no le seducía la idea de invitar a medios y líderes informativos. Sacudiendo la cabeza, dijo

que no creía que pudiera hacerlo, aunque tampoco era mala idea. Me rechazó con delicadeza.

A continuación, cambió de nuevo el rumbo de la discusión hacia el terreno nacional, y yo dejé que mi mente reviviera lo que había ocurrido en nuestro intercambio. Algo que realmente deseaba era que tanto el presidente como el resto de la Casa Blanca se opusieran de forma abierta a aquello que les disgustaba. A veces, me daba la sensación de que Obama había puesto tanta fuerza de voluntad en aguantar la información negativa de los medios que les daba demasiada rienda suelta para criticarle. Como si no tuviera consecuencias. Si la Casa Blanca y el presidente criticasen a puerta cerrada a los directivos de los informativos, no me cabía duda de que les afectaría. Lo sé porque yo fui uno de ellos. A pesar de que el Centro de Seguridad Nacional pensaba que eso era contestar a una cobertura mediática errónea o injusta, estábamos acostumbrados a adoptar una actitud pasivo-agresiva, en lugar de denunciarlo abiertamente. La contaminación de desinformación en nuestro ecosistema de noticias era un problema de seguridad nacional, y los líderes de los medios tenían que entenderlo. Ellos formaban parte del problema.

Una vez acabada la reunión, el secretario se acercó a hablar con Susan y yo fui directo hacia Lisa. Me dijo que, sin duda, necesitaríamos un nuevo orden ejecutivo para los cambios en el CSCC y que ella lo intentaría primero.

Kerry terminó de hablar con Susan, me entregó su cuaderno y nos dispusimos a bajar. Una vez más, no había carteles ni gente para indicarnos el camino. Todo el personal de la Casa Blanca se había esfumado, escoltado hasta su convoy. Cuando por fin llegamos a

nuestro coche, de nuevo bajo la lluvia, nos encontramos detrás de la interminable fila de SUV negros del presidente. Kerry se daba golpecitos sobre la rodilla, irritado.

Cierre

Donald Trump había programado un mitin en el *USS Yorktown*, un portaaviones de la Segunda Guerra Mundial que luchó en el Pacífico y que estaba amarrado en el puerto de Mount Pleasant, Carolina del Sur. Era el 7 de diciembre de 2015. Aniversario de Pearl Harbor. El *Yorktown* era un museo («Sigan los pasos de los héroes») cuya entrada costaba veintidós dólares para adultos y catorce para niños. También era un espacio popular para eventos corporativos («Mantenga su compañía a flote», decía su folleto de eventos) y bodas («Zarpa el amor»). La campaña de Trump había reservado un espacio dentro de esta nave de cuarenta y dos mil toneladas. Y, como la mayoría de sus mítines en Carolina del Sur, habían invitado a demasiada gente.

La víspera, el presidente Obama había ofrecido un discurso televisado al país por el ataque terrorista en San Bernardino, donde habían muerto catorce personas a manos de un estadounidense musulmán partidario del Estado Islámico y de su mujer (de origen pakistaní). En el ataque, habían empleado armas semiautomáticas. Era el peor tiroteo masivo en Estados Unidos desde el de la escuela primaria de Sandy Hook, en 2012. Además, se había producido poco menos de un mes después de los atentados en París, donde un grupo de terroristas comprometidos con el Estado Islámico habían asesinado a ciento treinta personas.[2]

Subido a un podio ante la bulliciosa multitud, Trump comenzó diciendo: «¡Empezamos mostrando nuestros respetos a Pearl Harbor!», como si la señorita Harbor fuera una venerable política local que no podía asistir al mitin. La multitud rugió. Luego dedicó varios minutos a leer encuestas que le colocaban al frente en Iowa y todo el país, y criticando a sus rivales, antes de hablar al tiroteo de San Bernardino. Dijo haber oído el discurso de Obama la noche anterior: «Se negaba a decir "terrorismo radical islámico"».

Entonces alzó un papel para mostrárselo a la multitud y lo leyó en voz alta: «Yo, Donald J. Trump, pido el cierre total y completo de las fronteras a los musulmanes que entran en Estados Unidos hasta que los representantes de nuestro país averigüen "qué demonios" está pasando». Muchos vítores y aplausos.[3]

Para apoyar su petición de «cierre», citó las dudosas encuestas de Frank Gaffney Jr., un hombre a quien el Southern Poverty Law Center (Centro Legal para la Pobreza Sureña) definía como «uno de los islamófobos más destacados de Estados Unidos». Trump hizo referencia a un estudio *online* realizado por la organización de Gaffney que decía que «una mayoría... del cincuenta y uno por ciento» de los musulmanes residentes en Estados Unidos creía que «deberían poder elegir si son gobernados de acuerdo con la ley islámica».[4]

El veto a los musulmanes propuesto por Trump desató una tormenta. La idea de que Estados Unidos impusiera un examen religioso para inmigrantes, y que Trump quisiese prohibir la entrada a cualquier persona de una determinada religión despertó críticas en todo el planeta. Por citar una reacción, el exvicepresidente Dick Cheney dijo: «Va en contra de todo aquello en lo que creemos y lo

que representamos».[5] En un comunicado conjunto, los departamentos de Defensa y Estado declararon que cualquier cosa que sugiriese que Estados Unidos estaba «enfrentada con la fe musulmana sería contraproducente para nuestros esfuerzos» a la hora de derrotar al Estado Islámico.[6] Al día siguiente, Trump defendió su política e insistió: equiparó su veto musulmán a la reclusión de japoneses estadounidenses ordenado por Franklin Roosevelt durante la Segunda Guerra Mundial, uno de los momentos más oscuros de la historia del país. «Miren lo que hizo el Roosevelt hace muchos años —le dijo a George Stephanopoulos en *Good Morning America*, programa de ABC—, y es uno de nuestros presidentes más respetados.»

Pedí al CSCC que monitorizara las reacciones en las redes sociales de Oriente Medio y entre los fans del Estado Islámico. Su respuesta fue predecible: Trump se había convertido en la prueba más evidente para avalar el argumento del Estado Islámico de que Estados Unidos estaba en guerra con el islam. El centro mediático del Estado Islámico seguía de cerca a Trump, haciéndose eco de cada cosa que hacía considerada como gesto antimusulmán. Y no solo lo hacían los partidarios habituales del Estado Islámico: notamos que los ciudadanos comunes de Oriente Medio estaban hablando más que nunca de Trump. Así, una joven musulmana de la región del Golfo publicó en mi *feed* de Twitter: «¿Cómo es posible que alguien como Trump gobierne el país más poderoso del mundo? Lo juro por Dios, este hombre será el fin de Estados Unidos».

Desde el momento en que Donald Trump anunció su candidatura, embajadas nuestras en todo el mundo ya nos habían desbordado con

preguntas acerca de cómo hablar de él. ¿Cuál era nuestra reacción ante sus comentarios sobre mexicanos, musulmanes y Rusia? Después del discurso sobre el veto musulmán, nos bombardearon con preguntas. Yo prefería dar un paso adelante y decir que éramos un país fundado sobre la libertad religiosa y que las declaraciones de Trump sobre prohibir la entrada a musulmanes e inmigrantes iba en contra de lo que representábamos como nación. De hecho, emitimos instrucciones para que hicieran lo mismo, con palabras incisivas del presidente y del secretario de Estado. Pero no puedo decir que se les diera curso. La mayoría de las embajadas, incluidas las de Oriente Medio, evitaban hacer comentarios sobre cualquier cosa relacionada con las elecciones presidenciales. Ahora bien, nuestros centros de comunicaciones para combatir al Estado Islámico fueron bastante directos, y tanto el CSCC como el Sawab Center en Abu Dabi tuitearon noticias sobre la propuesta y la reacción negativa que había despertado.

Tras los comentarios de Trump, me puse en contacto con varios de mis socios árabes más cercanos. También hablé con unos cuantos embajadores de países de Oriente Medio en Washington D. C. Ninguno estaba contento con las declaraciones, pero su principal pregunta era: «¿Deberíamos acelerar los trámites de solicitud de visados para los visitantes de nuestro país?». Y luego: «Pero Hillary Clinton ganará las elecciones y todo esto quedará olvidado, ¿no?». Yo solo podía decirles que eso parecía. *Inshallah*.

El veto musulmán de Trump y la histeria que lo rodeaba afectó a una de mis iniciativas para combatir el extremismo violento. Según Naciones Unidas, había más de veinte millones de refugiados en todo el mundo, la cifra más elevada desde la Segunda Guerra Mundial.

Cerca de cinco millones eran refugiados sirios. La imagen del diminuto cuerpo ahogado de Alan Kurdi en el verano de 2015 había despertado la conciencia de los estadounidenses sobre el problema. El presidente Obama había duplicado el cupo de refugiados sirios que Estados Unidos estaba dispuesta a aceptar, de diez mil a veinte mil (aun así, era una cifra ridícula). Canadá ya había acogido a cien mil.[7] Y Alemania, más de un millón.

En colaboración con el Instituto de Educación Internacional, que implementó las Becas Fulbright, ya habíamos creado un programa para que mil universitarios sirios estudiaran en Estados Unidos. Así pues, ¿por qué no emplear nuestros programas de poder blando para ayudar a víctimas del poder duro? La idea era utilizar financiación para intercambios educativos para ayudar a lidiar con la crisis de refugiados, algo que gustaba en el Congreso.

Habíamos recibido solicitudes de setecientas cincuenta universidades que querían acoger al menos a un alumno sirio. Muchas decían que estaban dispuestas a recibir más. Pero entonces ocurrió lo de París. Y luego San Bernardino. Y ahora, el veto musulmán. Siguiendo el consejo de nuestra Oficina de Asuntos Legislativos, empezamos a recortar el plan, pues cualquier programa, tuviera la envergadura que tuviera, debía ser aprobado por el Congreso. Lo redujimos a quinientos, y finalmente a cien estudiantes. Sin embargo, incluso un programa tan reducido necesitaba una notificación congresual, o *CN (Congressional Notification)*. Eso significaba que la propuesta debía pasar por los comités de apropiaciones de la Cámara de Representantes y del Senado, que tendrían quince días para comunicarnos si había sido aprobada o no. Durante ese tiempo, cualquiera de los quinientos

treinta y cinco miembros de la Cámara o el Senado podía poner el programa «en espera» por cualquier motivo. Aun habiendo reducido el número de becas a cien, la Oficina de Asuntos Congresuales nos sugirió que no era buena idea llevarla adelante, ya que el ambiente estaba demasiado envenenado contra musulmanes y refugiados.

No obstante, yo quería intentarlo e insistimos. Menos de veinticuatro horas después de la entrega de cartas de notificación congresual, nos notificaron que Kary Granger, representante de Texas, había puesto el programa en espera. Y Kay Granger no era una representante cualquiera, sino la presidenta del Subcomité de la Cámara de Representantes sobre el Estado, Operaciones Exteriores y Programas Relacionados, lo cual significaba que ella supervisaba la financiación de todos los programas de ayuda exterior del Departamento de Estado. Ahí es nada. Desde el séptimo piso insistían en que no transgrediéramos su orden de poner en espera el programa, ya que eso pondría en peligro la financiación de todo el departamento. Discutimos qué hacer. Tampoco había demasiadas opciones. Pensé: ¿por qué no llamo personalmente a la congresista Granger? La gente se mostró escéptica, pero al final se organizó la llamada. Estaba en Texas. Granger era la primera mujer que representaba a Texas en la Cámara. Antes, había sido profesora de inglés, y luego se convirtió en la primera alcaldesa de Fort Worth. Al teléfono, se mostró amable pero cauta. Le expuse el programa en detalle, explicándole que todos los alumnos sirios eran graduados cuyos estudios se habían visto interrumpidos. No eran terroristas. De hecho, huían del terrorismo.

Escuchó pacientemente y entonces dijo: «Señor Stengel, la gente de donde yo vengo, en el norte de Texas, simplemente no quiere

asumir un riesgo como este». No mencionó el terrorismo, ni Siria, ni el islam, ni a Donald Trump ni a Rusia, pero tampoco hacía falta. «Lo siento», concluyó.

«Lisa»

Varias semanas después, el principal canal informativo del Estado ruso comenzaba su informativo de las nueve de la noche con una explosiva noticia desde Berlín. «Han aparecido pruebas —decía la presentadora— de violaciones a menores cometidas por inmigrantes en Alemania.» Y no cualquier menor, sino una niña de trece años de ascendencia rusa llamada Lisa, cuya tía decía que la cría había sido secuestrada de camino al colegio y retenida durante treinta horas por inmigrantes sirios que la habían violado en grupo varias veces. Aparentemente, Lisa tenía doble nacionalidad: rusa y alemana. A continuación, el informativo emitió un vídeo borroso que supuestamente mostraba a un inmigrante sirio jactándose de haber violado a una «virgen».

A la mañana siguiente, la policía alemana confirmó que, en efecto, se había denunciado la desaparición de la niña. Serguéi Lavrov, ministro de Exteriores ruso, convocó una rueda de prensa en Moscú y sacó el tema de «nuestra niña Lisa»: «Espero de veras que los problemas de inmigración no hagan que se intente maquillar la realidad con corrección política por cuestiones de política interna».

Los medios de comunicación se pusieron las botas con la historia. RT emitió varias noticias sobre el miedo que los casi tres millones de alemanes rusohablantes sentían respecto a los refugiados. «Son todos unos parásitos», decía una mujer en ruso. Según RIA Novosti, medio millón de esos «alemanes rusos» querían regresar a Rusia

movidos por esa preocupación ante los refugiados sirios. Según lo que sugerían las noticias, Alemania se estaba desintegrando por la crisis de los refugiados, y los países occidentales se estaban disgregando por un multiculturalismo absurdo. En Berlín, mas de quinientos manifestantes, apoyados por el movimiento germano antiislam Pegida (acrónimo alemán de Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente), se reunieron delante de la cancillería federal con carteles de «Nuestros hijos están en peligro». La emisión en alemán de la RT retransmitió la manifestación en directo.[8]

En ese momento, me encontraba en Berlín en un viaje para asesorar a nuestros aliados alemanes respecto a la ayuda a los inmigrantes sirios, para saber cómo integrarse. Tenía programada una reunión con la gente de Asuntos Públicos y organizaciones no gubernamentales alemanas para tratar la mejor forma de hablar de inmigración e integración. Sin embargo, era consciente de que, a pesar de nuestra larga trayectoria acogiendo inmigrantes y refugiados, Estados Unidos había aceptado una fracción mínima de los refugiados sirios acogidos por Alemania.

Durante mi primera noche en Berlín, acudí a un elegante restaurante decorado con impresionantes obras de arte moderno, donde hice de moderador en una mesa redonda con jóvenes alemanes denominados *Migrationshintergrund*, término que significa «gente de origen inmigrante.» Eran inteligentes, atractivos y elocuentes. Todos y cada uno de ellos hablaban de un modo conmovedor sobre su deseo de ser plenamente alemanes y aceptados por la sociedad germana. Había una chica alta y refinada vestida de uniforme cuyos padres habían emigrado de Egipto. Era sargento del

ejército alemán, y orgullosa de ello, pero sentía que los alemanes de a pie no la aceptaban como compatriota. «Y eso que estoy luchando por ellos», decía.

A la mañana siguiente, fui a visitar un colegio en las afueras de Berlín que acogía a decenas de refugiados sirios que estaban aprendiendo alemán. Todos eran adolescentes o tendrían veintipocos años. Pude hablar con varios de ellos. Se mostraban agradecidos a Alemania por haberles abierto los brazos. Querían devolver el favor. Querían aprender alemán. Todos tenían tutores alemanes, aportados por la comunidad y el Gobierno locales. Mantuve una conversación más detenida con un refugiado sirio, delgado y de ojos azules, con una barba desaliñada, que hablaba inglés bastante bien. Me dijo que se había marchado de Siria por el Estado Islámico y Al-Assad, y que no sabía cuál de los dos era peor. Me explicó que había pasado los últimos cuatro años viajando, primero de Siria al Líbano, luego a Turquía, a Grecia y, finalmente, a Alemania. Comenté que unos días antes, la canciller alemana, Angela Merkel, había declarado que, si no hubiera guerra en Siria, los inmigrantes volverían a su casa. Cuando le pregunté si regresaría a Siria en caso de haber paz, sonrió con tristeza y dijo: «Puede que dentro de cien años». Según él, no había nada a lo que volver: «Mi país ha sido destruido».

Al cabo de pocos días, la noticia de Lisa dio un giro dramático. Un portavoz de la policía berlinesa comunicó a la prensa que un examen médico había demostrado que Lisa no había sido violada ni agredida sexualmente. «No hubo ni secuestro ni violación», dijo el portavoz. Aparentemente, la niña se había estado ocultando de sus padres en el

apartamento de un amigo alemán de diecinueve años porque había tenido problemas en el colegio.

Aparte de derrumbarse la noticia, este giro dejó en evidencia el papel de la desinformación rusa. Según el diario alemán *Bild*, el vídeo emitido por el Canal 1 ruso la primera noche mostrando a un inmigrante jactándose de violar a una virgen había aparecido en YouTube seis años antes. La cadena Deutsche Welle reveló que la mujer filmada por la televisión rusa diciendo que quería mudarse a Rusia era una de tantos actores pagados regularmente por la televisión rusa.[9]

Los medios de comunicación, los troles y el Gobierno rusos habían utilizado la desaparición de la niña para crear una ola de desinformación en torno a la integración de los refugiados en Alemania. Era evidente que los rusos sabían que la inmigración era una cuestión polémica en el país germano y la transformaron en arma dentro de una estrategia más amplia para generar discordia en Alemania y debilitar a la señora Merkel. Y, al mismo tiempo, los bombardeos del ejército ruso en apoyo a Al-Assad seguían desplazando a miles de personas y aumentando el flujo de la inmigración.

La noticia de Lisa tuvo un recorrido bastante habitual en la guerra informativa de Rusia con Occidente:

1. Un medio de comunicación ruso emite una noticia fraudulenta, que luego amplifican otros medios y troles rusos.
2. Un funcionario del Estado ruso menciona la noticia falsa en una conferencia de prensa o un evento informativo.
3. Los medios occidentales informan sobre la mención oficial de la noticia, y la falsa información inicial pasa a formar parte del

debate generalizado.

4. Se organizan manifestaciones a través de Facebook y otras redes sociales.
5. Si, finalmente, la historia es desmentida, los mismos funcionarios rusos denuncian la crítica como propaganda antirrusa.

Las medidas activas de Rusia en Alemania tienen un doble filo: pretenden sembrar la discordia en el seno de la sociedad alemana a la vez que potencian el apoyo hacia su país. Putin, que sirvió en la KGB de Dresde durante la Guerra Fría, ve al país germano como un objetivo clave en la guerra de información rusa. Cuando Merkel impulsó la aceleración de las sanciones europeas contra Rusia tras la anexión de Crimea, Putin aumentó la desinformación rusa en Alemania. RT creó un canal en alemán llamado RT Deutsch, que imitaba el discurso del Kremlin sobre Ucrania y publicaba montones de noticias contrarias a Estados Unidos y anti-OTAN. Con esta desinformación, el Kremlin buscaba exacerbar la desconfianza alemana hacia los medios de comunicación *mainstream* llamándolos «*fake news*». Una encuesta realizada a finales de 2014 demostró que el cuarenta y cuatro por ciento de los alemanes creía que los medios de comunicación *mainstream* distorsionaban las noticias.

Otra manera de alimentar el apoyo de los movimientos antiinmigración de derechas y el nacionalismo blanco en toda Europa era transformar la inmigración en un arma. En Alemania, Rusia brindó su apoyo a organizaciones antiislámicas como Pegida. Putin estaba posicionando a Rusia como el modelo de los valores cristianos blancos tradicionales.[10]

Tras el liderazgo de Merkel en las sanciones, la inteligencia alemana advirtió de que Rusia estaba aumentando su actividad de espionaje en Europa, con el objetivo de desestabilizar la unidad europea y el apoyo a la OTAN. Una de las pruebas que citaron era un ciberataque lanzado sobre los principales servidores del Parlamento alemán a comienzos de año, cuyo origen lograron rastrear hasta la inteligencia militar rusa, el mismo grupo misterioso que posteriormente atacaría los servidores del Comité Nacional Demócrata en Estados Unidos.[11]

Putin aprovechó la historia de Lisa para defender un argumento más amplio. En un discurso dirigido a la Duma del Estado pocas semanas después del incidente, dijo que los alemanes comprendían el nacionalismo étnico de Rusia y su anexión de Crimea. Equiparó la búsqueda rusa de la unidad étnica con el deseo de unificación alemán. «Recuerden que Rusia apoyó la reunificación de Alemania —dijo—. Nuestra nación apoyó de manera inequívoca el deseo sincero e inapelable de los alemanes de una unidad nacional. Espero que no lo hayan olvidado, y que los ciudadanos de Alemania respalden las aspiraciones de los rusos, de la Rusia histórica, para restaurar su unidad.»[12]

Muy bien jugado.

Siempre te acusan de lo que hacen ellos

—¿Quiere oír un chiste que circula por Moscú? —me preguntó Will Stevens.

Corría la primavera de 2015 y llevaba varios meses trabajando como portavoz de la embajada en la capital rusa.

Venga —le dije.

—Un estadounidense y un ruso están discutiendo sobre qué país tiene más libertad. El americano dice: «Yo puedo plantarme delante de la Casa Blanca y gritar: "¡Abajo Barack Obama!", y no me pasará nada. Y el ruso contesta: "Pues yo puedo plantarme delante del Kremlin y gritar: "¡Abajo Barack Obama!", y tampoco me pasará nada».

Solté una carcajada. Según él, la cosa en Moscú estaba bastante cruda. Después de abandonar el Grupo Operativo de Ucrania y ayudar a crear el Grupo de Información sobre Rusia, Will se encontraba en la boca del lobo. Y su visión de ciertos asuntos no era la misma.

Mientras estaba en Washington, Will defendía dirigir parte de nuestros mensajes a un público dentro de la misma Rusia. Yo siempre me mostré escéptico al respecto y bromeaba diciendo que allí no teníamos suscriptores. A pesar de su insistencia inicial, ahora había llegado a la conclusión de que no merecía la pena. No porque el Gobierno fuera a censurarnos, sino porque los rusos no prestarían atención. La propaganda estatal era tan implacable y exhaustiva que simplemente no había público para un punto de vista alternativo. Según él, el noventa por ciento de los rusos se informaban a través de los periódicos y las cadenas estatales. Aunque el Grupo de Información sobre Rusia seguía lanzando contenidos con el objetivo de refutar las historias falsas rusas, «desde luego, no está teniendo ningún efecto sobre Rusia, ni creo que lo esté teniendo en ningún sitio», se sinceró.

Sentía curiosidad por saber qué imagen se estaba dando de Donald Trump en Rusia. Will decía que tampoco había tantas noticias sobre él. A los medios de comunicación rusos les gustaba la idea de que

Trump creyese que Estados Unidos debería ser amigo de Rusia. Ahora bien, según me dijo, nadie en los medios rusos parecía creer que Trump tuviera ninguna posibilidad de ganar.

Will había empezado a enviarnos notas semanales resumiendo el tratamiento que el Kremlin había dado a las principales noticias de la semana. A mí me resultaban útiles porque lo que hacían en su casa normalmente servía de ejemplo para lo que acababan haciendo en otros sitios. He aquí un fragmento de una de las notas de Will resumiendo los temas tratados en los medios de comunicación nacionales rusos:

> **Occidente se prepara para la guerra: el conflicto en Ucrania es el principio**. Las cadenas de televisión han advertido de que la OTAN está reuniendo tropas a lo largo de las fronteras de Rusia, con el pretexto de que están realizando maniobras. Estas tropas tendrían la capacidad para lanzar bombas nucleares de caída libre sin apenas aviso a Rusia.
>
> **Distraerles con amenazas de mercenarios occidentales**. Las cadenas de televisión han emitido muchísimas noticias sobre armas descubiertas suministradas por Occidente y cadáveres de combatientes pro-Kiev «con uniformes de la OTAN». También se han emitido nuevas imágenes de «hombres armados y vestidos de uniforme hablando inglés con fluidez» alrededor del escenario de recientes detonaciones de artillería en Mariupol.
>
> **Europa está dividida ante las consecuencias de las sanciones y la presión de Estados Unidos**. Los medios estatales rusos, especialmente la prensa e Internet, siguen retratando a Rusia como plenamente responsable de su situación económica, frente a una Europa sumida en el caos. Según el diario digital *Vzglyad*, partidario del Kremlin, los siete países que constituyen «la parte importante de Europa» (Austria, Hungría, Italia, Eslovaquia, Francia, Grecia y la República Checa) se oponen a nuevas sanciones contra Rusia.

Will me habló de uno de los programas de entrevistas más populares de la televisión rusa y de su presentador, Dimitri Kiselyov, nombrado personalmente por Putin como director de la agencia estatal de noticas Rossiya Segodnya. Su frase distintiva en el programa era: «¿Coincidencia?¡No lo creo!». Para Kiselyov, no había teoría de la conspiración demasiado exagerada sobre Estados Unidos. Se hizo famoso por decir que Rusia era el único país capaz de convertir a Estados Unidos en «cenizas radiactivas».[13]

Según Will, el ambiente mediático en Rusia era tan implacable que hasta los intentos habituales de nuestra gente de Asuntos Públicos de presentar noticias pro-estadounidenses resultaban inútiles. Putin se había deshecho de la mayoría de los medios independientes en el país, y a los medios estatales simplemente no les interesaba. Cuando el Kremlin descubrió que los manifestantes de 2011 habían utilizado Facebook para organizarse, se activaron una serie de contramedidas, como el aumento de troles promovidos por el Estado, la creación de VKontakte, y la aprobación de la ley rusa de localización de datos de 2014. Dicha ley estipula que las compañías tecnológicas deben guardar la información personal de ciudadanos rusos en servidores rusos y dentro del territorio ruso. A Facebook y Google no les sentó bien la medida, pues la consideraban una amenaza a su negocio. Por su parte, Putin afirmaba que la ley protegía la información personal del pueblo frente al espionaje del Centro de Seguridad Nacional de Estados Unidos. En realidad, lo que hacía era otorgar a los servicios de seguridad rusos acceso ilimitado a los datos de los ciudadanos del país.

La propaganda rusa aprovechaba todos los sesgos cognitivos modernos de los que hablan los científicos: proyección, imitación,

anclaje, confirmación. Confeccionamos nuestra propia guía de la propaganda y desinformación rusas, con ejemplos.

- Acusar al adversario exactamente de lo que estás haciendo.
- Colocar banderas falsas.
- Utilizar las acusaciones de tu adversario en su contra.
- ¡Culpar a Estados Unidos de todo!
- ¡Estados Unidos culpa a Rusia de todo!
- Repetir, repetir, repetir.

Lo más interesante de esta lista es que también encajaba con las tácticas de comunicación de Donald Trump. ¿Se trataba de una coincidencia (mis disculpas al señor Kiselyov), o alguna especie de imitación? Analicé el retrato que los medios estatales rusos habían hecho de Trump durante los primeros meses de su candidatura. Cuando la anunció, RT no mostró demasiado optimismo. El primer día, la información venía encabezada con el siguiente titular: «Troles de Twitter atropellan a Trump», y el primer comentario de trol que citaban era: «Exijo ver el certificado de nacimiento del pelo de Donald Trump». La noticia trataba de las publicaciones que se mofaban no solamente de su pelo, sino también de su frase de «Soy muy rico» y del hecho de que hubiera seguido hablando tanto tiempo después de anunciar la candidatura.[14]

Aunque, en un principio, RT no se mostró demasiado optimista con la candidatura de Trump, en un par de meses cambiaron de parecer. Al mes de entrar en la carrera electoral, cientos de troles respaldados por Rusia ya estaban publicando tuits positivos sobre él. Un artículo posterior del *Wall Street Journal* demostró que, de los más de cien mil tuits procedentes de cuentas orquestadas por la

Agencia de Investigación de Internet en San Petersburgo durante los primeros tres meses de candidatura de Trump, por cada tuit en su contra había diez a favor. Muchas de esas cuentas, de acuerdo con las instrucciones de la agencia, se hacían pasar por estadounidenses.[15]

A pesar de que monitorizábamos la cobertura que los medios rusos hacían de Trump y que, de vez en cuando, veíamos algún tuit a su favor, la verdad es que no controlábamos los mensajes que Rusia lanzaba dentro de Estados Unidos. Y, francamente, aunque hubiéramos estado más al tanto, tampoco habríamos podido hacer gran cosa. Por ley, las comunicaciones del Departamento de Estado debían dirigir sus mensajes a públicos exteriores. Putin no tenía las mismas restricciones legales.

Una semana después del discurso de Trump en Carolina del Sur en el aniversario de Pearl Harbor, Putin dio su rueda de prensa anual ante periodistas rusos. Cuando le preguntaron sobre Trump, se mostró diplomático: «Es un hombre muy extravagante, con mucho talento, de eso no cabe duda. Por lo que vemos ahora, es líder absoluto en la carrera presidencial. Dice que quiere llevar las relaciones con Rusia a otro nivel, a un nivel de relaciones más profundo. ¿Cómo no vamos a verlo con buenos ojos? Por supuesto que sí».[16]

El predicado del Brexit

El Brexit agitó al Departamento de Estado. Aparte de ser un desastre en sí mismo (un golpe a la alianza atlántica, a la Unión Europea, ¡a la relación especial!), parecía un terrible augurio para Estados Unidos. No es que no hubiéramos considerado la posibilidad de que ganara la opción de marcharse de la Unión Europea, el Leave. De hecho,

programé una reunión de diplomacia pública para planificarnos en tal caso. Lo que pasó fue que, en el fondo, nadie creía que ocurriría. Pensábamos que la serenidad y la sensatez del pueblo británico pondrían freno a esta galopada mundial hacia el nacionalismo. Nadie podía creer que Inglaterra (¡esa tierra verde y agradable!) fuera a rechazar lo que nuestros dos países llevaban setenta y cinco años defendiendo. ¿Era aquel el principio del fin para el orden mundial que habíamos creado y dirigido desde 1955? En muchos sentidos, el Departamento de Estado había respaldado y promovido ese orden de globalización y libre comercio de la posguerra, y de hecho, la idea misma de Europa.

La victoria del voto a favor del Brexit confirmaba el ascenso de una especie de nacionalismo insular que desdeñaba la inmigración y demonizaba a «los extranjeros», un nacionalismo que prefería muros a puentes. La propia Unión Europea había sido concebida como un antídoto para el nacionalismo tóxico que provocó dos guerras mundiales y la muerte de más de cien millones de personas en el siglo XX. El resultado suponía también un triunfo para Vladimir Putin, que llevaba tiempo aprovechando cualquier oportunidad para intentar socavar la unidad europea. Aparentemente, nos adentrábamos en un mundo que ya no se dividía en izquierdas y derechas, sino en abierto y cerrado. Un mundo de sangre y fronteras. Parecía el principio del fin del orden mundial posterior a 1945.

Un par de días después de la votación, organicé una reunión con todo el personal de Diplomacia Pública. Había mucha consternación, mucha frustración con los medios de comunicación británicos y con los votantes susceptibles a las noticias sensacionalistas. John Kerry, que ya estaba de camino a Bruselas y Londres, dijo que Estados

Unidos trabajaría con el Reino Unido y la Unión Europea en pos de una «transición sensata y prudente». Nosotros repetimos los tópicos habituales. Que el pueblo había votado. Que esto no alteraba la relación especial. Que la Unión Europea saldría adelante. Pero, claro, uno nunca puede estar seguro.

A pesar de que el voto decidía si el Reino Unido debía abandonar o permanecer en la Unión Europea, las encuestas demostraban que los que votaron por marcharse estaban motivados principalmente por sentimientos antiinmigración. Mientras que los jóvenes británicos votaron seguir perteneciendo a la Unión Europea, los mayores de raza blanca y los residentes de zonas rurales donde apenas había inmigrantes, si es que los había, votaron a favor del Brexit. Estos votantes creían que la inmigración estaba destruyendo la vida tradicional británica y que la pertenencia a la Unión Europea abría las puertas del Reino Unido a oleadas de inmigrantes. Eso sí, el hecho de que casi todos los estudios demostraran que la inmigración en realidad había potenciado la economía británica y había reducido el coste de los servicios gubernamentales no pareció afectar a su decisión. Sus dudas (sus «prejuicios») se vieron inflamados por una prensa sensacionalista británica que salpicaba las portadas con noticias espeluznantes sobre refugiados que habían cometido crímenes. La prensa británica también tuvo su propia versión de la noticia de Lisa. Los diarios sensacionalistas destacaron una noticia sobre dos chicas de catorce años de Newcastle a las que, presuntamente, cuatro refugiados sirios habían agredido sexualmente.[17]

El caso es que habíamos visto señales preocupantes en el periodo previo al referéndum. A pesar de que Putin declaró que oficialmente

era neutral ante las elecciones, también decía de forma abierta que la inmigración estaba debilitando a la Europa tradicional. Igual que Donald Trump, que se definía como «Mr. Brexit». Trump sostenía que la inmigración estaba cambiando el tejido de Europa, y decía que su amigo «Jim» ya no iba a Francia porque «París ya no es París».[18]

Hice que el Grupo de Información sobre Rusia analizara lo que allí se había hecho en los meses previos a la votación. Los informes resultaron inquietantes. Si bien el Estado se pronunció oficialmente neutral ante el Brexit, los medios de comunicación rusos no fueron imparciales en absoluto: en los seis meses previos al referéndum, RT y Sputnik emitieron más de doscientas cincuenta noticias sesgadas pro-Brexit y contra la inmigración. Además, cientos de *bots* y troles rusos procedentes de la Agencia de Investigación de Internet en San Petersburgo publicaban tuits sobre el Brexit en miles de cuentas de la plataforma. Y luego estaba Nigel Farage, político británico al estilo Trump, que se convirtió en estrella de los medios estatales rusos.

Eurodiputado en el Parlamento Europeo, Farage encabezó el Partido por la Independencia del Reino Unido (UKIP), en su campaña para abandonar la Unión Europea. Era dramático y alarmista, y nunca dejaba que los hechos interfirieran en una historia. Las dos consignas que repetía regularmente en Twitter eran «Debemos liberarnos de la Unión Europea y recuperar el control sobre nuestras fronteras» y «Debemos poner al pueblo británico primero». Su campaña era «GRAN BRETAÑA PRIMERO» en todo menos en el nombre. Farage aparecía en decenas de noticias de RT. He aquí un ejemplo:

> Nigel Farage, líder del partido UKIP, dijo que las mujeres podrían estar en peligro de sufrir «agresiones sexuales en masa» a manos de bandas de

> inmigrantes debido a «grandes problemas culturales» si el Reino Unido permanece en la Unión Europea… En un ataque feroz contra David Cameron, Farage llamó «Dave el deshonesto» al primer ministro, al que acusó de mentir para mantener al país entre los veintiocho miembros del bloque europeo… El líder de UKIP afirmó también que ha aumentado «el crimen vinculado con migrantes» y que «el cuarenta y un por ciento de los delitos del año pasado fueron cometidos por personas que no tienen pasaporte británico.»[19]

Ahí está, en una sola noticia: acusaciones racistas contra inmigrantes de color, un apodo despectivo para su adversario, y estadísticas exageradas si no inventadas. Exactamente la misma fórmula de Trump. ¿Quién imitaba a quién? Difícil decirlo. Farage también aparece positivamente citado varias veces en otra noticia de RT con el siguiente titular: «Trump respalda al Brexit y describe la crisis de la inmigración como "un horror para Europa"». En septiembre de 2016, se informó ampliamente de que RT había ofrecido a Farage su propio programa televisivo.[20]

Durante meses, Farage participó también y escribió de forma regular en otra plataforma dudosa: Breitbart News. Según él, fue captado por el editor de Brietbart, Steve Bannon. Allí publicó artículos como «El TTIP [Tratado transatlántico de comercio e inversiones] solo busca que las grandes corporaciones dominen nuestras economías» o «El Reino Unido encubre la inmigración: el Gobierno debe publicar las cifras REALES inmediatamente». También ofreció una entrevista exclusiva a Breitbart en la que declaró que la visita del presidente Obama al Reino Unido antes de la votación había resultado contraproducente, pues había provocado un «repunte del Brexit».[21]

Más adelante, Farage cruzó el Atlántico para hacer campaña a favor de Donald Trump, interviniendo en un mitin celebrado en

Jackson, Misisipi. Volvió a viajar para dos de los debates presidenciales (el de Saint Louis y Las Vegas) y fue un entusiasta representante de Trump en el *spin room* (la sala de prensa donde los asesores de los candidatos explican su versión del debate en cuanto este acaba) y después de estos.[22]

La victoria del Brexit fue un revés para los esfuerzos de comunicación contra Rusia y contra el Estado Islámico. Los yihadistas digitales lo recibieron como una prueba más de que Occidente rechazaba al islam.[23] Los troles rusos se jactaron del triunfo del *Leave*, diciendo que era un golpe contra la crisis de la inmigración que estaba destruyendo Europa. Sin embargo, centrarse exclusivamente en lo que Rusia (o el Estado Islámico) hicieran en el ámbito de los mensajes sería pasar por alto el problema mayor de cómo informaron los medios de comunicación principales. Francamente, el problema no radicó en que Russia Today cubriera demasiado la campaña del *Leave*, sino en el hecho de que la prensa liberal *mainstream* británica, desde *The Guardian* hasta la BBC, no informara lo suficiente sobre ella. RT poseía un *share* diminuto comparado con el de la BBC, pero aparentemente esta infravaloró el poder de la campaña pro-Brexit. No advirtieron la intensidad del sentimiento antiinmigración. Y las encuestas tampoco reflejaron la opinión pública, en parte porque los principales medios de comunicación británicos convirtieron el ser partidario del Brexit en algo socialmente inaceptable. Y eso fue un predicado peligroso. En ese momento me pregunté si tal vez los principales diarios liberales que tan cuidadosamente analizábamos a diario en el Departamento de Estado (el *New York Time*s, el *Washington Post*) estaban informando demasiado poco sobre el sentimiento antiinmigrante en

Estados Unidos e infravalorando el apoyo a su adalid, Donald Trump.

El príncipe de las tinieblas

Después de casi dos años produciendo mensajes contra el Estado Islámico, lo más positivo de nuestra estrategia era que cada vez había más asociaciones en centros internacionales. Aparte de crear el Sawab Center, teníamos memorando de entendimiento firmado con los malayos y estábamos en conversaciones con Jordania y Nigeria.

A Kerry le gustaba la estrategia. Un día de febrero de 2016, cuando estábamos sentados uno al lado del otro en una reunión de la coalición contra el Estado Islámico en Roma, me preguntó si había pensado en la posibilidad de asociarnos con los saudíes. Le dije que no. «Pues tienen credibilidad religiosa —dijo, refiriéndose a los dos lugares más sagrados del islam— y el dinero para hacerlo». En ese momento, me cogió del brazo y me guio hasta Adel al-Jubeir, ministro de Exteriores saudí. Susurro con fuerza, dijo: «Rick quiere hablar con usted sobre un centro conjunto de comunicaciones».

Si la idea no me entusiasmaba del todo, era porque sabía que sería muy difícil. El motivo era bien sencillo: la Casa Blanca y mucha gente del Departamento de Estado eran alérgicos a hacer prácticamente cualquier cosa con los saudíes. Tenían a Arabia Saudí como una monarquía autoritaria que promovía y financiaba el terrorismo islámico a través de su patrocinio del wahabismo y de escuelas donde se enseñaba la *sharía* en todo el mundo. Según ellos, ¿por qué íbamos a asociarnos públicamente con ellos para luchar contra el Estado Islámico cuando en privado lo ayudaban (o, como mínimo, hacían oídos sordos)? Buena pregunta.

Sin embargo, a pesar de mi escepticismo, mi trabajo era hacer todo lo posible. La Casa Blanca decidiría si se llevaba o no a cabo.

Se organizó el viaje. El día antes de llegar a Riad, el 10 de marzo, la revista *Atlantic* publicó un artículo de portada escrito por Jeffrey Goldberg sobre la política exterior de Obama, que afirmaba que el presidente había descrito a los saudíes como «aprovechados» de Estados Unidos y que había dicho que Arabia Saudí debía «compartir» Oriente Medio con Irán.[24] A los saudíes no les gustó nada. Yo era el primer representante estadounidense en visitar el país desde la publicación del artículo, y me sugirieron algunos comentarios para tratar de ablandarlos. Nadie me sugirió que pidiera disculpas, pero la idea era mostrar optimismo sobre la relación entre Estados Unidos y Arabia Saudí.

La misma mañana de mi llegada a Riad, me dieron mi agenda. Tenía media docena de reuniones, pero en todas ellas decía «por concretar». Todas excepto una, precisamente la que menos me apetecía: un discurso esa noche en el Foro de Negocios Estados Unidos - Arabia Saudí. Los saudíes nunca confirman una reunión hasta el último momento, o simplemente van posponiendo las citas a lo largo del día. Cuando se producen, nunca empiezan a la hora, y se prolongan mucho más de lo programado. Siempre asumen que uno tiene tiempo ilimitado.

Aquel primer día, me quedé en el vestíbulo del hotel Four Seasons. La mayoría de las reuniones «por concretar» no se concretaron. Eso sí, por la noche pronuncié mi discurso, centrándome en la historia de la relación entre ambos países. Acabada mi intervención, un joven saudí se me acercó y dijo que dirigía la compañía mediática de Mohamed bin Salman. Según me explicó, el príncipe había puesto en

marcha su propio centro de mensajes contra el Estado Islámico. Yo no lo conocía, y aparentemente, tampoco nuestros servicios de inteligencia. Mantuvimos una conversación entretenida de una media hora sobre los mensajes para combatir al Estado Islámico. De repente, se levantó, hizo una reverencia y desapareció. Esa noche, al llegar a mi habitación, me enteré de que habían confirmado nuestra agenda para el día siguiente y que iría a visitar el centro de mensajes de Bin Salman para después conocer al príncipe en persona.

Mohamed bin Salman (o, como le llamaban siempre, MBS) era por entonces el gran desconocido en Arabia Saudí. Con apenas treinta años, el hijo predilecto del rey parecía estar pisando el acelerador para desbancar a su primo mayor y más prudente, Mohamed bin Nayef, como príncipe heredero de la corona. MBS era tremendamente ambicioso. Él había liderado lo que se llamó Vision 2030 for Saudi Arabia, una hoja de ruta para el futuro del reino que incluía la privatización de Saudi Aramco, triplicar los ingresos no procedentes del petróleo antes de 2030 y una reforma cultural. Sabía cómo atraer a Occidente: «Nuestra visión para el 2030 es la de un país tolerante, con el islam como constitución y la moderación como método». Él se consideraba progresista, y de él se decía que era obstinado, incluso temerario.

Al día siguiente, una flota de todoterrenos negros nos recogió para ir a visitar el centro de mensajes Mohamed bin Salman en la corte real. Esta era la sede del Gobierno saudí. El centro se encontraba en un impresionante edificio de estilo morisco con hectáreas de mármol blanco y pan de oro en abundancia. Entrar en aquel inmenso vestíbulo, con sus techos altos y las riadas de gente yendo de un lado

a otro con brillantes portátiles plateados, era como las escenas de las viejas películas de James Bond en las que de repente vislumbras la guarida de un personaje como el Doctor No y quedas fascinado por su modernidad, su sofisticación y su manufactura. Me acordé del espacio pequeño y sucio donde trabajaba el CSCC en el Departamento de Estado, con sus cubículos diminutos y sus ordenadores Dell.

Serían sobre las cinco cuando terminamos la visita al centro, y la reunión con MBS estaba programada para las siete. Decidimos salir hacia el palacio y esperar. Había té y el cuenco de dátiles de siempre. A las seis nos dijeron que la reunión sería a las ocho. A las ocho, nos comunicaron que sería a las diez. Y a las diez, no nos dijeron nada. Finalmente, a las once de la noche, hubo algo de movimiento. Se llevaron los dátiles y el té. A las doce menos cinco, un escolta nos condujo hasta un salón de baile ornamentado con techos de quince metros de altura e inmensos espejos cubriendo las paredes. Dos filas de lujosas sillas con mesitas auxiliares y más té con dátiles. Al frente del salón había una silla de respaldo alto. El séquito de MBS fue entrando lentamente en fila y ocuparon las doce sillas a su lado. Yo solo llevaba a dos personas conmigo, pero también disponíamos de doce sillas. Finalmente, apareció MBS con paso tranquilo. Era corpulento y alto, rondaría el uno noventa, con una barba oscura desaliñada y ojos penetrantes. Tomó asiento para presidir el salón y movió su silla para estar más cerca de mí. Fue directo al grano, sin preámbulos ni cortesías; tampoco hubo disculpas por el retraso. Un torbellino.

—Somos viejos amigos, Estados Unidos y Arabia Saudí. Desde hace muchos presidentes estadounidenses. Compartimos muchos

intereses. Estados Unidos es nuestro socio indispensable. Nuestros sistemas político, militar y económico se basan en Estados Unidos. Si Estados Unidos no hubiera guiado a Arabia Saudí durante los últimos setenta años, seríamos la versión árabe de Corea del Norte. —Entonces sonrió y añadió—: Pero si fuéramos aliados de China o Rusia, ellos serían la potencia principal en Oriente Medio, no ustedes.

Parecía resuelto a refutar el artículo de *Atlantic* sin llegar a mencionarlo. Arabia Saudí no solo no era una aprovechada, sino que era la socia vital en una relación beneficiosa para ambas partes.

—Nosotros les escuchamos. —Sonrió de nuevo—. Y les compramos mucho material. —Hizo pausa—. Pero no pueden esperar que seamos tan modernos y democráticos como Estados Unidos —dijo—. ¡Cuando ustedes estaban enviando hombres a la Luna, nosotros íbamos en camello por el desierto! Estados Unidos ha tardado trescientos años en llegar a donde está hoy. Hace solo cincuenta años, los negros y las mujeres apenas tenían derechos en su país. El mío ni siquiera ha cumplido cien años como país. Las mujeres no pueden conducir, pero son abogadas y médicas, periodistas y ejecutivas. Estamos progresando.

A continuación, me ofreció su gran teoría unificada de Oriente Medio.

—Antes de la revolución iraní de 1979, el terrorismo islámico no existía. No había sectarismo. Antes de 1979, las mujeres podían conducir en Arabia Saudí. Antes del 79, teníamos cines y conciertos. Yo quiero que vuelva a haberlos. Las mujeres «deberían» poder conducir. ¿Por qué no vamos a tener cines? Nuestra cultura tiene que ser más moderna. Pero en 1979 todo cambió. La revolución iraní nos

hizo retroceder a todos a una versión conservadora del islam. Los iraníes han intentado dominar y quedarse con el mundo islámico. Antes de 1979, nadie sabía ni a nadie le importaba quién era suní y quién chií. No era un problema.

Evidentemente, esta visión de Oriente Medio estaba reñida radicalmente con el punto de vista del presidente. En el mismo artículo de *Atlantic,* Obama había dicho que el sectarismo había existido durante milenios en Oriente Medio y que los países de la región siempre estaban intentando involucrar a Estados Unidos en batallas religiosas que no eran asunto nuestro.

MBS hizo una pausa, y vi el momento de proponer la idea de un centro de mensajes conjunto antes de que volviese a hablar. Dije que nos enfrentábamos a un reto común con el Estado Islámico y el terrorismo islámico. Expresé la admiración que me había causado su centro de comunicaciones y dije que nos gustaría explorar una posible asociación como la que nos unía con los Emiratos Árabes para crear el Sawab Center en Abu Dabi.

—¡Ah, sí! —me interrumpió: el torbellino había vuelto—. Sí, sí, perdone si le parece un insulto, pero ese centro Sawab no nos parece gran cosa. Nosotros somos mucho más ambiciosos que eso, e imaginamos algo mucho mucho mayor. Y, por supuesto, los emiratíes no tienen nuestra credibilidad dentro del mundo musulmán. Nosotros queremos crear un centro conjunto de mensajes saudí-estadounidense que trabaje con la coalición occidental, con la coalición islámica, y con nuestros líderes religiosos en La Meca y Medina. Y… ¡queremos que esté todo hecho antes de la visita de Obama! —concluyó dramáticamente.

Quedaba un mes para la visita del presidente.

En efecto, aquello era ambicioso. MBS era un gran vendedor, pero yo sabía lo difícil que iba a ser, incluso desde un punto de vista logístico, por no hablar de la oposición política que encontraría. Fui diplomático, al parecer demasiado en su opinión, y dije que el objetivo valía la pena y que lo llevaría a Washington para que lo consideraran. MBS me miró sin comprender. Se sentía decepcionado. Más que eso. Resultaba evidente que esperaba un sí inmediato. Finalmente, giró sobre su silla con brusquedad, miró la cola de gente que estaba esperando fuera e hizo entrar al siguiente grupo. Habíamos terminado.

Antes de regresar, pedí a nuestro equipo saudí que trabajara con mi oficina en Washington para formular un memorando de entendimiento de dos o tres páginas para un centro conjunto de mensajes entre Estados Unidos - Arabia Saudí parecido a lo que había sugerido MBS. Eso sí, insistí en que incluyeran dos puntos innegociables: Estados Unidos tendría que dar su aprobación a todos los contenidos producidos en el centro, y los saudíes no podrían utilizar ninguna información digital dentro del país.

Envié una nota al secretario sobre el viaje. Un día después, mandamos el memorando de entendimiento propuesto a la Casa Blanca. Con eso les dábamos tiempo de sobra si querían tener un acuerdo que firmar durante la visita del presidente. Durante su viaje, Obama no planteó la idea en ningún momento.

El enfrentamiento que no lo fue

A un lado de la larga mesa rectangular estaban Tim Cook, director ejecutivo de Apple; Sheryl Sandberg, directora operativa de Facebook; Reid Hoffman, fundador de LinkedIn; y Susan Wojcicki,

directora ejecutiva de YouTube. En el otro, Denis McDonough, jefe de gabinete del presidente; Jeh Johnson, secretario de Seguridad Nacional; James Comey, director del FBI; y Lisa Monaco, asesora del presidente en seguridad nacional.

Nos encontrábamos en San José, California, en la Oficina Estadounidense de Patentes y Marcas de la Costa Oeste, para la muy discutida «cumbre» entre el equipo de seguridad de la Administración Obama y Silicon Valley. Los preparativos de la reunión se habían llevado en secreto, pero cuando se corrió la voz de su celebración, los medios la retrataron como «el enfrentamiento». Desde el ataque terrorista de San Bernardino, en el que Apple no pudo o no quiso dar acceso a las fuerzas de seguridad al teléfono del tirador, las tensiones no habían hecho más que aumentar entre Silicon Valley y la Casa Blanca en torno al tema de la encriptación. La Casa Blanca quería proteger por todos los medios a los estadounidenses ante la amenaza del terrorismo nacional inspirado por el Estado Islámico, mientras que Silicon Valley pretendía proteger fuera como fuera la privacidad de sus usuarios. Era el viejo debate de seguridad *vs* privacidad en versión alta tecnología. Las fuerzas de seguridad querían un modo de acceder a los datos de teléfono encriptados, mientras que Apple y otros decían que la privacidad de los usuarios estaba por encima de las preocupaciones sobre seguridad. Y los medios no dejaban de preguntarse: ¿se enfrentará el equipo de Obama a los mandarines de Silicon Valley por la encriptación?

No estaba seguro de la respuesta.

Se llevaba hablando varios meses de una cumbre entre la Casa Blanca y Silicon Valley para discutir temas de terrorismo interno y

privacidad. Desde el auge del Estado Islámico, el Centro de Seguridad Nacional pensaba que las grandes compañías tecnológicas no estaban haciendo lo suficiente para eliminar contenidos de extremismo violento de sus plataformas. Durante la preparación para la reunión, comprendí que la insistencia de la Casa Blanca en recurrir al equipo de *sprint* y crear un nuevo nombre, Centro de Enfrentamiento Global, eran «entregables» para la cumbre. Denis McDonough era el *impresario* del encuentro, y quería demostrar a los de las tecnológicas que estábamos haciendo progresos.

Un par de semanas antes de la reunión, me informaron de que iría como segundo del vicesecretario Tony Blinken, que era nuestro líder. Mi papel sería hablar de nuestros esfuerzos para combatir los mensajes del Estado Islámico. En la primera nota que recibí del Centro de Seguridad Nacional sobre la cumbre, la encriptación ni siquiera figuraba en la agenda. Luego participé en una serie de videollamadas para preparar el encuentro. Una de ellas me sorprendió. Dos días antes de la reunión, me uní a una llamada entre la Casa Blanca, el FBI, el Departamento de Justicia y la CIA. Los ánimos estaban encendidos. Los representantes de las agencias gubernamentales estaban al borde de una rebelión abierta. Todos sus superiores habían expresado abiertamente la convicción de que las compañías tecnológicas necesitaban ofrecer una «puerta trasera» a las fuerzas de seguridad para poder luchar contra el terrorismo. Y decían que no estaban dispuestos a permitir que sus jefes viajaran a San José hasta que la encriptación se incluyera en la agenda. La respuesta del Centro de Seguridad Nacional fue: «Entendido».

La encriptación se había convertido en un debate público. Personalmente, lo consideraba un tema secundario. Para mí, lo más

importante era qué hacer con el material extremista y la desinformación que se colaban en las plataformas de las redes sociales. ¿Qué podían hacer las compañías tecnológicas para eliminar ese veneno de sus plataformas? ¿Qué podía hacer el Gobierno dentro del marco de la Primera Enmienda? ¿Qué se podía hacer sobre los contenidos falsos y diseñados para engañar a la gente?

La prensa criticaba a las plataformas de manera habitual por no hacer lo suficiente, y yo notaba que la gente de la Casa Blanca pensaba lo mismo. Sin embargo, también había visto lo que las compañías tecnológicas estaban haciendo ante los mensajes del Estado Islámico. Esa misma semana, Twitter había anunciado la eliminación de doscientos cincuenta mil nombres de usuarios que aparentemente pertenecían a extremistas violentos y habían violado sus condiciones de servicio. Nosotros teníamos constancia de que habían eliminado bastantes más. También habíamos colaborado con Facebook y sabíamos que estaban aumentando la contratación de empleados capacitados para vetar o eliminar contenidos islamistas violentos. Ya contaban con varios centenares, y decenas de ellos hablaban árabe. Entre bambalinas pasaban muchas más cosas de lo que se creía. Más de lo que el público o la Casa Blanca sabían.

Volé a California la noche anterior y recibí un mensaje urgente de la seguridad de la Casa Blanca diciendo que se había modificado el acceso. Aparentemente, había fotógrafos de prensa rondando la entrada principal del edificio, y la realeza *digerati* no quería fotos. Así pues, siguiendo órdenes, entré por la puerta trasera. La mayoría de los jefazos tecnológicos ya estaban allí. Conocía a varios de ellos de mi época en *Time* y los saludé rápidamente.

El grupo de la Casa Blanca fue el último en llegar. Hubo saludos cordiales. Denis abrió la sesión expresándoles su agradecimiento (y el del presidente) por acudir a la reunión. Su tono era campechano y humilde:

—Todos vosotros sois los símbolos y la realidad de la innovación técnica que ha convertido a Estados Unidos en la maravilla mundial. Y, sin embargo, uno de los grupos más retrógrados y bárbaros que ha conocido el mundo nos desafía ahora en el mismo ámbito que nosotros inventamos. ¿Cómo es posible? Debemos encontrar una manera de luchar contra ellos en estas plataformas, y tenemos que hacerlo juntos. —Dicho eso, se centró de lleno en la encriptación—: Tenemos una importante diferencia de opiniones al respecto, pero eso no significa que no hablemos de ello.

Todos en la mesa asintieron.

Presentó a Lisa Monaco como la persona que informaba al presidente cada mañana acerca de cualquier amenaza que hubiera ahí fuera. Lisa empezó diciendo que vivíamos en el ambiente de amenazas más complicado desde el 11-S. Describió al Estado Islámico como un grupo insurgente que estaba utilizando Internet para llegar a los desafectos y captar nuevos adeptos:

—Ahora están mirando al exterior desde el llamado Califato y alentando a la gente a atacar a Occidente desde dondequiera que estén. Sí, era una guerra de ideas, pero una guerra. Y la tenemos en casa.

El siguiente fue Comey. Comenzó dándoles las gracias a todas los que estaban al otro lado de la mesa.

—Gracias a la ayuda que ustedes han ofrecido a las fuerzas de seguridad, hay mucha gente que podría estar muerta y que sigue

viva.

Se oyeron murmullos de aprobación al otro lado de la mesa. Y entonces contó una historia sobre un presunto terrorista dentro del país. No podía revelar nombres ni lugares. Simplemente dijo que el FBI disponía de muy poca información de la que tirar. Habló de las distintas tácticas y trucos que utilizaban para intentar localizarle: intervención de teléfonos, intermediarios, cebos. Tenían cientos de agentes en todo el país. Parecía la presentación de una película.

Al principio, todo el mundo pareció un poco confundido (y fascinado) con la historia. Pero la moraleja no tardó en hacerse evidente. Comey dijo que al final hubo un chivatazo que los condujo hasta su hombre, evitando un ataque terrorista masivo en territorio estadounidense. El chivatazo era un número de teléfono. Entonces hizo una pausa y añadió que, de haber tenido una puerta trasera para acceder a los teléfonos de los sospechosos, habrían conseguido ese número en los primeros días de la investigación. Los directores de las tecnológicas se quedaron inmóviles.

—Muy poca gente sabrá esta historia —dijo Comey—, y se la he confiado a ustedes. Pero seamos claros: lo que para ustedes es una decisión de negocios, para las fuerzas de seguridad y para el pueblo estadounidense es cuestión de vida o muerte.

Ya nadie asentía al otro lado de la mesa.

Jeh Johnson tomó la palabra después de Comey. Empezó en tono modesto, diciendo que él solo era un abogado de patentes que había defendido que la cuchilla de triple hoja de Gillette era incomparablemente mejor que la de cuatro hojas de Schick. Luego se puso serio.

—La principal amenaza que me quita el sueño es que haya un incidente puntual como el de San Bernardino.

Quería saber cómo podíamos hacer que los acuerdos sobre condiciones del servicio fueran más estrictos y eficaces. Dijo que en Estados Unidos, el discurso de odio está protegido, pero no sucede los mismo con el discurso terrorista. Y definió «discurso terrorista» como aquel lenguaje que incita o conduce directamente a la violencia.

Sheryl Sandberg fue la primera de los directivos tecnológicos en intervenir. Retomando lo que había expuesto Jeh, dijo:

—¿Cómo hacemos que la gente que está fervientemente en contra de este extremismo violento forme una comunidad? —Según ella, en ese momento, Facebook estaba redoblando sus esfuerzos para vigilar su comunidad y su plataforma—. Y seguiremos haciéndolo —dijo—, pero necesitamos su ayuda. Hemos conseguido detectar fraudes, criminalidad y pornografía infantil: eso puede ofrecer una hoja de ruta para dar con los terroristas.

A continuación, Tim Cook salió a escena. Parecía el portavoz del grupo:

—El resto del mundo está esperando a que tomemos la batuta y propongamos los nuevos estándares en tecnología, discursos y encriptación. La gente seguirá lo que hagamos. Todos tratamos con mercados y Gobiernos extranjeros. La ironía está en que nosotros tenemos leyes mucho más estrictas para la privacidad personal que nadie, especialmente que los europeos, que disfrutan criticándonos por nuestra falta de privacidad. En Estados Unidos, los datos tienen más protección de privacidad del Gobierno que en cualquier otro país.

Comey asintió mostrando su acuerdo.

—Necesitamos combinar sociología y ciencias de datos para saber quién se está radicalizando —continuó Cook—. La radicalización no es un único viaje. No se trata de ver solamente lo que hay en los teléfonos de la gente.

Había muchas vías. Luego trató el tema de la encriptación, dirigiéndose directamente a Comey:

—Seamos claros, en lo que se refiere a la encriptación, ese tren ya pasó. No va a desaparecer y solo ganará fuerza. Tenemos que pensar en cómo protegernos en un mundo donde la encriptación ya es un hecho. —Después de decir que sabía que los cuerpos de seguridad e inteligencia querían tener una «puerta trasera», hizo una pausa y añadió—: Si creyera que eso es lo que puede protegernos a todos, estaría a favor. Nuestros usuarios esperan que su información privada lo siga siendo. —Explicó que había muchísimos datos más allá de la información encriptada—. ¿Cómo maximizar la capacidad de encontrar a un terrorista en un mundo donde ya existe la encriptación? —preguntó entonces—. Esa es la cuestión.

Era evidente que, en ese tema, Cook hablaba por todos ellos. La gente de seguridad no estaba contenta. Pero Cook había apurado el debate sobre la encriptación, y nadie parecía querer volver a plantearlo. El resto de la reunión se centró en una discusión más práctica sobre la comunicación entre todas las partes. Algunos directivos de las tecnológicas se quejaban de haber recibido solicitudes de decenas de oficinas gubernamentales distintas, por no hablar de Gobiernos extranjeros.

Comenté que habíamos puesto en marcha un centro de mensajes contra el Estado Islámico junto a los Emiratos Árabes y que

albergábamos la esperanza de hacer más cosas. Dije que nuestros socios de la coalición árabe querrían tener la posibilidad de comunicarse directamente con ellos, no a través de nosotros. Sheryl contestó:

—¡Y nosotros también!

Quedamos en buscar el modo de comunicarnos mejor. La reunión acabó porque a la gente de la Casa Blanca les esperaba un avión militar para regresar a la capital. En el ambiente se respiraba espíritu de cooperación, sin duda. Simplemente, no había un camino práctico para que algo se hiciera realidad. Y, al final, se hizo más bien poco.

La reunión de San José no fue mi única incursión en Silicon Valley. Un par de meses después, en verano de 2016, John Kerry tenía programado asistir a la Cumbre de Iniciativa Empresarial Global en Stanford University, en una apuesta de diplomacia pública emprendida por el presidente Obama. Organicé una reunión entre el secretario y Mark Zuckerberg. Ya teníamos un fantástico programa en colaboración con Facebook llamado P2P, abreviatura de People to People, para apoyar a universitarios de todo el mundo que creaban contenidos contra el extremismo violento. Funcionaba en cien universidades, y nuestro plan era ampliarlo a mil. *A priori*, ese sería el tema de la reunión.

Tras el discurso inicial de Kerry en la cumbre, nos subimos en un par de SUV y fuimos a Facebook. La reunión era en la nueva base de operaciones de la compañía, diseñada por Frank Gehry y que había sido inaugurada solo un mes antes. Nada más entrar, el recepcionista nos entregó placas con nuestro nombre y fotografía impresas. Era la antítesis de intentar acceder al Departamento de Estado.

El edificio tenía lo que Facebook describía como la planta diáfana más grande del mundo. En el centro había una inmensa caja de vidrio (a la que llamaban «el acuario»), donde Zuckerberg tenía sus reuniones. De hecho, allí nos esperaba vestido en su uniforme habitual de camiseta gris, vaqueros y deportivas. Era amable de un modo lánguido, y su actitud templada: ni cálida ni fría. Estuvo charlando con el secretario mientras nos acomodábamos, y luego se volvió hacia mí y dijo:

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo en Facebook?

Sabía que se refería a mi visita cuando le nombramos personaje del año en *Time*, pero, sinceramente, no recordaba qué año fue. Con tono dubitativo, dije:

—¿En 2008?

Y él contestó:

—No, 2010.

Le habían preparado mejor que a mí para la reunión. De hecho, nuestro equipo no se había preparado en absoluto.

Zuckerberg estaba con uno de los mejores abogados de Facebook y con su jefa de política de producto y antiterrorismo, Monika Bickert. Llevábamos dos años colaborando estrechamente con ella en la eliminación de contenidos del Estado Islámico de su plataforma, así como en el P2P. De camino a la reunión había informado al secretario sobre el programa P2P, y lo primero que hizo fue alabar su eficacia y decir que queríamos reforzarlo. Como siempre, Kerry había procesado a la perfección los puntos que quería abordar. ¡El problema era que se me había olvidado decirle que Facebook cubría todos los gastos! Así que intervine rápidamente y les agradecí la financiación.

Bickert, que conocía el programa mejor que nadie, se volvió hacia Zuckerberg y dijo que le encantaría ampliarlo hasta mil universidades. Comentó que, trabajando con el Departamento de Estado, ambos habíamos llegado a la conclusión de que las voces de terceras partes eran más eficaces que las nuestras. Ese era el principio que estaba detrás de P2P. Luego hizo una presentación sobre lo que Facebook estaba haciendo en relación con los contenidos extremistas. Según ella, detectaban alrededor de un millón de contenidos diarios. A continuación, los equipos de moderadores de contenidos (tienen cientos de ellos) decidían qué material iba en contra de las políticas de Facebook y debía enviarse al equipo legal. Cuando un usuario era señalado por defender el extremismo violento, Facebook también analizaba a sus amigos y «likes» para dar con otras personas con posibles inclinaciones similares.

—Pongamos que alguien escribe «Estado Islámico mola» —dijo—. En tal caso, Facebook analiza las publicaciones que esa persona ha compartido y mira si cualquiera de sus amigos ha expresado opiniones parecidas.

Cuando Bickert acabó, Zuckerberg se puso a hablar sobre el potencial de la inteligencia artificial para detectar contenidos extremistas y violentos, así como desinformación. Se encendió bastante explicándolo. Estaba claro que veía la inteligencia artificial como la herramienta clave para combatir los mensajes extremistas o cualquier contenido no recomendable. Según dijo, aún faltaban años para ello, pero creía que la inteligencia artificial acabaría siendo capaz de detectar cerca del ochenta por ciento del contenido

peligroso que había ahí fuera; el veinte por ciento restante lo encontrarían los seres humanos.

—Eso sería mucho más eficiente que los métodos actuales —dijo. Estaba seguro de que se podía solucionar el problema—. Debemos usar ordenadores para aquello que se les da bien a los ordenadores, y personas para aquello que se le da bien a las personas.

Aparentemente, ese era su mantra, y no estaba nada mal.

Entonces, cambió de rumbo. Se volvió hacia el secretario y dijo que le gustaría contar con nuestra ayuda para una cosa. Se trataba de la localización de datos y, concretamente, de la ley rusa que estipula que la información sobre ciudadanos rusos permanezca en Rusia. Will Stevens y yo ya habíamos hablado de ellos unos meses antes. Zuckerberg estaba preocupado porque la ley estaba empezando a imitarse en sitios como Turquía, Brasil o México. Según él, a pesar de que Putin decía que era una respuesta a las revelaciones de Snowden, estaba más relacionado con una especie de nacionalismo digital y con el deseo del Kremlin de censurar a la disidencia. También pretendía ser una bofetada a las compañías tecnológicas estadounidenses. La ley hacía menos atractivo hacer negocios en Rusia o en cualquier lugar que aprobase un estatuto parecido. En última instancia, dijo, estos países estaban intentando imponer la soberanía estatal sobre el ámbito digital, y eso no convenía a nadie. Quería saber si el secretario podría sacar el tema con los rusos y explicarles que tampoco era bueno para sus intereses.

Yo no había informado a Kerry sobre la ley de localización de datos, y tampoco sabía que saldría a colación. Pero la respuesta del secretario fue diplomática, en el mejor de los sentidos. Dijo que hablar con los rusos sobre cualquier cosa relacionada con su

soberanía era prácticamente inútil. Insistió en lo sensibles que se mostraban ante estas cosas y que consideraban a las compañías tecnológicas estadounidenses como herramientas del poder blando del país. Putin pensaba que estas plataformas estadounidenses vulneraban la soberanía rusa, y esa ley era su manera de devolver el golpe. Zuckerberg escuchó estoicamente y asintió. Después de eso, la reunión se fue apagando, nos despedimos y nos marchamos. Cuando estábamos saliendo, Bickert se me acercó y dijo que Zuckerberg acababa de aprobar la ampliación de la financiación de P2P hasta mil universidades.

Antes de saltar

Siempre me he considerado un jefe por accidente. Empecé de redactor en *Time* y nunca quise ser editor. Al menos hasta que empezó a frustrarme la gestión de mis superiores. Los ejemplos negativos solían motivarme más que los positivos: si veía un liderazgo mediocre y pensaba que podía hacerlo mejor, me lanzaba. Una de las cosas que me frustraban del periodismo era que, con mucha frecuencia, los directores de las agencias informativas eran cerebrales y reservados, no líderes de los que saltan de las trincheras gritando: «¡A la carga!». El Gobierno era igual.

Rashad Huséin era un tipo absolutamente brillante, pero heredó un puesto difícil que aún no había cuajado. Yo sabía que no estaba bien y, siguiendo la orientación y los consejos del informe del equipo de sprint, empecé a buscar un nuevo líder para el CSCC. El nuevo director tendría que transformar la organización en un centro que utilizara datos y campañas, y que apoyara a otras voces creíbles. Era un cambio radical.

Recuperé la lista de candidatos para dirigir el centro y me encontré con el mismo problema que la primera vez: la gente que yo quería no estaba interesada, y los que sí lo estaban no eran lo que yo quería.

En el último año, había conocido a Joe Votel, un general de cuatro estrellas recientemente nombrado director del Mando Central de Estados Unidos y responsable de la lucha contra el Estado Islámico en Irak y Siria. Era inteligente y amable, y sabía mucho sobre operaciones de información. Un día, me dijo: «¿Has pensado en un exmilitar o un general retirado para dirigir el CSCC?». La idea era tentadora por varios motivos. Uno de ellos era que un exmilitar no solo comprendería el proceso interagencial, sino que sería capaz de conseguir el apoyo del Departamento de Defensa y de la comunidad de inteligencia. Además, daba por hecho que, para alguien procedente de Defensa, moverse entre la burocracia del Departamento de Estado parecería un juego de niños. Por la radio macuto de nuestro departamento me enteré de que Michael Lumpkin, secretario adjunto de Defensa para operaciones especiales/conflictos de baja intensidad (el acrónimo habitual era SOLIC) y ex-SEAL de la Marina, estaba interesado en el CSCC. En el SOLIC se incluían antiterrorismo, guerra no convencional y operaciones de información. Ya conocía a Lumpkin y le había visto en varias reuniones. Era imponente: intenso, recatado, bien hablado.

Varios días después, durante una reunión en el Departamento de Estado, se me acercó y empezó a hablarme del CSCC, de la relevancia de su misión, de lo vital que era la guerra informativa, y de lo mucho que le importaba. Sus palabras eran música para mis oídos, y supongo que él lo sabía. Estaba claro que Lumpkin era un buen vendedor, y eso no era nada malo a mi juicio. Al CSCC le vendría

bien. Volví a verle unas semanas más tarde, cuando ambos volábamos en el avión del general Votel rumbo a Tampa para una reunión de altos cargos para hablar sobre el Estado Islámico. Me soltó una apasionada charla sobre el puesto. Según él, en ese momento no había nada más crucial que la batalla contra el Estado Islámico. Y en cuanto al CSCC, aseguraba saber cómo arreglarlo.

Lumpkin encajaba. Cumplía todos los requisitos: conocía la región, sabía bastante sobre el espacio digital y las comunicaciones, y era un líder. También buscaba a alguien que despertara preguntas con su nombramiento, y traer a un secretario adjunto de Defensa llamaría la atención de la gente. Además, tampoco tenía muchas alternativas. Ni tiempo.

El mandato del Gobierno llegaba a su fin y queríamos poner en marcha el Global Engagement Center. Le expliqué el plan del equipo de *sprint*, y no solo estuvo de acuerdo, sino que se mostraba todavía más ambicioso con el futuro del centro. Hablaba de conseguir decenas de millones de dólares para llevarlo a otro nivel.

Le dije que, si se atrevía, el puesto era suyo. Aceptó. Consulté la idea con Ben Rhodes y Jon Finer. Lo comunicamos a la oficina de personal del Departamento de Estado, y pusieron en marcha el proceso burocrático. Seguí en contacto regular con Lumpkin, y me aseguró que no habría ningún problema con Defensa.

El problema nos lo encontramos en un lugar todavía más importante. Como pude saber, a la asesora de seguridad nacional, Susan Rice, le preocupaba la dificultad de reemplazarle en Defensa con el poco tiempo restante de mandato. Era un puesto que debía confirmar el Senado. Decidí acudir a Ben, que me dijo que la

situación era compleja, pero que él podría hacer que se aceptara. Y lo hizo.

¿Quién tiene el boli?

Antes de anunciar la creación del GEC y a su nuevo director, a todos nos pareció buena idea que Lumpkin tuviese una reunión participativa con sus nuevos empleados. Le presenté diciendo era el hombre adecuado en el momento adecuado para la lucha adecuada. Lumpkin se levantó y dijo que esta era la batalla más importante de nuestra época. Que era un nuevo tipo de guerra. Todas las guerras modernas, añadió, eran guerras híbridas, una mezcla de lucha cinética tradicional, operaciones de información, guerra informática y psicología. Comparó el inicio del GEC con los comienzos de la Oficina de Servicios Estratégicos, precursora de la CIA, durante la Segunda Guerra Mundial. Según el GEC, podía ser una innovación en el Gobierno.

Lumpkin tenía mucho trabajo por delante. Debía dar forma a la organización según nuestras nuevas directrices para el GEC y contratar a una serie de empleados, pero lo primero que debía hacer era redactar la orden ejecutiva para crear el centro. Y no era una labor sencilla. La definición técnica de «orden ejecutiva» es una directriz con la fuerza legal que otorga el presidente para gestionar el Gobierno federal. A pesar de que no figuran en la Constitución ni exigen la aprobación del Congreso, las órdenes ejecutivas son un medio moderno a través del cual los presidentes dirigen el Gobierno. La más famosa (y trascendental) en la historia de Estados Unidos fue la Proclamación de Emancipación de Abraham Lincoln. Desde entonces, los presidentes las han empleado con bastante más

frecuencia. Lincoln promulgó cuarenta y ocho. Barack Obama, doscientas setenta y seis.

Las órdenes ejecutivas (o EO, como suelen llamarse por su abreviatura en inglés), son una de las herramientas más debatidas en el brazo ejecutivo. A veces tardan años en ejecutarse porque en ellas intervienen muchas agencias distintas, y básicamente estipulan cómo se distribuye el poder y la autoridad, que es lo que les importa a la gente en el Gobierno.

Una frase bastante repetida en el Gobierno es: «¿Quién tiene "el boli"?». Dicho de otro modo, significa quién escribe realmente una ley, orden o memorando. En este caso, el boli lo tenía Lumpkin en nombre del Departamento de Estado. La persona o entidad que redacta la orden o legislación tiene cierta primacía, pero, en el fondo, lo que importa no es quién escriba la primera palabra, sino quién da la última aprobación. Y esa es la Casa Blanca.

Lumpkin dedicó mucha atención y energía a la orden ejecutiva. Sospecho que la consideraba una manera de dar forma a la organización de acuerdo con su visión. Había otras versiones de la EO en las que el GEC no formaba parte del Departamento de Estado. Una de ellas decía que la dirección sería un puesto confirmado por el Senado. Pero el mero hecho de tener el boli no significa que nadie más trabajara sobre la orden. También colaboró gente de mi oficina y del NSC, así como la oficina de Oriente Medio y la de antiterrorismo. Había manos más que de sobra.

Al final, Jen Stout y el personal del NSC sacaron la orden adelante tal y como la habíamos planteado en un principio, y el presidente la firmó. Para alguien ajeno al Gobierno, las cosas por las que la gente se peleaba en una orden ejecutiva parecerían insignificantes, pero

representa un plan de acción para la construcción de una organización. Comparada con la orden ejecutiva con la que se creó el CSCC, que tardó un año en definirse, esta se hizo en tiempo récord: diez semanas. He aquí su principio:

ORDEN EJECUTIVA 13721

> Sección 1. Creación del Global Engagement Center. El secretario de Estado creará el Global Engagement Center para liderar la coordinación, integración y sincronización de las comunicaciones en todo el Gobierno dirigidas a públicos exteriores, con el objetivo de combatir la propaganda y disminuir la influencia de las organizaciones terroristas internacionales, entre ellas el Estado Islámico de Irak y el Levante, Al-Qaeda y otros extremistas violentos en el extranjero.[25]

Pero al final resultó que esto era solo el comienzo.

A por todas

Chris Murphy, senador por el estado de Connecticut, parecía aún más joven en persona que en televisión. Afable y culto, resultaba fácil hablar con él. Nuestros equipos nos habían reunido, y entre nosotros había una simpatía superficial por haber estado juntos en la televisión por cable, aunque nunca compartiéramos plató. Después de comprender demasiado tarde que no había dedicado suficiente tiempo a hablar con los miembros del Congreso, quería ponerle al día sobre nuestros esfuerzos para combatir al Estado Islámico y conseguir su apoyo para el Global Engagement Center.

Empecé explicándole la labor del CSCC en ese momento y lo que habíamos aprendido de la lucha contra los mensajes del Estado Islámico. Le hablé de la evolución del CSCC hasta convertirse en el Global Engagement Center, también del Sawab Center y de la idea de

crear otros centros con nuestros aliados. Murphy escuchó toda mi exposición, pero era evidente que no me estaba atendiendo. Solo estaba siendo cortés. Apenas tenía preguntas. Entonces comenté que también había creado un grupo de comunicaciones contra Rusia en el Departamento de Estado, que, por lo que sabía, era el único que existía en el Gobierno. Y, de repente, reaccionó como si le hubiera dicho que había ganado la lotería estatal de Connecticut: se iluminó y empezó a bombardearme con preguntas.

¿Es grande?

¿Qué hace?

¿En qué parte del departamento está ubicado?

¿Desempeñan algún papel Voice of America o Radio Free?

¿Cuántos rusohablantes tienen?

Estaba claro que Murphy sabía bastante sobre desinformación rusa, y era evidente que lo consideraba un problema serio que no estaba siendo abordado.

En 2012, se había presentado como candidato al Senado y ocupó el antiguo escaño de Joe Lieberman, con quien compartía el interés por la política exterior. Con treinta y nueve años, era el miembro más joven del Senado, y se metió en Asuntos Exteriores, donde se convirtió en presidente de Subcomité de Asuntos Europeos. Allí surgió su interés por Ucrania, donde conoció la desinformación rusa y se hizo amigo de un senador más veterano que llevaba tiempo preocupado por la influencia rusa, John McCain. A finales de 2013 viajó a Kiev con McCain y acudieron a las barricadas del Maidán donde declararon: «El futuro de Ucrania está con Europa, y Estados Unidos está con Ucrania».[26] Difícil decirlo mejor. Según me explicó, la anexión rusa de Crimea fue un momento de prueba para él. Poco

después del viaje a Kiev, organizó una reunión participativa en Hartford para la robusta comunidad ucraniana de Connecticut. «Hoy, Putin avanza sobre Ucrania —les dijo—. Pero mañana podría hacerlo sobre un aliado de la OTAN al que Estados Unidos está obligado a defender.»[27]

La primera reacción de Murphy a la epidemia de desinformación rusa, como la de la gran mayoría en Washington, fue: «¿Cómo la combatimos?». Pero él era más sofisticado que la mayoría, y sabía que solo «combatirla» (sea lo que sea eso) no era la respuesta. Me comentó sinceramente que estábamos anticuados en la lucha contra la desinformación. Sabía que los rusos nos llevaban mucho tiempo de ventaja.

Murphy me preguntó si ayudaría de algún modo potenciar el presupuesto de Voice of America o Radio Free Europe. Le dije que habíamos creado *Current Time*, un programa nocturno de media hora en ruso. No lo conocía y quería saber cómo surgió. Le expliqué que planteamos la idea después de comprender que no había programas informativos en ruso aparte de los producidos por los medios estatales de ese país. Ahora, se iba a ampliar de una sola emisión nocturna de media hora a una cadena de veinticuatro horas, los siete días de la semana.

Le comenté que el Grupo de Información sobre Rusia estaba intentando incorporar lo que habíamos aprendido luchando contra los mensajes del Estado Islámico, explicándole que el trabajo con terceras partes creíbles, ONG y periodistas de investigación generaba mejor material que nada de lo que hiciéramos nosotros. Mencioné también que estábamos organizando campamentos tecnológicos en

la periferia rusa para ayudar a los creadores de contenidos locales a combatir la desinformación, y formar periodistas de investigación.

Luego retomé el tema del Global Engagement Center, y mencioné que queríamos utilizar más métricas y analítica, además de terceras partes y campañas, para combatir mensajes extremistas y violentos. Murphy empezó a pensar en alto. Dijo que tenía sentido, que era una buena estrategia general para combatir cualquier tipo de desinformación. «Tal vez podríamos coger el Global Engagement Center y ampliar su misión a luchar contra toda clase de desinformación, que lo hagan tanto actores gubernamentales como no gubernamentales.» Fue un momento de inspiración. Habíamos alcanzado un punto de la conversación en el que había una idea en el ambiente, cosa que ocurre raramente en Washington. ¿Y si creáramos un centro de lucha contra la desinformación mayor, que no solo combatiera los mensajes del Estado Islámico, sino también los de Rusia y, por qué no, los de China e Irán, y cualquiera que entrara en ese juego? Era una idea importante, y lo que suele pasar en Washington es que te quedas admirándola un segundo, y luego la abandonas. Pero Murphy no lo hizo.

El senador siguió hablando de la idea de un centro de lucha contra la desinformación que abarcase a todo el Gobierno; no un ministerio de información, sino un espacio capaz de ayudar a socios y a terceras partes creíbles a combatir la desinformación rusa. Miraba a su alrededor, y veía al Departamento de Estado y de Defensa, y a la comunidad de inteligencia haciendo cosas, pero ¿cómo podíamos aunarlo todo? ¿Cómo crear un esfuerzo del conjunto del Gobierno? Todo esto ocurrió en paralelo a la transformación del CSCC en el

Global Engagement Center, pero eso quedaba al margen de cualquier proceso legislativo.

Murphy estaba en contacto con Rob Portman, senador republicano por Ohio, que pensaba de un modo parecido a él. Empezaron a trabajar sobre una propuesta de ley. Les enviamos un borrador de la orden ejecutiva del GEC y de nuestros planes. Para ellos, la pregunta era: ¿creamos una entidad independiente que dirija toda la producción de mensajes? ¿O lo hacemos utilizando el nuevo GEC para que se haga desde allí? Finalmente se decantaron por esta última opción. La idea era dar al nuevo GEC más autoridad y dinero. Mucho más dinero. Su visión era ambiciosa, pero eran senadores jóvenes con muy poca influencia legislativa. En el Senado, las propuestas de ley suelen aprobarse, más que para ser aprobadas, para incitar a un debate, para que los senadores dediquen atención a un problema del que tal vez no eran conscientes. Y así veían ellos su proyecto de ley. Anunciaron la S.2692, o Ley de Lucha contra la Guerra Informativa en marzo, en plena campaña presidencial. Al principio no despertó demasiada atención, pero, a veces, una propuesta de ley que pretende generar debate cobra fuerza de pronto, y eso fue lo que pasó. En noviembre, los líderes del Senado la agregaron a la Ley de Autorización de Defensa de 2017. A menudo, por no decir casi siempre, los proyectos de ley son vagos, legalistas y difíciles de leer. La S.2692 no lo era.

Así comienza el texto:

S- 2962

PROYECTO DE LEY

Para combatir la desinformación y la propaganda extranjeras, y para otros propósitos.

Que sea promulgada por el Senado y la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América reunidos en el Congreso…

Parecer del Congreso:

Es el parecer del Congreso que:

1. Varios Gobiernos extranjeros, incluidos el Gobierno de la Federación Rusa y el de la República Popular China, utilizan la desinformación y otras herramientas de propaganda para socavar los objetivos de seguridad nacional de Estados Unidos…

2. La Federación Rusa, concretamente, ha llevado a cabo sofisticadas campañas a gran escala con el objetivo de tener un efecto desestabilizador sobre aliados e intereses de Estados Unidos.

3. En la última década, la desinformación se ha convertido en una herramienta clave en la actividad del Gobierno de la Federación Rusa en pos de objetivos políticos, económicos y militares en Ucrania, Moldavia, Georgia, los países balcánicos y toda Europa Central y del Este.

4. El reto de combatir la desinformación va más allá de las comunicaciones estratégicas y una diplomacia pública eficaces, y exige un planteamiento del Gobierno en su conjunto que haga uso de todos los elementos del poder nacional.[28]

Habían ido a por todas. El proyecto de ley acusaba abiertamente a Rusia de emplear la desinformación y otras herramientas propagandísticas para debilitar la seguridad nacional de Estados Unidos. No se puede ser más directo. Hablaba de fomentar una prensa libre e independiente, de utilizar el análisis de datos para desenmascarar la desinformación, de coordinarnos con nuestros aliados y entidades como el Centro de Excelencia de la OTAN en Letonia, y de escoger alumnos de intercambio entre los países vulnerables a la propaganda rusa. Daba sentido a muchas de las

cosas que llevábamos tres años intentando hacer. Y, lo que era más importante, asignaba veinte millones de dólares al secretario de Estado para ampliar el Global Engagement Center y ordenaba al Departamento de Defensa a invertir otros sesenta millones en él para coordinar los esfuerzos del conjunto del Gobierno para combatir la desinformación.

Como diría Jen, aquello era la pera. En realidad, era lo que hacía falta. Como ocurre con tantas leyes, las agencias no siempre están obligadas a ceñirse a ellas. Por ello, antes incluso antes de que fuera aprobada, Lumpkin trató de que el GEC se alinease con la nueva directriz del proyecto de ley. Era lo único que podríamos hacer para que despegase antes de las elecciones, y luego la siguiente Administración (la Administración de Clinton) tendría que ponerla en funcionamiento. Yo confiaba firmemente en ello, porque sabía que Hillary Clinton comprendía mejor que nadie la amenaza rusa.

Cuando se publicó la propuesta de ley, el servicio estatal de noticias ruso, Sputnik, comparó el Global Engagement Center con el Ministerio de la Verdad en *1984,* la novela de George Orwell.

El 23 de diciembre de 2016, el presidente Obama firmó finalmente el proyecto de ley convirtiéndolo en ley.

La escena del bar en La guerra de las galaxias

La reunión del Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes se convocó bajo el epígrafe: «Combatir al califato virtual: la actuación del Departamento de Estado». En los últimos dos años, no es que hubiera evitado dar testimonio ante el Congreso, pero tampoco lo había solicitado. De hecho, había esquivado educadamente un par de peticiones de participar en largas juntas. Y

ahora me encontraba ahí, invitado como único testigo. La solicitud surgió de Royce, presidente del comité. Lo vi como una oportunidad para rebatir el discurso de que estábamos «perdiendo» en el terreno informativo y hablar de la guerra de desinformación en general y el papel que podía desempeñar en ella el nuevo Global Engagement Center. Ya conocía las reticencias de Royce acerca del centro, y creía que la ocasión podía ser una oportunidad para convencerle.

La Oficina de Asuntos Legislativos del Departamento de Estado solía comparar las audiencias ante el Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara con la famosa escena de la cantina de *La guerra de las galaxias*, en la que un batiburrillo de personajes excéntricos e impredecibles (en el caso del comité, cuarenta y seis) podían sabotear todo lo que intentaras hacer. Los de Asuntos Legislativos me advirtieron de que podían atacarme con alguna pregunta esotérica sobre el Corán, o incluso preguntarme sobre los correos electrónicos de Hillary, el acuerdo de Irán, Vladimir Putin, Donald Trump o cualquier tema que se le pasara por la mente a algún integrante.

Llegué temprano a la audiencia acompañado de un par de ayudantes, y me dejaron aparcado en una sala de espera junto a la sala principal del comité. Un par de sus miembros pasaron por ella y me saludaron. Un cuarto de hora antes de que comenzara la sesión, me entregaron el discurso inicial de Royce. Apenas terminé de leer el primer párrafo y ya estaba furioso: «Internet está inundado de propaganda terrorista [...] Espantosos vídeos de decapitaciones [...] El Estado Islámico dirige una inmensa red de reclutadores *online*». Eran los mismos tópicos desgastados, el mismo paradigma obsoleto de que «perdíamos la guerra de la información». Fuera o no verdad,

tenía la sensación de que me estaban tendiendo una trampa, y sin comentárselo a los míos, decidí refutarlo.

La sala 2170 del edificio de oficinas Rayburn House es imponente. Tiene aforo para cien personas, con una larga mesa rectangular para que se siente el testigo ante el comité, cuyos asientos están ligeramente elevados, como las filas de un gimnasio de instituto. El presidente Royce puso orden en la sala. Había bastante gente, y empezó a leer su discurso inicial. Una vez terminado, me pasó la palabra, y empecé a leer el mío. Cuando llegué al apartado sobre el uso que el Estado Islámico hacía de las redes sociales, me quité las gafas y dejé el papel. «Ahora —dije— debo oponerme a algo que el presidente ha dicho al comienzo de la audiencia.» Vi cómo los miembros del comité apartaban la mirada de sus papeles y teléfonos.

> Esta idea de que Internet está «inundada» por el Estado Islámico y por contenidos a favor del Estado Islámico. Hace poco salió un estudio de RAND, confirmado por nuestro propio informe del GEC, que indica que ahora mismo hay seis veces más contenidos contra el Estado Islámico que a favor de él. Cuando empecé en este trabajo, estaban a la par. Pero la marea está cambiando. Recientemente, hicimos un análisis: 0,0124 por ciento del contenido de Twitter es a favor del Estado Islámico. Y en cuanto a esos vídeos de decapitaciones de los que habla la gente, cada semana me informan sobre los diez vídeos más populares del Estado Islámico, y ayer mismo volvieron a ponerme al corriente: el problema es que los vídeos se retiran tan rápido que ni siquiera podemos monitorizarlos. Por tanto, considero que el discurso de que perdemos la guerra de información contra el Estado Islámico es erróneo. De hecho, la comunidad musulmana dominante está ganando la guerra informativa contra el Estado Islámico. Y ahora mismo existe un problema mayor para la diplomacia pública en todo el mundo. Se está levantando una cortina de hierro digital en todo el planeta. Hay un enorme aumento de desinformación en países que están restringiendo la libertad de expresión. Se trata de un desafío gigantesco para las democracias, y no tengo ningún problema en hablar también de ello.[29]

La sala se había quedado en silencio. Casi todo el comité me estaba mirando. Cuando terminé, el presidente Royce esperó un instante y dijo: «Bueno, señor Stengel, creo que ha planteado un argumento razonado». Fue generoso y elegante, y después añadió que tanto él como el comité habían advertido «un aumento sustancial en los esfuerzos para combatirlo».

Y entonces empezó a hablar el resto del comité.

Dana Rohrabacher, congresista por California, históricamente rusófila y a veces descrita en broma como «la congresista de Putin», me preguntó si estábamos ofreciendo alguna ayuda en las comunicaciones a los Hermanos Musulmanes. Contesté que no.

Mo Brooks, congresista de Alabama, preguntó: «¿Ha leído alguna vez el Corán?».

Respondí que no lo había leído entero, solamente partes, y que no era en absoluto un experto en el islam.

A continuación, leyó dos pasajes largos del Corán: uno animaba a los musulmanes que «golpear el cuello» de los infieles, y el otro urgía a los creyentes a «matar a los idólatras dondequiera que los encontréis». Su objetivo era ilustrar que el islam era una religión de violencia.

Ted Deutsch, representante de Florida, cuestionó si se debería permitir que Hamás o a cualquier otra organización terrorista extranjera utilizaran las redes sociales estadounidenses.

Una vez comenzado, comprendí que lo mejor sería dejar hablar todo lo posible a los miembros del comité (solo tenían cinco minutos cada uno) para que apurasen su tiempo sin llegar a plantear ninguna pregunta.

Cuando llegó el turno de Royce, empezó diciendo que el anuncio sobre el Global Engagement Center «me cogió un poco por sorpresa». Según él, el cometido actual de combatir mensajes extremistas violentos parecía lo suficientemente complicado como para que se le añadiera la lucha contra la propaganda estatal, «como la desinformación rusa».

Contesté que estaba de acuerdo en que, en su actual situación, el GEC era demasiado pequeño como para enfrentarse al Goliat de la desinformación rusa, pero que me parecía un comienzo. Dije que no toda la desinformación se creaba del mismo modo, pero que había economías de escala que podían derivarse de un banco de datos centralizado y un lugar para analizar métricas. También, que sería útil tener una entidad centralizada que pudiese cooperar con las compañías tecnológicas. Concluí diciendo que me parecía una idea prometedora que podría poner en práctica la Administración siguiente, que para toda la sala estaría liderada por Clinton.

Intromisión

Durante el verano de la campaña presidencial, Aleksandr Dugin, estrambótico filósofo ruso del que habíamos hablado en el seminario de altos cargos sobre la Zona Gris, publicó un vídeo de YouTube en el que aparecía diciendo a la cámara: «En Trump confiamos».

«Me gusta mucho Donald Trump», decía con su fuerte acento ruso. «Trump es la voz de la auténtica derecha norteamericana, a la que no le importan ni la política exterior ni la hegemonía de Estados Unidos.»

Dugin expresaba su rechazo por la democracia estadounidense: «No hay nada más estúpido y falso que el sistema de recuento de

votos estadounidense». Se burlaba del apoyo de Estados Unidos a la democracia en todo el mundo: «¿Cómo se atreven a darnos lecciones sobre derechos humanos y sobre la lucha contra la corrupción?».

También criticaba la campaña de Hillary Clinton como un montón de «tropas de asalto».

Arremetía contra lo que llamaba una «obsesión con la falsa amenaza rusa» en Estados Unidos, y decía que no era más que una excusa para perdedores.[30]

La producción era mediocre, y el público, limitado, pero aquel vídeo reflejaba una extraordinaria similitud con el lenguaje y las ideas de Dugin y otras voces rusas y Donald Trump. Yo no sabía qué pensar. La posibilidad de que hubiese una especie de manual de retórica común parecía demasiado loca para ser verdad. Los mensajes no se repetían tal cual, pero desde luego rimaban.

Según información publicada por la inteligencia estadounidense, en el mismo momento en que Dugin publicaba su vídeo, el servicio de inteligencia militar ruso (GRU) empezó a entrar en cuentas de correo electrónico de funcionarios del Comité Nacional Demócrata (DNC).[31] De acuerdo con los informes del FBI, *hackers* rusos estuvieron siete meses metidos en la red del DNC. Y, aparentemente, esos *hackers* tenían vínculos económicos con la Agencia de Investigación de Internet, sita en el número 55 de la calle Savushkina, en San Petersburgo.[32]

En junio, cuando se publicaron los primeros documentos del DNC, que incluían el archivo de una investigación sobre él, Trump hizo una maniobra muy *putinesca*: acusar a la víctima. «Creemos que el DNC fue quien pirateó las cuentas como distracción ante los muchos problemas que afronta su mediocre candidata», declaró.[33] Estaba

empleando todos los principios de las medidas activas rusas: distracción, desvío, proyección.

Un informe desclasificado de la inteligencia estadounidense[34] decía que Guccifer 2.0 era, en realidad, una fachada de la inteligencia militar rusa, que entregó miles de correos del DNC a WikiLeaks, además de centenares de correos del director de campaña de Clinton, John Podesta. El 22 de julio, tres días antes de la convención demócrata, WikiLeaks publicó 19 252 correos electrónicos del DNC.[35]

Ese mismo mes, el FBI empezó a investigar una posible relación entre la campaña de Trump y Rusia. No era información privilegiada que me llegara a través del departamento: lo que sabía de ello, lo leí en el *New York Times* y el *Washington Post*. Pero quería controlar cómo se desarrollaba el asunto en los medios estatales rusos. Gayane Chichakyan, corresponsal de RT que había escrito varias noticias sobre mí, dijo que las acusaciones de pirateo contra Rusia eran descabaladas y que la gente les señalaba siempre a ellos. Sus palabras fueron: «Cuando, nada más producirse la filtración, la campaña de Clinton empezó a culpar a Rusia en vez de abordar lo que revelaban esas filtraciones, a muchos les pareció una broma digna de las *fake news* de The Onion. Pero se trataba de noticias reales. Donald Trump cogió la ironía y tuiteó: “El último chiste es que Rusia filtró los correos porque le caigo bien a Putin”».

Durante la apertura de la convención republicana celebrada en julio, el equipo de campaña de Trump rebajó el tono en la plataforma del partido que había urgido a Estados Unidos a suministrar armas letales a Ucrania.

El 27 de julio, Trump ofreció una rueda de prensa y le preguntaron si iba a pedir públicamente a Putin que no interfiriera en nuestras elecciones.

«¿Por qué iba a decirle yo a Putin lo que tiene que hacer?», contestó. También dejó caer el famoso comentario de: «Rusia, si estás escuchando, espero que seas capaz de encontrar los treinta mil correos desaparecidos».[36]

Cuatro días más tarde, en una entrevista para ABC News, Trump cuestionó el compromiso de Estados Unidos con la defensa de los miembros de la OTAN de una agresión rusa: «En fin, por lo que yo sé, la gente de Crimea prefiere estar con Rusia que donde estaban».[37]

El enemigo lejano es el enemigo cercano

> **Operadora del 911**: Emergencias 911. La llamada está siendo grabada.
>
> **Sospechoso**: *Al-hamdu lil-lah, alayhi s-salam*. [Alabado sea Dios y la paz sea con él.] Quiero comunicar que estoy en Orlando y yo cometí el tiroteo.
>
> **Operadora del 911**: ¿Cuál es su nombre?
>
> **Sospechoso**: Juro lealtad a Abu Bakr al-Baghdadi, en nombre del Estado Islámico.

Su verdadero nombre era Omar Mateen. El sexto día del ramadán, en plena campaña presidencial, disparó y asesinó a cuarenta y nueve personas con un fusil semiautómatico de estilo militar en la discoteca Pulse de Orlando, Florida. Ese era exactamente el tipo de acto de terrorismo nacional que tanto preocupaba a la Casa Blanca. Mateen, hijo de inmigrantes afganos nacido hacía veintinueve años en Estados Unidos, creció en Port St. Lucie, Florida, a unos ciento sesenta kilómetros de Orlando.

Horas después del tiroteo, el Estado Islámico reivindicó el atentado en un comunicado emitido a través de una aplicación telefónica encriptada. Poco después, Donald Trump tuiteó:

> Agradezco las felicitaciones por estar en lo cierto sobre el terrorismo radical islámico. No quiero felicitaciones, quiero dureza y vigilancia. ¡Tenemos que ser listos!

Durante la campaña, Trump se había declarado «el primero que realmente predijo el terrorismo», al decir, «lo presiento, como puedo presentir cuándo un sitio es bueno para construir».[38] Después de la matanza, Trump no parecía responsabilizar al Estado Islámico o al-Baghdadi, y en su lugar señalaba a los musulmanes estadounidenses. «Tendrían que cooperar con las fuerzas de seguridad y entregar a la gente que saben que es mala..., pero, ¿saben?, no lo han hecho. ¿Y saben algo más? Que ahora tenemos muerte y destrucción.»[39]

En la celebración *online* de los yihadistas digitales tras el atentado de la discoteca, muchos habían publicado capturas de pantalla de Abu Mohamed al-Adnani, el portavoz más conocido del Estado Islámico y, según la comunidad de la inteligencia, principal estratega tras los atentados internacionales del grupo terrorista.[40]

Menos de un mes antes, Al-Adnani había reformulado el discurso del Estado Islámico en un archivo de audio de treinta y un minutos de duración cargado en la web. Hasta entonces, el Estado Islámico siempre se había distinguido de Al-Qaeda por su aspiración a ser un Estado con territorio propio. Sin embargo, ante las derrotas militares en Ramadi y la probable pérdida de Mosul, Al-Adnani sugería que abandonaban la idea de poseer un califato físico.

«¿Fuimos derrotados cuando perdimos ciudades en Irak y nos retiramos al desierto sin ciudad ni territorio? ¿Y estaríamos derrotados y vosotros victoriosos si tomarais Mosul, Sirte o Raqa, o incluso todas las ciudades pequeñas, y volviéramos a nuestras condiciones iniciales? ¡Desde luego que no! La verdadera derrota solo se daría si fuerais capaces de eliminar el Corán del corazón de los musulmanes.»

Al-Adnani estaba cambiando la definición de éxito, de poseer y gobernar un territorio, a tener el islam en el corazón. Ya no era el territorio externo, sino el territorio interior. Por esa razón, tal y como decía a sus seguidores, en vez de ir al califato debían atacar al enemigo dondequiera que estuvieran. Y hacía una llamada a que lo hiciesen durante el ramadán.

«Y dirigimos este mensaje específicamente a los soldados y adeptos del Califato en Europa y Estados Unidos. ¡Oh, esclavos de Alá, oh, Muwwahiddin! [...] En verdad, el menor acto vuestro en sus territorios será más valioso para nosotros que el mayor acto que se haga aquí; es más eficaz para nosotros y más dañino para ellos.»

El enemigo lejano se había convertido en enemigo cercano. Era un pistoletazo de salida mundial para los lobos solitarios en Europa y Estados Unidos. La coalición había ganado prácticamente la guerra física contra el califato en Irak y Siria, pero Al-Adnani decía que el califato más auténtico residía en el corazón de sus adeptos. Y eso es lo que más nos preocupaba a todos: que la guerra pudiera trasladarse de Irak y Siria a Miami, Nueva York y San Francisco; a nuestro territorio.

Después de casi tres años construyendo la coalición de comunicaciones contra el Estado Islámico, decidimos celebrar la última reunión de la Administración Obama en Washington. Fue una semana después del atentado de Orlando. Comencé diciendo que el Estado Islámico estaba reposicionando su marca. Prácticamente eliminada en Irak y Siria, el flujo de combatientes extranjeros había disminuido un noventa por ciento. Las constantes derrotas en el campo de batalla estaban transformando sus tácticas en el campo de la información: de ser una marca ideológica que buscaba gobernar un territorio, estaban convirtiéndose en una marca paraguas para la reivindicación, el odio y la psicopatología. En lugar de promover la imagen de un califato de abundancia, ahora creaba una organización criminal para los marginados. Ya no eran un Estado, sino un Estado de mente maligno.

Como siempre, hablé de lo lejos que habíamos llegado, gracias la creación del grupo en sí, el lanzamiento del Global Engagement Center, el éxito del Sawab Center y los futuros centros de mensajes en Malasia y otros lugares. También expliqué que el nuevo GEC podría combatir otros tipos de desinformación bajo una nueva Administración.

Nuestra presentación principal corrió a cargo del general Mike Nagata, responsable del Centro Nacional de Antiterrorismo. Conocía a Mike desde que asumí el cargo, y era una de las personas más inteligentes que conocía en lo relativo a la marca Estado Islámico. Alguien me dijo una vez que el Departamento de Defensa ve el mundo a través de la lente de las amenazas, mientras que el Departamento de Estado lo hace a través del prisma de las posibilidades. El general Nagata era una de las pocas personas capaz

de verlas a través de ambas lentes. Su presentación se titulaba «Giro hacia la oscuridad», y hablaba de cómo la propaganda del Estado Islámico estaba haciéndose subterránea. En muchos sentidos, como había ocurrido en los atentados de San Bernardino y Miami, este paso a la red oscura era consecuencia del éxito de nuestra guerra informativa contra ellos. Dedicó la primera parte de su charla a exponer el abandono de las redes sociales públicas por parte del Estado Islámico para adentrarse en otras plataformas privadas y encriptadas, como Telegram, Signal, Wickr, Threema o Whatssap. (Bromeó refiriéndose a Telegram como «Terrorgram».) Según dijo, todos los líderes y comunicadores del Estado Islámico utilizaban VPN (redes privadas virtuales) para publicar y comunicarse. Generalmente, vivían en la red oscura, una plataforma completamente anónima en la que podían ocultar su identidad. «Cada vez es más difícil ver sus conversaciones —dijo—. Tenemos que adaptarnos a este nuevo campo de batalla de la información.»

Nagata pasó a hablar entonces del campo de batalla en sí, diciendo que, cuanto peor le fuera al Estado Islámico dentro el campo de batalla físico, más probabilidades habría de que perpetraran atentados terroristas fuera de él. Clasificó los atentados tres tipos distintos: directos, posibilitados e inspirados. «El más difícil para ellos es un atentado directo —dijo—, y el más fácil, un atentado inspirado.» De hecho, para este último tipo de atentado, como los perpetrados en Orlando o San Bernardino, ellos no tuvieron que hacer nada. «Para nosotros, el más difícil de prevenir es un atentado inspirado, y el más fácil, uno directo.»

El general recalcó que desde 2014 habían planeado varias decenas de atentados. La mayoría se habían desbaratado. No obstante, las

encuestan demostraban que el público estadounidense se sentía inseguro. No era algo enteramente racional, según dijo, pero era la realidad. Y tampoco hizo falta que lo dijera, porque todo el mundo lo entendió, pero había figuras destacadas en el ámbito político de ese momento que avivaban los miedos de la gente. En Europa, dijo, veíamos a líderes demonizando la inmigración. Y también el auge del nacionalismo blanco. Pero también lo estábamos presenciando en casa. Según él, la OTAN había advertido un incremento en la desinformación rusa sobre la inmigración. Los sociólogos apuntaban al auge de lo que llamaban «votantes autoritarios», a saber, electores atraídos por candidatos que predicaban la necesidad de emplear mano de hierro y el rechazo hacia «el otro».[41]

Para concluir, Nagata volvió al punto en el que siempre había insistido desde que le conocí, dos años antes. «Esto es una guerra —dijo—, pero también es una discusión. La pregunta es: ¿cómo ganamos esta discusión? Porque seguirá viva mucho después de que termine la guerra sobre el terreno físico.» Él pensaba que el único modo de ganar una discusión era ofreciendo una alternativa positiva: «Tenemos que ofrecer algo mejor, y ahora mismo no lo estamos proponiendo».

Contar la versión de Estados Unidos

El último «taller» para los funcionarios de Asuntos Públicos del Departamento de Estado se iba a celebrar en las últimas semanas antes de las elecciones. Durante mis primeros meses en el cargo, habíamos tenido una gran conferencia con funcionarios de Asuntos Públicos repartidos por todo el mundo que volvieron a Estados Unidos expresamente para reunirse a hablar. Pretendía organizar

otra para mi último año, pero la oficina de administración me dijo que el Congreso no vería con buenos ojos que el Departamento de Estado gastara dinero en «conferencias» en año de elecciones, y que se habían anulado todas. Ahora bien, según me dijeron, si no me importaba llamarla «taller», el Congreso no se enteraría.

Unos trescientos funcionarios de Asuntos Públicos se congregaron en el auditorio Acheson. Di comienzo al «taller» diciendo que todos ellos se encontraban en los frentes de la guerra mundial de la información, que nuestro adversario estaba librando una guerra cada vez más flagrante contra la verdad y contra la mera idea de que había una realidad objetiva en la que todos podíamos coincidir. Describí el problema de luchar contra la desinformación como uno de los desafíos más distintivos del siglo XXI. No solo globalmente, sino también aquí, en Estados Unidos.

Todo el mundo escuchaba bastante callado; sin embargo, cuando llegó el turno de preguntas y comentarios, había un tema del que la gente quería hablar: Donald Trump. No se cortaron. El jefe de Asuntos Públicos de Brasil se levantó y habló por muchos de ellos al decir: «Cada día, nos hacen preguntas sobre la vida en Estados Unidos. La manifestación de Charlotte fue como un trueno. La gente preguntaba: ¿realmente hay nazis en Estados Unidos? ¿Y *apartheid*? ¿Por qué no gustan los musulmanes en Estados Unidos?». Hubo aplausos entre el público. Parecía como si todo el mundo tuviera algo parecido que compartir.

Estos fueron algunos de los comentarios que se escucharon:

> La gente dice: «Ya no reconocemos a Estados Unidos». (Indonesia)

A todo el mundo le preocupa que se vuelva imposible estudiar en Estados Unidos si eres de color. (Hong Kong)

La gente se pregunta: «¿Funciona realmente la democracia? ¿Nos abandonará Estados Unidos?». (Pakistán)

Solían ver a Estados Unidos como un modelo de democracia, del imperio de la ley y la anticorrupción. Ahora, lo que ven es el *apartheid* estadounidense. (Sudáfrica)

Dicen: «Los estadounidenses sois unos auténticos hipócritas». (Turquía)

No paran de decirme: «Ustedes siempre han dicho que el Artículo 5 de la OTAN es intocable, pero ¿seguirán diciéndolo si Trump sale elegido presidente?». (Lituania)

La gente que vive con miedo en el mundo es la que está en democracias intolerantes. Nos dicen: «Nosotros sí sabemos de caudillos y dictadores, vosotros no». (Hungría)

Yo solo pude repetir tópicos sobre cómo, en una democracia, los votantes eligen y nosotros cumplimos con su voluntad. Sin embargo, según ellos, aunque ganara Hillary Clinton (y la mayoría daba por hecho que así sería), Estados Unidos se había visto profundamente dañada por la retórica de Trump. Las elecciones presidenciales estadounidenses no son un asunto nacional, sino global. La gente de todo el mundo siente que tiene voz e interés en el resultado.

Todas las preguntas que me hicieron eran esencialmente la misma. El mundo se preguntaba si todo lo que les habíamos estado contando durante tanto tiempo (sobre la democracia, los derechos humanos, la justicia y la diversidad) era cierto. En el fondo, la diplomacia pública estadounidense trata de valores. Y ahora la gente de todo el mundo decía que toda esa historia era ficticia. Tampoco era la primera vez

que se decía. Ya nos habían tachado de hipócritas antes de que Donald Trump decidiera presentarse a la presidencia. Pero nunca habíamos tenido un candidato que rechazase de forma tan explícita esos valores, tanto en su ideología como en su comportamiento. Eso era algo nuevo.

Muchas personas se acercaron a preguntarme en privado: «¿Qué pasará si gana? ¿Cómo podremos hacer nuestro trabajo? ¿Debería dimitir?.

Yo les dije que no se preocuparan.

Desde Rusia con amor

El año antes de las elecciones, el Gobierno ruso había forzado el cierre de los veintinueve American Centers en Rusia, incluido nuestro centro insignia en el corazón de Moscú, que vio rescindido su contrato de alquiler tras veintidós años asociado a la Biblioteca de Literatura Extranjera.[42]

Los centros americanos, a veces conocidos como espacios americanos o rincones americanos, eran bibliotecas o salas de lectura donde la gente podía encontrar libros, publicaciones y vídeos estadounidenses. Eran un legado de la Guerra Fría, pero en muchos países habían cobrado nueva vida al ofrecer wifi, algo no siempre fácil de encontrar, y porque no monitorizábamos lo que la gente hacía *online*.

Cuando Rusia empezó a cerrar centros, nuestro embajador, John Tefft, ingenió un plan B. Su idea era construir un nuevo American Center con diez millones de dólares y en el terreno de nuestra embajada en Moscú. El dinero para edificarlo tendría que salir del

presupuesto de Diplomacia Pública, y estuvo seis meses sugiriéndome que viajara a Moscú a ver el lugar.

Tefft había venido a verme unos meses antes. Era un tipo corpulento del Medio Oeste estadounidense, con bigote de morsa, gruesas gafas negras y una mata de pelo blanco, que le hacían parecer más bien el embajador ruso en Estados Unidos. Hablaba el idioma con fluidez y había sido embajador en Ucrania, Georgia y Lituania. Era defensor de la diplomacia cultural a la vieja usanza y no mostraba demasiado entusiasmo por nuestros esfuerzos contra la desinformación rusa.

En los últimos dos años, mientras las relaciones con Moscú seguían desgastándose, ni al NSC ni al Departamento de Estado les entusiasmaba la idea de que viajáramos a Rusia. Por tal motivo, cuando finalmente accedí a ir, surgieron reticencias sobre su planificación. Como se diría en la jerga del Departamento de Estado, había muchos anticuerpos contra la visita en la Casa Blanca y en la oficina de Rusia de nuestro departamento. Con las revelaciones que estaban saliendo sobre el papel de Rusia en el ataque a las presidenciales, el NSC no quería meter cizaña. Desde luego, no querían que un funcionario estadounidense viajara a Rusia y acusara a los rusos de manipular nuestras elecciones. Trump y los rusos estaban deseosos de declarar que habían sido «amañadas», y nadie quería darles más cancha para hacerlo.

Antes de la fecha programada para mi viaje a Rusia, el NSC organizó una reunión informativa especial sobre seguridad con inteligencia. Presidía el equipo un joven elegantemente vestido y práctico que hablaba en un *staccato* de frases.

—No espere intimidad. Es un ambiente hostil, el más hostil que hay. Han aumentado mucho el acoso y asalto a estadounidenses. Monitorizan todas las comunicaciones. Todo está interceptado. No envíe nada que no quiera que sea leído. No diga nada que no quiera que se oiga. No haga nada que no quiera que se vea. Ni siquiera en la habitación de su hotel.

Pausa.

—Especialmente en la habitación de su hotel. Entrarán en ella mientras desayuna. A veces dejarán alguna pista de que han estado allí, otras no. A veces querrán que sepa que le vigilan, otras no. Usted simplemente dé por hecho que lo hacen. Ningún detalle es demasiado trivial para su interés. Desde la pasta de dientes que usa hasta de dónde son sus camisas. El FSB [Servicio de Seguridad Federal, sucesor de la KGB] es sofisticado, y tienen mucha memoria. Son pacientes. Cualquier información que ahora parezca irrelevante podría ser importante dentro de diez años. En ese tipo de encuentros, utilizan cosas que saben de usted por su *feed* de Twitter o su perfil de LinkedIn. Una mujer atractiva le dirá algo sobre la revista *Time* o Nelson Mandela. Intentan hacer que crea que les conoce. Pero no les conoce de nada. Les gusta usar trampas de miel [unas clásicas técnicas de espionaje en la que se emplea el sexo como señuelo]. No pique.

Cuando quedaba una semana exactamente para el viaje, recibí un correo desolado de Tefft. Aparentemente, algunos de los eventos que había organizado estaban despertando «preguntas importantes», temía que el viaje no fuera «adecuado» para un subsecretario y por ello deberíamos cancelarlo.

Por mi lado, averigüe que la oficina de Rusia en el Departamento de Estado se oponía a un evento concreto que Tefft quería que hiciese, una reunión participativa pública, también llamada *town hall*. Y ellos solo querían que fuese una visita turística.

Decidí llamar a Tefft, que se mostró claramente frustrado y triste. Le dije que lo único que quería hacer era mostrar lo que pensamos, echar un vistazo al espacio para el nuevo American Center, y poner una especie de nota a mis años lidiando con la desinformación rusa en el Departamento de Estado.

Mis palabras fueron un alivio inmediato para John, que contestó que seguiría con la planificación y que se alegraba de que el viaje siguiera adelante.

Una vez confirmada, se hizo evidente que a los rusos tampoco les fascinaba la idea de mi visita. Programaron una sola reunión oficial, el mínimo indispensable. Sería con el viceministro de Exteriores, responsable de intercambios educativos y de los centros americanos. Mi plan era hablarle de la cancelación del programa Flex y el cierre de todos nuestros centros. El viaje estaba programado para dos semanas y media antes de las elecciones, de modo que Jon Finer me pidió que fuera lo más discreto posible: nada de Ucrania, nada de Putin, Clinton o Trump.

Si los rusos hubieran intentado buscar un espacio más inhóspito para nuestra reunión, dudo que lo hubiesen conseguido. Me condujeron a una sala estrecha y trapezoidal con una mugrienta ventana en un edificio impersonal junto a la Plaza Roja. Me recordaba al cuarto amarillo de Raskolnikov en *Crimen y Castigo*.

El encuentro debía ser con el viceministro de Exteriores, Serguéi Ryabkov, que era más o menos mi homónimo y había sido elegido como el dignatario más importante con el que me reuniría. Sin embargo, vino acompañado de Dimitri Peskov, portavoz presidencial, que desde el principio tomó la batuta. Ryabkov ni siquiera abrió la boca. Sospecho que Peskov se unió al conocer mi pasado como editor de *Time*. Era un tipo delgado y ansioso, vestido con un elegante traje, que parecía morirse por un cigarro. Nada de saludos, nada de bienvenidas, ni estrechón de manos. Ni siquiera me miró a os ojos. Su semblante entero era agrio e indiferente.

Sus primeras palabras fueron: «Las relaciones entre nuestros países están en su punto más bajo desde la Guerra Fría». Lo dijo con la mayor naturalidad, como si fuera un vendedor de billetes en la ventanilla de Amtrak diciéndome los horarios de los trenes.

Las organizaciones se guían por su cúpula, y Peskov daba la impresión de encarnar al mismísimo Putin: frío, poco hospitalario, inflexible. No hacía ningún esfuerzo por ser agradable (ni diplomático).

Acabado el discurso inicial de Peskov, los otros dos rusos seguían callados, así que empecé a hablar. Expresé nuestro disgusto por el cierre de los espacios americanos. Peskov se encogió de hombros. Les dije lo decepcionados que estábamos por la cancelación del Flex. Se encogió de hombros otra vez. Finalmente, protesté por el continuo acoso a nuestros diplomáticos y al personal contratado en Rusia. Volvió a encogerse de hombros (en ese momento, parecía que ansiaba aún más un cigarrillo, si cabe).

Cuando terminé, Peskov contestó en un tono aburrido que el cierre de los espacios americanos estaba relacionado con asuntos locales

sobre los que Moscú no tenía control alguno. Sin embargo, al abordar el asunto del Flex, Peskov se encendió ligeramente y afirmó que Rusia no se beneficiaba en absoluto del programa, que había sido diseñado por Estados Unidos para lavar el cerebro a jóvenes rusos para que pensaran que Estados Unidos era maravilloso, y Rusia, terrible.

Si su estrategia era cerrarse en banda a cualquier discusión sobre estos temas, funcionó. Se mostraron tan cerrados, tan hostiles, que parecía absurdo. Su actitud decía: «Esto no es una negociación; solo hay un lado: el nuestro». Resulta mucho más fácil embarcarte en una discusión sabiendo que vas a negarte a todo, que plantearte la posibilidad de acceder a un diez por ciento. No vi ningún sentido en insistir.

Más que concluir, la reunión se detuvo. Cuando terminé de hablar, los rusos se levantaron para marcharse. Ya habían acabado. Solo pretendían aguantar sin dramas, concesiones ni errores. Y lo habían conseguido.

Este fue el comunicado de prensa que emitieron sobre la reunión:

> El 14 de septiembre, el viceministro de Asuntos Exteriores, Serguéi Ryabkov, se reunió con el subsecretario de Estado para la Diplomacia y Asuntos Públicos de Estados Unidos, Richard Stengel, actualmente de visita en Moscú. Intercambiaron opiniones sobre temas de las relaciones entre ambos países, así como varios asuntos internacionales.[43]

El escrito evitaba deliberadamente mencionar a Peskov; era un *haiku* oficial de la desinformación rusa. Así pues, tanto mi primera reunión como funcionario del Gobierno (tres años antes) como esta, prácticamente la última en el cargo, fueron encuentros insatisfactorios con hostiles y taciturnos funcionarios rusos.

El resto del viaje transcurrió con bastante tranquilidad. Comí en la Spaso House, la antigua y bella embajada, con uno de los últimos editores de revistas independientes que quedaban en Moscú. Me dijo: «Putin es el hombre fuerte que Trump interpreta en televisión». Hablé también con empleados de Asuntos Públicos de la embajada, que me relataron casos de acoso, neumáticos rajados y casas asaltadas.[44] La última cita de mi visita era en la famosa reunión participativa, evento que Tefft creía el mínimo necesario como representantes de la diplomacia pública. Por ello, a pesar de la preocupación de Washington al respecto, cumplí con el programa.

A Jon Finer no le gustaba nada molestar. Sin embargo, me llamó hasta tres veces antes del evento. Quería repasar los detalles. Le dije que se celebraba en el American Center, que aún no conocía, y que sería con alumnos de intercambio y con algunos visitantes habituales del centro. Preguntó si el acto era abierto a los medios. Dije que sí.

Jon me comentó que la Casa Blanca temía que dijese algo negativo sobre Rusia (o sobre Siria… o acerca de Trump; en fin, sobre prácticamente cualquier tema de la lista de asuntos delicados entre Estados Unidos y Rusia). Nadie quería deslices justo antes de las elecciones. Era la última visita de un alto funcionario estadounidense a Rusia antes de los comicios. La Casa Blanca no deseaba dar la impresión de que estaban ayudando a Hillary o atacando a Trump, ni a Putin. Simplemente, a estas alturas, querían evitar molestar a nadie.

Como le dije a Jon, mi plan era no generar ninguna noticia. Él se rio y me pidió que le llamara cuando el acto concluyera.

Según el programa, debía llegar al American Center tres cuartos de hora antes de comenzar el encuentro, para que me hiciesen un *tour* y estudiar los planos. Aquella visita era la razón aparente del viaje, antes de tomar una decisión sobre la posible ampliación de diez millones de dólares. No tenía demasiadas expectativas. Ya había visto muchos destinos estadounidenses en todo el mundo que habían acabado siendo fortines remotos.

Sin embargo, aquel lugar fue una grata sorpresa. Estaba en el centro de Moscú, no fuera de la ciudad. La entrada propuesta era bonita y no se encontraba cerca de la principal de la embajada. Los visitantes no tendrían que atravesar por la rigurosa seguridad de la embajada en sí. Y los planos mostraban un edificio moderno, abierto y de alta tecnología. No parecía una fortaleza en absoluto. Le dije a Tefft que tenía mi visto bueno.

Al ver la sala que iba a albergar la reunión participativa, me sentí aliviado. La propia definición de esas reuniones, *town hall* [literalmente, ayuntamiento], genera la sensación de algo grande y formal. Yo imaginaba que sería en un auditorio, pero aquello parecía una gran aula de secundaria. A la entrada había una mesa donde la gente podía escribir su nombre sobre etiquetas con rotuladores de colores. Las sillas (muchas de las cuales eran pupitres diminutos como los que uno encuentra en un colegio) estaban repartidas descuidadamente. Todo estaba montado de un modo muy *amateur*.

Antes de comenzar la reunión, debía conversar durante unos minutos con antiguos estudiantes de intercambio. Eran jóvenes, con rostros frescos y muy sinceros, podían ser una versión moderna de los «jóvenes pioneros» de la época soviética, pero vestidos con vaqueros y camiseta. No hacían más que hablar de lo bien que se lo

habían pasado en Estados Unidos. La cancelación del programa Flex había sido una enorme decepción para ellos.

El director de Asuntos Públicos debía presentarme en la reunión, y luego me entrevistaría otro empleado del mismo departamento. Ya había revisado las preguntas, y eran muy fáciles. El público era la gran incógnita. Podían salirme con preguntas sobre Trump, Siria o Putin. También cabía la posibilidad de que un periodista entre los asistentes intentase sembrar polémica. Pero no estaba demasiado preocupado. Tenía los habituales puntos de discusión anodinos del Departamento de Estado y el NSC.

Cuando salí del camerino improvisado, la concurrencia me pareció cómicamente reducida y modesta. La mayoría eran los mismos alumnos de intercambio con los que había estado hablando, amigos suyos, y un puñado de visitantes habituales del American Center. ¿Habría algún representante de la inteligencia rusa? Tal vez. ¿O algún periodista que no se había registrado como tal? No había manera de saberlo. La Oficina de Asuntos Públicos me presentó y dediqué casi toda la intervención a hablar de mis años como periodista y mi trabajo con Nelson Mandela.

Una joven se levantó y preguntó:

—¿Qué es más difícil, ser editor de *Time* o trabajar en el Departamento de Estado?

Me reí.

—Editor de *Time*, desde luego.

El siguiente fue un joven que preguntó cómo se podían mejorar las relaciones entre Estados Unidos y Rusia. Contesté hablando de la primera vez que viajé a Rusia, en 1980, y de lo mucho que había cambiado desde entonces. Ahora Moscú me parecía muy próspera y

moderna. Dije que entre el pueblo ruso y el estadounidense había un vínculo de afecto y que el problema estaba ante todo en los Gobiernos, que se entrometían.

Entonces se puso en pie otro joven e hizo una pregunta en ruso. Varias personas se rieron mientras hablaba. El funcionario de Asuntos Públicos de la embajada también sonrió, y me explicó que era una pregunta sobre las elecciones presidenciales. Quería saber cómo estaban afectando a la diplomacia pública. Y luego me pidió que predijera quién ganaría. La gente volvió a reírse.

Sonreí y contesté que estaba resultando difícil para la diplomacia pública, porque las elecciones estaban transformando las percepciones de Estados Unidos y del proceso democrático, pero que, mirando atrás, los mismos Framers de la Constitución estadounidense ya sabían que la democracia era un proceso complejo. Les preocupaban los demagogos. Les inquietaba que se engañara a la gente. Dije también que, a lo largo la campaña, habían surgido una serie de opiniones políticas poco afortunadas. Prejuicios contra inmigrantes y extranjeros. Hostilidades con la prensa. Y esos son los valores de algunos estadounidenses, sí, pero no son valores estadounidenses. La libertad de expresión y de religión, la igualdad ante la ley: esos eran los valores centrales de Estados Unidos, aunque no siempre estemos a su altura.

¿Y mi predicción para las presidenciales?, insistió el joven. Sonriendo de nuevo, respondí que los votantes elegirían. Esa era la belleza de la democracia.

Y eso fue todo. No mencioné el nombre de Trump. No menté a Siria. Ni tampoco la desinformación, el pirateo ni la interferencia de Rusia en las elecciones. Nada de controversias. Ningún desliz.

Llevaba tres años trabajando en la lucha contra la desinformación rusa, y allí estaba, en Moscú, sin nada que combatir. Un grupo de personas que habían acudido porque les gustaba Estados Unidos. Simplemente, no era el lugar ni el momento de soltar golpes.

Me pareció absurdo llamar a Finer, y le mandé un mensaje: «Sin novedades de ningún tipo».

Esto es lo que nuestra embajada tuiteó después de aquella reunión:

> Las redes sociales son solo una herramienta, pueden usarse para hacer el bien o el mal. Vuestro desafío es utilizarla para bien. @stengel @AMC_Moscow

El día después

El vagón silencioso del tren nunca había estado tan mudo como la mañana después de las elecciones. Era un día gris. En los últimos tres años había cogido el Acela cientos de veces. Aquella mañana, reconocía a mis compañeros de viaje, pero no a mi propio país.

El lunes por la noche había vuelto a Nueva York para votar el martes en las elecciones. El miércoles a las ocho de la mañana cogí el tren a Washington. La bandeja de entrada de mi correo del departamento estaba prácticamente vacía. Cada mañana me encontraba con un aluvión de correos electrónicos de trabajo, pero aquel día no tenía ninguno. Envié una nota circular convocando una reunión de diplomacia pública esa misma tarde para pensar en cómo proceder.

Todos mis mundos, todas mis preocupaciones de los últimos tres años, habían colisionado. Gran parte de aquello para lo que había trabajado durante los tres últimos años parecía haber dado un

enorme paso atrás. Aparentemente, la victoria de Trump había acelerado de inmediato las tendencias que nosotros queríamos revertir. El auge de la desinformación y el nacionalismo. Al fin y al cabo, Trump había transformado el resentimiento y la vulnerabilidad en armas, igual que el Estado Islámico y Putin. Todos ellos explotaban y alimentaban el sentimiento de agravio de millones de personas que se sentían marginadas por la vida moderna.

La elección de Trump representaba también un enorme desafío para la diplomacia pública estadounidense y para la marca Estados Unidos. Gran parte de aquello en lo que creíamos y promovíamos como parte de la marca Estados Unidos (libertad de expresión, libertad de culto, la fuerza de la diversidad, igualdad ante la ley, igualdad de oportunidades) era cuestionado por Donald Trump. Pero incluso valores más profundos parecían amenazados, valores por los que había trabajado también como periodista: no solo la libertad de expresión, sino el pensamiento crítico, el debate basado en hechos, el mercado de ideas.

El concepto de «America First» [Estados Unidos primero] aun sin los ecos de aislacionismo anteriores a la Primera Guerra Mundial, parecía una receta para un Estados Unidos solo, aislado. A John Kerry le gustaba decir que, al resto del mundo, el compromiso de Estados Unidos tampoco le quitaba el sueño: solo se preocupaban cuando no nos comprometíamos. De hecho, tal idea estaba latente, en cierto modo, en algunas de las notas que le envié antes de un discurso: que Estados Unidos no podía hacerlo todo, pero había cosas que solo podía hacer Estados Unidos. Sin embargo, en realidad, no eran tantas. Y, aunque no necesitáramos tanto a nuestros aliados como ellos a nosotros, aun así les necesitábamos.

Trump tenía otra visión del mundo, pensaba que tanto nuestros aliados como nuestros adversarios nos trataban como si fuéramos estúpidos.

Mientras miraba por la ventanilla del tren, lo único que me salió fue escribir a mis hijos. Tenían dieciséis y dieciocho años. He aquí parte de mi mensaje:

> Todo esto podría llevaros a la conclusión de que la vida pública es decepcionante e insatisfactoria. Podríais decir: ¿por qué iba yo a querer formar parte de todo eso? Buena pregunta. Y, como dijo el juez Brandeis: «El derecho a que le dejen a uno en paz es el más universal, y el más valorado por los hombres civilizados». Tal vez decidáis que preferís que os dejen en paz para hacer lo que de verdad os importa. Tener intimidad. Eso está bien. Pero no dejéis que esto os desaliente. Otro juez, William O. Douglas, solía decir a sus funcionarios: «Buscad un torrente de historia y lanzaos a él». Y ese torrente solo se hizo más turbio e interesante.

Aquella mañana, el Departamento de Estado parecía una morgue. Encontré muchos ojos enrojecidos en la primera reunión postelectoral en la sala de juntas al lado de mi despacho. Algunas personas estaban como petrificadas, aturdidas, sin saber qué decir.

Mi objetivo al convocar la reunión era asegurarme de brindar toda la ayuda que necesitaran los destinos. En el Departamento de Estado, solía sorprenderme ver cómo parecía que se empezaba de cero después de un suceso importante, como si nunca lo hubieran hecho antes. «Señores, esta no es nuestra primera transición presidencial», dije. Solté los tópicos habituales que por ser conocidos no eran menos ciertos. La democracia significa que gobierna el pueblo, y el pueblo ha hablado. Una transición pacífica del poder es el sello distintivo de la democracia estadounidense. Seguimos

representando los intereses de Estados Unidos. Tenemos hombres y mujeres en peligro por todo el mundo a los que debemos seguir protegiendo. Y, finalmente, solo tenemos un presidente en cada momento. Barack Obama continúa siendo el presidente de Estados Unidos y lo será hasta el 20 de enero.

Un veterano funcionario de Exteriores dijo: «Mire, el sesenta por ciento de los funcionarios de Exteriores actuales llevan menos de diez años en su trabajo. La mayoría ha trabajado para un presidente, Barack Obama, y dos secretarios de Estado, Hillary Clinton y John Kerry. Estarán disgustados y desconcertados. ¿Cómo les transmitimos que sigan haciendo su trabajo, que continúen sintiendo orgullo por representar a su país?». Se oyeron muchos murmullos alrededor la mesa.

Los funcionarios de Exteriores se estaban preguntando cómo sería trabajar para Donald Trump. ¿Quién sería su secretario de Estado? Ellos seguirían allí, independientemente de quién ocupara la Casa Blanca o el despacho del secretario en el séptimo piso. Sin embargo, los nombramientos políticos no nos enfrentábamos a ningún dilema moral. Todos acabaríamos el 20 de enero. Ese día, entregaríamos nuestra carta de dimisión.

Llevaba tres años metido en el tema de la guerra informativa. Deseaba profundamente marcar una diferencia, y no estaba seguro de haberlo logrado. Les comenté que, durante mi primera conversación con el secretario Kerry, me pidió que le ayudara a encontrar el discurso para el siglo XXI. Cada tantos meses me lo recordaba en la reunión de las 8.30, y yo le mandaba algunas ideas. Nunca se nos llegó a ocurrir un buen nombre, pero teníamos varios temas claros. Los hombres fuertes, el nacionalismo autoritario, y las

democracias intolerantes avanzaban con fuerza. Brutales actores no-estatales como el Estado Islámico estaban en auge. Grandes sistemas se veían atacados por sistemas pequeños. Las políticas de la fuerza parecían estar pisoteando a la fuerza de la política. La desinformación crecía mientras menguaba la libertad de expresión. Los regímenes autoritarios iban contra los hechos. Ahora bien, el secretario también era un optimista por naturaleza, y siempre quería acabar con las buenas noticias, que eran muchas: en las dos últimas décadas, habíamos reducido la pobreza extrema a la mitad; en los últimos cincuenta años, más personas habían entrado en la clase media que en toda la historia del ser humano y vivíamos el momento menos violento de la historia. Sí, todo cierto, y todo bueno.

Sin embargo, de pronto todo se había vuelto más oscuro. ¿Vivíamos ahora en un mundo que se alejaba del progreso? ¿Un mundo de esferas de influencia, un mundo de nacionalismo y tribalismo, un mundo que despreciaba los hechos y el conocimiento? Sé que suena cursi y ni siquiera cierto desde un punto de vista histórico, pero, a pesar de sus muchas flaquezas, yo veía a Estados Unidos como esa ciudad sobre la colina. Ahora, la ciudad me parecía distinta. Ahora tendríamos de presidente a alguien que querría cubrirla de oro, ponerle su nombre y construir un muro alrededor. Como me dijo una vez un embajador extranjero: «El poder inspirador en su día fue el mayor valor de Estados Unidos». Y ahora ese poder parecía haber desaparecido.

Al mirar a mi alrededor en aquella sala del Departamento de Estado, sabía que todo el mundo compartía la convicción fundamental de que uno de los mejores momentos de la historia estadounidense fueron los años después de la Segunda Guerra

Mundial, cuando pusimos en marcha el Plan Marshall y lideramos la creación del orden mundial de la posguerra, así como las instituciones que han ayudado a mantener la paz durante setenta y cinco años tras un siglo de sufrimiento impensable. Dean Acheson era secretario de Estado en aquella época y tituló sus memorias *Presente en la creación*. Ahora, todos nos preguntábamos si estábamos presenciando la destrucción.

SÉPTIMA PARTE

Qué hacer con la desinformación

El problema

La Biblioteca del Congreso se creó en el año 1800 y alberga treinta y nueve millones de volúmenes.[1] Eso es mucha información. Actualmente, Internet genera cien veces esa cantidad de datos cada segundo. Sí, cada segundo. La información es el bien más importante del siglo XXI. No es de extrañar que las encuestas muestren el desconcierto de la gente ante la proliferación de noticias y datos *online*. En el tsunami diario de bits y píxeles, hay mucha información falsa además de verdadera. Cerca de la mitad de los estadounidenses que leen las noticias en las redes sociales dicen haber compartido una noticia falsa, sea de forma consciente o no.

Se trata de un problema serio. La desinformación debilita la democracia porque esta depende del libre flujo de información. Así es como la gente elige. La desinformación socava la integridad de nuestras decisiones. Según la Declaración de Independencia: «Los Gobiernos son instituidos entre hombres, y derivan sus derechos legítimos del consentimiento de los gobernados». Si ese consentimiento se adquiere a través del engaño, los poderes derivados de él no son justos. Y eso es un ataque al corazón de nuestra democracia.

Ahora bien, antes de nada, debemos aclarar de qué estamos hablando. No me refiero a la información o las noticias simplemente

erróneas o incorrectas. Me refiero a información o noticias deliberadamente falsas cuyo objetivo es manipular y confundir a la gente. La información inexacta es un riesgo laboral en la industria de los medios de comunicación y un problema que la gente lleva intentando paliar toda la vida. Cuando empecé a trabajar en *Time*, hace ya muchos años, teníamos verificadores de datos trabajando a tiempo completo sobre cada noticia. Era un intento de evitar errores, y hasta eso quedaba lejos de la perfección. Porque los errores ocurren.

Precisemos de qué estamos hablando. Parte del problema estriba en que no existen definiciones consensuadas del lenguaje que utilizamos para describirlo. He aquí un pequeño glosario:

Desinformación: creación y distribución deliberadas de información falsa y engañosa para confundir a un público.

Información errónea: información falsa, aunque no a propósito, creada involuntariamente o por error.

Propaganda: información que puede ser cierta o no, diseñada para generar apoyos a una opinión política o ideología.

No soy partidario de la expresión *fake news* porque se ha convertido en un epíteto aplicado a cualquier información que no nos guste o con la que no estemos de acuerdo. Hoy en día, dictadores y hombres fuertes en todo el mundo describen cualquier noticia que sea crítica con ellos como «fake news». Su uso suele ser un tipo de desinformación en sí mismo. El principal culpable de eso es Donald Trump. Sin embargo, el describir noticias que a uno no le gustan como «falsas» sería aplicable también a Lenin, a Stalin, y prácticamente a cualquier dictador del último siglo. Como ya he dicho, los rusos ya tachaban de «*fake news*» a los medios de

comunicación occidentales mucho antes de que lo hiciera Trump. Yo prefiero utilizar la expresión «junk news» («información basura») para describir la información falsa, barata y engañosa, creada sin ninguna atención a su veracidad. Dejemos de usar «*fake news*».

«Propaganda» es otro término delicado. La palabra proviene de la Iglesia católica y del verbo latino *propagare*, que originalmente hacía referencia a la propagación de la fe. La mayoría entiende «propaganda» como un término peyorativo, pero yo creo que es (o debería ser) éticamente neutral. Al igual que la retórica, la propaganda puede utilizarse para hacer el bien o el mal. La publicidad es un tipo de propaganda. Lo que la Agencia de Información Estadounidense hacía durante la Guerra Fría era un tipo de propaganda. Defender algo en lo que uno cree puede definirse como propaganda. Y es una falta leve. La desinformación, sin embargo, es un delito grave.

Así como la buena propaganda suele emplear contenidos verdaderos, la desinformación normalmente es una mezcla de verdad y falsedad. La desinformación no tiene que ser necesariamente cien por cien falsa para ser desinformación. De hecho, las clases más eficaces de desinformación son una mezcla de información falsa y verdadera. Los rusos son auténticos maestros en el arte de incluir un granito de verdad en su desinformación. Y, en parte, por eso es tan eficaz y tan difícil de combatir.

Sé que es un cliché espantoso, pero no hay respuestas fáciles al problema de la desinformación. Lo digo basándome en una vida entera en los medios de comunicación, y en una temporada en Washington, intentando combatirla. Como dije en la introducción, la clásica creencia democrática de que la verdad acabará imponiéndose

en el mercado de ideas, una creencia consagrada en la visión del Tribunal Supremo de la Primera Enmienda, parece un poco ingenua actualmente. Ni siquiera sabemos ya cómo es un mercado de ideas libre y justo.

En este libro, he intentado mostrar que a las democracias no se les da muy bien luchar contra la desinformación. Somos demasiado abiertos. Valoramos la libertad de expresión y el debate. En muchos sentidos, eso es una fortaleza, pero también puede suponer una debilidad en una guerra informativa. Nuestra Constitución y nuestras leyes se centran en proteger los discursos, ya sean verdaderos o falsos. Se debe en parte a que siempre hemos creído que la verdad acabará triunfando. Como consecuencia de ello, tenemos muy pocas leyes y medios para castigar o restringir la propagación de discursos falsos. Ahora mismo, eso parece un defecto de forma. Hemos estudiar los estatutos europeos sobre el discurso de odio para ver si hay algo que podamos tomar prestado de ellos. Con esto no estoy sugiriendo que cambiemos la Primera Enmienda, pero sí creo que merecería la pena analizar si un discurso que genera prejuicios y odio debería estar igual de protegido que otros.

Como periodista, siempre fui un absolutista de la Primera Enmienda. Sin embargo, en 2015, mientras trabajaba sobre una respuesta de la diplomacia pública a los atentados contra *Charlie Hebdo*, empecé a cambiar de idea. Los estándares sobre la protección del discurso en Estados Unidos han evolucionado desde la célebre frase de Holmes sobre «gritar falsamente fuego en un teatro». En el caso de Brandenberg contra Ohio, el tribunal dictó que el discurso que condujo a la violencia (o que directamente la provocó) no estaba protegido por la Primera Enmienda. Cuando *Charlie Hebdo* publicó

viñetas de Mahoma en su portada, ¿acaso no era probable que ese discurso derivara en violencia? Ya habían sido atacados por hacer lo mismo. Como escribió Garry Trudeau tras la tragedia de *Charlie Hebdo*: «Los absolutistas de la libertad de expresión no han sabido reconocer que tener derecho a ofender a un grupo no significa que uno deba hacerlo».[2]

Sin embargo, prohibir el discurso de odio no resolverá el problema de la desinformación. Así pues, ¿qué podemos hacer para luchar contra ella sin socavar los valores que hacen de nosotros una democracia? Tal y como hemos visto, puede que el Gobierno no sea la respuesta, pero sí desempeña un papel. Una regulación gubernamental más estricta podría incentivar la creación de contenidos basados en hechos y desincentivar la producción de desinformación. Ahora mismo, las grandes plataformas sociales maximizan los contenidos que más interés y viralidad despiertan, y esos contenidos a veces pueden ser desinformación o información errónea. Sugiero que esos incentivos puedan modificarse en parte por medio de regulaciones y en parte a través de decisiones más informadas del usuario.

Lo más inquietante es que la desinformación se difunde a través de unos medios que erosionan la confianza en el discurso público y en los procesos democráticos. Y eso es precisamente lo que quieren los malos participantes. Los desinformadores no pretenden que les creamos a ellos necesariamente: no quieren que creamos a nadie. Es más, tal y como están las cosas, hay una convergencia de intereses económicos entre los desinformadores y las plataformas: ambos ganan dinero cuando la desinformación se hace viral. Ahora mismo, los creadores de desinformación utilizan todas las herramientas

legales de las plataformas sociales diseñadas para hacer llegar mensajes dirigidos a públicos concretos. Son las mismas herramientas (análisis de datos conductuales, segmentación de público, compra programática de publicidad que hacen que las campañas de publicidad sean efectivas). Así, la Agencia de Investigación de Internet en San Petersburgo utiliza los mismos datos conductuales y los mismos algoritmos de aprendizaje automático que Coca-Cola y Nike.[3]

Todas las grandes plataformas dependen de la recopilación y del uso de información personal. Nuestros datos son la moneda de cambio de la economía digital. Google, Facebook, Amazon, Microsoft y Apple (cinco de las diez compañías más grandes del mundo) dependen de la compilación y la utilización de información personal. Su modelo de negocio es vender publicidad dirigida. Siguen adónde vas, qué haces, a quién conoces y qué quieres saber, para luego vender esa información a anunciantes.

La esencia de este problema es quién posee nuestra información. Todos estos negocios sostienen que, por el hecho de recopilar, agregar y analizar nuestros datos, son de su propiedad. En Estados Unidos, la ley coincide con ellos. Sin embargo, en Europa, según el Reglamento General de Protección de Datos de la UE, los particulares son dueños de su información personal. Ese es el modelo correcto. Estados Unidos necesita una legislación de derechos digitales que proteja la información de todos, como parte de un nuevo contrato social. Ahora mismo, la ley que ampara la libertad digital de los estadounidenses es la Ley de Privacidad, redactada en 1974, una década antes de que existiera Internet. Hoy, la posesión y la propiedad de la información personal de un

individuo se ha convertido en un derecho inalienable, similar a la libertad de expresión, de culto y de reunión, protegidas por nuestra carta de derechos desde hace doscientos treinta años. El principio es sencillo: la gente tiene que saber y ser capaz de controlar qué información se recopila sobre ella, cómo se recopila y cómo se utiliza.

Abogo por una mezcla de soluciones que optimicen la transparencia, la rendición de cuentas, la privacidad, la autorregulación, la protección de datos y la alfabetización informacional. Todo ello junto podría reducir la creación, la difusión y el consumo de información falsa. Creo que la inteligencia artificial y el aprendizaje automático pueden ser enormemente eficaces a la hora de combatir la falsedad y la desinformación. Son necesarios, pero insuficientes. Por hacer uso de una clásica expresión militar, todos estos esfuerzos deberían ser «mutuamente fortalecedores».[4]

AJUSTES

Hablemos de posibles ajustes. He clasificado mis propuestas de ajustes y soluciones en las siguientes categorías:

1. Sección 230
2. Privacidad y elecciones
3. Algoritmos
4. Medios de comunicación
5. Publicidad

La sección 230

El objetivo de la legislación debería ser crear un ambiente informativo más transparente, más centrado en el consumidor, y que

haga más responsables a creadores y proveedores de desinformación. Ahora bien, hay un problema, y es la Ley de Decencia en las Comunicaciones de 1996, el pecado original de la legislación.

La Ley de Decencia en las Comunicaciones, o CDA, fue uno de los intentos del Congreso para regular contenidos en Internet. Remontémonos a 1996: era la época de America Online, CompuServe, Netscape, Yahoo o Prodigy. Antes de Facebook, Google, Twitter..., incluso de MySpace. Sin embargo, estos jugadores y otros ya estaban revolucionando los medios y el comercio digital. Su modelo económico se basaba fundamentalmente en contenido generado por el usuario. De ahí, la importancia de la Sección 230 de dicha ley, que estipula que las plataformas en línea y sus usuarios no se consideran editores y tienen inmunidad ante demandas por los contenidos que publiquen.

> Ningún proveedor o usuario de un servicio informático interactivo será tratado como editor o autor de cualquier información proporcionada por otro proveedor de información.[5]

Esta frase sola, no demasiado clara por cierto, confiere a todas las gigantescas plataformas actuales total inmunidad a la hora de tener que rendir cuentas por sus contenidos. Las protege de cualquier responsabilidad legal por sus contenidos. Es tremendo. Básicamente, la ley trata a los proveedores de servicios de Internet como algo parecido a las antiguas compañías telefónicas, es decir, como si no fueran más que los cables por los que fluye el contenido. Esa sola frase de la Sección 230 permite a todas las plataformas ganar miles de millones de dólares de contenidos que todos nosotros les damos gratis.

La idea de que estas plataformas no son editoras es absurda. Facebook es el mayor editor del planeta; el mayor editor de la historia. El hecho de que no cree gran parte de sus contenidos no significa que no sea su editor. Lo mismo se aplica a Twitter, Instagram, Snapchat y todo el resto. Publican contenidos no profesionales generados por los usuarios, así como materiales producidos por profesionales para promocionar otros contenidos. No, en su mayoría no cobran comisión, ni editan ni producen la mayoría de ese contenido como los editores tradicionales, aunque ahora lo hacen más. En eso consiste la edición en el siglo XXI. Y no merecen las amplias exenciones de responsabilidad de las que disfrutan.

Curiosamente, en 1996, la motivación del Congreso no era tanto proteger a estas nuevas plataformas como salvaguardar la libertad de expresión. El Congreso no quería que el Gobierno vigilase a esas plataformas ni pudiera restringir su libertad de expresión. Quería que las plataformas se vigilaran a sí mismas. Su preocupación era que si las plataformas se consideraban editoras, su vigilancia sería demasiado rigurosa y enfriarían la creación de contenidos por parte de terceras partes. Los tribunales habían sugerido que, si una plataforma ejerciera un control editorial eliminando lenguaje ofensivo, eso la convertiría en editora y, por tanto, la haría responsable del contenido en su web. El objetivo de la Sección 230 era ofrecer a esas compañías un «puerto seguro» para proteger contenidos perjudiciales. La razón fundamental era que, si obtenían inmunidad general, tendrían más libertad para eliminar contenido antisocial que vulnerase las condiciones del servicio, sin transgredir las disposiciones constitucionales sobre la libertad de expresión. El

Congreso creía que, si se las consideraba editores, podrían restringir la libertad de expresión en su celo por evitar responsabilidades. Y, la verdad, funcionó: generó una sobreabundancia de libertad de expresión. Sin embargo, la consecuencia inesperada fue una oleada de teorías conspiratorias, rumores y contenidos falsos y engañosos. Permitió que las plataformas obtuvieran beneficios de contenidos creados por sus usuarios sin hacerse responsables de ellos (ni ellos ni los usuarios). Desde luego, así se protegía la libertad de expresión, pero también el discurso de odio y la desinformación

Ahora bien, el problema es que Facebook no es como la antigua AT&T. Facebook gana dinero del contenido que alberga y distribuye. Simplemente, lo llama «compartir». Y Facebook obtiene el mismo beneficio de los ingresos publicitarios procedentes de contenidos falsos que de contenidos verdaderos. Cierto, las viejas compañías telefónicas ganaban lo mismo por una llamada para una proposición matrimonial que por una llamada para planear un atentado terrorista, pero una llamada telefónica no se compartía con miles o millones de personas, como puede ser el caso de una publicación de Facebook.

Si la Sección 230 pretendía animar a las plataformas a limitar contenidos falsos o engañosos, ha fracasado. Ningún editor tradicional sería capaz de sobrevivir si publicara la cantidad de contenidos falso o inexactos que publican las plataformas. No pararían de demandarle. La ley debe crear incentivos para que las plataformas sean proactivas y se responsabilicen en la lucha contra la desinformación. La información cuya falsedad sea demostrable debe eliminarse de las plataformas. Y eso no es más que el principio.

Eso sí, hemos de ser realistas. Estas compañías lucharán con uñas y dientes para mantener su inmunidad. Por tanto, la revisión de la Sección 230 debe animarlos a realizar esfuerzos de buena fe para vigilar sus contenidos, sin hacerles responsables por cada frase o comentario en sus servicios. No sería realista esperar que estas plataformas aprueben cada tuit o cada publicación. Una manera de hacerlo sería revisar el texto de la CDA para que especifique que ninguna plataforma que haga un esfuerzo de buena fe para cumplir con su responsabilidad de eliminar contenidos perjudiciales y ofrecer a los usuarios información sobre dichos contenidos podrá ser responsabilizada por los daños que provoque.[6] Es un comienzo.

Privacidad y elecciones

Más privacidad significa menos desinformación.

Cuanta menos personas tengan información sobre nuestra vida privada, menos podrán aprovecharse de ella. Si nuestra información de privacidad está protegida, hay menos probabilidades de que seamos objeto de publicidad engañosa y desinformación. Sería buena idea elaborar una declaración de derechos de privacidad en Internet. Hay varias propuestas de ley que intentan hacerlo y crear un estándar de protección de privacidad para los usuarios.[7] Cualquier declaración de derechos digitales debería exigir que las plataformas obtengan consentimiento de los usuarios para compartir o vender su información, así como notificarles la recopilación de sus datos. Eso sería lo mínimo, pero ya estaríamos dando un paso de gigante.

En lo relativo a las elecciones, las plataformas deben avisar a la gente cuando terceras partes usen su información privada para publicidad electoral en Internet. Las campañas políticas han

desarrollado una sofisticada capacidad de usar nuestra información como consumidores para acosarnos con publicidad. Si saben qué películas nos gustan, que zapatos compramos y qué libros leemos, saben a qué tipo de publicidad seremos receptivos. Por otro lado, los anunciantes deben dar a los usuarios la capacidad de desvincularse de cualquier contenido que reciban.

Evidentemente, estos cambios de mayor envergadura llevarán tiempo, pero hay un ajuste que podría introducirse rápido: tratar la publicidad de campaña digital y *online* con el mismo rigor que la publicidad en televisión, radio o prensa. Ahora mismo, la Comisión Electoral Federal no lo hace. Las cadenas de radio y televisión, al igual que los periódicos, deben revelar la fuente de toda publicidad política y quién la financia. Esto no se aplica a la publicidad digital. La Ley de Publicidad Honesta, que introdujeron los senadores Mark Warner, Amy Klobuchar y el difunto John McCain, fue un intento de resolver el problema de las campañas ocultas de desinformación creando un sistema de divulgación para la publicidad política en Internet.[8] Esto exigiría que las plataformas *online* obtuvieran y revelaran información de quién compra la publicidad política y quién es el público al que esta va dirigida. Asimismo, esas plataformas deberían responsabilizarse de identificar *bots* para que los votantes sepan si lo que se dirige a ellos es una máquina o un ser humano. Todo esto es necesario y lo mínimo que se debería hacer.

Para que esta regulación sea eficaz, también debe llevarse a cabo en tiempo real durante las campañas. Ahora mismo, según la Comisión Electoral estadounidense, las campañas políticas no están obligadas a revelar su inversión en publicidad hasta un año después. Es absurdo. La gente tiene que saber si le están vendiendo

desinformación o falsedades, y saberlo en su debido momento, para tenerlo en cuenta a la hora de tomar una decisión. La inmediatez es más importante durante las campañas políticas que en cualquier otro momento. Enterarte un año tarde de que un *bot* te envió publicidad falsa que acabó influyendo sobre tu voto es peor que inútil.

Por último, el Congreso debe designar sistemas electorales estatales y municipales como una infraestructura nacional crítica. Esto daría al Gobierno federal poderes más amplios para intervenir en una crisis. La Administración Obama lo intentó, pero la mayoría republicana en el Congreso rechazó la propuesta con su voto. Sería un cambio fundamental y tendría que ser un asunto de los dos partidos.

Algoritmos, sistemas de calificaciones e inteligencia artificial

Ahora mismo, los algoritmos que deciden qué historia aparece primero en los resultados de nuestras búsquedas en Google o nuestras noticias en Facebook dependen en gran parte de lo viral que sea la historia, es decir, con qué frecuencia se ha enviado como enlace o compartido por otros usuarios. Correlaciona la popularidad con el valor. O, al menos, con lo que queremos ver. El supuesto operativo es que, cuanto más popular sea la historia, más importante es, y más queremos verla. A veces, es cierto. Sin embargo, si crees que la noticia de una pelea entre las Kardashian es menos importante que otra sobre por qué las armas nucleares no son seguras en Pakistán, el algoritmo no funciona para ti. Los estudios han demostrado que las historias emocionales y sensacionalistas (que son más proclives a incluir información errónea) se comparten

mucho más que historias menos emocionales y sensacionalistas. Y, de este modo, los algoritmos están promoviendo historias engañosas en detrimento de historias factuales. Eso también incentiva a la gente a crear historias emocionales y engañosas porque producen más ingresos publicitarios.

Ahora mismo, los algoritmos que hacen esto son cajas negras que nadie analiza. Las plataformas deberían estar obligadas a ser más transparentes en lo relativo a sus algoritmos. Si tuvieran que explicar públicamente sus fórmulas para evaluar la relevancia e importancia, la gente podría tomar decisiones inteligentes sobre los buscadores que usa. ¿No preferirías conocer las prioridades del buscador que empleas?

En el último año, se ha producido un valioso avance para ofrecer sistemas de calificación para las noticias. Estos permiten al usuario evaluar la fiabilidad de noticias concretas y de las propias agencias informativas. Sí, es posible que te guste un artículo sobre las propiedades adelgazantes de comer chocolate negro, pero, si proviene de una página web financiada por Nestlé, puede que te entren dudas. Un reciente estudio de la Knight Foundation descubrió que, cuando una herramienta de calificación de noticias etiquetaba un sitio web como fiable, aumentaba la confianza de los lectores en su exactitud, mientras que una calificación negativa de un artículo o una marca hacía menos probable que los usuarios confiaran en la información.[9]

Varias empresas y organizaciones sin ánimo de lucro han desarrollado este tipo de sistemas de calificación. Trust Project publica «indicadores de confianza» para sitios nuevos en la Red,

ofreciendo datos sobre la ética y los valores de una organización.[10] Slate tiene una extensión de Chrome llamada «This is Fake» (Esto es falso) que coloca una bandera roja en contenidos que hayan sido desmentidos, así como en sitios reconocidos como «fabricantes en serie».[11] Factmata es una *start-up* que intenta construir un sistema de comprobación de datos impulsado por la comunidad, donde la gente puede corregir artículos de noticias.[12] Actualmente formo parte del consejo de asesores de NewsGuard, que etiqueta los sitios web como fiables o no fiables, en función de un análisis exhaustivo y una rigurosa serie de criterios.[13]

El mayor potencial para detectar y eliminar la desinformación y las «noticias basura» en línea se encuentra en la inteligencia artificial y en el aprendizaje automático. Esto implica utilizar ordenadores para llevar a cabo tareas humanas como la percepción visual, el reconocimiento de voz, la toma de decisiones y el razonamiento, para detectar y eliminar contenidos falsos y engañosos. El aprendizaje automático y la inteligencia artificial pueden hacerlo de varios modos. El análisis de contenido emplea palabras clave para encontrar material sospechoso. El reconocimiento de patrones busca grupos o conjuntos de contenidos dudosos. El análisis de redes basadas en datos puede distinguir entre redes en línea formadas por seres humanos y redes construidas artificialmente por *bots*. Las empresas pueden adaptar sus algoritmos para dar prioridad a redes humanas sobre las artificiales. Las plataformas pueden incluso ofrecer un indicador, basado en fuentes, datos y precedentes, que prediga la probabilidad de que un contenido determinado sea falso.

La buena noticia es que la inteligencia artificial cada vez se perfecciona más en esta tarea.

Lo difícil de utilizar la inteligencia artificial y el aprendizaje automático para interrumpir la desinformación es que los malos también pueden valerse de ellos. Ya están desarrollando sus propios sistemas para entender cómo se comportan *online* sus públicos objetivo y cómo fabricar información a su medida para que la compartan. Las plataformas ayudan a empresas y a anunciantes a buscar y llegar a su mejor público, y esto también se aplica a los malos. Las plataformas deberían esforzarse para estar un paso por delante de los desinformadores, desarrollando sistemas de inteligencia artificial más complejos que protejan a sus usuarios de la desinformación y de información que no deseen.

Los medios de comunicación

Estados Unidos no tiene un problema de «fake news», sino un problema de educación mediática.

Millones de estadounidenses son incapaces de distinguir una noticia inventada de una real. Pocos analizan el origen de la información que les llega, y muchos de ellos confiarán lo mismo en un artículo de una fuente desconocida que en uno del *New York Times*. Pocos estadounidenses entienden cómo funciona el periodismo y son susceptibles a quienes dicen que los periodistas se inventan noticias. Seamos realistas, tus amigos no son los mejores responsables de elegir periodismo de calidad. Mientras tanto, los desinformadores han mejorado mucho creando noticias y páginas web que parecen legitimas. Así, por ejemplo, las webs creadas por los rusos durante la campaña presidencial, con nombres como *Denver*

Guardian o *ABCnews.com*, que parecían sitios de noticias auténticos.

Los colegios no enseñan educación mediática. Y deberían. Los alumnos necesitan aprender cómo funcionan las agencias informativas y cómo identificar la procedencia de la información. Convertir el periodismo en un elemento básico de la educación secundaria ayudaría mucho a resolver el problema de las «fake news». Y no solo educación mediática, sino también educación cívica. En 2004, cuando era director del National Constitution Center en Filadelfia, recuerdo que Sandra Day O'Conner me dijo: «En este país vamos a tener que pagar un precio terrible por dejar de enseñar educación cívica». Y así ha sido.

Algo que ayudaría a la educación mediática sería que los propios medios fueran más transparentes. Las agencias de noticias no explican adecuadamente cómo funcionan. Cuando la gente ve una noticia en televisión o lee un artículo en un periódico o una revista, saben muy poco de cómo se producen. No saben con cuántas fuentes pudo hablar el redactor, cuántas páginas de apuntes hizo, cuántas versiones salieron, cómo se editó, cómo se le dio forma ni cómo se comprobaron los datos.

A pesar de que la tecnología ha experimentado un cambio transformador en los últimos veinte años, el periodismo de prensa y televisión sigue bastante anclado en la década de los ochenta. Hasta las noticias digitales son básicamente noticias de prensa con mejores gráficas y más fotos. Las agencias informativas deberían aprovechar todas las nuevas herramientas digitales para adentrarse en una era de transparencia radical, cosa que permitirá a lectores y espectadores entender cómo se crean, reportan y editan las noticias.

¿Qué quiero decir con esto? Pongamos una noticia de periódico, por ejemplo. En su versión digital, la noticia debería deconstruirse esencialmente. Junto con el texto, debería haber enlaces a las transcripciones íntegras de las entrevistas que hizo el periodista. (Evidentemente, en caso de entrevistas con fuentes anónimas no atribuibles, no sería posible.) Estos enlaces deberían incluir también URL a las biografías de las personas que aparezcan en la noticia. Redactores y editores deberían incorporar enlaces a las fuentes primarias y secundarias de la noticia (toda la investigación), incluidas otras noticias, libros, vídeos y artículos académicos. Debería haber enlaces a otras fotos o vídeos consultados para la noticia. Yo hasta incluiría un enlace al borrador de la noticia para que el lector pueda ver cómo se concibió. Al comienzo de la noticia, debería haber una tabla digital de contenidos que muestre cada uno de estos aspectos. Sería una versión tecnológicamente moderna y aún más abierta de lo que los académicos hacen con notas al pie y bibliografías. El principal objetivo es mostrar al lector cada paso de la historia y cómo ha resultado de ese modo.

¿Entrarán en esos enlaces todos los lectores? No, claro que no. Pero aquellos que quieran saber dónde hay sesgos o prejuicios, o simplemente deseen más información sobre el tema, sí los utilizarán. Los lectores habituales comprenderán mejor la cantidad de trabajo e investigación que se dedica a una noticia. Y entonces la propia noticia se convertirá en una lección de educación mediática. Las publicaciones deberían tener editores y productores de transparencia cuya labor sea crear la infraestructura digital en torno a cada noticia. Se trataría de una nueva categoría profesional. La transparencia también ayudaría a las agencias informativas a mantenerse a la

altura de sus mejores prácticas en todo momento. Y los lectores lo agradecerán.

Y ahora… un tema menor relacionado con la educación mediática.

Las agencias de noticias deberían eliminar los «ciberanzuelos» *online* y las denominadas redes de recomendación de contenidos e «historias patrocinadas» que Taboola y Outbrain colocan al pie de la pantalla como si fueran noticias. Las hemos visto cientos de veces. «Esta diminuta empresa de tu barrio está destruyendo una industria de doscientos mil millones de dólares.» «Un nutricionista destacado recomienda que tiremos esta verdura inmediatamente a la basura.» Pretenden ser contenidos factuales, pero, en realidad, están diseñados con la idea de engañar a los usuarios menos conocedores para que entren en ellos. Las empresas que producen este tipo de contenidos son depósitos de desinformación, rumores, errores y distorsiones, que no se ciñen a ninguna de las políticas que dan forma a las noticias reales que aparecen en esa página. Su presencia al pie debilita y socava el periodismo creíble que los precede. Me da igual cuántos ingresos generen, no hay dinero capaz de compensar la pérdida de credibilidad. Por favor, acaben con ellos.

Publicidad

Cuando era editor de *Time*, y estaba intentando constantemente atraer anunciantes a la revista, solía citar una célebre frase de John Wanamaker, fundador de los grandes almacenes que llevaban su nombre en el XIX: «La mitad del dinero que invierto en publicidad se desperdicia. El problema es que no sé cuál de las dos mitades es».

Siempre nos hacía reír. Sin embargo, en la era de la publicidad digital, los anunciantes saben exactamente qué parte de su publicidad es efectiva, y qué parte se desperdicia. Conocen perfectamente cuánta gente mira un anuncio. Saben por cuántas pantallas has pasado, cuánto tiempo te has quedado en cada una y si has hecho alguna acción, como crear una cuenta o dar tu correo electrónico. Y, desde luego, saben si has llegado a comprar su producto, lo cual es el santo grial del negocio de la publicidad en línea. Empleando las herramientas y datos ofrecidos por la mayoría de las plataformas, e incluso por algunas agencias informativas, los anunciantes pueden identificar a potenciales compradores de su producto basándose en las preferencias de un usuario y en su experiencia previa.

La publicidad es el fundamento de la economía de Internet y del negocio de las noticias digitales. El año pasado, por primera vez, las ganancias de la publicidad digital superaron a las de los televisivos, durante mucho tiempo reyes de los ingresos publicitarios. La prensa ha quedado relegada a un lejano tercer puesto. Esta preeminencia de lo digital se debe, en parte, al aumento de las compras automatizadas. Las grandes plataformas ofrecen a los anunciantes la capacidad de dirigirse automáticamente a los clientes idóneos sin necesidad de pasar por alguien de ventas publicitarias. Las diferentes herramientas de monitorización conductual se han hecho tan sofisticadas y eficaces que la compra programática o automatizada de publicidad ya es la norma en la industria. Lejos quedan aquellos días en los que los editores invitaban a comidas de lujo a posibles compradores de sus espacios publicitarios.

Los anunciantes emplean *software* de mediación publicitaria suministrado por las plataformas para buscar el público más adecuado para sus anuncios. Estas plataformas publicitarias tienen en cuenta la región del usuario, el dispositivo que usa, sus gustos, sus búsquedas y su historial de compra. Hay una herramienta que utiliza la inteligencia artificial, llamada optimización creativa dinámica, que permite a los anunciantes maximizar sus contenidos para el usuario y encontrar el público más receptivo posible. Los anuncios dirigidos se envían de forma automática a través de miles de páginas web y *feeds* de redes sociales. Inmediatamente, se van registrando estadísticas de compromiso (*engagement*) para que tanto el anunciante como la plataforma sepan qué funciona y qué no. El sistema elabora los anuncios a la medida de los públicos con más probabilidad de ser receptivos.

Al final, los malos acaban utilizando también estas nuevas herramientas para encontrar los públicos que quieren. Los rusos se hicieron expertos en el uso de dos elementos de la infraestructura publicitaria de Facebook: la subasta de anuncios y los llamados públicos personalizados. En la subasta de anuncios, potenciales anunciantes hacen una oferta por un espacio de publicidad. Facebook no solo otorga el espacio al mejor postor, sino que también evalúa hasta qué punto es un «ciberanzuelo». Cuantos más visionados atraiga el anuncio, más probabilidades tendrá de conseguir el espacio publicitario, aunque el postor ofrezca un precio más bajo. Teniendo en cuenta que a Rusia le daba igual la exactitud de los contenidos que creaban, no tenían ningún problema en crear noticias falsas y sensacionalistas, que por supuesto se hicieron virales. Y de ese modo conseguían más espacio publicitario.

Facebook crea un público personalizado leyendo las *cookies* de usuarios y evaluando sus datos conductuales para agrupar gente con intereses similares. Pongamos que te gustan los Cleveland Cavaliers, sueles frecuentar páginas web de antigüedades y compras por Internet en Saks Fifth Avenue: Facebook te meterá dentro de un público personalizado junto con personas como tú, y los anunciantes pueden comprar ese público, así como a todos los amigos que «se parezcan a ti». Sí, los rusos también utilizaron esta táctica.

Sin embargo, la madre absoluta de estas tácticas fue la campaña de Trump. Además, invirtieron cantidades exponencialmente mayores que los rusos en estos anuncios de Facebook. Es difícil evaluar hasta qué punto influyeron los rusos sobre la campaña, y la gente seguirá discutiendo acerca de ello eternamente. Lo que es indiscutible es que los millones de dólares invertidos por la campaña de Trump en sus propios anuncios dirigidos tuvieron una influencia inmensamente mayor sobre los votantes que cualquier cosa que hicieran los rusos.

Las nuevas y sofisticadas herramientas de la publicidad son preocupantes (o útiles, según se mire) pero, en última instancia, el problema de la publicidad es mucho más profundo. El pecado original de las noticias y la información en la web fue hacer que dependieran de la financiación publicitaria. Al fin y al cabo, no dejaba de seguir con una vieja tradición. Sin embargo, la publicidad ha distorsionado seriamente el negocio de las noticias y la información desde la época en la que un niño o una niña en bicicleta lanzaban el periódico a la puerta de las casas a primera hora de la mañana. La publicidad siempre ha subvencionado los costes reales de las organizaciones de noticias. El precio que pagábamos por el periódico en sí era solo la mitad del coste de su producción y entrega.

Así que la gente nunca comprendió cuánto valían realmente las noticias.

En los albores de Internet, las organizaciones de noticias no cobraban nada por sus contenidos, lo cual distorsionó todavía más el concepto que los usuarios tenían del coste de la información. En aquella época, escuchaba a menudo lo de que «la información quería ser libre, sin coste», a lo que contestaba «simplemente, es que la gente quiere información gratis». Y se la dimos. Pero la información no es ni ha sido nunca libre o gratuita.

Cuando el modelo de los anunciantes digitales se transformó en comprar públicos en lugar de marcas, la publicidad se desligó de la calidad de la publicación que la albergaba. Empezó a priorizar la viralidad y la popularidad sobre la relevancia y la exactitud. En los viejos tiempos, cuando comprabas un anuncio en *Time*, el *New Yorker* o el *Washington Post*, sabías que tu publicidad iría junto a un artículo inteligente, bien redactado y riguroso. Sin embargo, hoy, al comprar «varones jóvenes de entre dieciocho y veinticuatro años», por ejemplo, el anuncio podría perfectamente ir conectado con noticias inexactas, procaces y ofensivas, porque eso es lo que está mirando ese público.

Los cobros por contenido, las suscripciones y los muros de pago están bien, pero una de sus consecuencias no previstas es que las noticias basura gratuitas se hacen virales mientras que otras noticias valiosas detrás de muros de pago no. Durante mucho tiempo defendí los micro-cobros, pero esa estrategia tampoco ha llegado a cuajar. Ahora prefiero los muros de pago blandos para que parte del contenido sea gratis, y por tanto pueda alcanzar una escala necesaria para refutar la desinformación y la información errónea. Cuando las

noticias valiosas y fundamentadas en hechos quedan ocultas detrás de muros de pago, las noticias basura gratuitas acumulan aún más visionados.

Vistas en conjunto, todas estas cosas que propongo reducirían pero no eliminarían la cantidad de desinformación en nuestra cultura. Para que funcione, necesitamos regulaciones de privacidad en todo el mundo, una definición universal de la desinformación, y consecuencias legales por suministrarla. Sin embargo, aunque se hiciera todo lo que acabo de sugerir, la desinformación seguiría entre nosotros. Siempre lo estará, porque el problema no son los hechos, ni la falta de ellos, ni las noticias engañosas llenas de conjeturas. El problema somos nosotros. Hay todo tipo de sesgos cognitivos y estados psicológicos complejos, pero la verdad sencilla es que la gente creerá lo que quiera creer. Sería maravilloso que el cerebro humano viniera con un detector de mentiras incorporado, pero no es así. Es un claro defecto de diseño. El dicho «Vemos las cosas no como son, sino como somos nosotros» se ha atribuido al Talmud, a Anaïs Nin y a Emmanuel Kant. Sea cual sea su origen, es cierto. Ahora bien, lo que sí podemos seguir haciendo, y eso incluye a la gente del Gobierno, los medios y las personas que trabajan en educación, es tratar de ayudar a las personas a ver el mundo tal y como es, para intentar alcanzar un consenso compartido. Los desinformadores quieren que la gente crea que los datos empíricos son una conspiración elitista. Y esa es una idea extremadamente peligrosa. Cualquier cosa que hagamos para mejorar la transparencia, la rendición de cuentas y la educación mediática disminuirá el poder de la desinformación. Pero no acabará con ella.

Epílogo

Unas semanas antes de concluir el mandato de Obama, el Congreso dio forma legal al Global Engagement Center aprobando la Ley Nacional de Autorización de Defensa de 2017. Su misión sería «liderar, sincronizar y coordinar esfuerzos del Gobierno federal para reconocer, comprender, revelar y combatir la propaganda estatal y no estatal extranjera, así como los esfuerzos de desinformación cuyo objetivo sea socavar los intereses de seguridad nacionales de Estados Unidos».[1] La ley asignaba un presupuesto de ochenta millones de dólares de fondos, sesenta de los cuales provendrían del Departamento de Defensa, a petición del secretario de Estado. Tres cuartas partes del presupuesto del GEC irían destinadas a combatir las operaciones de influencia rusas. Sin embargo, el nuevo secretario de Estado, Rex Tillerson, solamente solicitó fondos durante un año.[2] Y el Departamento de Estado tampoco asignó ni gastó sus correspondientes veinte millones de dólares. Cuando Tillerson solicitó los fondos por fin, año y medio después de la investidura del nuevo ejecutivo, pidió la mitad de los ochenta millones que había autorizado el Congreso.[3] Los senadores Portman y Murphy, que secundaron la ley, criticaron el retraso como «indefendible» en un momento en que «el Estado Islámico está difundiendo propaganda terrorista y Rusia está implementando una sofisticada campaña de

desinformación para debilitar a Estados Unidos y a nuestros aliados».[4]

Hoy en día, el GEC ya no se encarga de crear contenidos para combatir la desinformación. Se ha convertido en una entidad que utiliza la ciencia de datos y la analítica para medir y comprender mejor la desinformación. En los últimos dos años, las dimisiones y las jubilaciones han sido constantes, y al GEC le ha costado contratar sustitutos, a pesar de que ahora dispone de presupuesto para ello. No ha combatido la desinformación rusa. Tras dos años trabajando con un director en funciones, la Administración Trump nombró a Lea Gabrielle, expiloto de la Marina, oficial de inteligencia y reportera de Fox News para dirigir el GEC.

El 22 de marzo de 2019, el ejército de defensa sirio, apoyado por Estados Unidos, anunció «la eliminación total del llamado califato» en Siria. Trump ya se había precipitado a proclamar la derrota del Estado Islámico en varias ocasiones, de forma especialmente destacada en diciembre de 2018, cuando tuiteó que el Estado Islámico había sido derrotado y que iba a retirar todas las tropas estadounidenses de Siria. Numerosos sectores del ejército, así como influyentes senadores republicanos, recibieron la noticia con hostilidad. El secretario de Defensa, James Mattis, y el director de la Coalición Global para Derrotar al Estado Islámico, Brett McGurk, dimitieron en señal de protesta.[5] El Centro Nacional de Antiterrorismo calcula que catorce mil combatientes siguen en Siria e Irak y se han integrado con la población local. Finalmente, Trump accedió a mantener cuatrocientos efectivos estadounidenses en Siria.

El ejército de narrativas del Estado Islámico también se ha hecho clandestino a efectos prácticos. Su afán ya no es ensalzar al Estado

Islámico, sino reclutar terroristas en potencia para cometer actos de violencia en su nombre. Utilizan yihadistas digitales para dirigir e inspirar atentados. Están prácticamente ausentes de las redes sociales y viven en plataformas encriptadas y en la red oscura.

El Sawab Center sigue creciendo y cuenta con setenta empleados. Su *feed* de Twitter tiene más de seiscientos cincuenta mil seguidores. Con el declive del Estado Islámico, el centro ha ampliado la lucha a otras formas de extremismo y crea contenidos en redes sociales para apoyar la armonía islámica.

En marzo de 2017, ante la insistencia de su yerno Jared Kushner, Donald Trump celebró un almuerzo oficial en la Casa Blanca con Mohamed bin Salman.[6] Dos meses después, hizo su primer viaje oficial al extranjero a Arabia Saudí, donde anunció la creación de un centro estadounidense-saudí dedicado a combatir las narrativas extremistas.[7] Poco después de su visita, Bin Salman se convirtió en príncipe de la corona, orquestando la destitución de su primo Mohamed bin Nayef. Como parte de su programa Vision 2030, el nuevo príncipe levantó la prohibición de conducir a las mujeres, permitió la celebración de conciertos con cantantes femeninas y autorizó que las mujeres asistan a eventos deportivos.[8] En 2018, la CIA concluyó que Bin Salman había planeado el macabro asesinato del periodista saudí del *Washington Post* Jamal Kashoggi en el consulado saudí en Estambul.

Desde las elecciones de 2016, ha aparecido mucha más información sobre los esfuerzos de desinformación rusos durante la campaña electoral. Nuevos estudios han demostrado que, además de crear contenidos para Twitter y Facebook, los rusos estuvieron presentes en Instagram y en otras plataformas como Vine, Gab o

Meetup.[9] Los contenidos generados por la Agencia de Investigación de Internet en San Petersburgo llegaron a ciento veintiséis millones de personas en Facebook y más de veinte millones a través de Instagram.[10] En febrero de 2018, el fiscal especial Robert Mueller acusó a trece ciudadanos rusos de «conspiración para engañar a Estados Unidos, interfiriendo en los procesos políticos y electorales estadounidenses, incluidas las elecciones presidenciales de 2016».[11] El caso de Mueller contra la Agencia de Investigación de Internet reveló que los empleados de la agencia rusa organizaron manifestaciones por todo Estados Unidos, incluida una en West Palm Beach, Florida, en la que alquilaron un camión de plataforma abierta y contrataron a una actriz para representar a Hillary Clinton encarcelada, en la parte trasera del vehículo. Una querella criminal de septiembre de 2018 interpuesta por la Oficina del Fiscal Especial contra un ciudadano ruso afirmaba que la «conspiración pretendía llevar a cabo lo que deliberadamente llamaba una «guerra de información contra los Estados Unidos de América».[12]

En diciembre de 2018, el Comité de Inteligencia del Senado publicó un estudio sobre la desinformación rusa, en el que revelaba que durante la campaña presidencial, la Agencia de Investigación de Internet creó más de diez millones de tuits (de los cuales seis millones eran originales) en más de 4000 cuentas. También difundió 1100 vídeos en YouTube a través de 17 canales, 11 6000 publicaciones de Instagram a través de 133 cuentas, y más de 61 000 en Facebook en 81 páginas. Obtuvieron 77 millones de interacciones o *engagements* en Facebook, 187 millones en Instagram, y 73 millones en Twitter, donde los rusos emplearon troles remunerados, *newsbots* y cuentas reutilizadas de *botnets* para captar a usuarios

simpatizantes de izquierdas y derechas. La mayoría de estas cuentas se diseñaron para pasar por estadounidenses y se registraron con direcciones de IP de este país.

El estudio del Senado explicaba detalladamente varias operaciones rusas dirigidas a la comunidad afroamericana y sus esfuerzos para disminuir la afluencia de votantes. Resumía las exhaustivas operaciones para perjudicar a Hillary Clinton, y para ganar apoyos a Julian Assange y WikiLeaks. La Agencia de Investigación de Internet creó también contenidos criticando el papel de Estados Unidos en Siria, respaldando las operaciones rusas en defensa del presidente sirio Bashar al-Assad, y animando a los votantes estadounidenses a exigir a su país la retirada de Siria.

La selección de destinatarios negros por parte de Rusia fue probablemente su maniobra más sofisticada. Crearon una página web llamada Black Matters US y la promocionaron a través de anuncios y contenidos en Facebook, Google+, Instagram y Twitter. En febrero de 2016, la página tenía cien mil suscriptores. También crearon otras entidades y sitios como Blacktivist o Black Guns Matter para promocionar Black Matters y aumentar el número total de seguidores afroamericanos. Black Matters llegó a vender camisetas para recaudar fondos y construir su marca. En términos generales, la idea era sembrar discrepancia, desatar protestas y magnificar teorías conspiratorias, con el objetivo de contener el voto afroamericano. Al mismo tiempo, animaban a los votantes negros a votar a Jill Stein, candidata del Partido Verde. El total de votos obtenido por Stein en los estados cruciales de Michigan, Wisconsin y Pensilvania superó el margen de victoria de Trump en todos ellos.

La Agencia de Investigación de Internet invirtió cien mil dólares en publicidad en Facebook. Según la propia plataforma, las campañas de Trump y Clinton combinadas supusieron un total de ochenta y un millones de dólares de ingresos por espacios publicitarios (más de mil veces más). Entre junio de 2016 y el día de las elecciones en noviembre de ese año, el IRA gastó unos cuarenta mil dólares, frente a un total de veintiocho millones en el caso de la campaña de Clinton y cuarenta y cuatro millones en la de Trump. El IRA llegó a mucha más gente a través de medios orgánicos (publicando contenidos divisivos), pero, claro, también lo hicieron Trump y Clinton en los principales medios de comunicación.[13]

Así pues, ¿influyó la campaña de publicidad rusa sobre los votantes? Como dice el informe del Comité de Inteligencia del Senado, es difícil saber «hasta qué punto les hicieron cambiar de idea, o simplemente ratificaron su decisión».[14]

En mayo de 2019, coincidiendo con la impresión de este libro en Estados Unidos, se publicó una versión editada del informe del fiscal especial Mueller, pero apenas aportaba información nueva sobre las operaciones rusas de mensajes, comparado con el exhaustivo informe del escrito de acusación contra la Agencia de Investigación de Internet de febrero de 2018 y contra el Departamento Central de Inteligencia ruso (GRU) de julio del mismo año. El informe de Mueller sí insinuaba, aunque sin llegar a demostrarla, una coordinación entre los desinformadores rusos y la campaña de Trump. Según el escrito, dicha coordinación exigía «un acuerdo, ya fuera tácito o expreso, entre la campaña Trump y el gobierno ruso», pero Mueller no pudo encontrarlo. El informe demostraba, por ejemplo, que Donald Trump Jr. y Kellyanne Conway habían

retuiteado troles rusos procedentes de la Agencia de Investigación de Internet en varias ocasiones, pero fue «sin darse cuenta», según el propio informe. También incluía pruebas de la coordinación entre los rusos y la campaña de Trump en eventos o incluso en tácticas, pero no aportaba ninguna prueba de que la campaña de Trump supiese que estaba tratando con los rusos. Lo que sí sugería Mueller era que Trump y su campaña vieron con buenos ojos los esfuerzos para ayudarle y perjudicar a Hillary Clinton. Todavía hay muchísimas cosas que desconocemos acerca de lo que hicieron los rusos y la campaña de Trump durante la carrera electoral de 2016. Y que es más importante: los rusos han librado y seguirán librando una guerra informativa en las elecciones de 2020. Y serán aún mejores.

Esto nos devuelve al problema más amplio de la guerra informativa. Si la información es poder, la desinformación es abuso de poder. En el fondo, la guerra de la información no es una batalla de tecnologías o plataformas, sino una lucha de ideas. Las armas de esta guerra son nuevas y están en constante evolución, pero los temas son antiguos y perdurables. ¿Nos importan los hechos y la verdad? ¿Creemos que existe una realidad empírica y que podemos ponernos de acuerdo sobre ella? ¿Creemos que los pueblos y las naciones son capaces de elegir su propio destino? Nuestros adversarios luchan para impedir que la gente tenga capacidad de decidir y actuar sobre su propia vida. Luchan para que autócratas e ideologías tomen decisiones por nosotros. Luchan por desmantelar la infraestructura de la verdad. Luchan para socavar la idea de que los seres humanos pueden ser influidos por hechos y razones. Luchan por el relativismo, por la idea de que no hay ninguna idea por la cual merezca la pena luchar. Cuando estaba en el Gobierno, sentía que mi

labor era ayudar a la gente a elegir su propio destino, aquí y en todo el mundo. Y en el fondo de esa lucha subyacía la idea de que las personas pueden usar la información, la información factual, para decidir qué es lo mejor para ellas. Es una idea por la que todavía vale la pena luchar.

Agradecimientos

Si este libro no les ha gustado, agradézcanselo a mi amigo Michael Beschloss. Durante una comida celebrada a los pocos meses de empezar en el cargo, le entretuve con anécdotas sobre el Departamento de Estado y fue el primero que me dijo: «¡Tienes que escribir un libro!». Es todo culpa suya.

Los escritores necesitan un lugar para trabajar. Cuando dejé el Departamento de Estado, no tenía uno. Mi viejo amigo Tom Goodman me ofreció generosamente un despacho perfecto en Goodman Media, además de su espléndido apoyo y entusiasmo. También quiero dar las gracias a Evan Spiegel por permitirme aprovechar las oficinas de Snap y por su infinita tolerancia con el tiempo que me he tomado para terminar este libro. Andy Lack y Phil Griffin me dieron un hogar en MSNBC y un lugar para expresar mi preocupación por lo que le ha estado pasando a este país.

Nunca me ha gustado la palabra «agente», y ni siquiera empieza a hacer justicia a mi querida amiga Joy Harris, que ha estado a mi lado a cada paso del camino, defendiendo este libro de principio a fin. Sospecho que estará casi tan contenta como yo de que esté acabado. ¿Cuántas veces habremos dicho que miraríamos atrás y nos reiríamos? Tengo una inmensa deuda con ella.

Hace mucho que conozco a Morgan Entrekin (¡nunca digo cifras superiores a veinte años!), pero, hasta ahora, jamás había visto el extraordinario editor, pensador y estratega que es. Es el editor ideal para cualquier escritor. Su entusiasmo es contagioso. Como habrán visto en este libro, las organizaciones suelen empaparse del carácter de su líder, y todo el mundo en Grove Atlantic ha sido profesional, inteligente, «entusiasta». Ha sido placer trabajar con ellos.

Después de acabar mi trabajo en el departamento, pasé un semestre en el Shorenstein Center del Harvard Kennedy School, lo cual me ayudo a concebir y estructurar el libro. Quiero agradecer al exdirector del Shorenstein, Nicco Mele, por llevarme hasta allí y ayudarme a pensar en la idea de la guerra de información. Mi incansable ayudante de investigación en Harvard, Howard Cohen, deshizo muchos nudos y contribuyó con un trabajo de investigación que no tiene precio, además de ofrecerme orientación sobre qué hacer contra la desinformación a través de su propia tesis de máster.

Cuando escribo, suelo hacerme hermético y reservado, pero he contado con lectores tempranos. El principal fue mi antiguo editor y amigo íntimo, Bill Phillips, que leyó un primer borrador y me dio sabios consejos y apoyo en un momento crítico. Otra vieja amiga y exeditora, Alice Mayhew, utilizó su ojo siempre agudo para fortalecer el libro y ayudó a darle forma. Mi vecina del norte del estado, Ann Godoff, fue una lectora astuta cuyas ideas han dado en el clavo.

Dado que no siempre soy tan cuidadoso como debería apuntando mis fuentes, Alasdair Phillips-Robins ha sido un regalo divino. Su meticuloso trabajo de comprobación de datos y su hábil corrección ha mejorado mucho este libro.

Aunque parece que hiciera un siglo, sino fuese por estas tres personas de Time Inc., nunca habría llegado al Departamento de Estado. Mi jefe y querido amigo John Huey es un auténtico sabio y siempre me ha cuidado. Su sucesora, Martha Nelson, siguió esa magnífica tradición. Y mi brillante sucesora en *Time*, Nancy Gibbs, hizo que la transición fuera realmente feliz.

Me gustaría agradecer a mi grupo de viejos colegas, que han sido una fuente de apoyo (¡aunque no siempre lo supieran!): Walter Isaacson, Kurt Andersen, Lawrence O´Donnell, Richard Plepler, Michael Lynton, Gary Ginsberg, Robert Gibbs, David Michaelis, Jim Basker, Bob Harrison, Jim McGuire. Jeff Shell se ha convertido en un nuevo amigo, y trabajar con él no podría haber sido mejor. Mark y Deb D'Arcy me ofrecieron su hospitalidad y un hogar lejos de casa en el norte del estado.

A la gente del Atlantic Council, especialmente al laboratorio de análisis forense digital, siempre útil y servicial: mi viejo amigo Fred Kempe, Graham Bookie y Maks Czuperski.

Ahora, el Departamento de Estado. Para empezar, y por encima de todo, quiero dar las gracias a los hombres y mujeres del Servicio Exterior. He disfrutado de su dedicación, su experiencia y su coraje, que veía día tras día. Sé que he sido duro con el Servicio Exterior en el libro, pero es porque desempeñan un papel fundamental dirigiendo la política exterior de nuestro país y protegiendo nuestra seguridad nacional. Ahora más que nunca.

Fue un honor trabajar con John Kerry, que encarna lo mejor del servicio público, así como la idea del bien público, algo demasiado poco habitual últimamente. David Wade se mostró siempre servicial, alentador y sabio. Es una delicia trabajar con Jon Finer y este libro

sería el doble de interesante si supiera la mitad de lo que sabe él sobre política exterior. Mi viejo amigo Bill Burns dejaba el Departamento cuando llegué yo, pero tuvo la gentileza de tomarse tiempo para entrenar a un novato.

A pesar de que es un personaje del libro, el retrato de Jen Stout infravalora drásticamente su papel y su importancia en esta historia. Ella fue mi guía infalible para entender el funcionamiento del Gobierno. Cualquier éxito que lograra se debió en gran parte a ella, pero los fracasos fueron cosa mía totalmente. Y esa orientación ha continuado en su ayuda con este libro y nuestra actual amistad.

Mi vida en el Departamento de Estado y Washington fue inconmensurablemente mejor gracias a la amistad y el apoyo de Evan Ryan y Tony Blinken. Mi segunda jefa de gabinete, la embajadora Susan Stevenson, representa lo mejor de quienes sirven y el pueblo estadounidense es afortunado de tenerla. Mi último jefe de gabinete y amigo y compañero desde hace tiempo, Romesh Ratnesar, hizo que acudir a trabajar cada día al edificio Harry S. Truman fuera un placer. Quiero agradecer a Dana Shell Smith su conocimiento del Departamento de Estado y su capacidad de descubrir talento. Y a Heather Higginbottom por llevarme hasta allí. Yo convencí a Nate Rawlings de que dejara *Time* para venir al Departamento de Estado, y no podría haber encontrado mejor ayudante, colega, amigo y compañía. Aunque oficialmente John Lipski era mi redactor de discursos, el cargo no describe la miríada de formas en las que me ha apoyado y ayudado. Haroon Ullah se hizo indispensable en SVE y muchas más cosas. Sería muy negligente si no mencionara a Gloria Berbena, Macon Phillips, Roxanne Cabral, Larry Schwartz y Graham Lampa. Tuve la suerte de contar con un

soberbio despliegue de ayudantes especiales durante mi paso por el departamento. Estoy enormemente agradecido por su trabajo duro, lealtad y pericia a: Bruce Armstrong, Alastair Baskey, Brett Bruen, Phil Beekman, Faris Asad, Amy Christiansen, Todd Miyahira, Sarah Matthews, Matt Miller, Beth Webster, Vicktery Sanchez, Mary Nagel, Mary DeBree, Clayton McCleskey, Manju Sandaragini y Nick Snyder. Si olvido a alguien, ¡disculpadme, por favor!

A Cathy Pierre y Tyesha Battle, siempre pacientes aguantándome, aunque creo que les regalé unas cuantas risas.

Como ya he dicho, siempre supe que acabaría sirviendo al público estadounidense, pero no creo que mi esposa, Mary, contara con ello cuando nos casamos. Y, mientras yo obtengo reconocimiento por mis servicios, el sacrificio en casa casi nunca se reconoce. Mi familia no se trasladó conmigo a Washington, y yo viajaba diariamente al trabajo. No fue fácil para ellos. Mi mujer, Mary, como siempre, nos mantuvo a todo unidos, y fue mi eterna confidente sobre la vida en el departamento. Mis dos hijos, Gabriel y Anton, nunca se alejaron de mi pensamiento. Espero que sea cierto y que yo les haya echado de menos más que ellos a mí. De algún modo, a pesar de mi ausencia, han resultado ser dos jóvenes fantásticos de los que estoy enormemente orgulloso. Mi amor por ellos no tiene medida.

Notas

Introducción

1. Allcott, Hunt y Gentzkow, Mathew, «Social Media and Fake News in the 2016 Election». *Journal of Economic Perspectives* 31, n.º 2 (2017), págs. 211-236, **https://web.stanford.edu/~gentzkow/research/fakenews.pdf**; Silverman, Craig, «This Analysis Shows How Viral Fake Election News Stories Outperformed Real News on Facebook». BuzzFeed News, 16 de noviembre, 2016, **https://www.buzzfeednews.com/article/craigsilverman/viral-fake-election-news-outperformed-real-news-on-facebook**.

2. Thomas Jefferson a Uriah Forrest, con Enclosure, 31 de diciembre, 1787, Founders Online, National Archives, **https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/01-12-02-0490**.

3. Wardle, Claire, «Fake News. It's Complicated». *First Draft News*, 16 de febrero, 2017, **https://medium.com/1st-draft/fake-news-its-complicated-d0f773766c79**.

4. Estados Unidos *vs.* Schwimmer. 279 U. S. 644 (27 de mayo, 1929) (Holmes J., disidente).

5. Learned Hand, discurso «The Spirit of Liberty». Nueva York, 21 de mayo, 1944, Digital History, University of Houston, **http://www.digitalhistory.uh.edu/disp_textbook.cfm?smtID=3&psid=1199**.

6. «2017 Edelman Trust Barometer». Global Annual Study,

http://www.edelman.com/trust2017/.

7. «Undersecretary for Public Diplomacy and Public Affairs». Departamento de Estado de Estados Unidos, **https://www.state.gov/r/**.

8. Para más información sobre las campañas de influencia rusas contra Occidente, véase Pomerantsev, Peter y Weiss, Michael, *The Menace of Unreality: How the Kremlin Weaponizes Information, Culture and Money* (*The Interpreter*, Institute of Modern Russia, 2014), **http://www.interpretermag.com/wp-content/uploads/2014/11/The_Menace_of_Unreality_Final.pdf**.

9. Taylor, Adam, «Before "Fake News," There Was Soviet "Disinformation"». *Washington Post*, 26 de noviembre, 2016, **https://www.washingtonpost.com/news/worldviews/wp/2016/11/26/before-fake-news-there-was-soviet-disinformation/**.

10. Isaac, Mike y Wakabayashi, Daisuke, «Russian Influence Reached 126 Million Through Facebook Alone». *New York Times*, 30 de octubre, 2017, **https://www.nytimes.com/2017/10/30/technology/facebook-google-russia.html**.

11. Jefferson a Uriah Forrest, con Enclosure, 31 de diciembre, 1787.

12. Estados Unidos *vs.* Rumely . 345 U.S. 41 (9 de marzo, 1953) (Douglas J., concurrente).

PRIMERA PARTE

BIENVENIDO AL DEPARTAMENTO DE ESTADO

El vestíbulo

1. «Harry S. Truman, Federal Building Washington, DC». U.S. General Services Administration, **https://www.gsa.gov/historic-buildings/harry-s-truman-federal-building-washington-dc**; Reston, James, «A New Role for a New State Department». *New York Times*, 25 de mayo, 1947.

2. «New State Building April 1947-Present». Buildings of the Department of

State, Office of the Historian, **https://history.state.gov/departmenthistory/buildings/section28**.

Comms y la reunión de las 9.15

3. Acheson, Dean, *Present at the Creation: My Years at the State Department* (Nueva York: W. W. Norton, 1969), 15.

El servicio exterior

4. «8 Steps to Becoming a Foreign Service Officer». U. S. Department of State, **https://careers.state.gov/work/foreign-service/officer/test-process/**.

5. Lippman, Daniel y Toosi, Nahal, «Interest in U.S. Diplomatic Corps Tumbles in Early Months of Trump». *Politico*, 12 de agosto, 2017, **https://www.politico.com/story/2017/08/12/trump-state-department-foreign-service-interest-plummets-241551**.

SEGUNDA PARTE
LLEGAR HASTA AHÍ

Suerte = Oportunidad + Presteza

1. «Reform and Restructuring of U.S. Foreign Affairs Agencies: Public Diplomacy in the Department of State». U. S. Department of State Bureau of Public Affairs, 30 de septiembre, 1999, **https://1997-2001.state.gov/outreach/publicaffdip/fs_990930_merger.html**.

El proceso de confirmación

2. U.S. Congress, Senate, Committee on Foreign Relations, Nominations of the 113th Congress—First Session, 113th Cong., 1st Sess., 2013, 876.

TERCERA PARTE

EL TRABAJO

Con mal pie

1. «Russian Expansion to America». Fort Ross Conservancy, **https://www.fortross.org/russian-american-company.htm**.

Replantear el plantear

2. Nye, Joseph S., *Soft Power: The Means to Success in World Politics* (Nueva York: PublicAffairs, 2004).

El nacimiento de la contranarrativa

3. Exec. Order. No. 13584, 76 Fed. Reg. 56945 (9 de septiembre, 2011), **https://www.federalregister.gov/documents/2011/09/15/2011-23891/developing-an-integrated-strategic-counterterrorism-communications-initiative-and-establishing-a**.

Recuperar a las niñas, poco a poco

4. Dorell, Oren, «Terrorists Kidnap More Than 200 Nigerian Girls». *USA Today*, 21 de abril, 2014, **https://www.usatoday.com/story/news/world/2014/04/21/parents-234-girls-kidnapped-from-nigeria-school/7958307/**.

5. Uhrmacher, Kevin y Sheridan, Mary Beth, «The Brutal Toll of Boko Haram's Attacks on Civilians». *Washington Post*, 3 de abril, 2016, **https://www.washingtonpost.com/graphics/world/nigeria-boko-haram/**.

6. Superville, Darlene, «First Lady's Address on Kidnapped Nigerian Girls». Associated Press, 10 de mayo, 2014, **https://www.apnews.com/e7ef77b4259c4b678e94dbe11f88fa96**.

Bienvenido a la Radiodifusión Internacional

7. U.S. Congress, House, Committee on Foreign Affairs, *Terrorist Attack in Benghazi: The Secretary of State´s View*, 23 de enero, 2014, 113.º Cong., 1.º Ses., 2013.

CUARTA PARTE
GUERRA INFORMATIVA

La literatura barata de Putin

1. Shevchenko, Vitaly, «"Little Green Men" or "Russian Invaders"?». BBC, 11 de marzo, 2014, **https://www.bbc.com/news/world-europe-26532154**.
2. Prentice, Alessandra, «Ukraine Leader Warns Russia After Armed Men Seize Government HQ in Crimea». *Reuters* , 27 de febrero, 2014, **https://www.reuters.com/article/us-ukraine-crisis-crimea/ukraine-leader-warns-russia-after-armed-men-seize-government-hq-in-crimea-idUSBREA1P23U20140227**.
3. Chappell, Bill y Memmott, Mark, «Putin Says Those Aren't Russian Forces in Crimea». NPR, 4 de marzo, 2014, **https://www.npr.org/sections/thetwo-way/2014/03/04/285653335/putin-says-those-arent-russian-forces-in-crimea**.
4. «Ukraine Crisis: "Illegal" Crimean Referendum Condemned.» BBC News, 6 de marzo, 2014, **https://www.bbc.com/news/world-europe-26475508**.
5. «Crimea Referendum: Voters "Back Russia Union".» BBC News, 16 de marzo, 2014, **https://www.bbc.com/news/world-europe-26606097**.
6. «Ukraine Crisis: Putin Signs Russia-Crimea Treaty.» BBC News, 18 de marzo, 2014, **https://www.bbc.com/news/world-europe-26630062**.
7. DeYoung, Karen, «U.S. Warns Russia Against Annexing Crimea».

Washington Post, 16 de marzo, 2014, **https://www.washingtonpost.com/world/national-security/us-warns-russia-against-annexing-crimea/2014/03/16/2b4a7006-ad45-11e3-9627-c65021d6d572_story.html**.

8. Putin, Vladimir, «Presenting Officers Appointed to Senior Command Positions» (comentarios, Kremlin, Moscú, 28 de marzo, 2014), **http://en.kremlin.ru/events/president/news/20650**.

9. Frizell, Sam, «Ukraine Protestors Seize Kiev as President Flees». *Time* , 22 de febrero, 2014, **http://world.time.com/2014/02/22/ukraines-president-flees-protestors-capture-kiev/**.

10. Slivka, Andrey, «Rage in Kiev». *New Yorker*, 11 de diciembre, 2013, **https://www.newyorker.com/news/news-desk/rage-in-kiev**.

11. Onuch, Olga y Sasse, Gwendolyn, «What Does Ukraine's #Euromaidan Teach Us About Protest?». *Washington Post*, 27 de febrero, 2014, **https://www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2014/02/27/what-does-ukraines-euromaidan-teach-us-about-protest/**; «Politics of Brutal Pressure». *Economist* , 22 de noviembre, 2013, **https://www.economist.com/eastern-approaches/2013/11/22/politics-of-brutal-pressure**.

12. Grytsenko, Oksana y Walker, Shaun, «Ukrainians Call for Yanukovych to Resign in Protests Sparked by EUUU-Turn». *Guardian*, 2 de diciembre, 2013, **https://www.theguardian.com/world/2013/dec/01/ukraine-largest-street-protests-orange-revolution**.

13. Osnos, Evan, Remnick, David y Yaffa, Joshua, «Trump, Putin, and theNew Cold War». *New Yorker*, 6 de marzo, 2017, **https://www.newyorker.com/magazine/2017/03/06/trump-putin-and-the-new-cold-war**.

14. Herszenhorn, David M. y Barry, Ellen, «Putin Contends Clinton Incited Unrest over Vote». *New York Times*, 8 de diciembre, 2011, **https://www.nytimes.com/2011/12/09/world/europe/putin-accuses-clinton-of-instigating-russian-protests.html**.

15. «Backing Ukraine's Territorial Integrity, UN Assembly Declares Crimea Referendum Invalid». UN News, 27 de marzo, 2014, **https://news.un.org/en/story/2014/03/464812-backing-ukraines-territorial-integrity-un-assembly-declares-crimea-referendum**.

16. «G-7 Leaders Statement». White House, 2 de marzo, 2014, **https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2014/03/02/g-7-leaders-statement**.

17. Acosta, Jim, «U.S., Other Powers Kick Russia Out of G8». CNN, 24 de marzo, 2014, **https://www.cnn.com/2014/03/24/politics/obama-europe-trip/index.html**.

18. «Readout of President Obama's Calls with President Hollande and Prime Minister Harper». White House, 1 de marzo, 2014, **https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2014/03/01/readout-president-obama-s-calls-president-hollande-and-prime-minister-ha**.

19. «Readout of the President's Calls with Prime Minister Cameron, President Komorowski, and Chancellor Merkel». White House, 2 de marzo, 2014, **https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2014/03/02/readout-presidents-calls-prime-minister-cameron-president-komorowski-and**.

20. Kaplan, Rebecca, «John Kerry Warns of Consequences for Russia After Ukraine Invasion». CBS News, 2 de marzo, 2014, **https://www.cbsnews.com/news/john-kerry-warns-of-consequences-for-russia-after-ukraine-invasion/**.

«Un mensaje a América»

21. «IS Beheads Captured American James Wright Foley, Threatens to Execute Steven Joel Sotloff.» SITE Intelligence Group, 19 de agosto, 2014, https://news.siteintelgroup.com/Jihadist-News/is-beheads-captured-american-james-foley-threatens-to-execute-another.html.

22. «IS Supporters React to James Foley Beheading Video.» SITE Intelligence

Group, 20 de agosto, 2014,**http://news.siteintelgroup.com/blog/index.php/categories/jihad/entry/238-is-supporters-react-to-james-foley-beheading-video**.

23. Good, Chris, «Secret Service "Aware" of Apparent ISIS Flag Photo in Front of the White House». ABC News, 14 de agosto, 2014, **https://abcnews.go.com/US/secret-service-aware-apparent-isis-flag-photo-front/story?id=24985241**.

24. Stelter, Brian, «James Foley Beheading Video: Would You Watch It?». CNN, 21 de agosto, 2014, **https://www.cnn.com/2014/08/20/us/isis-beheading-social-media/index.html**.

Devolver los golpes

25. «President Putin's Fiction: 10 False Claims About Ukraine.» U.S. State Department, 5 de marzo, 2014, **https://2009-2017.state.gov/r/pa/prs/ps/2014/03/222988.htm**.

26. Baker, Peter, «Point by Point, State Department Rebuts Putin on Ukraine». *New York Times*, 5 de marzo, 2014, **https://www.nytimes.com/2014/03/06/world/europe/point-by-point-state-dept-rebuts-putin-on-ukraine.html**.

La república del miedo

27. «Journalists Killed in Syria.» Committee to Protect Journalists, **https://cpj.org/data/killed/mideast/syria/?status=Killed&motiveConfirmed%5B%5D=Confirmed&type%5B%5D=Journalist&cc_fips%5B%5D=SY&start_year=2011&end_year=2014&group_by=location**.

28. «Emotional Plea from Mother of Steven Sotloff, American ISIS Captive». NBC News, 27 de agosto, 2014, **https://www.nbcnews.com/storyline/isis-terror/emotional-plea-mother-steven-sotloff-american-isis-captive-n190186**.

29. Lamothe, Dan, «Here's the Transcript of the Video Showing Steven Sotloff's Reported Execution». *Washington Post* , 2 de septiembre, 2014, **https://www.washingtonpost.com/news/checkpoint/wp/2014/09/02/heres-thetranscript-of-the-video-showing-steven-sotloffs-reported-execution/**.

30. Erlanger, Steven, Hirschfeld-Davis, Julie y Castle, Stephen, «NATO Plans a Special Force to Reassure Eastern Europe and Deter Russia». *New York Times*, 5 de septiembre, 2014, **https://www.nytimes.com/2014/09/06/world/europe/nato-summit.html**.

31. Hirschfeld-Davies, Julie, «After Beheading of Steven Sotloff, Obama Pledges to Punish ISIS». *New York Times*, 3 de septiembre, 2014, **https://www.nytimes.com/2014/09/04/world/middleeast/steven-sotloff-isis-execution.html**.

32. Para más información sobre las campañas de propaganda del Estado Islámico, véase Miller, Greg y Mekhennet, Souad, «Inside the Surreal World of the Islamic State's Propaganda Machine». *Washington Post*, 20 de noviembre, 2015, **https://www.washingtonpost.com/world/national-security/inside-the-islamic-states-propaganda-machine/2015/11/20/051e997a-8ce6-11e5-acff-673ae92ddd2b_story.html**.

Los peligros de la transparencia

33. Silverman, Jacob, «The State Department's Twitter Jihad». *Politico*, 22 de julio, 2014, **https://www.politico.com/magazine/story/2014/07/the-state-departments-twitter-jihad-109234**.

La sátira cierra el sábado noche

34. Oliver, John, «John Oliver—ISIS». Vídeo de YouTube, 4:29, publicado por Bob Pablo, 8 de septiembre, 2014, **https://www.youtube.com/watch?v=M_WWPHbcqZc**.

35. Cooper, Helene, «U.S. Drops Snark in Favor of Emotion to Undercut Extremists». *New York Times* , 28 de julio, 2016, **https://www.nytimes.com/2016/07/29/world/middleeast/isis-recruiting.html**.

Diplomacia #hashtag

36. Wills, Amanda, «Ukraine Wants Action, but U.S. Sends Hashtags Instead». *Mashable* , 28 de marzo, 2014, **https://mashable.com/2014/03/28/united-for-ukraine/#VfqN3EeuuPq1**.

La secretaría al teléfono

37. Calabresi, Massimo, «Hillary Clinton and the Rise of Smart Power». *Time*, 7 de noviembre, 2011, **http://content.time.com/time/magazine/article/0,9171,2097973,00.html**.

38. Herszenhorn, David M. y Barry, Ellen, «Putin Contends Clinton Incited Unrest over Vote». *New York Times*, 8 de diciembre, 2011, **https://www.nytimes.com/2011/12/09/world/europe/putin-accuses-clinton-of-instigating-russian-protests.html**.

QUINTA PARTE

BATALLA ENTABLADA

Coalición de reacios

1. «Transcript of Obama's Remarks on the Fight Against ISIS». *New York Times*, 10 de septiembre, 2014, **https://www.nytimes.com/2014/09/11/world/middleeast/obamas-remarks-on-the-fight-against-isis.html**.

Toda batalla se gana o se pierde antes de comenzar

2. Conley, Heath A., Mira, James, Stefanov, Ruslan, y Vladimirov, Martin, *The Kremlin Playbook: Understanding Russian Influence in Central and Eastern Europe* (Nueva York: Rowman Littlefield, 2016).

3. Puddington, Arch, «Flacks for Autocrats: An American Growth Industry». Freedom House, 29 de junio, 2017, **https://freedomhouse.org/blog/flacks-autocrats-american-growth-industry**.

Líneas de esfuerzo

4. «History». National Counterterrorism Center, **https://www.dni.gov/index.php/nctc-who-we-are/history**.

Vosotros tenéis vuestra verdad; nosotros, la nuestra

5. «US Puts Up $500K to Fight Russian Media in Baltics». Sputnik, 10 de octubre, 2015, **https://sputniknews.com/world/201508101025570995/**.

6. Pomerantsev, Peter, en una conversación con el autor, 2015. Véase también el excelente libro de Pomerantsev, *Nothing Is True and Everything Is Possible: The Surreal Heart of the New Russia* (Nueva York: PublicAffairs, 2014).

7. «America House Opens with a Photo Exhibit and a Welcome to Ukrainians». Embajada de Estados Unidos en Kiev, 20 de mayo, 2015,

https://ua.usembassy.gov/america-house-opens-photo-exhibit-welcome-ukrainians/.

La zona gris

8. «George F. Kennan on Organizing Political Warfare». History and Public Policy Program Digital Archive, Wilson Center, 30 de abril, 1948, https://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/114320.

9. Michael, Casey, «America's Neo-Nazis Don't Look to Germany for Inspiration. They Look to Russia». *Washington Post*, 22 de agosto, 2017, **https://www.washingtonpost.com/news/democracy-post/wp/2017/08/22/americas-neo-nazis-dont-look-to-germany-for-inspiration-they-look-to-russia/**.

10. «Putin Q&A: Full Transcript». *Time*, 2007, **http://content.time.com/time/specials/2007/personoftheyear/article/0,28804,1690753_1690757_1695787-1,00.html**.

Nosotros no somos el público

11. Para más información sobre la historia, la estrategia y la ideología del Estado Islámico, véase Weiss, Michael y Hassan Hassan, *ISIS: Inside the Army of Terror* (Nueva York: Regan Arts, 2016); McCants, William, *The ISIS Apocalypse: The History, Strategy, and Doomsday Vision of the Islamic State* (Nueva York: St. Martin's Press, 2015); y Stern, Jessica y Berger, J. M., *ISIS: The State of Terror* (Nueva York: HarperCollins, 2015).

Cuestionar más

12. «State Dept Sideshow: Jen Psaki's Most Embarrassing Fails, Most Entertaining Grillings». RT, 1 de junio, 2014, **https://www.rt.com/usa/162608-jen-psaki-fails-grilling/**.

13. Dougherty, Jill, «How the Media Became One of Putin's Most Powerful Weapons». *Atlantic*, 21 de abril, 2015, **https://www.theatlantic.com/international/archive/2015/04/how-the-media-became-putins-most-powerful-weapon/391062/**.

14. Von Twickel, Nikolaus, «Russia Today Courts Viewers with Controversy». *Moscow Times*, 23 de marzo, 2010, **https://www.rbth.com/articles/2010/03/23/230310_rt.html**.

15. Michael, Casey, «Putin's Magnificent Messaging Machine». *Politico*, 25 de agosto, 2015, **https://www.politico.com/magazine/story/2015/08/25/putin-rt-soviet-propaganda-121734**.

16. Gray, Rosie, «Russia Today's New Ad Campaign Suggests It Could Have Prevented the Iraq War». BuzzFeed News, 18 de agosto, 2014, **https://www.buzzfeednews.com/article/rosiegray/russia-todays-new-ad-campaign-suggests-it-could-have-prevent**.

17. Zavadski, Katie, «Putin's Propaganda TV Lies About Its Popularity». *Daily Beast,* 17 de septiembre, 2015, **https://www.thedailybeast.com/putins-propaganda-tv-lies-about-its-popularity**.

18. Kerry, John «Remarks on Ukraine». Departamento de Estado de Estados Unidos, 24 de abril, 2014, **https://2009-2017.state.gov/secretary/remarks/2014/04/225166.htm**.

19. Stengel, Richard, «Russia Today's Disinformation Campaign». Blog oficial del Departamento de Estado de Estados Unidos, 29 de abril, 2014, **http://2007-2017-blogs.state.gov/stories/2014/04/29/russia-today-s-disinformation-campaign2679.html**.

20. Simonián, Margarita, «Who's Really 'Presenting Lies as Facts'? How State Dept. Exposes Itself to Propaganda». RT , 30 de abril, 2014, **https://www.rt.com/op-ed/155960-presenting-lies-facts-propaganda-exposure/**.

Culpa mía

21. Neuman, Scott y Chappell, Bill, «Obama: Evidence MH17 Hit by Missile from Rebel-Held Area of Ukraine». NPR, 18 de julio, 2014, **https://www.npr.org/sections/thetwo-way/2014/07/18/332496334/malaysia-airlines-flight-mh17-plane-crash-what-we-know**.

22. Pifer, Steven y Thoburn, Hannah, «A New Tragedy in Ukraine: The Shootdown of Malaysian Airlines Flight 17». Brookings Institute, 17 de julio, 2014, **https://www.brookings.edu/blog/up-front/2014/07/17/a-new-tragedy-in-ukraine-the-shootdown-of-malaysian-airlines-flight-17/**.

23. «Russian Media: MH17 Was Shot Down by Ukrainian Army; Their Target Was Putin's Plane.» Baltic News Network, 18 de julio, 2014, https:// bnn-news.com/russian-media-mh17-shot-ukrainian-army-target-putins-plane-116613.

24. Schrek, Carl, «Catch Carlos If You Can». Radio Free Europe/Radio Liberty, 14 de marzo, 2018, **https://www.rferl.org/a/catch-carlos-if-you-can-mh17-russia-ukraine/29065244.html**.

25. Chasmar, Jessica, «"My Bad": State Dept. Official Apologizes for #UnitedForGaza Tweet». 20 de julio, 2014, **https://www.washingtontimes.com/news/2014/jul/20/my-bad-state-dept-official-apologizes-unitedforgaz/**.

26. «Oops! Rookie Diplomat Rick Stengel Sorry for #UnitedforGaza Tweet.» *Forward*, 21 de julio, 2014, **https://forward.com/news/breaking-news/202484/oops-rookie-diplomat-rick-stengel-sorry-for-unit/**.

27. Jacob B., «"What a Jackass": US Under Secretary of State Apologizes After Tweeting "United for Gaza" Hashtag». Twitchy, 20 de julio, 2014, **https://twitchy.com/jacobb-38/2014/07/20/what-a-jackass-us-under-secretary-of-state-apologizes-after-tweeting-united-for-gaza-hashtag/**.

28. Huston, Warner Todd, «“My Bad”: State Dept. Official Deletes Tweet with Hashtag Backing Hamas». Breitbart, 21 de julio, 2014, **https://www.breitbart.com/politics/2014/07/21/my-bad-state-sept-official-praises-hamas-on-twitter-then-retracts/**.

De error en error

29. Dehghanpisheh, Babak, «Family of Missing Journalist Austin Tice Pleads for Information». 12 de noviembre, 2012, **https://www.washingtonpost.com/world/middle_east/family-of-missing-journalist-austin-tice-pleads-for-information/2012/11/12/5762398c-2d01-11e2-89d4-040c9330702a_story.html**.

30. Bier, Jeryl, «State Dept. Wishes ‘RIP’ to Living Captives of Terrorists». *Weekly Standard*, 6 de enero, 2015, **https://www.weeklystandard.com/jeryl-bier/state-dept-wishes-rip-to-living-captives-of-terrorists**.

Volver a calibrar frente a Rusia

31. Nota para el secretario, Combatir la Guerra Informativa de Putin, 1 de diciembre, 2014.

¿Qué hay en un nombre?

32. «Cruz on ISIS: Solution Is Military Power, Not Expanded Medicaid in Iraq». Fox News, 18 de febrero, 2015, **https://insider.foxnews.com/2015/02/18/cruz-isis-solution-military-power-not-expanded-medicaid-iraq**.

33. Schmitt, Eric, «U.S. Intensifies Effort to Blunt ISIS’s Message». *New York Times*, 16 de febrero, 2015, **https://www.nytimes.com/2015/02/17/world/middleeast/us-intensifies-effort-to-blunt-isis-message.html**.

34. Yandoli, Kayla, «15 Poop Horror Stories That Will Make You Feel Better About Yourself». BuzzFeed, 20 de junio, 2014,

https://www.buzzfeed.com/kaylayandoli/hurbly-grblies; LaFrance, Adrienne y Meyer, Robinson, «The Eternal Return of BuzzFeed». *Atlantic*, 15 de abril, 2015, **https://www.theatlantic.com/technology/archive/2015/04/the-eternal-return-of-buzzfeed/390270/**.

La petulancia como política

35. «About the Program.» Flex, **http://discoverflex.org/about-program/**.

36. MacFarquhar, Neil y Gordon, Michael R., «Russia Cancels Exchange Program After a Student Seeks U.S. Asylum». *New York Times*, 4 de octubre, 2014, **https://www.nytimes.com/2014/10/05/world/europe/russia-cancels-exchange-program-after-a-student-seeks-us-asylum.html**.

37. Gessen, Masha, «Who Controls a Gay Russian Teen-Ager's Story?». *New Yorker*, 13 de octubre, 2014, **https://www.newyorker.com/news/news-desk/gay-russian-teenager-media-coverage**.

38. Gessen, «Who Controls a Gay Russian Teen-Ager's Story?».

39. Englund, Will, «U.S. Relations with Russia Face Critical Tests in 2014 as Putin, Obama Fail to Fulfill Expectations». *Washington Post*, 2 de enero, 2014, **https://www.washingtonpost.com/world/europe/us-relations-with-russia-face-critical-tests-in-2014-as-putin-obama-fail-to-fulfill-expectations/2014/01/02/a46c880c-4562-11e3-95a9-3f15b5618ba8_story.html**.

40. Elder, Miriam, «Russia Passes Law Banning Gay "Propaganda"». *Guardian*, 11 de junio, 2013, **https://www.theguardian.com/world/2013/jun/11/russia-law-banning-gay-propaganda**.

Lo de siempre

41. Alkhshali, Hamdi y Schoichet, Catherine E. «ISIS Seizes Control of Key Iraqi City Ramadi as Government Forces Pull Back». *CNN*, 17 de mayo, 2015, **https://www.cnn.com/2015/05/17/asia/isis-ramadi/index.html**.

42. Nota para el secretario, París , 9 de junio, 2015.

43. Mazzetti, Mark y Gordon, Michael R., «ISIS Is Winning the Social Media War, U.S. Concludes». *New York Times*, 12 de junio, 2015, **https://www.nytimes.com/2015/06/13/world/middleeast/isis-is-winning-message-war-us-concludes.html**.

44. Bulmiller, Elisabeth y Landler, Mark, «U.S. Envoy Urges Caution on Forces for Afghanistan». *New York Times*, 11 de noviembre, 2009, **https://www.nytimes.com/2009/11/12/us/politics/12policy.html**.

45. Jaffe, Greg y Miller, Greg, «Secret U.S. Cable Warned of Pakistani Havens». *Washington Post*, 24 de febrero, 2012, **https://www.washingtonpost.com/world/national-security/secret-us-cable-warned-of-pakistani-havens/2012/02/24/gIQAgMnYYR_story.html**.

46. Roshan Lall, Rashmee, «ISIL Makes the US Wake Up and Smell the Coffee». *National*, 17 de junio, 2015, **https://www.thenational.ae/opinion/isil-makes-the-us-wake-up-and-smell-the-coffee-1.98088**.

Alto el fuego

47. «Investigation by the Dutch Safety Board». Gobierno de los Países Bajos, 13 de octubre, 2015, **https://www.government.nl/topics/mh17-incident/investigation-by-the-dutch-safety-board**.

48. Office of the Press Secretary, «Statement by NSC Spokesperson Ned Price on the Dutch Safety Board Report on the Downing of Malaysia Airlines Flight 17». White House, 13 de octubre, 2015, **https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2015/10/13/statement-nsc-spokesperson-ned-price-dutch-safety-board-report-downing**.

49. U.S. Department of State, Office of Press Relations, «The Dutch Safety Board's Final Report on the Shootdown of Malaysia Airlines Flight MH17». U.S. Department of State, 13 de octubre, 2015, **https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2015/10/13/statement-nsc-spokesperson-ned-price-dutch-safety-board-report-downing**.

Por quién trolean las campanas

50. Toler, Aric, «Inside the Kremlin Troll Army Machine: Templates, Guidelines, and Paid Posts». *GlobalVoices* , 14 de marzo, 2015, **https://globalvoices.org/2015/03/14/russia-kremlin-troll-army-examples/**; Chen, Adrian, «The Agency». *New York Times* , 2 de junio, 2015, **https://www.nytimes.com/2015/06/07/magazine/the-agency.html**.

51. Toler, «Inside the Kremlin Troll Army Machine»

52. Traducido de un diccionario de términos de Internet elaborado por la Agencia de Investigación de Internet y filtrado en 2015. Véase Soshnikov, Andrei, «Столица политического троллинга» («La capital del troleo político »). MR7.ru, 11 de marzo, 2015, **https://mr7.ru/articles/112478/**; and Dean Sterling Jones, «Inside the Russian Troll Factory». *Shooting the Messenger* , 27 de febrero, 2018,

https://shootingthemessenger.blog/2018/02/27/inside-the-russian-troll-factory/.

53. Jones, «Inside the Russian Troll Factory».

54. Traducción de documentos incluidos en Soshnikov, «La capital del troleo político».

55. Toler, Aric, «Fake "Ukrainian" News Websites Run by Russian "Troll Army" Offshoots». *GlobalVoices* , 19 de noviembre, 2014, **https://globalvoices.org/2014/11/19/fake-ukrainian-news-websites-run-by-russian-troll-army-offshoots/**.

56. Traducción de documentos incluidos en Soshnikov, «La capital del troleo político».

SEXTA PARTE
INTERFERENCIA

Hacer grande de nuevo a ____

1. «Here's Donald Trump's Presidential Announcement Speech». *Time*, 16 de junio, 2015, **http://time.com/3923128/donald-trump-announcement-speech/**.

Cierre

2. Nagourney, Adam, Lovett, Ian Y Pérez-Peña, Richard, «San Bernardino Shooting Kills at Least 14; Two Suspects Are Dead». *New York Times*, 2 de diciembre, 2015, **https://www.nytimes.com/2015/12/03/us/san-bernardino-shooting.htm**; Nossiter, Adam y Gladstone, Rick, «Paris Attacks Kill More Than 100, Police Say; Border Controls Tightened». *New York Times*, 13 noviembre, 2015, **https://www.nytimes.com/2015/11/14/world/europe/paris-shooting-attacks.html**.

3. Johnson, Jenna y Weigel, David, «Donald Trump Calls for "Total" Ban on

Muslims Entering United States». *Washington Post*, 8 de diciembre, 2015, **https://www.washingtonpost.com/politics/2015/12/07/e56266f6-9d2b-11e5-8728-1af6af208198_story.html**.

4. Bump, Philip, «Donald Trump's Call to Ban Muslim Immigrants Is Based on a Very Shoddy Poll». *Washington Post*, 7 de diciembre, 2015, **https://www.washingtonpost.com/news/the-fix/wp/2015/12/07/donald-trumps-call-to-ban-muslims-from-coming-to-the-u-s-has-a-very-bad-poll-at-its-center/**.

5. «Outcry as Donald Trump Calls for US Muslim Ban». BBC News, 8 de diciembre, 2015, **https://www.bbc.com/news/av/world-us-canada-35036567/outcry-as-donald-trump-calls-for-us-muslim-ban**.

6. U.S. Department of Defense, Press Operations, «Department of Defense Press Briefing by Pentagon Press Secretary Peter Cook in the Pentagon Briefing Room». U.S. Department of Defense, 8 de diciembre, 2015, **https://dod.defense.gov/News/Transcripts/Transcript-View/Article/633414/department-of-defense-press-briefing-by-pentagon-press-secretary-peter-cook-in/**.

7. Harris, Gardiner, Sanger,David E. y Herszenhorn, David M., «Obama Increases Number of Syrian Refugees for U.S. Resettlement to 10,000». *New York Times*, 10 de septiembre, 2015, **https://www.nytimes.com/2015/09/11/world/middleeast/obama-directs-administration-to-accept-10000-syrian-refugees.html**.

«Lisa»

8. Kim, Lucian, «Russia Having Success in Hybrid War Against Germany». *Reuters*, 7 de febrero, 2016, **http://blogs.reuters.com/great-debate/2016/02/07/russia-having-success-in-hybrid-war-against-germany/**; Jones, Sam, «Putin Has West in Cross Hairs with Social Media Offensive». *Financial Times*, 1 de junio, 2016, **https://www.ft.com/content/5de9c57a-2809-11e6-8ba3-cdd781d02d89?mhq5j=e1**.

9. Kim, «Russia Having Success in Hybrid War Against Germany».

10. Gude, Ken, «Russia's Fifth Column». Center for American Progress, 17 de marzo, 2017, **https://www.americanprogress.org/issues/security/reports/2017/03/15/428074/russias-5th-column/**.

11. «Was Russia Behind 2015's Cyber Attack on the German Parliament?» Deutsche Welle, 2 de febrero, 2016, **https://www.dw.com/en/was-russia-behind-2015s-cyber-attack-on-the-german-parliament/a-19017553**.

12. «Address by President of the Russian Federation». Kremlin, 18 de marzo, 2014, **http://en.kremlin.ru/events/president/news/20603**.

Siempre te acusan de lo que hacen ellos

13. Pomerantsev, Peter, «Unplugging Putin TV». *Foreign Affairs*, 18 de febrero, 2015, **https://www.foreignaffairs.com/articles/russia-fsu/2015-02-18/unplugging-putin-tv**.

14. «Trump Trumped by Twitter Trolls». RT, 16 de junio, 2015, **https://www.rt.com/usa/267631-trump-trumped-twitter-trolls/**.

15. Maremont, Mark y Barry, Rob, «Russian Twitter Support for Trump Began Right After He Started Campaign». *Wall Street Journal*, 6 de noviembre, 2017, **https://www.wsj.com/articles/russian-twitter-support-for-trump-began-right-after-he-started-campaign-1509964380**.

16. Maremont y Barry, «Russian Twitter Support for Trump Began Right After He Started Campaign».

El predicado del Brexit

17. Taub, Amanda, «A Lesson from Brexit: On Immigration, Feelings Trump Facts». *New York Times*, 26 de junio, 2016, **https://www.nytimes.com/2016/06/27/world/europe/brexit-economy-immigration-britain-european-union-democracy.html**.

18. Salama, Vivian, «Trump in Paris: The Curious Case of His Friend Jim». AP, 12 de julio, 2017, **https://apnews.com/e18f254c4ac84e6bab4ceed56401cc65**.

19. «Women Face "Mass Sex Attacks" by Migrants If No Brexit—Farage». RT , 5 de junio, 2016, **https://www.rt.com/uk/345473-nigel-farage-sex-attacks/**.

20. «"EU Migrant Crisis Proposals Will Open Britain's Doors to Jihadists," Says Nigel Farage.» RT , 29 de abril, 2015, **https://www.rt.com/uk/254121-migrant-crisis-farage-eu/**; Patrick Foster, "Kremlin-Backed Broadcaster RT Offers Nigel Farage His Own Show». 7 de septiembre, 2016, **https://www.telegraph.co.uk/news/2016/09/07/kremlin-backed-broadcaster-rt-offers-nigel-farage-his-own-show/**.

21. Farage, Nigel, «TTIP Is About Giant Corporates Dominating Our Economies». Breitbart, 11 de junio, 2015, **https://www.breitbart.com/europe/2015/06/11/farage-for-breitbart-ttip-is-about-giant-corporates-dominating-our-economies/**; Farage, Nigel, «UK Migration Cover Up: The Government Must Release The REAL Figures Immediately». Breitbart, 17 de diciembre, 2015, **https://www.breitbart.com/europe/2015/12/17/farage-for-breitbart-uk-migration-cover-up-the-government-must-release-the-real-figures-immediately/**; «EXCLUSIVE—Farage Tells Breitbart: "Obama Visit Caused `Brexit Bounce,´Swayed Vote in Favour of Leave"». Breitbart, 24 de junio, 2016, **https://www.breitbart.com/europe/2016/06/24/listen-nigel-farage-on-momentous-eu-referendum-win/**.

22. Hutton, Robert y Seal, Thomas, «UKIP's Farage Champions Trump at Rally in Mississippi». Bloomberg News, 24 de agosto, 2016, **https://www.bloomberg.com/news/articles/2016-08-25/ukip-s-farage-champions-trump-at-rally-in-mississippi**; Jacobs, Ben y Roberts, Dan, «Nigel Farage Fights Donald Trump's Corner in Post-Debate Spin Room». *Guardian*, 10 de octubre, 2016,

https://www.theguardian.com/us-news/2016/oct/10/nigel-farage-fights-donald-trumps-corner-in-post-debate-spin-room.

23. Burgess, Matt, «Here's the First Evidence Russia Used Twitter to Influence Brexit». *Wired* , 10 de noviembre, 2017, **https://www.wired.co.uk/article/brexit-russia-influence-twitter-bots-internet-research-agency**.

El príncipe de las tinieblas

24. Goldberg, Jeffrey, «The Obama Doctrine». *Atlantic*, abril 2016, **https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2016/04/the-obama-doctrine/471525/**.

¿Quién tiene el boli?

25. Executive Order 13721 of March 14, 2016, «Developing an Integrated Global Engagement Center to Support Government-wide Counterterrorism Communications Activities Directed Abroad and Revoking Executive Order 13584». Registro Federal 81, n.º 52: 14685-14688, **https://www.govinfo.gov/content/pkg/FR-2016-03-17/pdf/2016-06250.pdf**.

A por todas

26. Englund, Will, «In Ukraine, Sens. McCain, Murphy Address Protesters, Promise Support». *Washington Post*, 15 de diciembre, 2013, **https://www.washingtonpost.com/world/in-ukraine-us-sens-mccain-murphy-address-protesters/2013/12/15/be72cffe-65b0-11e3-997b-9213b17dac97_story.html**.

27. Altimari, Daniela, «Murphy Brings McCain to Hartford to Speak About Ukraine War». *Hartford Courant*, 9 de marzo, 2015, **https://www.courant.com/politics/hc-murphy-mccain-ukraine-20150309-story.html**.

28. Ley para Combatir la Guerra Informativa de 2016, S. 2692, 114.º Congress (2016).

La escena del bar en La guerra de las galaxias

29. U.S. Congress, House, Committee of Foreign Affairs, *Countering the Virtual Caliphate: The State Department´s Performance*, 114 Cong., 2.º ses., 2016, 5.

Intromisión

30. Dugin, Alexander, «Dugin's Guideline—In Trump We Trust», vídeo de YouTube, 8:08, publicado por Katehon Think Tank, 4 de marzo, 2016, **https://www.youtube.com/watch?v=aOWIoMtIvDQ**.

31. Alperovitch, Dmitri, «Bears in the Midst: Intrusion into the Democratic National Committee». CrowdStrike, 15 de junio, 2016, **https://www.crowdstrike.com/blog/bears-midst-intrusion-democratic-national-committee/**.

32. Lipton, Eric, Sanger, David E. y Shane, Scott, «The Perfect Weapon:How Russian Cyberpower Invaded the U.S.». *New York Times*, 13 de diciembre, 2016, **https://www.nytimes.com/2016/12/13/us/politics/russia-hack-election-dnc.html**.

33. Nelson, Louis, «Trump Accuses DNC of 'Hacking' Its Own Oppo Research on Him». *Politico*, 15 de junio, 2016, **https://www.politico.com/story/2016/06/donald-trump-opposition-224397**.

34. Sanger, David E. y Schmitt, Eric, «Spy Agency Consensus Grows That Russia Hacked D.N.C.». *New York Times*, 26 de julio, 2016, **https://www.nytimes.com/2016/07/27/us/politics/spy-agency-consensus-grows-that-russia-hacked-dnc.html**.

35. Hamburger, Tom y Tumulty, Karen, «WikiLeaks Releases Thousands of Documents About Clinton and Internal Deliberations». *Washington Post*, 22 de julio, 2016, **https://www.washingtonpost.com/news/post-politics/wp/2016/07/22/on-eve-of-democratic-convention-wikileaks-releases-thousands-of-documents-about-clinton-the-campaign-and-internal-deliberations/**.

36. «Donald Trump News Conference». C-SPAN, 27 julio, 2016, **https://www.c-span.org/video/?413263-1/donald-trump-urges-russia-find-hillary-clinton-emails-criticizes-record-tpp**.

37. Mallin, Alexander, «Trump: Crimea's People Prefer Russia, but If He's Elected Putin Is "Not Going into Ukraine"». ABC News, 31 de julio, 2016, **https://abcnews.go.com/ThisWeek/trump-crimeas-people-prefer-russia-elected-putin-ukraine/story?id=41029437**.

El enemigo lejano es el enemigo cercano

38. Schreckinger, Ben, «A Family Trumpsgiving in South Carolina». *Politico*, 24 de noviembre, 2015, **https://www.politico.com/story/2015/11/donald-trump-south-carolina-family-216202**.

39. Teague Beckwith, Ryan, «Read Donald Trump's Speech on the Orlando Shooting». *Time* , 13 de junio, 2016, **http://time.com/4367120/orlando-shooting-donald-trump-transcript/**.

40. Withnall, Adam, «ISIS Official Calls for 'Lone Wolf' Attacks in US and Europe During Ramadan», 22 de mayo, 2016, **https://www.independent.co.uk/news/world/middle-east/isis-official-calls-for-lone-wolf-attacks-in-us-and-europe-during-ramadan-a7042296.html**.

41. Véase, por ejemplo, Taub, Amanda, «The Rise of American Authoritarianism». *Vox*, 1 de marzo, 2016, **https://www.vox.com/2016/3/1/11127424/trump-authoritarianism**; Jonathan Haidt, «The Key to Trump Is Stenner's Authoritarianism». Righteous Mind , 6 de enero, 2017, **http://righteousmind.com/the-key-to-trump-is-stenners-authoritarianism/**.

Desde Rusia con amor

42. Dolgov, Anna, «Russian Authorities Close Down American Center in Moscow». *Moscow Times*, 17 de septiembre, 2015, **https://www.themoscowtimes.com/2015/09/17/russian-authorities-close-down-american-center-in-moscow-a49623**.

43. «Press Release on Deputy Foreign Minister Sergey Ryabkov's Meeting with US Under Secretary of State for Public Diplomacy and Public Affairs Richard Stengel». Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa, 14 de septiembre, 2016, **http://www.mid.ru/en/maps/us/-/asset_publisher/unVXBbj4Z6e8/content/id/2439579**.

44. Posteriormente se publicarían otras historias similares; por ejemplo, Oliphant, Roland, «Moscow's Spies Accused of Breaking into American Diplomats' Homes, Killing a Pet and Paying for Smear Stories». *Daily Telegraph*, 28 de junio, 2016, **http://www.telegraph.co.uk/news/2016/06/28/moscows-spies-accused-of-breaking-into-american-diplomats-homes/**.

SÉPTIMA PARTE

QUÉ HACER CON LA DESINFORMACIÓN

El problema

1. «General Information». Library of Congress, **https://www.loc.gov/about/general-information/**.
2. Procedente del discurso de Garry Trudeau George en la ceremonia de los Polk Awards, publicado en *Atlantic*.
3. Para más información sobre cómo los desinformadores han utilizado las herramientas de Internet para sembrar discordia, véase Ghosh, Dipayan y Scott, Ben, *Digital Deceit: The Technologies Behind Precision Propaganda on the Internet* (Cambridge, EE. UU.: Shorenstein Center, Harvard Kennedy School, 2018), **https://www.newamerica.org/public-interest-technology/policy-papers/digitaldeceit/**.
4. Para más información sobre soluciones legislativas y tecnológicas a los problemas de la información errónea y la desinformación, véase Cohen, Howard, «Tech Tock . . . Time Is Running Out to Find Solutions to Mis- and Disinformation and Privacy Problems». Harvard Kennedy School, mayo de 2018, **https://www.belfercenter.org/sites/default/files/files/publication/PAE%20Cohen%20-%20web.pdf**.

Sección 230

5. Communications Decency Act, 47 U.S.C. § 230 (1996).
6. Para una discusión más detallada de posibles correcciones a la Sección 230, véase Hwang, Tim, «Dealing with Disinformation: Evaluating the Case for CDA 230 Amendment». MIT Media Lab, 17 de diciembre, 2017, **https://ssrn.com/abstract=3089442.V4739**.

Privacidad y elecciones

7. Markey, Ed, senador por Massachusetts, «As Facebook CEO Zuckerberg Testifies to Congress, Senators Markey and Blumenthal Introduce Privacy Bill of Rights», 10 de abril, 2018, **https://www.markey.senate.gov/news/press-releases/as-facebook-ceo-zuckerberg-testifies-to-congress-senators-markey-and-blumenthal-introduce-privacy-bill-of-rights**.

8. Warner, Mark R., senador por Virginia, «The Honest Ads Act», 19 de octubre, 2017, **https://www.warner.senate.gov/public/index.cfm/the-honest-ads-act?page=1**.

Algoritmos, sistemas de calificaciones e inteligencia artificial

9. «Assessing the Effect of News Source Ratings on News Content.» Knight Foundation, 27 de junio, 2018, **https://knightfoundation.org/reports/assessing-the-effect-of-news-source-ratings-on-news-content**.

10. «Frequently Asked Questions». Trust Project, **https://thetrustproject.org/faq/**.

11. Oremus, Will, «Only You Can Stop the Spread of Fake News». *Slate*, 13 de diciembre, 2016, **https://slate.com/technology/2016/12/introducing-this-is-fake-slates-tool-for-stopping-fake-news-on-facebook.html**.

12. «About». Factmata, **https://factmata.com/about.html**.

13. «How It Works». NewsGuard, **https://www.newsguardtech.com/how-it-works/**.

EPÍLOGO

1. «Global Engagement Center.» U.S. Department of State, **https://www.state.gov/r/gec/**.

2. Toosi, Nahal, «Tillerson Spurns $80 Million to Counter ISIS, Russian Propaganda». *Politico*, 2 de agosto, 2017, **https://www.politico.com/story/2017/08/02/tillerson-isis-russia-propaganda-241218**.

3. Toosi, Nahal, «State, Defense Agree on $40M Fund to Fight Foreign Propaganda». *Politico*, 26 de febrero, 2018, **https://www.politico.com/story/2018/02/26/state-defense-russia-propaganda-426626**.

4. Gehrke, Joel, «Senators to Rex Tillerson: Fight Russian Propaganda». *Washington Examiner*, 2 de agosto, 2017, **https://www.washingtonexaminer.com/senators-to-rex-tillerson-fight-russian-propaganda**.

5. Van Sant, Shannon, «U.S. Envoy to the Coalition Against ISIS Resigns Over Trump's Syria Policy». NPR, 22 de diciembre, 2018, **https://www.npr.org/2018/12/22/679535003/u-s-envoy-to-the-coalition-against-isis-resigns-over-trumps-syria-policy**.

6. Hirschfeld-Davis, Julie, «Trump Meets Saudi Prince as U.S. and Kingdom Seek Warmer Relations». *New York Times*, 14 de marzo, 2017, **https://www.nytimes.com/2017/03/14/world/middleeast/mohammed-bin-salman-saudi-arabia-trump.html**.

7. «Saudi to Open Militant-Monitoring Center During Trump Visit.» *Reuters*, 20 de mayo, 2017, **https://www.reuters.com/article/us-usa-trump-gulf-centre/saudi-to-open-militant-monitoring-center-during-trump-visit-idUSKCN18G09P**.

8. Feingold, Spencer, «Saudi Women Attend Soccer Match for First Time». CNN, 12 de enero, 2018,

https://www.cnn.com/2018/01/12/middleeast/saudi-women-attend-first-soccer-match/index.html.

9. Leskin, Paige, «Russia's Disinformation Campaign Wasn't Just on Facebook and Twitter. Here Are All the Social Media Platforms Russian Trolls Weaponized During the 2016 US Elections». *Business Insider*, 18 de diciembre, 2018, **https://www.businessinsider.com/all-social-apps-russian-trolls-used-spread-disinformation-2018-12**.

10. Albright, Jonathan, DiResta, Renee, Fox, Ryan, Johnson, Ben, Matney, Robert, Shaffer, Kris, Ruppel, Becky y Sullivan, David, *The Tactics and Tropes of the Internet Research Agency* (New Knowledge, 2018), **https://cdn2.hubspot.net/hubfs/4326998/ira-report-rebrand_FinalJ14.pdf**.

11. Apuzzo, Matt y LaFraniere, Sharon, «13 Russians Indicted as Mueller Reveals Effort to Aid Trump Campaign». *New York Times*, 18 febrero, 2018, **https://www.nytimes.com/2018/02/16/us/politics/russians-indicted-mueller-election-interference.html**.

12. U.S. Department of Justice, Office of Public Affairs, 0Russian National Charged with Interfering in U.S. Political System», comunicado de prensa, 19 de octubre, 2018, **https://www.justice.gov/opa/pr/russian-national-charged-interfering-us-political-system**.

13. Wagner, Kurt, «Donald Trump and Hillary Clinton Spent $81 Million on Facebook Ads Before Last Year's Election». *Recode*, 1 de noviembre, 2017, **https://www.recode.net/2017/11/1/16593066/trump-clinton-facebook-advertising-money-election-president-russia**; Frier, Sarah, «Trump's Campaign Said It Was Better at Facebook. Facebook Agrees». Bloomberg News, 3 de abril, 2018, **https://www.bloomberg.com/news/articles/2018-04-03/trump-s-campaign-said-it-was-better-at-facebook-facebook-agrees**.

14. Albright et al., *Tactics and Tropes of the Internet Research Agency*, pág. 58.

Título original: *Information Wars. How We Lost the Global Battle Against Disinformation & What We Can Do About It*

© 2019, Richard Stengel

Primera edición: marzo de 2021

© de la traducción: 2021, Ana Momplet Chico
© de esta edición: 2021, Roca Editorial de Libros, S.L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417167493

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Glosario de acrónimos

Introducción

PRIMERA PARTE
Bienvenido al Departamento de Estado

SEGUNDA PARTE
Llegar hasta ahí

TERCERA PARTE
El trabajo

CUARTA PARTE
Guerra informativa

QUINTA PARTE
Batalla entablada

SEXTA PARTE
Interferencia

SÉPTIMA PARTE
Qué hacer con la desinformación

Epílogo

Agradecimientos

Notas